



TUS CUATRO
deseos

DAVINIA PALACIOS

Tus cuatro deseos

Davinia Palacios

© 2018, Davinia Palacios

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:
Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Toda esta historia sale de la imaginación de la autora, siendo casualidad cualquier parecido con la realidad.

Los personajes, así como sus nombres y poblaciones han sido inventados.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Soy el amo de mi destino.
Soy el capitán de mi alma.
(Nelson Mandela)*

A mis amores 

Índice

PRÓLOGO

DE VIAJE

SANTA CLAUS

RANCHO COOPER

TYLER

PRIMER DÍA

BROMA POR BROMA

QUERIENDO

PRIMER DESEO

FIEBRE

SANGRE

REVELACIONES

NO ES LO QUE PARECE

DÍA UNO

SEGUNDO DESEO

PASO ATRÁS

CABALLOS

OTRA VEZ

CALMA

HA SIDO UN PLACER

SALVAJE ANIMAL

VALIENTE

LA RISA TONTA

[EN MITAD DE
LA NOCHE](#)

[DESPERTAR](#)

[ATRAPADOS](#)

[PRIMAVERA](#)

[DESASTROSA](#)

[EN EL LAGO](#)

[SECRETO DESVELADO](#)

[COMPROMETIDOS](#)

[TUS CUATRO DESEOS](#)

[LA EXCEPCIÓN QUE CONFIRMA LA REGLA](#)

[ROTA](#)

[EPÍLOGO](#)

[PLAYLIST](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[OPINIONES Y PEDIDOS:](#)

[SOBRE MÍ](#)

Prólogo

Tres meses antes de Navidad.

—Me parece genial, Brad. Nos vemos en un rato. Un beso.

Cuelga y yo empiezo a prepararme para una cena romántica con mi chico. Esta noche le enseñaré las flores que hemos escogido entre su madre, la mía y yo misma, para adornar el restaurante y la iglesia. Espero que le gusten tanto como a mí.

Contesto el mensaje que me ha enviado Mary, preguntándome si iré a verlas estas navidades. Hace años que no veo a mis mejores amigas, así que antes de convertirme en la señora de Brad Stance iré una semanita a la ciudad en la que me crié. Sé que después tendré muchas obligaciones y deberé estar a la altura del cargo de mi marido. Su padre es el gobernador y él quiere seguir sus pasos. Por ahora es el juez más joven del estado. Pero para mí lo que más valor tiene es que es un buen hombre, respetable, leal, cariñoso y tradicional.

Me da seguridad. Y a mi madre también. Es algo que siempre la ha preocupado, que acabara con un mal hombre o sola por la vida. Pero Brad cumple todas las expectativas.

A veces me pregunto si las mías o las de mi madre.

Me pongo el sencillo y discreto vestido negro con escote de barco y los zapatos de salón de cinco centímetros. No puedo aparecer más alta que Brad en las fotos. Siempre según el criterio de mi madre y de la suya. Él dice que no le importa. Pero yo sé que también prefiere que sea así.

En poco más de una hora estoy esperando en la mesa del precioso, y caro, restaurante, a que llegue mi prometido. Lo cierto es que a mí todo este postín me sobra, pero según parece, debo acostumbrarme a todo esto. Yo sería feliz con una hamburguesa grasienta y unas patatas fritas con mayonesa.

El maître me acompaña a la mesa. Es viernes y el restaurante está prácticamente lleno.

Tras ofrecerme una copa de vino blanco, se marcha y me quedo sola unos instantes.

Enseguida aparece Brad. Llevamos saliendo tres años, desde que él acabó los estudios y su carrera ascendió como la espuma. Lleva su perfecto pelo

rubio bien peinado, con una casi imperceptible raya a la izquierda y sus gafas de montura al aire perfectamente limpias.

Sigue teniendo ese caminar de chico inocente. Es tan adorable.

—Estás preciosa, Valerie. —Me da un beso casto en los labios.

—Tú también estás muy guapo.

Me sonrío pero creo que está nervioso por algo, mira sin parar a nuestro alrededor.

—¿Todo bien en el trabajo? —pregunto.

—Sí, perfecto. Al final hemos llegado a un acuerdo con el fiscal y el caso está cerrado.

—Me alegro de que todo haya acabado bien. Cambiando de tema, tengo algo que enseñarte.

Estoy tan contenta por ir avanzando con los preparativos de la boda.

Meto la mano en mi pequeño bolso y saco mi teléfono móvil para enseñarle las fotos de las flores que hemos escogido.

En ese momento aparece el maître pero, para mi asombro, Brad le dice que se marche.

Levanto la mirada mientras coloco el teléfono sobre la mesa y lo desbloqueo para poder mostrarle las imágenes. Estoy tan emocionada por nuestra boda que sonrío sin parar. Apenas faltan seis meses para nuestro enlace.

—Esta tarde hemos estado en la floristería y mira qué preciosidad de flores hemos visto. Estas son mis preferidas, tanto mi madre como la tuya prefieren estas otras pero, míralas ¿qué te parecen? ¿a que son preciosas?

—Soy gay.

Miro a nuestro alrededor creyendo que esas palabras han salido de la boca de alguno de los comensales que están cerca de nosotros.

En un momento nuestros ojos se cruzan y veo como está aguantando la respiración.

Lo miro, esperando a ver si vuelve a decirme algo, o me lo he imaginado.

—Soy gay, Valerie.

—¿Qué quieres decir con que eres gay? ¿Desde cuándo eres gay?

Un extraño escalofrío me atraviesa entera mientras espero su respuesta y

repito mis preguntas mentalmente.

—Desde hace ocho años.

Imágenes nuestras rebotan en mi mente.

Sus besos, siempre tan tiernos, nunca han sido profundos; sus manos, que nunca han bajado de mi cintura; sus artimañas por frenarme cada vez que he querido hacerlo con él. Nunca ha querido tener sexo conmigo. En estos tres años yo me moría de ganas y él no ha querido ni tocarme. Y lo peor de todo es lo mal que me han hecho sentir.

—Ocho años. ¿Es por eso por lo que nunca has querido mantener relaciones íntimas conmigo? —pregunto, todavía sonriendo, y lo cierto es que no sé que pinta esa tonta sonrisa en mi cara. Creo que me está gastando una broma. O que lo estoy soñando.

—Valerie, siento hacerte daño. Creía que te habías dado cuenta. Lo cierto es que eso ya da igual, no puedo seguir con esta farsa. Te aprecio muchísimo, eres una persona maravillosa y no quiero hacerte infeliz el resto de tu vida.

Lo miro perpleja.

En ese momento parece que todas las piezas del puzzle encajan. Todo ha sido una patraña, y lo peor de todo son las mentiras tras mentiras que he ido creyéndome como una ingenua niña de pueblo.

Su mano de piel suave y uñas cuidadas coge la mía y la aparta del teléfono móvil.

—Val, en serio no sé cómo he podido llegar tan lejos. De veras siento que todo este sueño para ti se desmorone así, de repente. No soportaba la idea de seguir engañándote.

—Vaya, muy considerado por tu parte. Tal vez me lo podrías haber dicho el día que nos besamos por primera vez, o aquel otro día en el que viniste a buscarme a la salida del trabajo, un día tras otro. Incluso hace un año, antes de pedirme matrimonio hubiera estado genial que me dijeras algo como «lo siento Valerie, lo nuestro es imposible, soy gay». ¿Sabes que no es un delito serlo, verdad?

Me mira asombrado porque no haya levantado en ningún momento el tono de voz y no haya soltado ni una sola lágrima.

—Por supuesto que lo sé. El único problema son mis padres.

—Bueno, supongo que a eso deberás enfrentarte tú solito, Brad. Creo que es hora de que me vaya a casa.

Antes de levantarme, me quito el diamante que llevo en mi dedo anular izquierdo y lo dejo con mucho cuidado sobre la mesa, cerca de su mano.

—Valerie, por favor, siéntate. No te marches así. Y este anillo es tuyo, puedes quedártelo; guárdalo o véndelo, lo que quieras.

Ahora sí que lo miro asombrada. Me remuevo nerviosa en la silla y miro a mi alrededor, como todas esas personas no advierten el dolor que siento por dentro, siguen cenando tranquilamente con sus amigos, familia, parejas.

—Tengo que pedirte un último favor.

Asiento y lo miro a los ojos, esos ojos marrones que siempre han sido tan amables. Amables, no amorosos. No sé qué favor puedo hacerle yo a él.

—Verás, no te pediría esto si no fuese imprescindible pero, me temo que no me queda otra opción.

—No sé en qué puedo serte de ayuda, la verdad.

—Necesito que no le cuentes a nadie nada de esto, nada de mi situación.

—Oh, por favor, Brad. Creía que me conocías más que esto, ¿crees en serio que iría a la prensa sensacionalista a contarles tus preferencias sexuales?

—Por supuesto que no, Val. Sé que no serías capaz de hacer algo así. Me refiero a nadie. Ni amigas, ni padres...

—¿Padres? Entonces ¿qué crees que debo explicarles sobre la anulación de nuestra boda? ¿Qué crees que pensarán mi madre y la tuya? ¿No crees que querrán saber el motivo?

Se afloja el nudo de la corbata y mira nervioso su reloj Rolex.

—Ese es el último favor que voy a pedirte, Val, de veras. Espero que no me odies por esto pero necesito que hagas ver que tú has sido la que ha roto el compromiso. Puedes alegar cualquier cosa en tu defensa, lo que sea menos la realidad.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Echarme yo la culpa? —siento que la sangre ha abandonado mi torrente sanguíneo.

—Yo confirmaría tus motivos, puedes decir que no soy bueno en la cama;

que me has visto tontear con la secretaria; que ya no me quieres... lo que sea menos el verdadero motivo.

—No podría decir que no eres bueno en la cama, sencillamente porque no lo sé. Entre tú y mi madre os habéis encargado de mantenerme intacta hasta el día de la boda. Prefieres que diga cualquiera de esas mentiras a afrontar tu realidad. Sales de una mentira para seguir con otra, la bola de nieve se hará enorme y te aplastará por el camino, Brad. Pero está bien, lo haré. Ahora quiero marcharme.

Con un acopio monumental de fuerzas, me levanto, con toda la tranquilidad que soy capaz de mantener, pero al hacerlo mi mano tiembla y le doy un pequeño golpe a la copa de vino blanco haciendo que esta caiga estrepitosamente al suelo, rompiendo la copa y mojándome los pies con el líquido.

Brad se levanta, cogiendo mi chaqueta y mi bolso.

—No se preocupe, señorita. Ahora mismo lo limpiamos. —Comenta un camarero que pasaba por nuestra mesa en ese momento.

Me lleva a casa en su flamante coche nuevo. Durante todo el camino voy mirando por la ventanilla del coche, sin ver nada más allá de las gotas de lluvia que se deslizan por el cristal. El olor a manzana del ambientador me produce náuseas.

Con dos palabras ha cambiado todo mi futuro inmediato y más cercano. Supongo que en algún momento saldré de este estado de shock en el que me encuentro.

—Gracias por todo —Brad me besa la mano antes de que baje de su coche y de su vida, para siempre.

Recorro el pequeño camino de la entrada de mi casa, y por fin dejo escapar las lágrimas que se llevan mi delicado maquillaje.

Un mes antes de Navidad.

Cada día estoy más segura de qué es lo que debo hacer.

Es lo mejor. Seguir en este pequeño pueblo no va a hacerme ningún bien. Es más, está haciéndome mal.

Mi madre se tomó fatal *mi decisión* de cortar con Brad. Aaron no dijo nada, como siempre, él no dice nada a no ser que tenga que ver con su empresa, para la cual trabajo. En ese caso sí me da las indicaciones que considere necesarias, pero nada más, el papel de padre únicamente lo ejerce con mis dos hermanas pequeñas, que sí son sus hijas. Creo que eso debo agradecerse. Pero mi madre, aquella noche al entrar en casa ya se enteró de todo, cuando entré por la puerta y no le contesté sobre qué le habían parecido las flores a Brad. El hecho de que estuviera llorando no le importó demasiado. Pareció dolerle más perder a Brad que si me hubiera perdido a mí, y eso que su hija soy yo.

Desde que no estoy con Brad me he dado cuenta de que el sentimiento que tenía por él en realidad no era el que yo creía. Todos estos días sola me han servido para reflexionar y saber que ha sido muy valiente en decirme la verdad y en liberarme del compromiso que nos unía porque, siendo sincera conmigo misma, después del dolor inicial por la pérdida y por tener que adaptarme a la nueva realidad, he conseguido que vuelva a salir mi yo de verdad, la Valerie de antes de Brad

Aquella chica que salía a divertirse; que se pintaba los labios con el color rojo más intenso; que le daba igual que su pelo no tuviera el mejor de los alisados porque, sí, mi pelo rizado y salvaje como el de la princesa Merida, es genial tal cual. Mi verdadero yo ha vuelto aunque a mi madre no le guste verme así. Por no hablar de los padres de Brad, que han dejado de hablarnos, a mi madre y a Aaron incluidos, y les han cerrado puertas en su círculo de amigos. He ahí la familiaridad y el cariño tan sincero que decían tenernos. No somos gente de su círculo y, sinceramente, menos mal. ¿Quién quiere enemigos con amigos así?

Quiero un hombre que me haga sentir mujer, que me ame y me quiera tal y como soy, no una versión corregida y políticamente correcta. Quiero ser libre para sentir y para vivir mi vida.

Las chicas, Mary y Olivia, están cerca de mí aunque nos separen casi

seiscientos kilómetros. Nuestra relación no ha sido distante ni mala nunca y ellas saben estar a mi lado aunque no puedan tocarme.

Si todo sale bien, en poco tiempo podré darle un giro a mi vida, uno que me devuelva lo que necesito y me permita vivir mi vida como a mí me parezca.

—No entiendo por qué sigues usando esas gafas que ya no necesitas. Estabas preciosa sin ellas, para eso te operaste. Por Dios, Valerie, así no encontrarás a un hombre respetable, con ese color de labios que dice ...

—¿Qué dice, mamá? Yo te diré lo que dice, que a mí siempre me ha gustado el color rojo y que nadie va a prohibirme que me pinte los labios del color que a mí me dé la real gana. —Gira la cara y vuelve a la cocina mientras replica en voz baja.

Estoy harta de su intenso control, de que intente hacerme a su imagen y semejanza, a querer que consiga todo lo que a ella le hubiera gustado conseguir.

Salgo de casa para ir a trabajar, la brisa fresca de primera hora me humedece la cara y el aire agita mi pelo. Es la mejor sensación del mundo.

De viaje

Bueno, creo que ya lo tengo todo.

Reviso una vez más la maleta, la bolsa de mano y pongo mi móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

Está todo. Todo lo que puedo llevarme.

Antes de salir de la que ha sido mi habitación los últimos diez años, me recreo una última vez mirando las fotos que tengo colgadas en el corcho de la pared, sobre el escritorio; la colcha de patchwork perfecta que me compró mamá aquellas navidades, quise hacer la mía propia y fue un desastre, así que ella me regaló una; el antiguo ordenador de sobremesa, con esa horrible pantalla que por poco me deja ciega; el espejo vertical que hay justo al lado de la cómoda, ahora tendré que conformarme con el espejo que haya en mi nueva habitación.

Me echo la mochila al hombro, cojo la maleta y salgo, cerrando la puerta con cuidado. Empezando a dejar atrás una parte importante de mi vida.

Pero la que viene será mejor, no tengo ninguna duda.

Bueno, la verdad es que sí tengo dudas.

Algunas.

Bastantes.

Vale, muchas. Pero si quiero saber cómo va a salir esto, tengo que tirar para adelante y continuar.

Voy bajando las escaleras, giro en el recodo y sé que el siguiente escalón es el que cruje si lo pisas más hacia la izquierda a si lo haces por el centro. La moqueta está algo rota dos escalones más abajo, y por último, hay una pequeña rotura en el pasador de madera que, si te despistas y aprietas mucho, puede hacerte un pequeño corte.

El olor a tortitas es inmediato conforme piso el suelo de madera del recibidor. Mi madre se ha escondido en la cocina para no verme sacar mis cosas de casa. Sé que no va a ayudarme. No importa.

Camino bajo la suave lluvia hasta llegar a mi camioneta.

Es bastante vieja pero está muy bien de chapa y pintura. Y de motor también. Por lo menos eso me aseguró Aaron, mi padrastro, y también el vendedor de mi furgoneta.

Finalmente vendí la alianza de Brad, se había gastado una pasta, y con el dinero que me dieron voy a poder empezar una nueva vida lejos de aquí.

Abro la puerta trasera y dejo la maleta y la bolsa de deporte, donde llevo casi todas mis pertenencias.

Sacudo los hombros para desprenderme de la leve llovizna que empieza a calar el jersey de lana que me cubre. Ahora solo me queda despedirme de mi familia.

Con una sonrisa en la cara entro de nuevo en casa, vuelve a rodearme el olor a tortitas recién hechas y los gritos de mis hermanas perforan mis oídos.

Me acerco al marco de la puerta y veo a mi madre, de espaldas a mí, con las manos apoyadas sobre la encimera y mirando la bandeja de galletas que acaba de sacar del horno.

—¿No piensas desayunar antes de irte? —pregunta sin girarse.

Tiene el pelo recogido en una coleta suelta y el delantal que suele utilizar siempre está algo manchado de harina y glaseado.

—Me llevaré un par de galletas para el camino.

Sigue enfadada conmigo. Se le pasará. Seguro. No le queda otra.

Cojo un tenedor del cajón y troceo una tortita recubierta de sirope de arce.

Dios, está realmente deliciosa. Mamá ha mejorado mucho en la cocina desde que le enseñé la receta.

Me acerco a ella y en ese momento entran las niñas a la cocina.

—¿Ya te marchas, Val? —pregunta Zoe.

—*Sips* —le sonrío—. Pero nos veremos pronto, ¿de acuerdo?

Las abrazo y ellas me rodean la cintura, discutiendo por cuál de las dos es la que más está abrazándome.

Les coloco bien los lazos de sus coletas y les doy un beso en la mejilla a cada una.

—Dejad que os limpie la marca del pintalabios.

Ambas sonrían.

—Haced caso a mami.

—Sí, no hagáis como vuestra hermana mayor. —Dice ella cargada de resentimiento.

—Mamá, creía que ya lo habías asimilado. No voy a quedarme. Ya está todo decidido.

—Ya lo has decidido tú, querrás decir.

—Mamá, de verdad, tengo veintidós años, no creo que debamos seguir discutiendo sobre esto. Es mi vida.

—Pero es tu futuro. No puedes tirarlo así por la borda.

Niego con la cabeza a sabiendas de que no va a cambiar su discurso pesimista ni en el último momento.

—Mamá, ya está bien. Deberías alegrarte por tu hija, voy a trabajar, a ganarme la vida, a crecer como persona. Necesito este cambio en mi vida, no puedo seguir en este pueblo de...

—Mierda —interrumpe Jess, mi otra hermana, gemela de Zoe.

—¡Jess! —gritamos mi madre y yo a la vez.

—Bueno, ¿vas a darme un beso? —pregunto mirándola.

—Valerie, piénsalo bien, quédate. Todavía puedes estudiar y...quizá Brad te perdone.

Maldita sea, siempre va a decir lo mismo.

—¿Y de qué te ha servido a ti estudiar, mamá? ¿Tu estupenda carrera ha evitado que fueras madre soltera a los veintiocho años? No, mamá. No vas a convencerme con esa historia de siempre. No voy a ser más desgraciada porque no acabara mis estudios universitarios, mamá. Tener una carrera no garantiza que vaya ser feliz el resto de mi vida. Ni casarme con un hombre que no me ama y que no amo, tampoco. Si es así como quieres que nos despedamos, así será.

Me giro, aguantándome las lágrimas y voy, por última vez, hacia la puerta de salida.

La lluvia ha cesado, mejor, no me gusta conducir mientras llueve.

Abro la puerta de la camioneta e, inconscientemente, lo hago casi a cámara lenta, deseando que mi madre salga a desearme buena suerte y me dé un beso y un abrazo.

Pero no lo hace. Sé que no lo va a hacer.

Así que, subo al sillón del conductor y arranco el motor. La calefacción

empieza a salir por las rejillas y el vaho del cristal empieza a deshacerse. El frío tardará algo más en dejar de notarse.

Al igual que este gusto amargo en la boca.

Me froto las manos, enciendo la radio y la voz de Adam Levine empieza a sonar con *Whats lover do*, y como una tonta, empiezo a mover la cabeza al ritmo de la música.

Conecto el cable usb al reproductor de música y selecciono el último cd de Maroon 5, ¿qué mejor compañía que ellos para este viaje?

Y así empieza este cambio de vida. Cinco horas en coche hasta mi nuevo destino. Las lágrimas ya se han borrado, la sonrisa vuelve a aparecer en mi rostro y la ilusión por este cambio me ayudan a seguir hacia mi destino.

Cuando llevo recorrido la mitad del camino recibo una llamada de Mary.

—¿Dónde está mi pelirroja preferida? —pregunta con un grito de entusiasmo.

Me hace reír.

—Pues todavía me quedan un par de horas para llegar, aunque quizá sea algo más, voy a desviarme para recoger un café y algo de comer. He salido de casa sin desayunar.

—¿Se ha enfadado, cierto?

—No es nada que no esperase ya. No entiende que es mi vida.

—Ya se le pasará.

—Sí, eso mismo le he dicho. Pero ya sabes como es.

—¿Y Aaron, qué te ha dicho?

—No estaba en casa. Trabaja los sábados por la mañana, por lo visto últimamente hay muchas ventas. Pero supongo que a él le da lo mismo.

—Conduce con cuidado y no corras. El tiempo está bastante mal llegando aquí.

—No te preocupes, soy la mejor conductora que hay sobre la faz de la tierra —sonríe imaginándose disfrazada como un Super Mario Bros sobre su coche de carreras.

—¿Sabes que lo vamos a pasar genial, verdad? —pregunta ilusionada.

—¡Por supuesto que sí!

—¿Y que todo va a ir bien?

—¡Desde luego!

—Pues aquí te esperamos. Nos vemos en un rato.

Nos despedimos mientras yo tomo la salida para ir hacia la estación de servicio más cercana.

Después de rellenar el depósito de gasolina y tomarme un sandwich de salmón y crema de cacahuete, vuelvo a la interestatal y sigo con mi viaje.

Hoy es sábado y el tránsito es mucho más fluido que entre semana, con todos esos camiones y coches particulares dirigiéndose a sus puestos de trabajo.

La próxima semana tendré una entrevista de trabajo. Los dueños del hotel rural son amigos de los padres de Mary, aunque ella no los conoce personalmente, dice que son muy buena gente y que me haré pronto con el trabajo. Si consigo que me den el puesto, claro.

El alojamiento también estará incluido en el sueldo, a fin de cuentas, lo mismo daría pagar por una habitación, de esta manera lo tengo todo allí mismo.

El rancho está algo distanciado de la ciudad que es donde viven Mary y Olivia, mis mejores amigas. Antes vivíamos muy cerca, en la ciudad, pero mi madre decidió que nos mudaríamos cuando conoció a Aaron, sin pensar por un momento en lo que quería yo.

No he vivido mal con ella, Aaron y las niñas, pero ese pueblo se me quedó pequeño desde que cumplí los quince años. Diga lo que diga mi madre, tener una carrera no iba a retenerme en ese lugar. Como tampoco iba a garantizarme mejor vida. Ella es un claro ejemplo de eso. Y después de lo de Brad, no había ningún motivo que me retuviera ahí. Mi madre sigue creyendo que si no eres apta para estudiar, lo único que te queda en la vida es cazar a un millonario y que te solucione la vida. Y por lo visto, yo no sirvo para ninguna de las dos cosas.

No podía soportar más la cara con la que me miraban todas esas amistades que se supone que tenía por estar con él.

Sé que mi vida habría sido muy acomodada estando con Brad, pero no de la manera en la que hubiera sido vivirla con él. Con un hombre que no me amase

y siempre viviendo en una mentira.

Lo cierto es que me apena que Brad tenga que seguir aguantándolos a todos. El día que se decida a salir del armario seguro que será más feliz, aunque muy posiblemente, sea con gente diferente a la que tiene ahora por amigos.

Me miro en el espejo retrovisor y me doy cuenta de que la humedad de antes ha hecho que se me encrespe el pelo, ahora mismo parezco una zanahoria despeinada.

Por fin veo el cartel que me informa que a tan solo treinta kilómetros está mi ciudad de destino, Saint John. Suspiro, no sé si por alivio, nervios, ansia o una mezcla de las tres.

Soy una mujer adulta, tengo que hacer mi vida, recorriendo mi propio camino, equivocándome y aprendiendo yo misma, sin estar siempre bajo la visión de una madre controladora, aunque no muy cariñosa, ni un novio de postín.

Media hora después, más de cuarenta canciones desde que inicié mi viaje, llego a la puerta de la casa de Mary, si es que la app de Mapas no se ha equivocado y me ha llevado hasta otro sitio.

Aparco justo delante de la gran casa donde Mary vive con sus padres. Estos primeros días los pasaré aquí con ellos. Han sido muy amables, invitándome a quedarme tanto tiempo como necesite en caso de que no consiga el trabajo o que no me guste la habitación que me ofrezcan allí.

Tengo ganas de conocer más sobre este lugar. Todo ha cambiado mucho desde que me fui hace ya más de diez años.

Santa Claus

Mary ya está esperándome y antes de que toque el timbre de su casa sale disparada por la puerta para recibirme y ayudarme con las maletas. Las dejo en el suelo y abro los brazos para darle un achuchón.

—¡Ay! ¡Qué ganas locas tenía de verte!

Está guapísima, como siempre.

—Si llego a saber que estás tan guapa, habría venido en traje de gala. Así no vamos a salir juntas de fiesta, o ningún hombre se acercará hasta mí estando tú presente.

Reímos. Todo este tiempo sin vernos no ha hecho más que ampliar el cariño que siempre nos tuvimos y la amistad ha ido en aumento a la misma velocidad que nosotras.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —pregunta.

—Me ha llovido encima. Ya sabes... el tiempo no es como aquí.

—Pero si aquí hace un frío de la leche. —Se queja.

—Sí, pero no hay humedad. Es un punto a favor, sobre todo si tienes un pelo desastroso como el mío.

—No digas tonterías. Pasa dentro antes de que salga mi madre a buscarnos. Está cocinando para todo un regimiento. Si le digo que el chico que conocí el otro día está a punto de alistarse... me mata.

—No le des esos sustos a tu pobre madre. —Reímos.

Cojo la bolsa de mano mientras Mary entra mi maleta.

Su madre nos espera en la amplia cocina.

—Oh, Valerie, querida. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien, señora Perkins, no me ha llevado mucho más de cuatro horas. Gracias por su hospitalidad.

—Oh, no digas tonterías. Y llámame Emma. Teníamos muchas ganas de volver a verte. Erais tan pequeñas cuando venías a casa y hacíamos aquellas galletas que tanto te gustaban.

Lo recuerdo bien. Todas las tardes las pasaba en su casa. Mi madre trabajaba doce horas y no podía recogerme hasta las siete de la tarde. Así que la buena de Emma nos recogía a Mary y a mí y nos entretenía haciendo galletas, nos ayudaba con los deberes y muchas veces hasta me daba de cenar

y me bañaba. Creo que fue con ella con quien empecé a cogerle el gusto a cocinar y a estar en la cocina trajinando.

—Te he preparado la habitación de invitados, pero supongo que preferiréis dormir juntas. —Dice alzando las cejas al techo.

Como nos conoce.

—Mamá, después de todo este tiempo, ¿no pretenderás que durmamos separadas? Tenemos muchas cosas que contarnos.

—Vosotras mismas, ya sois grandecitas para que yo os ande dirigiendo.

Subimos las escaleras cargadas con la maleta y la bolsa de deporte.

—Esto lo podemos dejar en la habitación de invitados, ya sabes que en mi armario no hay mucho sitio libre.

—Perfecto. Aparte, depende de lo que me digan el lunes en la entrevista no tardaré en mudarme de nuevo. Prefiero dejar las cosas menos necesarias en la maleta y no estar colocando para después volver a recoger y hacer la mudanza de nuevo.

—¿Te lo has traído todo?

—No. He dejado algo de ropa en casa de mi madre, no me cabía todo. Espero no tener que volver con el rabo entre las piernas.

Es algo que me asusta. No superar esta prueba que me he impuesto a mí misma.

—Deja de pensar así, tú eres la persona más positiva que conozco, así que, ya sabes. El trabajo va a ser la hostia de bueno y vas a cobrar un pastón y te va a ir de lujo.

Asiento creyéndome yo misma lo que me dice mi mejor amiga.

Tiene razón. Todo va a salir bien.

—Ahora cuéntame. ¿Quién es ese futuro soldado?

—¡Oh! Creo que es el padre de mis futuros hijos. —Exagera.

—¡No! ¿Lo dices en serio? ¿tan colada estás ya?

—Ay, Val, si lo vieras. Es tan guapo, tan alto, tan macho...

—Está bien, lo pillo. No me digas nada más, hace mucho que no sé lo que es tener una relación.

—Oh, nena. Lo siento. No he pensado en lo tuyo con Brad. ¿Habéis vuelto a

hablar?

—Sí, hace pocos días le envié la felicitación navideña. Una caja con cosas suyas que todavía rondaban por casa. No, en serio, bien. Nos vimos hace unas semanas y tomamos un café. Después del chasco y el dolor inicial.

—¡Oh, Val! Cariño, estoy segura de que actuaste mucho mejor de como habría actuado yo misma si me entero, después de tres años de relación, que mi prometido es gay. Hay libertad para estas cosas, debería habértelo dicho hace mucho tiempo.

—En fin, la verdad es que después del mal trago, viéndolo desde la distancia, se lo agradezco. No creo que hubiera sido capaz de continuar con el tema de la boda. Supongo que inconscientemente yo misma me daba cuenta de que algo no iba bien y solo le tenía cariño, no lo amaba como deberían amarse dos personas que quieren compartir toda una vida. Ahora soy libre para acostarme con quien me dé la gana y cuando me dé la gana.

—Dejémonos de penas. A partir de ahora vas a ligar con todo aquel que te guste. Menos mal que esto no es el pueblo arcaico y religioso en el que has estado viviendo. Aquí disfrutamos de algo llamado libre albedrío.

—¿En serio has dicho eso, Mary?

—Ya me has oído. Y vas a empezar esta noche. A las siete viene Olivia y el taxi vendrá unos minutos después a recogernos. Esta noche no podremos conducir ninguna de las tres.

—Miedo me dais las dos.

—Nenita, empiezas a trabajar la semana que viene. Sí, no me mires así, empiezas a trabajar y vas a pasar fin de año currando hasta que ya sea año nuevo. Así que hoy, Nochebuena, lo vamos a pasar tan bien que no te hará falta celebrar fin de año porque aún estaremos cansadas de la fiesta de hoy.

Reírme con Mary es la mejor terapia para este día de cambios radicales. Hacía mucho que no me reía así y lo necesitaba con urgencia. Desde luego nuestras charlas por teléfono y las video llamadas no son mejores que tenerlas a ellas aquí conmigo. Sobre todo a Mary, siempre hemos sido como hermanas.

Después de una ducha reparadora, de estirarme el pelo con las planchas y de estar listas para matar, en sentido figurado, se entiende, salimos al encuentro

de Olivia que ya está tocando el claxon de forma continua.

—Mary, por favor, dile a Olivia que no somos sordos, que deje de molestar al vecindario. Esta chica nunca crecerá. —Se queja Emma.

—Mamá, por algo la llamamos Peter Pan.

—Pasadlo bien y tened cuidado.

El frío de aquí es casi glacial. Me he puesto un vestido de lana ajustado, con un cinturón de piel negro, las botas altas y la chupa de cuero del mismo color que mis labios, roja.

Olivia sale del coche para saludarme y me envuelve en un cálido abrazo.

—No recordaba lo alta que eras. A tu lado parezco la zanahoria más pequeña de todo el huerto. —Le digo sin dejar de mirar lo alta y guapa que es.

Es alta y esbelta, tiene cuerpo de modelo pero con curvas. No como yo, que tengo cuerpo de pera. Pero oye, ¿y lo ricas que están las peras? Pues eso.

—Valerie, eres la zanahoria más buenorra de todo el condado. Me tienes que decir donde consigues esa barra de labios. Te queda espectacular. Vas a volver locos a todos los tíos de la ciudad.

Hago ver que le planto un beso en la mejilla para dejarle la marca de mis labios.

—¿Adónde me vais a llevar? Tengo ganas de pasar mi primer día aquí de una manera inolvidable.

—Nenita, esta noche no la vas a olvidar en muuuucho tiempo. Tus amigas estamos aquí para esto y mucho más. No vas a pensar más en tu madre, ni en Brad, ni en nada que no sea el sabor de la copa que te quieras tomar o con cual de los tíos de la sala decidirás irte.

No podemos parar de reír, y eso que todavía no nos hemos emborrachado. Algún día tenía que ser el primero, y creo que este es tan bueno como cualquier otro.

El taxi aparece al fin y nos subimos las tres en la parte trasera.

—Al centro Diamons, por favor.

—Ese es el nuevo centro comercial que han inaugurado, ¿verdad? —pregunto.

—El mismo, es tan grande que al principio puedes hasta perderte. El padre

de Micke me contó que durante la primera semana se perdieron cinco personas, no conseguían salir del aparcamiento.

—¡No puede ser cierto! —exclamo.

—Mary, no puedes creerte todo lo que te explica ese hombre, sabes que siempre ha sido un exagerado.

—Bueno, es el ayudante del sheriff. —Replica Mary intentado defender su comentario.

—Valerie, ni una palabra. —Hace un gesto con los dedos como si cerrara la cremallera delante de su boca.

Veinte minutos, quince pitidos de claxon, dos gritos y algunas confidencias después, llegamos al mega centro comercial de la ciudad. La entrada está colapsada de personas cargando con montones de bolsas de regalos navideños. Mañana es un día muy bonito, sobre todo para los peques. Estoy agradecida de que Aaron no decidiera nunca disfrazarse para sorprender a mis hermanas. Los regalos siempre aparecían bajo el árbol, como debe ser. A mí nunca me ha hecho especial ilusión. Hace muchos años que Santa Claus me cae mal.

Bueno, no me cae. Para ser sincera diré que me da miedito. Ese hombre barrigón, con ese saco... ¿qué meterá ahí? Regalos, no creo.

Pagamos al taxista y bajamos a la fría calle, que recorreremos todo lo rápido que nuestros tacones nos permiten sin caer nos de forma bochornosa, las tres con los brazos entrelazados.

Una vez en el interior, me maravillo una vez más por la incesante banda sonora navideña y por la cantidad de luces titilantes de todos los colores que adornan todos y cada uno de los rincones del lugar. Los adornos navideños sí me gustan, me gusta colocar el árbol, adornarlo y poner en la parte superior un precioso corazón iluminado. Las estrellas pueden quedarse en el cielo.

Me llevan directamente a la zona de los bares, donde ya tenemos edad legal suficiente para entrar y bebernos unos cuantos cócteles.

Empezamos con unos chupitos de tequila. Sí, lo sé. Tequila a las ocho de la noche y sin haber cenado no es buena idea, pееero... hoy es un día diferente.

Después del tequila, Olivia se encarga de pedirle al camarero unos

combinados que prefiero no saber lo que llevan, es mejor así. Igual que las hamburguesas, si te la comes y te gusta, ¿para qué saber de qué está hecha? Ojos que no ven...estómago que no vomita.

—¿Os acordáis de aquel día en quinto curso cuando la directora pilló a Mary y a su propio hijo besándose? —pregunto.

Olivia casi escupe lo que tiene en la boca al recordarlo.

—¿Cómo olvidarlo? el pobrecillo intentaba darme un beso con lengua, pero estaba fuera de sitio.

—Te lamió toda la cara, haciendo círculos con la lengua, mientras tú mantenías los morritos hacia la puerta, por la que entró la directora. — Recuerda Olivia.— Menos mal que después aprendió a besar.

Bebe de su combinado y asiente lentamente con la cabeza, mirando al infinito.

—¿Te enrollaste con Bruce, alias *lenguatón*?

—Con dieciséis y con veinte. —Asiente de nuevo muy satisfecha de sí misma.

—Ya ves, Val. Yo me llevé la lamida de cara y ella se la llevó en otro sitio.

Rompemos las tres a reír desencajadas. Estos cócteles son los mejores que he tomado en mucho tiempo. ¿Cómo he podido estar tanto tiempo sin ellas? Todavía no me creo que estoy aquí.

—Oh sí, por aquellos entonces ya sabía utilizar la lengua en el lugar adecuado y en el momento justo.

—Para ya. Aquellos tres chicos de allí detrás no nos quitan la vista de encima. Valerie... —Mary me mira esperando a que me gire para verlos.

—Oh no, esta noche no. Ya tendremos tiempo otro fin de semana.

—Nenita, necesitas un buen polvo, rápido y sin compromiso. Tienes que olvidarte de Brad.

—No pienso en Brad, no de esa forma. Solo pienso en los tres años que estuve con él, sin sexo, solo porque él quería llegar virgen al matrimonio... y al final no habrá ni matrimonio ni sexo.

—Entonces, ¿quién te lo impide? —me instan ambas.

—Tengo la regla. Pero la próxima vez que salgamos, van a temblar todos.

—Por Valerie y su futuro polvo. —Proclama Olivia.

—Por Valerie. —Se une Mary.

—Por nosotras y nuestros futuros polvos. —Digo yo alzando mi copa, consiguiendo no derramarla al chocarla con las de ellas.

Seguimos riendo mientras nos acabamos el delicioso cóctel. Hoy no podemos beber más, por lo menos no sin cenar antes.

Salimos del bar y vamos paseando por el centro comercial, hacia la zona de restauración. Cuando estamos llegando al final de pasillo, donde se forma una plaza interior, lugar en el que está colocado el gran árbol navideño, vemos una larga fila de mujeres con niños y niñas. Madres con sus hijos e hijas. ¿Qué estarán esperando?

—Mira, Valerie, quizá deberíamos parar y pedir nuestros deseos a Santa Claus. —Sugiere Mary muy segura de lo que dice.

—No. De ninguna manera. —Me niego.

—Vamos, es tu primera noche aquí. Tenemos que hacer alguna locura, algo divertido.

—Ya estamos haciendo cosas divertidas. —Me quejo haciendo un puchero con los labios.

Me pican los ojos por el alcohol, intento apartar las gafas que no llevo antes de frotar levemente el párpado superior. No me acostumbro a no llevarlas.

Estoy bastante tocadilla por los chupitos de tequila y la copa, todavía me arde la garganta por el trago y mi estómago reclama que le dé algo sólido.

—Vamos, por fa. ¡Mira! Ahí hay papel y bolígrafo para escribir tu carta. Vamos Valerie, tienes que hacerlo.

—No. Me niego en rotundo. Sabéis que me da miedo.

—¿Todavía? no puede ser cierto. Es un hombre disfrazado, ¿lo sabes, no?

—¡Shhhhh! —se queja la señora que hay delante de nosotras en la fila, acompañada de un pequeño de no más de cinco años, al que tapa sus tiernas orejas con sus manos.

Ahora hablan entre ellas dos en susurros. Y Olivia salta dando palmaditas como una foca divertida. Están tramando algo y no me gusta nada. Tanto tiempo sin verlas y ahora se alían en mi contra.

—Toma —Mary me ofrece una bonita carta navideña y un bolígrafo—. Si no lo haces, tendrás siete años de mala suerte y nada de sexo.

Están locas como una cabra, y su poder de contagio es inacabable.

—Está bien. —Acepto de mala gana, dirigiéndome al pequeño mostrador para escribirle mi carta a este odioso Santa Claus.

Se va a enterar, a ver si es capaz de traerme mis regalos.

Voy escribiendo todo lo bien que mi pequeña borrachera me permite y firmo con una floritura, donde también le indico mi número de teléfono.

La fila de madres y niños va avanzando, ya casi puedo ver al odioso hombre barrigón, de cara blanca y larga barba peluda. Mejor no lo pienso porque me dan escalofríos.

Tengo ganas de hacer pis y me duelen los pies por estar tanto rato aquí paradas de pie esperando para ver al dichoso hombre aterrador. Los villancicos ya no me parecen tan agradables ni entrañables y el olor que llega de la zona de restauración no hace más que aumentar mis ganas de comerme algo grasiento. No pienso volver a emborracharme nunca más. Esta es la primera vez y creo que no es lo que yo esperaba.

Aunque por algún extraño motivo me siento más confiada y atrevida.

Entiéndase por *extraño motivo*, el alcohol que ahora mismo recorre mis venas.

—En serio, chicas... hoy va a tener más miedo él que yo. Puedo con él. — Digo más para convencerme a mí misma que porque realmente me lo crea.

Diez minutos más tarde, estamos todavía con nuestras bromas, intentando no caer nos, cuando una mano enguantada que pertenece a una elfo me toca el hombro.

—¡Ay! —me asusto.

Es la ayudante de Santa Claus.

—Es su turno, ¿va a subir —pregunta con cara de cansancio.

Me giro una vez más hacia mis dos mejores amigas y ambas me dan el ánimo que necesito. Tengo que subir tres escalones para llegar al gran trono donde está. Él. El horrible hombre del saco rojo.

Por fin, después de más de media hora esperando, haciendo tonterías,

riéndonos de todo, y temiendo este momento, tengo delante a Santa. Miro hacia atrás por si todavía queda algún pequeñajo esperando para darle su carta a Santa, pero no. Nosotras somos las últimas de la fila.

Sostengo la carta en mis manos temblorosas. Valerie, eres una mujer adulta, no puedes tenerle miedo a este pobre hombre disfrazado.

Pero se lo tengo.

Prefiero no mirarle a la cara, así que subo los escalones engalanados con una cutre alfombra roja. Uno, dos... y tropiezo dando un traspiés y acabo cayendo sobre su regazo. En un segundo, alarga su brazo y me sostiene por la cintura, evitando que caiga estrepitosamente sobre todo el decorado lleno de cajas envueltas como falsos regalos.

El vestido se me arruga más arriba de donde debería y mis piernas están colocadas de forma que parece que tengo alguna malformación en ellas.

Intento levantarme de su regazo pero su mano en mi cintura me lo impide. Sus dedos se clavan en mi carne y esa sensación consigue acalorarme.

—Después de todo el rato que llevas esperando, no vas a irte ahora sin darme tu carta de deseos, ¿verdad?

Santa tiene una voz muy... ¿masculina? Claro, Valerie, es un hombre, no va a tener voz de soprano.

No. Tiene una voz que hace que mi piel hormiguee.

Sí. Eso es lo que quería decir.

Miro hacia las chicas, y ambas están tapándose la boca. Boca que tienen abierta como si fuera el mayor de los bostezos. Y sus ojos se fijan en algo que yo todavía no he visto.

La ayudante de Santa está sentada en una silla plegable y mira su reloj, soy la última *niña* que viene a entregar su carta a Santa Claus y está claro que tiene ganas de acabar con su pesada jornada laboral.

Cuando levanto la cara para enfrentarme a este hombre terrorífico, barrigón, con un saco enorme, una barba horrorosa, y de voz masculina y *conseguidora de hormigueos*, lo primero que veo son unos ojos hipnotizadores que me dejan sin aliento.

Son verdes.

Yo los tengo verdes. Pero su verde hace que los míos parezcan del color de la caca de un animal salvaje.

Sí.

Son los ojos más bonitos que he visto jamás.

Y así de tan cerca.

No alcanzo a ver ni sus cejas pintadas de blanco, ni su cara pintada del mismo color. Ni esa horrible barba de mentira. Tampoco noto su barrigota.

Solo lo duro que está el cuádriceps sobre el que estoy sentada, medio despatarrada, con el vestido remangado a medio muslo, y mi carta de deseos...sí, todavía está en mi mano, temblando para dársela.

La risa se me borra de repente y la voz estridente de la ayudante me recuerda que tengo que darle la carta de una vez, y que deje de hacer la gilipollas.

¿En serio? ¿Me ha dicho eso? Qué mal educada.

Elfo, mala.

—La carta. —Repite él.

Muevo la mano de forma lenta y vacilante. Todavía paralizada por sus ojos.

En fin, soy adulta, sabe que esto es una broma y no la va a leer.

Se la entrego. Bueno, él estira y la arranca de mis dedos.

—Ya que eres la última del día, voy a leerla.

¡No!

Me muerdo el labio inferior y niego enérgicamente con la cabeza.

Por favor, por favor, que no la lea, que no la lea.

Pero la abre.

Y se pone serio.

Y la lee.

Debajo de ese bigote blanco, falso y ladeado, me parece ver un gesto en sus labios.

¿Sonríe?

—Interesante. ¿Y todo esto esperas encontrarlo debajo de tu árbol mañana por la mañana?

Vuelve a mirarme y siento como se me para el pulso.

La borrachera ha desaparecido de repente. Cobarde. Me ha dejado sola en el

peor momento.

Me armo de valor antes de abrir la boca y contestarle.

—Hombre, justo debajo no. —Susurro sin poder apartar la mirada de esos ojos escrutadores y penetrantes.

Sus ojos sueltan *chispitas*, es como si una estrella fugaz hubiera surcado el cielo justo delante de mí.

—Justo debajo no. —Repite en tono serio.

Siento como me sonrojo e inmediatamente intento levantarme, pero me lo impide.

—No querrás quedarte sin la foto de recuerdo.

—Oh, no te preocupes, le hemos hecho unas cuantas. —Oigo la voz de Mary en la lejanía.

—Y una historia en Instagram con la casi caída. —Replica Olivia.

Malas. Malas brujas.

—La haremos igualmente, entra en el precio de la donación. —Recalca Santa Claus de ojos hipnotizadores.

Me coloco bien sobre su pierna izquierda y miro de nuevo hacia la elfo maleducada, que ya está con la cámara en la mano esperando a que me coloque bien.

Intento sonreír pero el flash me pilla desprevenida y cierro los ojos.

Esto no podía salir bien de ninguna de las maneras. Ha sido una mala idea desde el principio.

Me levanto antes de que Santa diga algo más, y dejo un billete de veinte dólares en el bote de donaciones que sostiene la elfo mala.

Casi me caigo al bajar las escaleras, pero ahora son mis brujas malas las que me sostienen de la mano y evitan que vuelva a hacer el ridículo.

—¡Oh Dios! ¿Has visto lo bueno que está? —exclama Olivia.

Niego con la cabeza.

—¿Cómo olía? —pregunta Mary.

—¿A pintura blanca? —digo yo, aún incapaz de creerme lo que acabo de hacer.

—¿Qué has escrito en la carta de deseos?

—Algo que ese Santa Claus tiene pinta de saber regalar.

Rancho Cooper

La mañana del lunes todavía siento los efectos de la resaca y la fiesta del sábado por la noche. Casi casi he olvidado el incidente con *Santa ojos hipnotizadores Claus*. Casi, pero no del todo.

La tarde de ayer fue un no parar de recordar y de preguntar a Mary si, realmente, hice lo que parece que hice en esas fotos que tiene en su móvil y que coincide bastante con las imágenes que tengo algo borrosas en mi memoria.

—No te preocupes, ¿quién va a acordarse de eso? Además, Olivia eliminó el video de Insta enseguida. Apenas lo vio nadie.

—Exactamente, ¿cuántas personas son nadie, según tú?

—Val, acabas de llegar a la ciudad, la mayoría de estas personas no te conocen y, con los que pueden conocerte, antiguos compañeros de colegio, no tenemos contacto, apenas dos o tres a lo sumo. Nadie sabrá que le gastaste una broma a Santa Claus el buenorro. Seguramente sea algún estudiante intentando ganar algo de dinero mientras está de vacaciones.

Es cierto. Tiene toda la razón, ¿quién va a reconocerme en ese video?

—Por cierto, no nos has dicho qué pedías en tu carta.

—¿En serio crees que lo recuerdo? si casi no era capaz de mantener derecho el bolígrafo.

Lo recuerdo. Todo. Palabra por palabra.

—Bueno, hoy es el gran día. ¿A qué hora tienes que estar allí?

—A las cuatro. Me han dicho que es la mejor hora para poder atenderme y hacerme la entrevista.

—Mamá me ha dicho que les urge encontrar a alguien ya para cubrir el puesto. Pero todavía no le han asegurado cual será la vacante a cubrir.

—Bueno, en menos de dos horas lo sabremos. —Cruzo los dedos y se los muestro.

—Todo irá bien. Ya verás. Se positiva.

—Siempre. —Le guiño un ojo.

—Al final te has vuelto a poner las gafas. Deberías ir a revisarte los ojos a un especialista.

—Son mucho más prácticas. No me acostumbro a ir sin ellas, es como si me

faltara algo en la cara.

—Val, estás preciosa de cualquier manera, maquillada o no, la cuestión es que vayas como tú te sientas más cómoda, no dejes nunca más que nadie te diga como tienes que vestir o maquillarte.

Sé que se refiere a todo el tiempo que he estado con Brad y a mi madre. Y sé que me lo dice con todo el cariño.

—¿Qué te vas a poner para la entrevista? —cambia de tema hábilmente.

—Había pensado en algo clásico y sencillo. Quizá la falda de tubo, los zapatos de salón y la camisa blanca.

—¿En serio? —pregunta extrañada.

—Bueno, con el pañuelo a juego en el pelo.

—Ahora ya me gusta más. ¿Quieres que te haga algún peinado?

—Creo que no, lo alisaré y haré alguna onda.

Después de nuestra pequeña conversación, me ducho en un santiamén y me preparo en un tiempo récord.

Cuando ya estoy vestida, peinada, con el pañuelo cruzado y anudado debajo de mi oreja derecha, doy el último retoque al sencillo maquillaje con mi barra de labios especial.

Si hay algo no cambiaría jamás de los jamases de mi anatomía serían mis labios. Son carnosos sin parecer insuflados de silicona y le dan a mi cara un toque muy personal.

Me coloco las gafas de pasta color blanco y cojo mi bolso y la chaqueta.

Si todo va bien, volveré esta tarde y prepararé de nuevo mi maleta para mudarme a la que será mi casa en un futuro inmediato.

Bruce, el padre de Mary, me da unas instrucciones para que sepa llegar al rancho Cooper sin perderme.

Es un hotel rural, situado a las afueras de la ciudad, unos treinta kilómetros al este, perdido en mitad de la nada en la montaña.

Con esto y la app del móvil no debería perderme.

Así que, me despido de ellos y me subo en mi furgoneta.

Podría haber ido en taxi, pero como no sé cuánto rato me van a tener allí, no quiero arriesgarme a tener que pagar una barbaridad si lo hago esperar

demasiado.

El dinero que tengo gracias a la venta de la alianza tiene que durarme si no encuentro un trabajo hoy.

Conforme me voy alejando de la ciudad y voy adentrándome cada vez más en este precioso paraje natural, tengo cada vez más claro que disfrutaría mucho viviendo aquí. Aunque esté un poco alejado de la ciudad, solo hay algo más de cuarenta minutos hasta el centro. No es como vivir con mamá y Aaron, allí no tenía nada decente cerca a menos de doscientos kilómetros a la redonda. Solamente los restaurantes y el club de tenis al que pertenecía Brad y su familia. Aburrimiento asegurado.

Las carreteras son completamente practicables y los bosques colindantes están bien cuidados. Siempre he tenido miedo de quedar atrapada en un incendio forestal.

Otra parte buena es que en la misma propiedad del rancho hay un lago, el más grande del condado. Y en cuanto llegue la primavera podré disfrutar de unos largos. Nadar es algo que siempre me ha relajado. En el instituto formaba parte del equipo de natación.

Voy subiendo cada vez a más altura, las cumbres de las montañas que bordean el valle tienen ya sus cimas nevadas. Aquí debemos estar a algo más de ochocientos metros.

La voz de Rihanna y su *S&M* llena el habitáculo de mi furgoneta.

Me da buen rollo y me ayuda a preparar el estado de ánimo para enfrentarme a esta entrevista.

En mis anteriores trabajos todo fue mucho más sencillo y tranquilo para mí. Sabía como era el lugar donde iba a trabajar: la gasolinera del pueblo, el supermercado del pueblo. Todo del pueblo. Conocía a todas las personas que entraban en uno y otro lugar. Eso le iba muy bien a mi madre para tenerme controlada. Si alguien me veía mascando chicle, mi madre sabía el sabor del mismo; si un día me cambiaba de camisa porque la otra se manchaba, mi madre sabía de qué era la mancha. En fin. Entiendo su preocupación, fui un poco cabecita loca, pero era lo que tocaba por mi edad. Si lo hiciera ahora

sería peor. Pero a ojos de mi madre he tirado por la borda mi futuro. Dos veces: no yendo a la universidad y rompiendo el compromiso con Brad.

Y yo voy a demostrarle que eso no es así. Que conseguiré tener un trabajo con el que ganarme la vida y mantenerme por mí misma.

Sin darme cuenta, ya he llegado a la entrada de la propiedad Cooper.

Una enorme puerta metálica da la bienvenida a sus tierras, con el nombre de la familia grabado en ella.

La entrada del camino que lleva hasta la casa principal está bordeada por olivos y pequeños farolillos que de noche iluminaran el camino.

Desde aquí se pueden ver los establos y un gran ruedo donde ahora mismo hay una niña practicando con un precioso poni de color arena.

Considero que son unos animales sumamente bonitos pero nunca he estado cerca de ninguno. Y creo que, en la medida de lo posible, eso seguirá así. Espero que el trabajo no consista en estar con ellos.

Llego hasta el aparcamiento que hay justo al lado de la gran casa. Son las cuatro menos cinco, justo a tiempo.

Es una casa de estilo colonial, de color blanco y detalles en tonos tierra, lo que hace que se funda con el paisaje, un precioso porche con varios balancines; y los parterres están llenos de flores de temporada.

Al fondo se ve un bosque cercano, lo que le da un encanto mayor a toda la zona.

Cojo el volante con fuerza, cierro los ojos, respiro hondo y dejo salir el aire lentamente. Y ahora sí, ya puedo salir del coche para ir a conocer al señor Cooper.

Aquí hace un poco más de frío que en la ciudad pero eso tiene fácil arreglo. El aparcamiento está lleno de coches familiares, estas deben ser fechas de mucho trabajo. Con las vacaciones navideñas, las familias que pueden permitírselo, salen a pasar las fiestas todos juntos, en lugares con encanto como este.

Después de comprobar que tengo la falda bien alisada, el cuello de la camisa bien colocado y el pelo en su sitio, me dirijo hacia la entrada principal.

Camino hacia la entrada y, tras cruzar la puerta de cristal, un suave hilo musical estilo far west me da la bienvenida.

Enseguida aparece un chico joven, debe ser el recepcionista. Va vestido con una camisa blanca, chaleco y pantalones negros. Lleva una divertida pajarita de color rojo navideño. Se coloca detrás del mostrador y me sonrío, invitándome a acercarme.

—Buenas tardes, señorita. Bienvenida al rancho Cooper, ¿tiene una reserva?

Tiene una sonrisa bonita y agradable y creo que me recuerda a alguien pero no tengo claro a quién.

Veo en su chapa identificativa que su nombre es Steve.

—Buenas tardes, Steve. Soy Valerie Davis. Tengo una entrevista con el señor Cooper, a las cuatro.

Levanta las cejas e inclina levemente la cabeza, sonriendo.

—Bienvenida, Valerie. Te está esperando. Si me acompañas te llevaré hasta su despacho.

Su voz es alegre y divertida, sé en ese mismo momento que nos vamos a llevar bien. Si consigo el trabajo, claro.

Caminamos por un ancho pasillo enmoquetado, decorado con distintos cuadros representativos del lugar. También hay una curiosa mesa con la base de madera y sobre ella una rueda de carro en la que hay colocadas, con sumo cuidado, decenas de hebillas de vaquero protegidas con una superficie de cristal.

—No nos conocíamos, ¿verdad? —pregunta Steve, caminando a mi lado— no te había visto nunca por aquí ni por la ciudad.

—Oh, no. La verdad es que vengo de Janespot.

—No me suena. No está muy cerca, ¿no?

—A unos seiscientos kilómetros más o menos.

Se para delante de una puerta, la última en este largo pasillo.

—Es aquí. Hoy está de buen humor. Mucha suerte.

Me sonrío mientras llama a la puerta y la abre a la vez.

—Valerie Davis está aquí.

—Perfecto. Hazla pasar.

Uy, qué voz. Debe ser un hombre muy rudo y rígido.

Steve se aparta de la puerta y me deja el paso libre.

—Adelante.

—Gracias, Steve.

Me endezco y paso al despacho del señor Cooper.

Está sentado detrás de un gran escritorio de caoba, lleno de papeles desordenados, tiene una librería llena de grandes tomos de enciclopedias y varias fotos repartidas por las paredes. Justo detrás de él hay un gran ventanal con vistas a las cimas nevadas y a los establos.

—Señor Cooper, un placer.

—El placer es mío, Valerie. Por favor, llámame James.

Se inclina hacia delante y me tiende una mano que aprieto con energía. No quiero que piense que soy una debilucha que no podrá hacer las tareas que se le encomienden.

Me llama la atención el parecido con Steve, el recepcionista. La verdad es que me da la impresión de que se parecen entre ellos, y a la vez me recuerdan a alguien aunque no consigo adivinar a quien. Quizá sí los había visto cuando vivíamos en la ciudad y no los recuerdo. Aunque tengo claro que jamás habíamos venido a pasar ningunas vacaciones en este lugar.

—Toma asiento, por favor. Disculpa el desorden, no doy abasto con todo este trájín.

Dejo la chaqueta colgada en el brazo de la gran butaca y me siento, manteniendo la espalda derecha y sosteniendo el dossier con mi currículum.

—Bueno, cuéntame algo sobre ti.

—He pensado que le iría bien tener mi currículum personal, aquí podrá ver mi experiencia laboral.

Se lo entrego y él se coloca unas pequeñas gafas, con montura al aire y lo veo hacer un gesto con los ojos que me sorprende.

¿A quién se parece este hombre?

Mientras lo lee con atención me fijo en él. Es un hombre alto y robusto; de unos sesenta, sesenta y cinco años; de cálidos ojos azules y pelo cano. Su voz hace que de algo de miedo, es de tez seria y los pómulos altos lo hacen

parecer más serio, pero lo cierto es que es muy amable y sus ojos transmiten paz.

—Veo que no acabaste tus estudios, pero eso no te ha impedido trabajar.

—Cierto, señor.

Bueno, yo lo he intentado.

—Yo tampoco estudié más allá del instituto y pude hacerme cargo del negocio familiar. Así que no valoraré de forma negativa ese punto, tranquila.

¡Gracias al cielo! Ya me veía de vuelta a casa de Mary sin haber conseguido el trabajo. Sonríe y asiento feliz de que este hombre esté dispuesto a darme una oportunidad.

—Te explicaré las condiciones que ofrecemos y el sueldo. Como sabrás incluye la vivienda. Dispondrás de una de las antiguas cabañas que están a cinco minutos caminando por el sendero. En ella tendrás todo lo necesario para ti: cama doble, cocina equipada, baño propio. Las comidas las puedes hacer en la casa grande, por lo que solo tendrías que cocinarte la cena, o calentarla en caso de que te apetezca algo de lo que haga la señora Williams, que es nuestra cocinera jefe. Tendrás fiesta un día a la semana, que ahora mismo no podría decirte cual, hablaremos de eso con mi esposa. Creo que su idea es que empazaras como camarera de piso. Ya sabes, limpiando las habitaciones.

»Tenemos un total de doce habitaciones, algunas de ellas dobles y otras familiares, todas con cuarto de baño completo y las dos suites cuentan también con jacuzzi privado. Por lo general nuestra clientela suele ser fija, hay familias que vienen a nuestro rancho desde hace varias generaciones. Aquí aprendieron a montar y a disfrutar de la naturaleza, que en su día a día no pueden disfrutar. Somos una empresa familiar y siempre nos hemos volcado en la satisfacción y el bienestar de nuestros huéspedes.

Empresa familiar, ¿puede ser que sea el padre de Steve el recepcionista?

Entra un poco más en detalles sobre el sueldo y el horario y algunos pequeños detalles.

—¿Cómo lo ves? ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

¿Capaz de hacerlo? Hacer camas, limpiar, colocar toallas. Por supuesto que

sí.

—¿Dónde tengo que firmar? —sonríó.

Me tiende de nuevo su gran mano y se levanta.

Hago lo propio y, con un apretón de manos, confirmo mi puesto de trabajo. Con un sueldo más que respetable con el que podré empezar mi vida independiente, mi vida de mujer autosuficiente y adulta, ¿qué más puedo pedir?

—Nuestra asesoría preparará toda la documentación para que firmemos el papeleo. Por el momento espero que te fíes de mi palabra. Como podrás ver, yo no doy abasto con todo este montón de facturas. Antes se encargaba mi hija pero hace seis meses que no puede venir a trabajar.

Vaya, ¿estará enferma?

—Espero que se recupere pronto.

—Gracias, muchacha. Sois más o menos de la misma edad. —Mira mi currículum, observando mi fecha de nacimiento—. Ah, tú eres cuatro años menor que Helen, pero tienes la misma edad que mi Steve.

—¿Steve el recepcionista?

—El mismo. Las chicas suelen decir que se parece mucho a mí cuando yo era joven, guapo y apuesto —Ríe—. Pero mi hijo mayor, Tyler, al que conocerás en breve, ese sí tiene mi planta. Dentro de poco será él quien dirija el negocio familiar, estoy seguro de que no tendrás ningún problema con él.

Vaya, otro hijo.

Pienso en ofrecerme para llevarle la documentación y la administración, no sé si será muy osado por mi parte, pero sé que podría hacerlo y él ya me ha dejado claro que no puede con todo.

—Señor Cooper, como habrá podido ver en mi currículum, hasta ahora trabajaba para el marido de mi madre, siendo la responsable de la administración de su pequeña empresa de compraventa de coches, hice un ciclo de administración y contabilidad básica. Si cree que puedo serle de utilidad en ese ámbito no tiene más que decírmelo.

—Pues no te digo que no, muchacha. No te digo que no. Ven, ahora vamos a buscar a la señora Cooper, mi mujer, Maggy, acabo de ver llegar su coche y

seguro que quiere conocerte.

Nos levantamos y, mientras estoy cogiendo mi chaqueta, alguien abre la puerta con mucho ímpetu.

—Papá, otra vez los niños de la ciento tres han vuelto a arrancar las primulas que planté ayer. Tendrás que pensar en cobrarles un suplemento. Esta vez han sido todas las jardineras. Y después las han tirado a la piscina exterior, saltando la valla de seguridad. Estoy harto de esos demonios, siempre hacen lo mismo.

No he acabado de girarme cuando me doy cuenta de que mi piel se ha erizado como si me hubieran acariciado con una pluma. Siento un hormigueo que recorre mi columna vertebral y lo hace bajar por mis piernas.

—Tyler, deja que te presente a la señorita Davis. Valerie...

Y en ese momento me giro hacia la puerta, sonriendo y veo como unos hipnotizadores ojos verdes me fulminan con la mirada.

—Valerie, parece que has visto a un fantasma —Es que me siento como si fuera así—. Este es mi hijo Tyler. Tyler, ella es Valerie, empezará a trabajar con nosotros mañana. ¿Podrías encargarte de enseñarle las instalaciones? Ocupará la cabaña *Breath*.

No deja de mirarme, atravesándome con esos ojos perturbadores. Diría que está enfadado. Mucho. Y no creo que sea solo porque le hayan arrancado las primulas.

La verdad es que verlo así al natural, sin todo el disfraz de Santa le favorece y de qué manera. Es más alto de lo que imaginaba, más incluso que su padre y que su hermano Steve. Lleva puesta una camisa a cuadros en tonos azul y una camiseta interior blanca, está algo manchada de tierra, seguramente él sea el encargado de la jardinería. Unos vaqueros oscuros ajustados a sus piernas, que nada tienen que ver con la calzas rojas que llevaba cuando lo vi por primera vez hace dos días, le dan un toque de granjero sexy innegable.

—Muchacho. ¿Dónde están tus modales? Cualquiera diría que has estado en el ejército.

Cambia la expresión de su cara.

Se acerca a mí y extiende su mano. La miro, extrañada y me obligo a levantar

la mía para estrecharla con la suya.

Es una mano grande, fuerte, la misma con la que me cogió de la cintura antes de ayer. Cuando sus dedos alcanzan mi mano una extraña corriente me recorre y creo que se me ha erizado todo el pelo, debo de estar horrorosa. Ahora conocerá a la zanahoria despeinada. Su temperatura y el tacto áspero de su piel no me causan ningún tipo de rechazo. Al contrario. Es una sensación muy agradable.

—¿Os conocíais? —pregunta James.

—Puede. —Dice él sin dejar ver ningún tipo de sentimiento.

—No. —Contesto yo a la misma vez, casi sin aliento.

Se acerca a mí y me paraliza aún más, teniendo que inclinar hacia atrás la cabeza para seguir atrapada en sus ojos.

—Ya puedes cerrar la boca, Valerie. —Susurra.

La cierro de repente, mientras seguimos moviendo las manos arriba y abajo, saludándonos todavía.

—Oh, estáis aquí.

La voz de una mujer hace que deje de mover la mano y que suelte, rápidamente, la mano de Santa...digo, Tyler.

Tyler

—Maggy, querida, deja que te presente a nuestra nueva incorporación. Valerie, esta es mi preciosa mujer, Maggy.

Me parece algo tan tierno y precioso la forma que tiene de presentarla, que después de tantos años se quieran y lo demuestren así.

Es una mujer muy guapa, rubia, con bonitos ojos verdes pero me da la impresión de que están algo tristes.

Sin duda esta forma de presentar a su mujer ha conseguido que vuelva a pisar con los pies en la tierra después del sobresalto de conocer a su hijo mayor.

—Encantada de conocerla, señora Cooper —Le tiendo la mano para saludarla.

Pero ella no le hace caso, me sonrío y se acerca para darme un suave abrazo y un beso en la mejilla.

—Nada de señora Cooper, eso lo será la esposa de mi hijo cuando decida sentar la cabeza de una vez. Llámame Maggy, ahora eres parte de esta familia. Sabe Dios que una vez que James hace una entrevista y se decide por contratar a alguien, es porque tiene algo especial, algo único. Y nosotros buscamos lo mejor para atender a nuestros huéspedes.

Oh, oh.

Él está serio, mira a su madre y niega con la cabeza, algo exasperado. Se acerca a ella y le da un dulce beso en la frente.

—Estaré fuera, esperando para hacer de guía. Papá.

Sin mirarme de nuevo, y con un leve movimiento de cabeza, sale del despacho y nos deja allí a los tres.

—Querida, espero que te sientas cómoda trabajando con nosotros. Si tienes cualquier duda, no temas en preguntar a cualquiera de mis hijos, ellos conocen la casa a la perfección. Ya irás conociendo al resto del personal. No somos muchos, pero formamos una gran familia. Nuestro pensamiento es jubilarnos y dejar paso a la siguiente generación. Especialmente a Tyler.

—Gracias, Maggy. Espero sentirme como en casa.

—Hablando de eso, si echas algo en falta en la cabaña que te hemos asignado, no tienes más que pedirlo. Cualquiera de los chicos puede llevarte

lo que necesites.

—Estoy segura de que tendrá todo lo necesario. Muchas gracias.

—Gracias a ti, muchacha. ¿Necesitas ayuda para traer tus cosas hasta aquí?

—No será necesario. Traigo pocas cosas, solo tendré que bajar hasta la ciudad para recogerlas en casa de la amiga donde he pasado estos últimos días.

—Ten cuidado por la carretera si conduces de noche. Puedes encontrarte algún trozo helado y patinar las ruedas del coche. No queremos que te pase nada.

James abraza a su mujer y esta se recuesta en su hombro mientras me sonrío.

—Ahora ve con Tyler, él te enseñará como llegar hasta la cabaña. Y si te apetece cenar esta noche con nosotros, a partir de las ocho se sirve la cena.

—Gracias de nuevo, pero creo que me quedaré colocando mis cosas y cenaré algo ligero.

Salgo del despacho y vuelvo hacia recepción por el largo y enmoquetado pasillo. Steve está hablando con un matrimonio de septuagenarios. Estos deben de ser de los clientes de los que hablaba el señor Cooper, clientes de toda la vida.

Gira la cabeza y me ve. Sonríe y se despide del matrimonio.

—Bueno, así que empiezas mañana. Bienvenida al rancho Cooper, Valerie.

—Gracias, Steve. Supongo que ahora que seremos compañeros de trabajo nos veremos por aquí. Espero no tener que molestarte mucho con mis preguntas de novata.

—Bueno, en realidad solo paso aquí algunas temporadas del año. Estoy en el último curso de la universidad, pero mientras yo esté aquí, puedes contar conmigo para lo que necesites.

Sonríe y sus ojos azules se iluminan. Ya sé a quién me recordaba, a su hermano Tyler.

—Deja de entretenerla, tengo cosas que hacer.

La voz masculina y tajante de Tyler suena ahora por mi espalda.

—Supongo que ya has conocido al simpático de mi hermano. —Afirmo

Steve con una mueca en la cara—. Ladra mucho pero no muerde —asegura.

—Lo tendré en cuenta —digo no muy segura de que eso sea cierto.

Giro y él sigue ahí, observándome con su escrutadora e intimidante mirada mientras aguanta la puerta para que yo pase.

Me acerco a él sin poder apartar la mirada de sus ojos.

Apenas me había dado cuenta de que su pelo es oscuro y sus cejas son pobladas pero bien definidas. Ya no tiene toda esa pintura blanca en su rostro ni la falsa barba blanca, ahora se aprecian bien sus rasgos y esa barba negra de tres días que le cubre la cara.

—Mirad, chicos, estáis los dos bajo el acebo —sonríe burlescamente Steve—. Deberíais daros un beso.

Desde luego Steve, se pasa de gracioso.

Paso por su lado y salgo al exterior, Tyler aguanta la puerta y sale tras de mí.

—Gracias —susurro al pasar por su lado.

Bajo los tres escalones de la entrada y me doy cuenta de que ya ha oscurecido por completo. La entrada hasta la casa grande está llena de pequeñas luces centelleantes a ambos lados que indican el camino.

—Es por aquí —dice en tono poco amigable.

Es siempre tan serio. No puedo creer que sea así, quizá tiene un mal día. Una persona que se presta a disfrazarse de Santa Claus y a aguantar a toda una jauría de niños, madres y locas borrachas como yo durante todo el día no puede ser mala persona.

Sí, es un estudio que acabo de hacer yo misma. No necesito más sondeos ni encuestas.

Es muy alto, más de metro noventa, diría. Con sus pantalones vaqueros y esas botas de campo puede caminar mucho más rápido que yo, que voy con la falda de tubo y los zapatos de tacón.

Dejamos atrás la casa grande y veo un caminito iluminado hacia la derecha de la gran zona enjardinada.

—¿Te importa esperarme? No puedo caminar tan rápido —va unos cuantos metros por delante de mí.

—Vienes a un rancho, ¿no se te ha ocurrido venir vestida de otra manera?

Espeta así de sopetón, parándose en mitad del camino sin previo aviso consiguiendo que casi choque contra su cuerpo. Una vez más.

Freno justo delante de él, y tengo que levantar la mirada para verle la cara.

¿Por qué es tan desagradable conmigo? ¿Es por lo que puse en la carta?

—¿Vas a decir algo? ¿Por qué me miras así?

La mandíbula se me descuelga y, de repente, me doy cuenta de que este hombre es un maleducado, igual que la elfo mala.

—Primero: no se me ha ocurrido venir menos arreglada a una entrevista de trabajo; sí, en un rancho, pero cuando me he arreglado no sabía si me iban a dar el trabajo o no.

Sigo mirándolo sin poder dejar de hacerlo. Estoy molesta conmigo misma. Es como si me hubiera hipnotizado.

Otra vez.

—¿Y segunda?

Hola... Tierra llamando a Valerie.

—¿Segunda? —no sé a qué se refiere.

Sacude la cabeza y sigue caminando, eso sí, ahora más despacio.

¡Ah! ahora lo recuerdo. Segunda, por qué lo miro así.

—No entiendo porque tienes que ser tan desagradable conmigo. ¿Es por la carta de deseos? —me atrevo sacar el tema.

Menos mal que apenas hay iluminación, debo tener la cara más roja que aquella vez en la que me quemé tomando el sol.

Se hace el sordo y sigue caminando. No sé si es mejor o peor.

Seguro que mejor.

Vamos por un precioso y pequeño sendero que serpentea entre los pinos blancos. Me gusta esto de estar en el bosque pero cerca de la civilización. Al final del camino empiezo a distinguir las luces que bordean la forma de una pequeña casa. Mi cabaña.

Y justo tres árboles más a la derecha, hay un puente colgante que lleva a una casa de árbol espectacular. Mucho más grande que la cabaña, debe tener el hogar ardiendo, se ve salir el humo por la chimenea. Es algo digno de ver.

—Es lo más bonito que he visto jamás —digo más para mí misma que para

él.

Parte de la casa queda por encima de la cabaña en la que me alojaré. No da para nada sensación de estar en mitad del bosque, está iluminado sin ser nada estridente y todo muy integrado dentro de la misma naturaleza.

—Debe ser alucinante pasar una noche en la casita del árbol. Ojalá pudiera...

—¿Añadiendo otro deseo a tu lista, Valerie? —dice en tono vacilón.

Se detiene delante de la puerta de la cabaña y saca una llave del bolsillo de su pantalón.

Prefiero no contestar a su comentario. Extiendo la mano para que me dé la llave de la cabaña, la deja caer sobre mi palma sin dejar de mirarme de esa forma tan extraña y cautivadora.

Me fijo en sus manos, son grandes y proporcionadas, con una sola de ellas podría taparme la cara entera.

No lleva chaqueta, ¿este hombre no tiene frío?

—Bueno...esto, gracias por acompañarme hasta aquí.

—En realidad venía a mi casa —mira hacia arriba, sobre mi tejado, a dos metros, está la casa del árbol. Es donde él vive.

¡Oh! Voy a vivir debajo de este hombre.

—Pero, yo creí que... vivías en la casa grande...eres el dueño.

—Pues ya ves que no.

Sin decir nada más, se aleja hacia el puente colgante que lleva a su preciosa casita de árbol. Mientras yo lo miro embobada alejarse en la penumbra.

Me giro y abro la puerta de mi nueva casa.

Es pequeña pero coqueta.

Huele a limpio, parece que la han limpiado hace poco.

Nada más entrar puedes ver la chimenea en la cocina americana; la zona de comedor, sala de estar y cocina son la misma estancia pero todo está limpio y ordenado. Tengo espacio de sobra para mí. Así me será más fácil mantenerlo todo recogido. Las paredes interiores son igual que las exteriores, troncos de madera, redondeados y cálidos, combinados con algún paño de pared pintado en color amarillo pálido. Unas bonitas y modernas lámparas tipo nave

industrial cuelgan sobre la mesa del salón y le dan un toque diferente, y en la cocina hay una rueda de carro con bombillas que imitan a antiguas velas.

Voy hacia una de las dos puertas que veo hacia el lado derecho, abro y es un cuarto de baño completo, con bañera. Tiene ventana por la que entrará mucha luz natural.

Y la otra puerta es la de mi dormitorio. Una cama doble ocupa casi toda la estancia, los listones de madera que cubren todas las paredes le dan un aspecto más cálido y hogareño.

Con algunos toques femeninos la convertiré en mi casa, aunque sea temporal, será mi casa. Nadie la pagará por mí, nadie me mantendrá. No tengo una carrera, ni un prometido adinerado pero eso no influirá en si seré o no una desgraciada en la vida. Mi esfuerzo y dedicación, sí.

Abro el mueble de la despensa y veo que apenas hay nada de comer. Así que mejor me voy ya a recoger mis maletas a casa de Mary y pasaré por el supermercado para tener algunos productos básicos en mi cocina.

Salgo de la cabaña y me envuelve el olor a naturaleza mientras el frío vuelve a recorrerme la piel. Por la noche es mejor ir bien abrigada, aquí hace bastante frío. Miro hacia arriba y veo luz en por las ventanas de la casa del árbol. Tyler debe seguir ahí.

Mientras vuelvo por el camino hacia la casa grande me doy cuenta de que Tyler tenía razón con el tema de mi calzado, si tengo que estar caminando por este sendero lleno de pequeños guijarros, será mejor que no lleve estos zapatos de salón, noto todos y cada uno de ellos en la planta del pie. Llego hasta mi coche en menos de cinco minutos, la verdad es que es un paseo agradable el que hay de la casa grande a la cabaña y viceversa.

Estoy rebosante de emoción.

Llamo a Mary cuando ya me pongo en la carretera hacia la ciudad. Contesta al segundo tono.

—¿Es tuyo? —pregunta ansiosa.

—¡Sííí! —chillo yo también súper feliz.

—¡Cuánto me alegro nenita, eso es fantástico! Sabía que lo conseguirías. ¿Cuándo empiezas?

—Mañana por la mañana, a las ocho en punto. Espera que ahora no tengo mucha cobertura y te pierdo. Ahora, ¿me escuchas?

—Creo que sí. ¿Vienes a por tus cosas?

—Sí, ya estoy a mitad de camino. También necesitaré aprovisionarme de algunas cosas, y comprarme unas botas de montaña. Creo que las necesitaré. Y tengo algo que contarte.

—Dime, dime. No me dejes en ascuas.

—¿Sabes quién es el hijo de los dueños?

—¿Quién?

—Santa Claus.

—¡No! Me estás tomando el pelo.

—Imagínate cómo me he quedado yo cuando ha irrumpido en el despacho de su padre al finalizar la entrevista. Suerte que ya me había contratado. Espero que no sea indiscreto y sepa entender que lo del otro día era una broma.

—Claro que sí, Val. Si no le viste ni la cara hasta que no te caíste sobre él.

—Espero que tampoco se lo diga. No quisiera que tomaran una imagen de mí que no es.

Seguimos hablando y antes de darme cuenta ya estoy aparcando delante de la casa de Mary, he tenido todo el camino para ir explicándole como ha ido la entrevista y las condiciones del trabajo.

Entro en su casa, sus padres no están y ella ya tiene listas mis cosas para que no pierda más tiempo y pueda ir a comprar lo que necesito antes de volver al rancho.



Tirado en el sofá de mi rincón de paz y tranquilidad pienso una vez más en la curiosa nueva camarera de piso.

Valerie.

En la vida había visto una chica igual de loca, atrevida y graciosa como ella.

Sí, no puedo negar que es graciosa.

Cuando estaba acercándose hacia la cola de niños que esperaban para darme su carta de deseos para estas navidades, la vi inmediatamente, esa melena pelirroja no es fácil de ocultar. Además con esa forma de caminar, contoneándose por el pasillo, con esas botas altas de tacón, no imaginé nunca que se colocara ella también y, menos aún, que tuviera el coraje y la desfachatez suficiente para darme la carta que me dio, deseando lo que deseaba.

Tengo que admitir que me la imaginé de muchas maneras mientras la leía, y esa noche también, aquí en este mismo sofá.

Justo debajo del árbol no, dijo.

Y ahora es ahí mismo, justo debajo de mi árbol, donde va a vivir.

Menos mal que no le envié un Whatsapp para intentar algo con ella. Esa es la regla número uno: sexo y trabajo son incompatibles. Ya me pasó una vez y no volverá a pasar.

El que suele acostarse con las hijas de los clientes mientras le pagan las clases de equitación, es Steve. Si un día se entera nuestro padre, lo matará y lo enterrará dentro de nuestro bosque.

Debe ser la típica buscona que se tira a los brazos de cualquiera. Quién si no se hubiera atrevido a darme semejante carta. Quizá pensara que no iba a leerla, quizá quiso hacerse la graciosa con sus amigas. Conozco a casi todas las chicas de la ciudad y a ella no la había visto antes, puede que se haya mudado hace poco.

Tiene una forma extraña de mirarme. Se queda ahí pasmada, como si estuviera esperando que la ataque en cualquier momento. Será por la miopía que intuyo que tiene, seguramente esas gafas blancas que le tapan la cara no estén bien graduadas.

Ty, déjalo ya, chaval. Estás dándole demasiadas vueltas al asunto de la nueva camarera. Está para echarle un polvazo pero, gracias a papá, eso no va a ser posible.

Lástima. Sentirse envuelto por sus muslos debe ser un gustazo. Y esos labios carnosos y rojos...

Acabo la cerveza que tengo en la mano y me levanto para encender el equipo

de sonido antes de darme una ducha. *Crazy* de Aerosmith llena la estancia mientras me dirijo a mi cuarto de baño.

Acciono el grifo del agua caliente y me desnudo. Me miro un momento en el espejo, acerco la cara a este y sopeso si afeitarme ya la barba y darle una alegría a mi madre o, dejármela unos días más y disfrutar de ella.

Durante mis años en el ejército no la dejé crecer nunca, pero la verdad es que me gusta como me queda.

Acabo con un buen chorro de agua fría y me preparo para esta noche. Tengo una cita.

Mientras me visto, miro una vez más la fotografía que ocupa un espacio especial en mi habitación.

Metal aparece a mi lado, enroscándose en mis piernas.

—Amigo, hoy te quedas solo durante unas horas.

Cierro la puerta de casa y, cuando estoy por mitad del camino, escucho el ruido de algo siendo arrastrado.

Valerie.

No sé por qué sigue con esa falda que le impide caminar como una persona normal, va dando pasos de pajarito. Si hubiera osos por la zona, sería una presa muy fácil.

Me sonrío cuando ve que soy yo el que se acerca a ella. La tenue iluminación de las luces del camino le dan un aire misterioso. Tiene una sonrisa bonita. Pero no va a conseguir que le cargue las maletas hasta su cabaña.

—Hola —saluda a media voz cuando estoy llegando a su altura.

Otra vez vuelve a mirarme de esa extraña manera, parece que quiere ver en mi interior. Sus ojos se quedan fijos en los míos. Los tiene de un bonito color verde. Y sus espesas pestañas hacen que resalten dándole un brillo especial a su pequeña cara.

Hago un movimiento rápido de cabeza y sigo adelante. Tengo que pararme un momento en la casa grande y no quiero llegar tarde a mi cita.

La oigo decir algo, pero la verdad, no le presto más atención. Supongo que estará quejándose porque no le haya ofrecido mi ayuda caballerosa.

Preciosa, eres mi empleada, no una clienta, no voy a llevarte las maletas

hasta tu habitación.

Ya veremos si es capaz de hacer sus tareas, no pienso permitir que haga ir mal al resto de personal porque ella no sea capaz de acabar su trabajo. Si no se espabila, se va de patitas a la calle.

El día que yo dirija el rancho, se acabará el contratar a mujeres como ella. De esas que te hacen girarte para ver como mueven el culo al caminar.

Me subo a mi *pickup*, subo el sonido de la música y dejo que las guitarras de Metallica me acompañen hasta la ciudad.

Primer día

El despertador suena pronto a la mañana siguiente, pero me despierto con ganas y energía suficiente para aguantar todo el día.

Estoy algo nerviosa, no lo voy a negar, pero eso no es nada malo, es solo la señal que envía mi cuerpo ante un día importante, con las novedades que eso conlleva, y estoy lista para enfrentarme a él. He dormido de un tirón.

Son las siete y media y ya me he duchado y preparado un café.

Cuando llegue tendré que pedir que me den un uniforme, así que iré a la casa grande con unos minutos de tiempo para empezar puntual.

Me calzo las botas de montaña que me compré ayer y me pongo el abrigo y la bufanda antes de salir por la puerta. Fuera hace mucho frío. En cinco días será fin de año y la previsión del tiempo es de ola glaciaria y nieve. Sin duda, los clientes aficionados al esquí o snow estarán de lo más contentos, las estaciones de esquí cercanas tienen nieve para aburrir.

Cuando estoy llegando a la casa grande veo salir a Tyler por la puerta principal. Baja de un salto los tres escalones y corre en sentido contrario al que yo estoy. Creo que no me ha visto.

Entro y, al igual que ayer, Steve es el que está en recepción. Se escucha ajeteo de platos en lo que debe de ser el comedor y la cocina que no estará muy lejos.

—Buenos días, Valerie. ¿Qué tal has dormido en la cabaña?

—Buenos días, Steve. Muy bien, gracias. Es un lugar con mucho encanto. Es como estar en un cuento.

—Tyler vendrá ahora mismo y te enseñará la casa y el funcionamiento en general.

—Perfecto. Lo he visto salir a toda prisa cuando llegaba. ¿Espero aquí mismo? —pregunto.

—Ya puedes venir conmigo.

Él entra de nuevo, tan rápido cómo ha salido antes, y pasa por mi lado sin saludar, tan solo dando órdenes. Su voz no admite réplica.

En serio, este chico tiene algún problema de personalidad. Espero que no me haga la vida imposible, no me gustaría quedarme sin el trabajo antes de empezar.

—Hasta después, Steve —sonrió al hermano simpático.

—Hasta después, preciosa.

Simpático y adulador.

Pero no puedo decir que me disguste, ¿a qué mujer le amarga que la piropeen?

Corro unos metros detrás de Tyler *Santa borde Claus*, hasta que se detiene delante de unas puertas de doble hoja.

Entra en una habitación repleta de cajas, debe ser el almacén.

Busca en unas cajas que hay sobre la última estantería y de ahí saca un par de bolsas transparentes con lo que creo que son uniformes de camarera.

—Creo que este te irá bien —dice después de sacar la tela de la bolsa y repasarme de arriba abajo.

Otra vez vuelvo a encontrarme con sus ojos y vuelvo a quedar presa en ellos. Hasta que no lo veo levantar las cejas exageradamente, no pestañeo y me doy cuenta de lo que estaba haciendo.

—Si vas a estar mucho rato mirándome así cada día, tendrás que recuperar el tiempo que pierdas de tu jornada.

No sé por qué pero no soy capaz de mantener mi boca cerrada.

—Son tus ojos. Parecen de gato. Y me dan miedo los gatos.

Me tapo la boca en ese mismo instante cuando soy consciente de lo que acabo de decir. Le he dicho a mi futuro jefe que parece un gato.

Me parece ver una pequeña sonrisa, pero no. Está serio y cierra el puño con fuerza a su costado, sosteniendo el uniforme en uno de ellos. Lo va a dejar completamente arrugado.

Se acerca a mí, observo la mano que sostiene el uniforme de color rosa pastel y, cuando está lo suficientemente cerca como para cogerlo, estiro la mano para llegar a él.

Pero Tyler *ojos de gato*, levanta la mano impidiendo que lo coja.

—Ten cuidado, pajarito, estás en la montaña, cualquier animal salvaje podría cazarte y devorarte.

Dejo escapar todo el aire que tenía en los pulmones y me sonrojo incontrolablemente. Me pone nerviosa, y cuando me pone nerviosa intento

colocarme las gafas bien aunque estén perfectamente colocadas. O no las lleve puestas, como es el caso.

Estamos muy cerca el uno del otro, a menos de un palmo de su pecho. De su cuerpo cubierto por un bonito jersey de punto y el cuello de una camisa blanca resaltando en contraste con su piel morena. Huele a alguna loción fresca y envolvente. Su cercanía causa estragos en mi auto control.

Nos miramos fijamente, yo sin poder remediarlo, él recalcando quién es el que manda aquí.

De repente, baja la mano y la coloca entre nuestros cuerpos.

—Pruébate, si no es de tu talla, en esas cajas de ahí arriba tienes más. Las zapatillas están a tu derecha.

Y así, en un veloz instante, pasa de estar aquí adentro conmigo, a dar un portazo y salir al pasillo.

Esto va a ser realmente difícil.

Me desnudo en un santiamén y me pruebo el uniforme.

Parece un poco anticuado pero no voy a empezar a poner pegas el primer día y menos por el uniforme.

Perfecto.

Se ciñe un poco más en mis caderas pero no hay peligro de reventón. Se abrocha con botones por la parte delantera, dejo los dos superiores desabrochados y miro a ver qué tal queda. Sí, me gusta, apenas se ve canalillo. Con las medias de alta densidad no hay peligro de que tenga frío en las piernas.

Me coloco el delantal blanco por encima y lo anudo a mi espalda. Y ahora voy a ver si encuentro las zapatillas de mi talla. El tercer par que cojo es el correcto. Parecen zapatillas de hacer deporte, de las que debió usar mi madre cuando tenía mi edad, blancas totalmente y atadas con cordones.

Y ahora viene lo más difícil, salir y ver si Tyler sigue esperando para enseñarme lo que debo hacer o me tengo que espabilar sola.

Abro la puerta y, creo que no está, cuando aparece en mi campo de visión. Está hablando con una mujer joven. Debe de tener mi edad más o menos.

Intento cerrar la puerta sin hacer ruido pero, fracaso estrepitosamente, una

corriente de aire hace que parezca que he dado un portazo.

Tyler deja de hablar y dirige su mirada salvaje hacia mí, que le sonrío dulcemente para evitar que se moleste aún más conmigo. Todavía no tengo claro por qué está molesto. Aunque tampoco quiero preguntárselo.

Cuando la mujer se marcha hacia el otro lado del pasillo, él viene hacia mí y pasa de largo delante de mis narices. Supongo que querrá que lo siga, así que eso mismo es lo que hago.

Llegamos hasta unas escaleras de servicio. De repente, se para y se echa a un lado, hace un gesto con la mano indicándome que pase primera.

Empiezo a subir delante de él mientras voy pensando en lo extraño de su actitud. ¿Ahora le salen los modales? Pero cuando llego a la mitad de la escalera me percató del motivo real para tal acto. Me he girado y lo he pillado mirándome el culo, de una manera tan descarada que no he podido decirle nada. Principalmente porque me ha secado la boca verlo de esa manera. Quizá debería avisar a su padre sobre su actitud. Aunque si no entendí mal, él será mi jefe en poco tiempo.

Espero no perder mi trabajo por la tontería de la carta de deseos.

Antes me ha llamado pajarito, él debe ser el gato salvaje de la zona. Seguro que la mujer de antes es una de las muchas que debe tener. El perfil está claro: hombre, físicamente atractivo, guapo de cara, ojos hipnotizadores, heredero de todo este complejo, no deben faltarle el dinero ni las mujeres. Seguro que chasquea los dedos y le aparecen mujeres así, como por arte de magia, sobre sus hombros y a su alrededor.

—¿Valerie, estás escuchándome?

¡Mierda! Me estaba hablando y no me he dado ni cuenta, dentro de mi mente fantasiosa.

Me doy la vuelta en el pasillo y pongo cara de estar atenta a todo lo que me dice.

—Por supuesto que sí, Tyler.

Niega con la cabeza y empieza a hablar.

—Estas dos puertas son las habitaciones de mis padres. Tú te encargarás de ellas. A partir de la tercera, son las suites —vamos caminando y, con una

tarjeta magnética que saca de su bolsillo, abre la número 104 para mostrármela —las dos suites son iguales a esta, deberás hacer el servicio completo: cambio de ropa de cama y cuarto de baño a diario.

Son habitaciones muy espaciaosas, con todo lujo de detalles y equipadas con los mejores aparatos de imagen y sonido. Las sábanas son de una calidad extra. Me fijo en la información que hay sobre la mesa del recibidor y veo que tienen hasta carta de almohadas.

—¿En serio? ¿Carta de almohadas? Pero si todas deben ser iguales.

—No, Valerie, no lo son. Estate atenta por favor, no voy a explicarte lo mismo cada día.

Sigo mirándolo a los ojos fijamente, esperando que en cualquier momento salte y me coma.

Mmmm creo que eso me gustaría. Ser devorada por este gato salvaje.

¿Sabrá besar? Sus labios son carnosos pero sin perder la masculinidad, y esa barbita de unos cuantos días...

—¿Valerie?

Mierda, otra vez me he quedado en las nubes mientras lo miro.

—¿Te has olvidado la medicación? —espeta de repente.

Pierdo la sonrisa al momento y creo que se me han pasado todas las ganas que tenía de seguir mirándolo.

—Lo siento, Tyler. Es mi primer día y estoy algo nerviosa.

Veinte minutos después acaba de enseñarme la planta superior y de explicarme cuales serán mis tareas diarias.

Abajo en la cocina me ha presentado a Alex y Luke, uno camarero y el otro recepcionista en el turno de noche. Los dos me han mirado un poco raro al verme, pero no he querido ser desconfiada. Como están muy liados con el servicio del desayuno apenas nos hemos dicho hola, así que intento recordar algo de su fisionomía para relacionarla con su nombre y acordarme de cuál es cuál.

Alex: Camarero, más o menos de mi edad, rubio y ojos azules, metro ochenta. Luke: encargado de mantenimiento, cuarenta y tantos, constitución delgada, moreno y ojos almendrados del color de las castañas.

Después de eso, me ha aclarado algunos puntos más y me ha dejado sola.

Han pasado ya cinco horas, son la una y media y creo que tengo bastante bien dominado el recorrido y la distribución de las tareas. Solamente me falta limpiar los aseos de la entrada. Llegaran las dos, haré un breve descanso para comer y preguntaré si debo hacer alguna tarea más hasta que complete mi horario.

La salida de los huéspedes ha sido muy concentrada, así que he podido ir limpiando habitación tras habitación sin encontrarme ningún cartel de *no molestar* en el pomo de la puerta, ni habitaciones ocupadas. En total he limpiado ocho de las doce habitaciones de las que dispone el rancho Cooper. Todo eran parejas de mediana edad, a excepción de una familia de cuatro miembros: mamá, papá y los pequeños. Habían descolgado una parte de la cortina de la barra de estas, y he tenido que hacer malabares, subiéndome a la butaca de la habitación, para intentar colgarlas de nuevo en su sitio. Supongo que serán los mismos que ayer arrancaron las flores de las jardineras de la entrada.

Eso me hace pensar en Tyler, no lo he vuelto a ver en toda la mañana. Desde algunas ventanas se veían las cuadras y el ruedo, había un hombre cuidando de los caballos, pero nada de *Santa ojos de gato*.

Cuando estoy acabando de fregar el suelo de los aseos de la entrada y salgo hacia el pasillo de recepción, me encuentro con el señor y la señora Cooper.

—¿Valerie?

Me miran de forma extraña, a la señora Cooper parece que le va a dar un jamacuco.

—¿Pero quién te ha dado esa ropa?

Ahora cambian de expresión y ríen.

—Oh Dios mío, muchacha. ¿De dónde has sacado ese uniforme?

Me miro de arriba abajo, sin entender a qué se refieren.

—Pues me lo ha dado su hijo, Tyler, esta mañana.

Maggy se acerca a mí, negando con la cabeza.

—Ven conmigo muchacha. Yo me encargaré de darte tu uniforme.

El señor Cooper se queda en el pasillo sonriendo y negando con la cabeza

mientras su mujer tira de mí en dirección contraria, hacia la misma habitación donde he estado a primera hora con su hijo Tyler.

—¿Este no es mi uniforme? —pregunto señalando mi atuendo.

—Por supuesto que no, querida. Ese uniforme es de hace cuarenta años. Del mismo modelo que llevé yo cuando empecé a trabajar aquí.

¿A sí? Será...

Ha querido reírse de mí. Ya pensaré en como devolvérsela.

—Yo hablaré con Tyler, no te preocupes. Habrá sido un error.

—¿Un error? ¿Él no sabe que uniforme llevan las personas que trabajan en su hotel?

— No sé qué le ha podido pasar. Se habrá despistado. Desde que dejó el ejército, ha vuelto más despistado de lo que ya era.

Vaya, así que el bueno de Santa estuvo en el ejército. Por eso ese tono tan imperativo y autoritario siempre que habla conmigo.

Pues yo no soy su recluta ni su soldado.

Si voy a declararle la guerra, primero tendré que saber cuales son sus puntos débiles, si es que tiene alguno.

Maggy me da un polo y un pantalón, ambos de color negro, y unas cómodas, y modernas, zapatillas de deporte del mismo color que el uniforme.

—Es un bueno chico, no se lo tengas en cuenta. No sabe como tratar a las mujeres.

La dulce sonrisa de Maggy hace que se me pase un poco el cabreo.

Gatito malo.

Maggy me acompaña hasta la cocina y me presenta al alma de esta: la señora Williams, una señora de unos sesenta años, afroamericana, alta y regordeta, con unas gafas muy peculiares. Me cae bien enseguida.

—¿Qué tal, muchacha? ¿Cómo ha ido tu primer día?

—Muy bien, gracias.

—Ya puedes ponerle un plato de comida, se lo ha ganado, ha sido la más rápida y perfeccionista de las últimas incorporaciones que hemos tenido.

—Vaya, muchas gracias, señora Cooper —me siento halagada.

—Maggy, querida. Es la verdad, para ser tu primera vez haciendo este

trabajo, lo has hecho perfectamente bien.

—Entonces, siéntate y come conmigo —ofrece la señora Williams.

Y eso hago, me quedo con ella en la cocina. Intento ponerme el plato de comida en la mesa pero no me lo permite.

—Esto huele realmente delicioso —comento antes de meterme un poco de comida en la boca.

Broma por broma

A la mañana siguiente llego con quince minutos de adelanto a la casa grande y voy directamente a la cocina para desayunar.

La señora Williams me prohibió volver a desayunar sola en mi cabaña. Debo decir que me dio algo de miedo cuando se puso tan seria al decirme que ella se encargaba de las comidas de todo el personal y de los huéspedes, dejando claro que yo entraba dentro de esa lista.

Así que aquí estoy, abriendo la puerta y dirigiéndome hacia la cocina. El olor que sale de allí es delicioso y despierta a mi aletargado estómago.

Abro una de las dos puertas batientes y entro de lleno en el territorio de Jada Williams.

Sus pequeñas trenzas negras salen por debajo de su gorro de cocina, gira la cabeza y me sonrío de forma amable pero impasible.

Levanta las pinzas de cocina que tiene en la mano y me señala con ellas, mientras el bacon sigue crujendo en la plancha industrial.

—Estaba a punto de salir a buscarte. Buenos días, muchacha.

—Buenos días, señora Williams. No me perdería este desayuno por nada del mundo. Huele delicioso.

Todo está preparado en el comedor para cuando bajen a desayunar los huéspedes; Alex, el camarero, se encarga de ir rellenando los productos que vayan agotándose en las bandejas, por lo demás, cada cliente se sirve lo que le apetece. En la cocina, en una pequeña mesa, hay colocado todo un surtido de dulces, huevos revueltos, bacon, fruta troceada y zumos naturales en bonitas jarras de cristal, listo para el disfrute del personal que desayuna aquí. La misma comida que se sirve para los clientes. Es un detalle que dice mucho de los dueños.

Por ahora, si no falta alguien más, solo he conocido a: Steve, el señor y la señora Cooper, Jada, Alex y Luke. Y Tyler.

—¿No necesita ayuda con todo esto? —pregunto asombrada de que una sola persona haya podido prepararlo todo.

—Ay niña, son muchos años preparando las comidas del rancho. Lo domino todo más que en mi propia casa.

—¿Tiene usted hijos?

—Niña, deja de tratarme de usted. Soy Jada para todos, hasta para mi hijos.

—¿Te llaman por tu nombre? —me sorprende—. Si yo hubiera llamado a mi madre por su nombre no sé como habría actuado. Seguramente me habría castigado unos cuantos meses.

—Ahí tienes la cafetera con el café recién hecho. Sírvete tú misma lo que más te apetezca. A esta hora no encontrarás a mucha gente por aquí, los señores Cooper bajan sobre las nueve, y los chicos vienen cuando les parece. Tyler suele ser el que más madruga; Steve por el contrario, a estas horas suele estar durmiendo, él trabaja hasta bien entrada la noche, sobre las doce es cuando suelen cerrarse las puertas.

Supongo que es lo bueno de este hotel casa rural, los clientes vienen a disfrutar de la naturaleza y a relajarse. Aunque por lo que me dijo Maggy, solo yo tengo habitación aquí, el resto de personal, que no forma parte de la familia, viven por la zona.

Cojo una taza y la lleno con mi despertador particular, hasta que no me tomo una buena taza de café no estoy cien por cien despierta.

—Valerie, ten cuidado con el azucarero, se parece mucho al salero de mesa y hay quien suele confundirse —dice mientras acaba de colocar sobre una bandeja de porcelana el bacon y las salchichas que estaba cocinando.

Lo mete todo en el mueble calentador para mantenerlo a una buena temperatura.

Me fijo bien en los dos tarros, el del azúcar tiene una pequeña marca en el tapón.

En ese momento entran los chicos que conocí ayer. Alex y... Luke. Sí, eso es. He conseguido acordarme de quién es quién.

—¿Tenemos chica nueva en la cocina, Jada?

Les sonrío mientras tomo mi primer sorbo de café. Me llevo el azucarero y el salero hacia la mesa en la que está todo el desayuno dispuesto y me siento en un rincón.

Creo que tomaré unos huevos revueltos y un par de tortitas con sirope de caramelo.

Los chicos se toman el café de pie, mientras pinchan de forma algo salvaje

unas salchichas y las engullen con voracidad.

—Algún día os dará un dolor tan fuerte por comer así de esa manera y no sentaros a desayunar que os acordaréis de todas las veces que os he dicho que no comierais así como animales —regaña Jada.

—Jada, sabes que estamos hechos a prueba de bombas.

Preparo un plato con huevos revueltos para mí, le añado sal y un poco de pimienta y, justo cuando voy a empezar a comer, entra Tyler.

—Buenos días, hijo —saluda Jada.

Seguro que lo conoce de toda la vida.

Él asiente levemente con la cabeza y se acerca a por una taza para llenarla de café. Llena toda la estancia con su imponente presencia, es como si acabara de entrar un búfalo.

En ese momento se gira y se da cuenta de que estoy allí, sentada en la mesa. Me mira de arriba abajo, se ha dado cuenta de que ya no llevo el uniforme que él me dio ayer por error...

Entonces pienso en como devolvérsela.

Sigo masticando hasta que lo veo buscar algo.

—Ty, lo que buscas está en la mesa —dice Jada.

Y antes de que se gire y me vea hacerlo, cambio la tapa del salero por la del azucarero. Y me siento explotar de adrenalina. Me quedan menos de cinco minutos para empezar mi turno, así que espero poder verlo antes de salir de la cocina.

Mastico lo que tengo en la boca, cuando él llega a la mesa con su plato y se sienta justo enfrente de mí.

—Buenos días, pajarito —dice socarrón.

Sí, sí. El que ríe último, ríe mejor.

Hago un pequeño sonido a modo de saludo mientras trago y bebo un poco más de mi café para silenciar mi sonrisa.

Hoy está muy guapo. No sé por qué me sorprende tanto al verlo. Consigo mantenerle la mirada sin sonrojarme, o eso es lo que creo yo.

Miro mi reloj de muñeca y tomo el último trago de café cuando, lo veo alargar el brazo hacia el salero. Pero él cree que es el azucarero.

Empieza el juego, Tyler.

Me limpio con cuidado la comisura de los labios para no estropear mi maquillaje y espero pacientemente, mientras él inclina el recipiente sobre su taza de café.

Coge su cucharilla y lo remueve. Sostiene la taza entre sus grandes manos. Me gustan sus manos. Y la forma de sus labios al abrirse para beber.

En ese momento me mira, fijamente a los ojos, y no puedo evitar sonreír más abiertamente, mientras voy levantándome, poco a poco, recogiendo mi taza, cubiertos y plato. Por su mirada sé que le sorprende que lo mire así y que esté sonriendo como una tonta.

Y... ¡Sí! ahora se da cuenta del motivo de mi sonrisa.

Cierra sus hipnóticos ojos de repente y escupe el contenido que tenía en su boca. Mientras, yo, salgo corriendo hacia el lavaplatos, dejo mi taza y mi plato, y vuelvo a correr hacia la puerta de servicio.

—¡¡Aaagg!! —grita—. Maldita sea.

—¡Gracias por el desayuno, Jada! —grito yo mientras salgo a toda prisa de la cocina.

—Hasta luego, cielo. Tyler, ¿qué te pasa? —pregunta Jada extrañada.

Río como una colegiala de camino al cuartito donde debo recoger mis enseres de trabajo.

No vuelvo a verlo en toda la mañana.



Si esta maldita mocosa se cree que puede joderme el desayuno y quedar impune, es que no me conoce.

Sí, yo le hice ir toda la jornada de ayer disfrazada de camarera sexy de los años sesenta, pero ella empezó con aquella divertida carta a Santa Claus.

Sus deseos. No puedo olvidarme de ellos.

Preciosa Valerie, has abierto la caja de pandora. Ahora deberás atenerte a las consecuencias. Sin duda, va a ser divertido planear mi venganza y ver

como suplicas perdón.

Después de ayudar a Anthony con los caballos y de recoger a mi madre, vamos juntos a ver a Helen.

Hace ya seis meses pero no ha mejorado en nada su estado.

Dentro del coche, mamá me da conversación. De esa forma tan sutil que tiene de preguntar las cosas.

—Bueno, hijo, ¿qué te parece el nuevo fichaje?

El nuevo fichaje, ¿estamos hablando de Valerie o de un jugador de los Lakers?

—Supongo que no te refieres a un jugador de élite.

—Ty, deja ese tono conmigo, sabes que no te funciona —me reanima ella. Normal, es mi madre.

—¿Qué esperas exactamente que te diga, mamá?

—Hijo, vas a ser el director y dueño de hotel, tu hermano se marcha en unos días de vuelta a la universidad, y tu hermana... Dios sabe que ella no puede hacerse cargo. Quiero que me digas la verdad, tanto tu padre como yo queremos que te sientas a gusto, sigue siendo tu casa, aunque hayas pasado todos estos años fuera, desde que...

No acaba la frase. Sí, desde aquel día. Eso ya está superado.

—Mamá, empezó ayer, parece que es eficiente y que hace bien su trabajo, pero aparte de lo obvio, no puedo decirte nada más.

—¿Estás seguro? ¿No puedes decirme por qué empezó llevando uno de mis antiguos uniformes? No se usan desde antes de que tu nacieras, Ty. ¿Por qué le hiciste eso a la pobre muchacha?

¿Pobre muchacha? Mamá, si supieras lo que es capaz de escribir, no hablarías así de ella.

—Fue una pequeña broma, mamá —intento defenderme.

—Si no tengo mal entendido, ella ya te la ha devuelto a la hora del desayuno. Creo que es la única capaz de pararte los pies. Desde que has vuelto han pasado por su puesto ya cuatro mujeres. Sé que estabas acostumbrado a otra cosa, sé que para ti también ha sido duro dejar tu vida para volver...

—Mamá, lo duro fue no llegar a tiempo. Todo lo demás me importa una

mierda —la interrumpo—. He vuelto, y ahora que estoy aquí, haré lo que tengo que hacer. Me ocuparé del negocio familiar.

Siempre me hizo ilusión. Hasta que tuve que irme. No soportaba estar en el mismo lugar que ella.

Al fin llegamos a la urbanización donde viven mi hermana Helen y su marido Dan.

Aparco en la entrada y salimos de la furgoneta. Ayudo a mi madre, ofreciéndole mi brazo para que se coja a él, y llegamos a la puerta.

Está sentada en el sofá, con la mirada perdida, despeinada y mal aseada. Dan no es capaz de hacer que se bañe. Mi madre es la única que lo consigue, pero con el dolor crónico que padece, no puede hacerlo ella sola.

Se sienta a su lado, yo me acerco y le doy un tierno beso en la frente.

—Vamos, Helen. Mira lo que te hemos traído —le ofrezco la caja de bombones que sé que le gustan.

—Tyler. Mi querido hermano. Eres tan bueno conmigo. Y con todos. Dan me explicó que hiciste feliz a muchos niños para Navidad.

Asiento.

—Él hubiera disfrutado tanto con eso. Te adoraba.

Ese sentimiento que no puedo controlar empieza a subir por mi espalda, instalándose en mi pecho, apretándome el corazón. Se enteraron de mi colaboración navideña, pero no pienso explicarles nada más.

—Tengo cosas que hacer, volveré más tarde a recogerte mamá. Hasta luego, Helen.

Me despido de mi hermana y salgo de esta casa antes de que me dé un ataque de ansiedad.

No puedo seguir así. Tengo que superarlo

Dos horas más tarde, de regreso a casa, mi madre vuelve a sacar el tema de antes. Valerie y sus preciosos y carnosos labios rojos. Bueno, mi madre no habla de sus atributos, soy yo el que la imagino.

Si no trabajara para mí...

—Me dijo tu padre que después de hacerle la entrevista le comentó que podría echarnos una mano con el tema de las facturas. Ya sabes que tu padre

no da abasto, es muy válida para muchas cosas, quizá tenemos un diamante sin pulir en ella.

La verdad es que me iría bien alguien que se encargue de todo el tema de papeleo. Más ahora, que después de año nuevo Steve volverá a la universidad y seremos uno menos.

—¿Cómo encontrasteis su solicitud?

—Ella le envió un email a tu padre, todavía no sé cómo la vio. Ya sabes que no suele mirar el correo. Hacía tres semanas que estaba puesto el anuncio y, de las dos entrevistas concertadas, no se presentó más que aquella chica tan extraña.

—Mamá, no era extraña, solamente llevaba la cara llena de piercings y un par de tatuajes por el cuello.

—No me hables de tatuajes, todavía no entiendo como pudiste hacerte uno.

Qué mujer. Si ella supiera lo que le gusta a las mujeres con las que me acuerdo, no le sabría tan mal.

—¿Habéis decidido ya la fecha? —pregunto.

—Sí, después de año nuevo, cuando acabe la temporada, aprovecharemos para hacer el traslado. No puedo dejar a mi hija así, Tyler.

Lo entiendo.

—Además tu padre cada día se aguanta menos con esa rodilla.

—Y tú con tus dolores, ¿no, mamá? Porque que yo sepa los dos estáis mal, no solo él.

—Sí, hijo. Veo que aunque no te lo diga, sabes que cada vez me cuesta más moverme. El frío de la montaña no me sienta tan bien como cuando llegué allí por primera vez.

Vuelve a contarme como llegó ella a la que es su casa, el rancho Cooper, hace algo más de cincuenta años.

Cuando estamos llegando a casa veo salir de la casa grande a la graciosa de Valerie. Siempre va sonriente y parece feliz.

Aparco y mamá quiere bajarse del coche rápida para ir a hablar con ella. Salta de su asiento justo cuando apago el motor, parece que se ha olvidado de todos sus dolores.

—Valerie —la llama.

Ella se gira y le sonríe.

Con esos labios perfectos que la genética le ha dado.

Salgo del coche y me mira, como siempre hace, de esa manera tan intensa y provocadora. Ella dijo que es por mis ojos. Hoy no se ha puesto esas gafas blancas que tapan su bonita cara.

Dijo que mis ojos son como los de un gato, y que los gatos le dan miedo.

Le dan miedo los gatos.

—Hola Maggy,  c mo se encuentra?

—Bien, querida niña, bien. Quería invitarte a cenar con nosotros el domingo, es fin de año y si no tienes pensado hacer nada, no quisiera que te quedaras sola en la cabaña.

No s  por qué todavía estoy aquí, escuchando su insulsa conversación.

Ella me mira de vez en cuando, nerviosa, se retuerce los dedos de las manos y parece que intenta colocarse bien las gafas que no lleva puestas.

—No me gustaría ser una molestia...

 Por qué me mira a mí al decir eso?

Mamá también me mira. Pero no se amedrenta y vuelve a la carga.

—Por favor, querida, estaremos encantados de pasar la noche fin de año contigo. Después de la cena tendrás que abrigarte bien, haremos el tradicional espectáculo de fuegos artificiales sobre las aguas del lago. Este año será muy especial.

A la chica se le iluminan los ojos por un momento. Parece que le atrae la idea.

Decido que ya he escuchado bastante y, además, tengo cosas que hacer. Hoy no he ido a las cuerdas en todo el día y seguro que Anthony necesita una mano extra.

—Mamá, nos vemos luego. Valerie —digo con un leve movimiento de cabeza.

—Hasta luego, Tyler.

Se despide de mí como si esta mañana no hubiera echado sal en mi café por su culpa.

Llego a las cuadras y empiezo a rastrillar todo el heno sucio para cambiarlo por uno limpio. El olor de las cuadras me tranquiliza. Me trae recuerdos agradables, recuerdos de cuando era un crío y veía a mi padre haciendo lo mismo que estoy haciendo yo ahora; recuerdos de cuando enseñaba a montar a Tim. Le encantaba montar conmigo a caballo.

Me acerco hasta la cuadra de *Iron*. Me costó tiempo domarlo pero cuando lo conseguí, fue una de las cosas más satisfactorias que he conseguido. Es terco y cabezón, algo desconfiado con los desconocidos, únicamente Anthony ha podido montarlo durante el tiempo que yo estuve ausente.

Entro y le acaricio. Palmeo su pecho y siento como se mueve su potente musculatura debajo de la piel.

—¿Qué pasa, colega? deja que acabe con todo esto y nos vamos a dar un paseo.

Acabo con todo antes de una hora y, después de preparar la montura, salgo a lomos de *Iron*. Vamos hacia nuestro rincón favorito, en la otra punta del lago, allí encuentro algo de la paz que necesito.

Solos él y yo, la brisa del campo, la tierra que me pertenece por derecho. Me gusta recorrerlo todo, conozco como la palma de mí mano cada metro de este terreno en el que me he criado y crecido.

He estado cuatro largos años fuera de aquí, pero han servido para eliminar cualquier duda sobre cual es mi lugar en el mundo.

Esta siempre será mi casa, mi hogar.

Aunque no hubiera recaído sobre mí el derecho de quedarme con el rancho, habría seguido viviendo aquí y trabajando para cualquiera de mis hermanos sin pensarlo ni un segundo.



Todavía no he hablado con mamá desde que me fui de casa. Ella tampoco me ha llamado, así que no sé qué hacer. Esperar o llamar, esa es la cuestión.

Hoy ha sido mi cuarto día aquí, es sábado, todas las habitaciones están ocupadas aunque mañana a medio día se vaciarán. Hoy es el último día de la temporada y he estado más ocupada que entre semana, pero me defiendo bien y estoy contenta con lo que hago.

Se me hace un poco raro no pasar estas fiestas en casa con mamá y las niñas, pero sinceramente, me gusta estar aquí. Todos son amables y me tratan bien, a excepción de él. Tyler sigue molesto por mi carta de deseos, no tiene sentido del humor. Bueno sí, lo tiene para reírse de mí. Aunque desde el incidente del café del miércoles no hemos vuelto a dirigirnos la palabra.

Nos cruzamos por el pasillo de la casa grande, yendo o viniendo de la cocina. No sé si tendrá algo que ver pero ya no hemos vuelto a coincidir a la hora del desayuno. Con Steve sí, pero a la hora de comer, mientras él desayuna, yo estoy en mi rato de descanso para la comida. Jada me ha preparado cada día un sandwich, que me he comido en la misma mesa del desastroso desayuno.

Steve me ha convencido y hemos quedado en ir esta tarde a patinar sobre la pista de hielo de la ciudad. He quedado con Mary, y él irá acompañado por un amigo suyo. Por lo visto no conoce a ninguna de las chicas. Menos mal que no tiene nada que ver con su hermano mayor, Steve es risueño y de fácil trato. No es esquivo, autoritario y cortante como Tyler.

Estoy llegando a mi cabaña cuando escucho el sonido de una banda de heavy cerca de mí.

Sale de la casita del árbol en la que vive el falso Santa Claus de ojos hipnotizadores.

Es raro hasta para los gustos musicales. ¿A quién le sigue gustando ese tipo de música?

Cuando voy a abrir la puerta con llave, me sorprende que esta ya esté abierta. Igual esta mañana con las prisas no me he acordado de echar la llave.

Entro y voy directamente a mi habitación para desnudarme y darme un baño relajante. Tengo algo más tres horas hasta que tenga que estar en la pista de hielo.

La bañera se llena enseguida, mientras me desmaquillo el suave maquillaje

que me aplico a diario. Es solo un poco de base, una fina raya en el párpado superior y, lo más llamativo, mis labios rojos. Se me está acabando la barra de labios, así que aprovecharé mi día de fiesta de la semana que viene para ir a alguna tienda a ver si encuentro la misma marca.

Cuando me meto en el agua, suelto un suspiro que llevaba aguantando toda esta semana. Pienso en todos los cambios: hace una semana que me fui de casa; tengo trabajo; nuevo hogar; libertad; a mis amigas. Muchas oportunidades que no hubiera encontrado jamás allí. Ni tampoco si hubiera cursado una carrera. Me gusta hacer muchas cosas, no sirvo únicamente para una, así que, ¿por qué encasillarme? Prefiero ir haciendo según surja.

Con los ojos cerrados, caliente y relajada por el agua y el vapor, mis pensamientos también recuerdan la tontería tan grande que hice hace una semana. Cuando me armé de valor para acercarme a Santa, y ahora ese día parece perseguirme. Sobre todo sus ojos. Ese color tan especial hace que no puedas dejar de mirarlos. Supongo que le pasará a todo el mundo. Son, sin duda alguna, los ojos más bonitos que he visto jamás. Lástima que su dueño sea tan malhumorado.

Me quedo en un duermevela ligero, pero el agua ya está enfriándose así que, abro los ojos para levantarme, cuando lo veo.

Ahí, sentado delante de la bañera.

Mirándome fijamente. Un enorme y horrible gato peludo.

¿Cómo ha entrado aquí ese animal salvaje?

Y, la pregunta más importante ¿cómo voy a salir yo de la bañera con él ahí?

¡Ayyyyy! ¿¿Qué hago??

Seguro que si me muevo saltará y me arañará la cara, o me sacará un ojo. Dicen que les gustan las cosas brillantes.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Me estoy congelando. Y ese horrible animal no deja de mirarme.

—Maldito bicho. Vuelve de donde hayas salido.

En ese momento en el que me detengo a mirarlo más de dos segundos, veo que tiene un collar en su cuello peludo. Al ser este de color blanco he podido distinguirlo entre su pelaje a tonos marrones.

Lo que significa que es de alguien.

Estoy helada y ya deben ser cerca de las seis.

Dios sabe que si no le tuviera tanto miedo y no estuviera a punto de morir congelada no me atrevería a hacer lo que voy a hacer.

—¡Tyler! —grito.

Nada. Seguramente no me escuche. Abro la ventana que está justo en la pared de la bañera.

A ver si ahora hay más suerte. Mientras tanto, no pierdo de vista al gato salvaje.

—¡Tyler!

Espero.

Nada.

—¡Tyyyyleeeer! Por favor...

Empiezo a gimotear.

¿Por qué me tienen que asustar cosas tan comunes como Santa Claus o un inofensivo animalito? No. Acaba de bostezar y he visto sus colmillos. Y no son inofensivos precisamente.

Vuelvo a gritar con todas mis fuerzas.

—¡Tyler! ¡Tyler! ¡Tyyyyleeeer!

No hay manera, no me oye.

O no quiere venir.

Seguro que las ardillas que están en el último pino de la propiedad han escuchado mis gritos de socorro.

Cierro la ventana y me quedo ahí de pie, desnuda y mojada, muerta de frío. Me tapo los pechos con las manos porque tengo los pezones tan duros que parece que vayan a romperse.

Cierro los ojos, aguantando las lágrimas, cuando de repente, noto una corriente de aire.

Él. Tyler está de pie en la entrada de mi baño. Mirándome.

Y yo estoy de pie. Dentro de la bañera. Muerta de frío. Desnuda.

—¿Me llamabas?

¡Ay Dios! Reacciono y me doy la vuelta tan rápido que resbalo y caigo hacía

atrás.

Grito. O eso creo, que me da tiempo a gritar. Pasa todo tan rápido.

—¡Mierda! —escucho.

Y antes de partirme la crisma contra en suelo, unos fuertes brazos me atrapan y evitan que me parta la cabeza, o la espalda, o algo.

Está de rodillas en el suelo. Sujetándome. Estoy entre sus brazos y su pecho. Empapada y empapándolo a él. El resbalón ha hecho que gran parte del agua de la bañera salga disparada hacia afuera.

Y ahí están otra vez. Esos ojos.

Y ahora hay una mirada diferente en ellos.

Me observa. Como un tigre observa a su presa antes de abalanzarse sobre ella.

Pestañea y reacciona. Devuelve su mirada a mis ojos y niega con la cabeza de forma imperceptible, como si deshiciera sus propios pensamientos.

Estira el brazo y coge la toalla que había dejado sobre el lavamanos. Me cubre con ella.

Yo me aferro al algodón con todas mis fuerzas. Aunque me castañetean los dientes.

—¿Te has hecho daño? —pregunta y parece preocupado.

—Cr-cre creo qu-que no. —Tartamudeo.

—Bueno, ahora vamos a levantarnos. ¿Vale?

Asiento, sin perder el contacto visual con sus ojos.

Entonces recuerdo el motivo de que todo esto haya pasado. Y me aferro a sus bíceps. Y qué bíceps.

—No. El animal. Salvaje.

Sonríe levemente.

—Tranquila, ya no está. Bastaba con que le hubieras salpicado con un poco de agua para que se fuera de aquí.

Noto como se mueve debajo de mí y me coge con sus brazos, levantándose del suelo conmigo encima.

—Estás mu-mu-muy fuerrrrte. —Se me escapa.

Ahora sonrío más.

Mi mirada sigue anclada en sus preciosos e increíbles ojos verdes. La suya se alterna entre los míos y mis labios.

Sí. Me está mirando los labios.

Por fin mis pies tocan el suelo, aunque apenas soy consciente de ello. Me aferro a la toalla que me tapa solo la parte delantera del cuerpo. Aunque parece que mis pezones están empeñados en agujerear la tela que sostengo con los puños apretados, justo por debajo del nivel de mi cuello.

Y en ese momento, un extraño chasquido eléctrico me recorre el cuerpo entero, consiguiendo que mi piel hormiguee de nuevo.

Y mis labios anhelen rozar los suyos.

Él sigue mirando mis labios, ahora entre abiertos, no puedo evitar humedecerlos con la lengua. Entre los gritos de antes, el berrinche y este extraño calor, los noto tirantes y secos.

Los ojos de Tyler brillan fugazmente y sus labios también se separan, dejándome ver sus dientes y su lengua.

Ay, ay, ay. Va a pasar.

Se inclina hacia mí, sin dejar de mirarlo, sin dejar de mirarme.

Su aroma me envuelve. Huele a pino fresco, a naturaleza, y a algo picante que no sé distinguir.

Casi puedo notar la suavidad de sus labios y la dureza de su barba en mi piel, cuando algo peludo y de un tamaño considerable se roza contra mi pierna y mi pie.

Grito. Y se rompe la magia del momento.

Tyler se separa lentamente de mí y se agacha, a mis pies, y cuando se levanta lleva en brazos al horrible animal salvaje y asesino.

—Será mejor que me lleve a *Metal* de aquí.

Y así, sin más, me deja sola, fría y húmeda en mi cuarto de baño.

Me quedo unos minutos más, no sé cuántos más, así, sin moverme de mi pequeño cuarto de baño, sosteniendo la toalla y casi sin respirar.

Poco a poco, voy volviendo en mí y asimilando todo esto que ha pasado.

Me deshago de la toalla y me coloco el albornoz, mucho más cálido. A ver si consigo entrar en calor antes de que se haga tarde y tenga que salir de aquí con

la prisa en el culo.

Cojo el móvil y miro la hora. Son las cinco. Todavía tengo tiempo de arreglarme y llegar hasta el centro sin prisas.

Me pongo unos pantalones vaqueros, una camiseta térmica y un jersey de lana de color blanco, últimamente tengo mucho frío.

Ha pasado más de una hora desde el incidente con el gato salvaje y su dueño, y he conseguido que ya no me tiemblen las piernas. Todo un logro tratándose de Tyler y mi mente. Y sus ojos. Y su boca.

Tyler y el gato asesino.

Tyler al completo.

Salgo de casa y el camino que lleva hasta la casa grande ya está iluminado por los pequeños farolillos que lo flanquean. Antes de salir de casa miro hacia un lado y el otro, no vaya a ser que ese animal vuelva a estar por aquí. Me aseguro de cerrar bien la puerta y echar la llave.

Cuando estoy llegando al aparcamiento, decido entrar un momento en la casa grande a ver si Steve está por ahí y quiere que vayamos en un mismo coche. Pero no hay ni rastro de él ni de su coche, así que me monto en mi camioneta. Cuando arranco el motor empieza a sonar Jason Derulo a todo volumen.

En menos de cuarenta y cinco minutos llego al centro de la ciudad, ahora solo me falta encontrar la ubicación de la pista de patinaje. Sigo las indicaciones que me ha enviado Mary en un Whatsapp y en diez minutos más estoy ahí, consiguiendo aparcamiento a la primera.

Queriendo

Me coloco el gorro de lana y los guantes, de color blanco, y la chaqueta roja. Me hacen pensar en mi abuela, ella fue la que me los regaló. Ya siendo una cría me regaló mi primer par de guantes y mi primera barra de labios roja. Era suya pero como siempre me los pintaba cuando iba a verla a su casa, me lo regaló.

Creo que desde entonces, con unos siete años, soñé con el día en que pudiera pintarme los labios y salir a la calle sin que mi madre me regañara. Parece que finalmente he tenido que mudarme de estado para que eso no suceda.

El lugar está muy concurrido, decido acercarme hasta las taquillas de alquiler de patines y esperar a que lleguen Mary y Steve con su amigo.

¿Quién será? Tengo ganas de conocerlo. En todos estos días no he pensado ni un solo segundo en Brad, y si lo recuerdo ahora no es con dolor ni rabia.

Mientras miro fotos antiguas en mi móvil, alguien me tapa los ojos desde atrás.

—Sigues siendo la zanahoria más bonita de todo el huerto. —Susurra en mi oído.

Mary. Mi querida Mary.

Nos fundimos en un abrazo mientras nos reímos de su frase.

—Creí que ibas a darme plantón. Es frustrante querer hablar contigo por teléfono —me regaña.

—Ya sabes que allí apenas hay cobertura. La parte positiva es que así en mis horas muertas no estoy colgada a las redes sociales. Creo que me gusta esto de vivir alejada de todos esos estímulos. Me va bien para reencontrarme conmigo misma.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi mejor amiga? Tienes que contarme más cosas sobre tu nuevo y flamante jefe. Supongo que ya no te da miedo Santa Claus...

En ese momento aparece Steve, mientras rio por el comentario de Mary.

Ella deja de reír y se queda mirándolo fijamente.

Vaya, será un efecto de los hermanos Cooper.

Los presento y parece que se caen bien al momento.

—Bueno, ¿falta alguien más? —pregunta Mary.

—Cómo le dije a Valerie, vendrá un amigo pero tardará un rato más en venir. ¿Os parece si vamos practicando? A él se le da condenadamente bien deslizarse sobre el hielo.

Justo lo contrario que a mí, pienso.

Una vez dentro de la abarrotada pista, Mary demuestra que sigue siendo aun más torpe que yo. Steve no lo hace del todo mal, por lo menos aguanta sin tener que agarrarse a la barandilla.

Da dos vueltas haciéndose con los patines mientras Mary y yo vamos a nuestro ritmo. Cogidas de la mano y sin soltarnos de la barandilla. Quizá deberíamos haber entrado en la pista para aprendices, aunque en ella solo haya padres y madres con sus hijos de menos de cinco años.

—Creo que sería buena idea ir a buscar un pingüino, como el que llevan esos niños. —Dice señalando los aparatos que ayudan a mantener el equilibrio a los peques.

—Creo que lo apruebo —digo sonriendo mientras veo que Steve se acerca a nosotras deslizándose cual pingüino humano.

—Vamos, chicas, no tengáis miedo. El hielo no muerde.

—No, pero está frío —me quejo—. Y duro.

—Valerie, te creía más valiente. Después de joderle el primer café del día a Tyler, pensaba que eras una chica dura.

—¿Dura? ¿Valerie, dura? —ironiza mi amiga.

La miro enarcando una ceja.

—Puedo ser una chica muy mala cuando me lo propongo —me defiendo.

—¿Y qué es eso de que le jodiste el café a tu jefe? —pregunta ahora interesada.

—Te lo explicaré en otro momento —susurro para que Steve no se entere de nada más.

Steve se marcha a dar unas vueltas más él solo, dejándome tiempo para hablar con mi amiga.

—¿Qué es eso de que le jodiste el café? —vuelve a preguntar.

—Bueno, él me hizo una broma y yo se la devolví. Cambié el azucarero por el salero y ya puedes imaginarte que no le hizo mucha gracia.

Me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Pero, ¿por qué hiciste algo así? ¿qué fue lo que él te hizo?

—El primer día de trabajo me dio un uniforme que no se utilizaba desde que se abrió el hotel. Después lo pillé mirándome el culo mientras subíamos a la planta de las habitaciones.

—¡Ay, Val! Eso es genial, es un chico divertido y con sentido del humor.

Niego con la cabeza antes de contestarle y de volver a cogerme a la barandilla.

—No. No tiene sentido del humor. Por lo menos no conmigo. Y para más bochorno, antes me ha visto desnuda.

Su cara cambia completamente, casi se cae de la impresión.

—¡Explica eso!

—Sabes que otro de mis miedos absurdos son los gatos. Pues mientras me estaba dando un baño esta tarde, ha entrado un horrible gato a mi cuarto de baño y no podía salir de la bañera. Tyler vive justo encima de mi cabaña, así que lo he llamado, como último recurso, para que se llevara a ese animal. Cuando ya me estaba resignando a mi mala suerte creyendo que tendría que enfrentarme al gato, ha venido él. Del susto me he resbalado y, si no llega a ser por él, me hubiera partido la crisma.

—Valerie, podrías escribir una novela con todas las cosas que te pasan.

Empieza a reír desencajada, hasta que llega Steve, la coge de la mano y se la lleva.



Llevo media hora como un gilipollas mirando como patinan estos tres. Mi hermano el divertido, esa chica rubia que no deja de coquetear con él, y la asustadiza Valerie.

Si llego a saber que le dan tanto miedo los gatos no hubiera metido a *Metal* en su cabaña. Aunque, pensándolo bien, si por hacerlo me llevo de nuevo la visión de su precioso cuerpo desnudo...

Sí, lo harías mil veces más, Ty. ¿A quién quieres engañar?

Mientras Steve intenta enseñar a patinar a la que parece ser su cita, yo estoy pensando si es buena idea o no entrar en la pista e intentar patinar con la mía.

Hace tiempo que no patino, y menos, acompañando ni enseñando a nadie.

Sí, no sé en qué maldito momento acepté ir con mi hermano y unas amigas a patinar. ¿Cómo narices iba a saber yo que esa amiga era Valerie?

La mayoría de la gente ya se ha marchado o está devolviendo los patines de alquiler, por lo que la pista está aceptablemente vacía para poder patinar a gusto.

Cierro bien la cremallera de mi abrigo y me dirijo decidido a acompañar a mi cita.

¿Qué cara pondrá cuándo vea que soy yo el amigo con el que ha quedado Steve? O quizá a ella sí le ha dicho con quién había quedado. Está sujeta a una barandilla, no es capaz de avanzar un metro sin soltarse, y esas crías no tienen pinta de querer moverse para dejarla pasar.

¿Qué puede salir mal?

Una vez tengo los patines puestos, me abro paso entre las personas que están saliendo de la pista y me dirijo hacia la otra punta. Mi hermano sigue ligando descaradamente con la chica rubia mientras Valerie continua aburrida y resignada en la barandilla.

Empiezo a deslizarme mientras me caliento las manos con mi propio aliento. Ponerme el gorro ha sido buena idea, hoy hace más frío que estos últimos días.

Saludo a Steve con la cabeza, me ha visto y sonrío con picardía.

Maldito tramposo, lo ha hecho a propósito. Están en la otra punta de la pista, mientras Valerie está a menos de cinco metros de mí.

Cuatro.

Tres.

Dos.

—¿También te da miedo patinar? —joder, Ty, podrías haberle preguntado otra cosa.

Vuelve su pequeña y pelirroja cabeza hacia mi voz y me ve.

Lo sé, porque vuelve a clavar sus iris en los míos. La manera que tiene de

mirarme hace que sienta...cosas.

Cosas que no necesito sentir.

—Siempre tan agradable, Tyler —replica con un hilo de voz, sin dejar de mirarme. Tiene la nariz sonrojada por el frío del ambiente.

—Cuando te enfadas estás realmente guapa.

Lo he dicho en tono de broma pero, es la puta realidad. Está preciosa. Quizá debería hacerla enfadar más.

Le tiendo una mano para que se deje ir.

—¿Qué haces aquí, Tyler?

Se pasa la lengua por el labio inferior y mi polla vibra al instante.

Joder, estoy descontrolado, parezco un puto crío de quince años.

—He quedado con mi hermano para patinar con unas amigas. Creo que él ya ha encontrado a la suya. Vamos, enséñame que sabes divertirte.

Mira a su amiga y a Steve, pasándolo bien, vuelve a mirar mi mano tendida hacia ella y de nuevo a mis ojos.

—¿Vas a dejar de mirarme a los ojos y venir conmigo a patinar?

—¿No se tratará de ninguna de tus bromas, no?

—Yo no hago bromas, pajarito.

Asiente levemente y se deja ir de la baranda. No sin cierta reticencia.

—Muy bien. Chica valiente.

Nuestros dedos se tocan y retengo su pequeña y enguantada mano entre la mía.

Así, de cerca, me fijo bien en ella y veo que su blanca piel está cubierta de pequeñas pecas que el maquillaje no ha conseguido ocultar, su piel se ha enrojecido por el aire helado del lugar. Me mira y una bonita sonrisa nerviosa curva sus deliciosos labios rojos. Siempre son rojos. Menos antes cuando la he salvado, según ella, del salvaje animal. Si supiera que *Metal* es incapaz de cazar ni un ratón, no le tendría nada de miedo. Ahí sus labios eran rosados, naturales y muy muy apetecibles.

Le doy un par de indicaciones y, antes de que pueda deslizar el segundo pie, resbala y casi caemos los dos. Mantengo el equilibrio y la sostengo por la cintura. Mis dedos recuerdan el tono de su piel y sus curvas. Aprieto más el

agarre para que note que la estoy sosteniendo y que no voy a dejar que se caiga.

Por lo menos, eso es lo que voy a intentar.

—Bien, ahora dejémonos de torpezas y vamos a deslizarnos, nena.

Me coloco detrás de ella, hacia la izquierda, y con una mano sostengo su cintura mientras con la otra le cojo la mano izquierda. Así puedo controlar mejor sus movimientos.

Sí, Ty, no estaría nada mal controlarla en otros aspectos también, en un plano más... horizontal.

—Vamos allá. Primero, pie derecho. Perfecto, muy bien. Vamos, ahora otra vez. Izquierda, derecha, izquierda, derecha.

El aire que viene de cara me trae su dulce olor. Huele a cerezas, a algo rojo y dulce.

Su mano derecha se coloca sobre la mía, la que sostiene su cintura.

—¿No es tan difícil, verdad? —pregunto y ella niega con la cabeza.

Nos vamos deslizando despacio, sin prisas por la pista, en dirección a donde se encuentran Steve y su amiga rubia.

—¿Quién es la rubia? —pregunto acercándome a la oreja de Valerie, la cual rozo levemente con mis labios.

—Es Mary, mi amiga. Estaba conmigo el día de la entrega bochornosa de la carta.

Sonrío al recordar su atrevimiento. Esos deseos...

—No justo debajo del árbol —le susurro con toda la intención.

Noto como se estremece entre mi cuerpo, que por alguna extraña razón, cada vez está más cerca del suyo, reacciona endureciéndose. Al principio había una distancia entre ambos, ahora su culo redondo y respingón va rozándose contra mi entrepierna. Y me está afectando más de lo que me gustaría.

Steve se cae y arrastra consigo a Mary. Sabe que no puede superar mi nivel, aunque haga años que no patino y él se esfuerce cada invierno por mejorar.

Es mona. Muy del estilo de Steve. No creo que le dure más de tres citas.

Valerie hace un amago de caerse al darle la risa por ver a su amiga tirada en el suelo, intentando levantarse sin volver a caerse.

—No os riáis. Val, ayúdame a levantarme, que yo sola no puedo —le pide Mary.

La atraigo hacia mí, pegando mi cuerpo al suyo. Se queda quieta y rígida al momento.

—Valerie todavía no tiene la suficiente soltura como para ayudarte sin caerse ella también. Hermanito, ayuda a tu cita antes de que se le congele el culo.

Dicho esto, empujo a Valerie con mi cuerpo y, así, sin separarnos, seguimos deslizándonos por la pista.

Me gusta deslizarme con ella. No está tan mal como pensaba.

Me gustaría deslizarme lentamente dentro de ella.

¡Joder! Necesito echar un polvo ya, antes de que reviente los pantalones o asalte a la nueva camarera de piso.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan borde? —espeta.

¿Así que cree que soy borde y que puede patinar sin caerse, ella sola? Vamos a verlo.

La empujo levemente, separándola de mi cuerpo, y sale disparada hacia delante. Le sostengo el agarre en la mano izquierda.

Lleva la mano derecha levantada, intentando mantener el equilibrio, pero sus piernas empiezan a separarse la una de la otra. Cuando casi no puede estirar más el brazo, ni yo tampoco, y está a punto de caerse, tiro de su mano y la atraigo de nuevo hacia mí, dejando ir la otra mano para que mantenga el equilibrio ella sola, consiguiendo que ambas manos impacten de lleno contra mi pecho.

Deja escapar todo el aire, envolviéndome con su dulce aroma.

Me mira, con esa mirada que hace que la sangre recorra mi cuerpo mucho más rápido que cualquier avión de combate lo hace en el cielo.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta.

Está sonriendo así que doy por hecho que no se ha enfadado.

—¿Ha sido divertido, no?

Nuestras caras están demasiado cerca, puedo sentir la calidez de su aliento en mi piel. Espero su respuesta mientras sigue taladrándome con su preciosa

mirada.

—¡Sí! Quiero hacerlo otra vez —no es para nada la reacción que esperaba de ella. Quizá que se hubiera mosqueado o hecho la dura, pero no, ahí está con su melena rojiza asomando bajo su gorro blanco; sus labios rojos; su cara sonrojada por el aire frío y cortante, sonriendo y diciendo que le ha gustado.

Sé que no es buena idea pasar tanto rato con esta dulce niña, no debería entretenerme con ella. Si no trabajara en mi casa...podríamos pasar unas horas muy satisfactorias para ambos, estoy seguro.

Quizá no se le dé bien el trabajo y tenga oportunidad de despedirla, aunque en estos cinco días que lleva trabajando ha acabado su trabajo antes de finalizar su jornada, y después ha ido a la cocina para ayudar a Jada a preparar alguna salsa y limpiar.

Si fuera una vaga me sería más fácil poder echarla, pero tengo que reconocer que sabe hacer bien su trabajo, sobre todo, teniendo en cuenta que no lo había hecho nunca antes.

Sé que tendría que mantenerme alejado de ella y no sentir la curiosidad que despierta en mí, pero tiene algo que me atrae.

Algo que dejará de llamar mi atención si consigo meterme entre sus piernas una sola vez.



Tyler vuelve a empujarme y me deslizo sola por la pista, a unos tres metros de él, llego hasta la barandilla de seguridad, freno en seco agarrándome a ella, giro y tomo impulso yo sola para volver hacia él que me espera con los brazos abiertos en mitad de la pista.

He conseguido controlar el poder que tienen sus extraños ojos en mí. Por lo menos eso creo. Ahora soy capaz de pestañear y de escuchar lo que me dice cuando habla.

Y de entender lo que dice, que también es importante.

La verdad es que parece buen chico, aunque no acabo de entender muy bien ese carácter suyo, va de chico malo pero hace de Santa para los niños, y sé

que no lo hace por el dinero. Es el dueño del rancho y, aunque no sea un hotel Hilton, no tienen problemas económicos. Así que debajo de ese pecho tan duro y de esa apariencia aún más dura, es tierno como un coulant de chocolate.

Mmmm si él supiera cuánto me gusta el chocolate.

Nada, Valerie, si él supiera cuánto te gusta el chocolate, no cambiaría nada, porque este hombre tiene que tener lista de espera para acostarte con él más larga que un tren de mercancías.

Pues a mí no me importaría esperar...

Sacudo la cabeza, nerviosa, intentando alejar esos pensamientos que no traen nada bueno y menos teniendo en cuenta que cada vez me aproximo más a él.

Vuelvo a impactar contra su pecho, cubierto con una cazadora de cuero desgastado que le da más pinta de chico malo, ahora ya soy capaz de recorrer esta pequeña distancia sin peligro de caerme. Esta vez me coge por la cintura y me hace girar entre sus brazos, para empujarme de nuevo hacia la barandilla.

A mitad de camino, decido hacer algo atrevido y, todavía sigo sin entender como lo he conseguido pero, giro sin caerme y voy en dirección a Mary y Steve.

—Una carrera —grito en dirección a Tyler, sin mirarlo.

La risa tonta me domina y voy, a veces bien, otras más inclinada, hacia la pareja feliz. No se han acercado a nosotros en mucho rato, aunque yo tampoco he podido estar muy pendiente de ellos, Tyler se ha llevado toda mi atención.

—Mary, abre los brazos —la aviso mientras me acerco sin mucho control hacia ella.

Ella me mira y me sonríe, mientras separa su cuerpo del de Steve.

Justo cuando creo que voy a llegar hasta sus brazos, otros más fuertes me rodean desde atrás, levantándose en volandas mientras él se desliza hasta Mary y Steve.

Se me escapa un suspiro que no sé muy bien de donde ha salido.

—Podía llegar yo sola —le digo riendo y pasando mis brazos por sus hombros.

—Ya lo sé —susurra en mi oído, consiguiendo que mi cuerpo vuelva a temblar.

—Bueno, ¿tenéis pensado morir de frío aquí esta noche, o vamos a ir a cenar? —pregunta Tyler dejándome de nuevo en el suelo pero sin perder el contacto de nuestros cuerpos.

—Hermanito, eso mismo estaba preguntándole a la guapa de Mary. Vosotras decidís, chicas.

Ella y yo nos miramos, bueno, Mary está mirando las manos de Tyler en mi cintura y después me mira a mí.

—¡A cenar! —decimos las dos al unísono.

Después de salir de la pista y devolver los patines de alquiler, en cinco minutos llegamos al restaurante y Tyler nos conduce hasta una mesa en una esquina apartada. Parece que conoce el lugar.

—No había venido aquí antes —comenta Mary.

—Si te gustan los buenos filetes, estás en el lugar adecuado —le contesta Steve sin soltarla de la cintura.

No me extraña ver a Mary tan acaramelada con Steve, ella es así, se deja llevar por el amor.

Estamos sentadas las dos chicas en un lado y los chicos enfrente.

Pedimos y nos quedamos en un incómodo silencio.

—Bueno, Mary cuéntanos cómo os conocisteis Valerie y tú —pide Steve.

Tyler vuelve a tener esa tez seria y de pocos amigos. No sé en qué estará pensando pero no está muy por la labor de hablar.

—Pues somos amigas desde la infancia, crecimos juntas. Después Olivia se unió al grupo y éramos las tres como hermanas.

—¿Olivia? —pregunta Tyler— ¿Qué Olivia?

—Olivia Jhons, estudia criminología en la estatal —contesto yo—. ¿A qué universidad vas tú, Steve?

Parece que a Tyler le ha sorprendido que yo le contestara.

—A la misma, pero su campus no queda cerca del mío. Así que Valerie también es de Saint John...¿qué curioso, eh Ty, que no las hayamos conocido antes?

Le guiña un ojo a Mary, es un ligón sinvergüenza y va a por todas. Y parece que Mary ya se ha olvidado de aquel soldado del que me hablaba la semana

pasada.

Nos traen la cena. Cuatro platos enormes y en el centro unos aros de cebolla con salsa barbacoa para compartir.

Cojo mi vaso de cola y bebo con la pajita que lleva, no quiero estropear el pintalabios y parecerme a Jocker al acabar la noche.

Damos cuenta cada uno de nuestra comida, hablando de tonterías sin importancia. Tyler no es muy hablador y Steve y Mary no pierden el tiempo, se rozan a la mínima ocasión, juraría que están haciendo piecitos por debajo de la mesa.

La camarera, una simpática mujer de treinta y tantos, se acerca a nosotros para leernos la carta de los postres.

Entre todos los platos disponibles, hay coulant de chocolate con helado de mandarina. Sonrío sin remedio mientras miro de reajo a Tyler. Siento como mis mejillas se incendian con las imágenes que proyecta mi mente calenturienta. Realmente necesito, con urgencia, tener un encuentro sexual.

Steve y Mary piden un postre para compartir, y yo, al ver que esa opción no va a ser posible con mi cita, pido para mí solita mi postre preferido. Si no puedo tener sexo, tendré ración de chocolate.

La camarera nos indica que tardarán un poco en servir el coulant ya que lo hornean cuando alguien pide uno.

—¿Cuándo vuelves a la universidad? —le pregunta Mary a Steve.

—El día dos. Estoy deseando acabar el semestre y la carrera. ¿En qué curso estás tú?

—También acabando. ¿Qué carrera haces?

—Ingeniería aeronáutica —dice Steve como si nada—. ¿Y tú?

—Ingeniería agrónoma. Creo que es una buena elección teniendo en cuenta las miles de hectáreas de cultivo que envuelven la zona de este condado.

—Además tu campus está cerca del mío.

—Lo cierto es que comparto un apartamento con otra compañera —se le ilumina la cara al decirlo.

Sé que ya están tramando algo para verse cuando estén allí.

Y me parece genial. No sé cuánto tiempo le durará el enamoramiento a Mary,

ella es así. No ha tenido una relación seria y estable jamás. Podríamos decir que es todo lo contrario a mí.

Primer deseo

Cuando traen nuestros postres no puedo evitar sentir un poco de envidia sana por la cita que han tenido mi mejor amiga y Steve, que también se ha convertido en un buen amigo. El ambiente está caldeado con ellos dos cerca.

Parto el coulant con la cuchara y el delicioso chocolate deshecho empieza a brotar de su interior. Cogiendo un poco de helado de mandarina creo el contraste perfecto y lo llevo a mi boca, deleitándome con su sabor mientras ambos gustos se mezclan en mi paladar. Cierro los ojos disfrutando de la deliciosa sensación y, cuando los abro, me encuentro con los ojos de Tyler observándome fijamente; sus labios están apretados y un leve movimiento de la musculatura de su mandíbula llama mi atención. Sus pupilas están más grandes, son una circunferencia negra rodeada del más precioso y extraño tono de verde. Y me mira, solo a mí. Directamente a mí. A mi boca.

Entonces soy consciente de la manera en la que estoy jugando con la cuchara dentro de mi boca, como la saco, succionando con los labios, para no dejar nada del delicioso postre en ella.

Eleva su vista hacia mis ojos y yo, como una tonta que soy, pestañeo sonriéndole, mirándolo fijamente, cosa que parece que soy incapaz de dejar de hacer.

—¿Nos hacemos unos billares? —pregunta muy animado Steve.

Mary y yo nos miramos y asentimos, tal vez la noche pueda mejorarse. En la pista de patinaje lo hemos pasado muy bien, no entiendo por qué Tyler tiene esos cambios de actitud.

Él también asiente a la propuesta de su hermano pero, en ese mismo momento, su mirada se centra en algo o alguien detrás de mí y su expresión se vuelve sombría.

Coge su chaqueta y saca de su cartera un billete que deja en el centro de la mesa.

—Pensándolo mejor, creo que me voy. No me apetece seguir aquí.

Y así, sin más, sin dar ninguna explicación y de esa manera tan desagradable, se levanta de la mesa y nos deja ahí.

—Ty, vamos hombre... —intenta convencerlo Steve.

Él hace caso omiso a su hermano y se marcha, sin mirarme siquiera.

—No entiendo qué he podido hacer para que me tenga ese odio y esa aversión.

—Valerie, no te equivoques, no siente ninguna de esas dos cosas por ti. Creo que es todo lo contrario.

—Steve, de verdad, no necesito que trates de convencerme de lo contrario. Desde el primer momento no ha hecho más que portarse como un completo capullo conmigo. Y todo por una carta...

—¿Una carta? —pregunta Steve.

—Sí —se apresura Mary en contestar—. La semana pasada, el día que Valerie llegó después de años sin vernos, fuimos al centro comercial y allí, para celebrar que volvíamos a estar las tres juntas, nos tomamos unos chupitos de tequila. Ya puedes imaginarte en el estado en el que íbamos... total, que incitamos a Valerie a que se atreviera a entregarle una carta a Santa Claus...

—¿Atreviera? —pregunta Steve, sorprendido.

—Sí, uno de los miedos absurdos de Valerie son los hombres disfrazados de Santa Claus. Así que hizo una carta con sus deseos más...

La corté de inmediato.

—Una carta con cuatro deseos... y eso fue todo. A los dos días me lo encontré saliendo del despacho de tu padre cuando fui a hacer la entrevista... el resto de la historia ya lo conoces.

—¿Y dices que mi hermano estaba disfrazado de Santa Claus? —pregunta asombrado.

¿Su hermano no sabe nada de eso?

—Exacto.

—Bueno, creo que hay algo de esta divertida historia que me pierdo, pero supongo que no quieres contármelo, ¿me equivoco, Valerie?

—Dejémoslo así—sentencio.

Después de dos horas jugando al billar, de muchas risas, varias cervezas y un par de chupitos de whisky, Steve decidió que era hora de irse. El día siguiente era mi día de fiesta semanal, coincidía en domingo y en fin de año. Ahora mismo no estaba en condiciones de pensar en cómo lo iba a pasar. Mary y Olivia estarían fuera de la ciudad con sus padres, y yo no iba a ir a casa. Mi

madre no se había puesto en contacto conmigo ni una sola vez. Ni me devolvió el mensaje que le envié el día de Navidad, cuando solo hacía un día que me había ido de su casa.

Yo no iba en condiciones de conducir, así que dejé mi coche en el aparcamiento y fuimos los tres en el coche de Steve. Primero llevamos a Mary a su casa, ella iba casi tan perjudicada como yo. Gracias a Dios que Steve solo había bebido dos cervezas y podía conducir perfectamente. Me dejé caer en el asiento trasero de la camioneta de Steve, él y Mary iban en la parte delantera.

Lo último que vi fue a Steve colocar una de sus grandes manos en el cuello de Mary y a esta inclinar la cabeza hacia atrás para que Steve la besara.

¡Puaj! Qué sobrevalorados están los besos. Y encima con lengua.

Brad nunca me había dado un beso con lengua. Jamás. Sus besos eran superficiales, suaves y secos. Cariñosos, pero nada más. ¿Cómo pude tardar tanto en darme cuenta de que no me deseaba?

Comienzo a hipar antes de que Steve vuelva a subirse a la camioneta. Y así, entre lágrimas, me duermo en el interior del vehículo.

No sé cuánto rato ha pasado pero despierto notando un pequeño zarandeo en mi hombro derecho.

Abro los ojos y me encuentro con un chico muy guapo. Se parece a ese hombre que me ha robado el sentido.

Es Steve. Es casi tan guapo como su terrorífico y antipático hermano Tyler.

—Hey, Val. ¿Cómo estás, nena?

Parpadeo varias veces antes de sentarme y comprobar que no estoy mareada.

—Parece que me ha ido bien dormir un rato desde la ciudad hasta el rancho.

—¿Necesitas que te acompañe hasta tu cabaña? —se ofrece. Siempre tan bueno.

—No hace falta, Steve. Eres tan bueno —la sonrisa de borracha aparece en mi cara—. De veras, no te preocupes, tardo solo cuatro minutos en llegar.

Bajo de la camioneta, no sin su ayuda, y me coloco bien el gorro para taparme las orejas, hace un frío del demonio.

Steve lleva sus manos hacia el vientre y pone cara de estar pasando un mal

rato.

—Me ha dado un apretón... me voy corriendo hacia la casa grande. Nos vemos mañana para la cena de fin de año.

El cielo está despejado y la luna clarea gran parte de la extensión de la propiedad de los Cooper, sin duda es una noche preciosa. Para estar medio borracha y sola.

Empiezo a caminar por el camino hacia mi cabaña, las pequeñas luces que lo flanquean parecen miles de luciérnagas enseñándome el camino a seguir hasta llegar a las dos únicas casas que hay en esa parte del terreno. La mía y la del hurraño Tyler.

Siento un pequeño dolor de cabeza y espero que esta segunda resaca no sea tan duradera como la primera.

Cuando estoy llegando a mi puerta veo que por una de las ventanas de la casa del árbol donde vive Tyler brilla la luz de un televisor. Lo sé porque la tonalidad va cambiando.

Nos ha dejado tirados para venirse a ver la tele, qué hombre tan considerado y sociable.

¡Uff!

Abro mi bolso para coger las llaves. Rebusco y rebusco pero no las encuentro. Sigo buscando en él de forma más nerviosa y, no. No están.

Metó las manos en los bolsillos del abrigo para ver si, con las prisas, las metí ahí cuando salí de casa esta tarde, después de que ese gato salvaje casi me atacara, pero tampoco están.

Decido vaciar el bolso, así que, vuelco su contenido en el suelo, iluminado levemente por uno de los últimos farolillos del camino. Estar en esta penumbra empieza a darme algo de miedo. Espero que ese animal no vuelva a aparecer.

—Mierda.

Digo más alto de lo que pretendía, al darme cuenta de que las llaves no aparecen por ningún sitio y que, ahora, tengo que recoger todo lo que he tirado al suelo. Me agacho y la velocidad hace que me maree y que mi cabeza impacte contra la puerta de madera maciza.

¡Au!

Un gritito escapa de mis labios. No pienso beber whisky ni cerveza jamás en mi vida.

Cuando ya lo tengo todo recogido, mi mente enturbiada decide que podría entrar por una de las ventanas. Quizá haya alguna que no esté bien cerrada y pueda forzarla un poco. Doy la vuelta alrededor de mi pequeña cabaña y todas y cada una de las ventanas están perfectamente cerradas y hechas para que ninguna mujer sola y borracha pueda entrar por ellas.

Sin duda esto era lo mejor que estaba por llegar para acabar este precioso día. Gruño, frustrada, por no poder entrar. Coloco las manos sobre mi cadera y empiezo a mirar a mi alrededor.

Los altos abetos me rodean, la luna brilla levemente sobre sus partes altas, pero aquí abajo no se ve ni se escucha nada de nada.

Me acerco al camino iluminado y veo una piedra con un tamaño considerable, y de repente, mi mente me muestra una estupenda idea para poder entrar de una vez por todas en mi adorada casita.

En estos momentos tengo la extraña sensación de que alguien o algo me observa desde las sombras de la noche, así que para quitarme esa absurda idea de la cabeza, empiezo a tararear una canción de Justin Timberlake.

Valerie, que mal cantas cuando vas borracha, mi mente me bombardea cuando sabe que no puedo defenderme.



Hace rato que la observo por la ventana sin poder evitarlo. Es tan escandalosa que seguro que hasta los huéspedes de la casa grande la están escuchando.

Ha vaciado el bolso tirando todo su contenido al suelo, parece que no encuentra lo que busca y, sin duda, verla hacer el ridículo de esta manera es mucho más entretenido que esta película vieja.

Ha dado la vuelta a toda la casa, parece que intenta entrar por una ventana. Valerie, eres una fuente inacabable de ocurrencias tontas.

Pero me pongo duro solo con mirarla.

Decido coger el otro juego de llaves de repuesto y bajar a apiadarme de la pobre chica.

Cuando estoy bajando la rampa de mi casa, la veo coger una piedra del camino, e intuyo claramente, cuales son sus intenciones.

Otra estúpida idea más y conseguirá que su nombre aparezca en el libro Guinness de los récords.

Justo cuando va a golpear el cristal de la ventana principal, me acerco a ella en dos zancadas sigilosas y le sostengo la mano en alto, antes de que dé el golpe final.

—¡Socorro! —grita de repente.

—¡Shhh! Loca, deja de formar tanto escándalo. Soy yo.

Se revuelve, nerviosa y rabiosa entre mis brazos, frotándose contra mi cuerpo. He salido sin la chaqueta, solo con los pantalones del pijama y la camiseta de Nirvana de manga corta, pero ese contacto me calienta al momento.

Hago más presión sobre su muñeca derecha, obligándola a soltar la pesada piedra, y con la otra mano, le tapo la boca para que deje de chillar. Acerco mis labios a su oreja, y su aroma me embriaga.

—Estate quieta de una puta vez, pequeña Valerie. Yo abriré la puerta.

Siento su respiración y sus jadeos en la palma de mi mano. Sigue resistiéndose a mi agarre y retorciéndose entre mis brazos. Esto me recuerda a otros tiempos en los que cuando retenía así a un enemigo, no conseguía salir consciente del encuentro. Y me gustaba la adrenalina que sentía al luchar por mi vida de esa manera, sobre todo, sabiendo que mi contrincante no tenía la fuerza suficiente para ganarme.

—No vuelvas a chillar, o despertarás a todos los huéspedes de la casa grande. Voy a soltarte, ¿de acuerdo?

Justo cuando empiezo a separar la mano de sus carnosos labios, siento como me atraviesa una pequeña punzada de dolor.

—¡Aaah! ¡Maldita bruja!

Me ha mordido el dedo anular.

La hago girar entre mis brazos, consiguiendo sacar, no sin dolor, el dedo de entre sus dientes; la empotro contra la puerta, haciendo que su cabeza se golpee contra la madera, y la retengo apretándola con las caderas mientras coloco ambas manos a cada lado de su cara.

Jademos los dos. Nuestras respiraciones se convierten en vaho al salir a la fresca temperatura de la noche. Percibo el olor dulzón del whisky en su aliento, y a cerveza también. Cenando solo había tomado una coca cola, así que supongo que después han estado de copas mientras jugaban a ese billar al que me he negado a quedarme después de ver a...

—Eres un ser malo y aterrador con esos ojos... de gato salvaje y disfrazado del hombre más... más... más... tú. ¡Devuélveme mi carta!

Me escupe toda la frase casi sin respirar. Su mirada es de rabia; en todas las veces que me ha mirado esta semana nunca había visto una mirada así de agresiva y salvaje en sus preciosos ojos verdes. Y esos labios entre abiertos, dejando ver esos pequeños y puntiagudos colmillos.

Soy consciente de que no puedo apartar la mirada de sus labios, y recuerdo con precisión absoluta los cuatro deseos escritos en su carta.

Golpetea la puerta con su cuerpo intentando zafarse de mí.

Gruñe, como una gata salvaje. Ella es en realidad el animal más peligroso de la propiedad. Después de mí, claro.

Tomo una bocanada de aire y niego con la cabeza, sabiendo de ante mano que esto va a ser la peor decisión que haya tomado en mi vida. Pero lo hago.

Muevo mi mano por su cabeza y la cojo del pelo, tirando hacia abajo para conseguir que su cara quede en la posición perfecta para atacarle la boca que tiene abierta. Siento su respiración y su agitación. Lo llevo sintiendo desde que cayó encima de mí la semana pasada con aquella estúpida carta entre las manos.

Me mira, expectante y, sin pensarlo más, aplasto mis labios sobre los suyos con violencia. Como ya tenía la boca abierta no opone resistencia cuando introduzco mi lengua en su boca lentamente, para recorrerla entera, para rozarla con la suya, es cálida y juguetona, como me esperaba. No me rechaza

ni se amedrenta, sino que recorre mi boca con la misma pasión que mi lengua recorre la suya.

No puedo evitar apretarme más contra su cuerpo, seguro que nota mi polla dura contra su vientre pero no me importa.

La tengo donde quería, dispuesta y receptiva.

Lo siento, siento cuando una mujer está húmeda y ahora mismo su aroma inunda todo el bosque. Meto y saco la lengua de su dulce boca, me la estoy tirando con la lengua y juro que voy a reventar los pantalones si no paro ya con esto.

Así que lo hago. Retiro mi lengua de su boca, lamo por última vez sus deliciosos labios, ahora sin rastro alguno de pintalabios y, como regalo, le beso la punta de su respingona nariz.

—Primer deseo concedido —susurro contra su boca abrasadora.

Meto la llave en la cerradura, a su espalda, y le abro la puerta.

Tropezaba y está a punto de perder el equilibrio y caerse, pero la sujeto de nuevo, cogiéndola de la mano y dejándole la llave en ella.

Fiebre

Todavía no soy capaz de moverme y de respirar al mismo tiempo.

¿Es eso un beso? ¿Un beso de los de verdad? ¿Acabo de sentir por toda mi cadena genética la fuerza del beso de un hombre?

De ese hombre. Tyler.

Se separa lentamente de mí, mientras abro los ojos y lo miro, tiene sus duros y calientes labios manchados con el color de mi pintalabios. Su mirada es más oscura incluso que la propia noche que nos envuelve. Llevo la mano hacia mi boca, como si poniendo mis dedos sobre mis labios fuera a ser capaz de mantener su calor y su sabor dentro de mí.

Y eso que me ha dicho: primer deseo concedido.

Me coge la mano con la que me estaba tapando la boca y me entrega algo. Llaves. Son unas llaves, con las que acaba de abrir la puerta de mi cabaña.

Se gira y se aleja. Hacia su casa. Y yo sigo aquí.

Justo debajo de su árbol.

Haciendo un esfuerzo sobre humano, me giro y entro en la cabaña. Cierro la puerta a mi espalda y me apoyo en ella hasta dejarme caer al suelo. Con los ojos cerrados intento recordar cada sensación, cada movimiento, la dureza de su cuerpo contra el mío, en especial esa alargada y prominente barra que apretaba contra mi vientre.

Me desea. Es un hombre y me desea. A mí.

¡Oh, Dios mío!

Me siento más mareada que cuando he salido del restaurante con Mary y Steve. Es como si me hubiera emborrachado de él, drogado o anestesiado con su toque mágico.

Gateo hasta llegar al sofá, al cual me sujeto para levantarme y ahí empiezo a quitarme capas de ropa. Dejo caer el abrigo al suelo, después en mi habitación, me deshago del jersey y de las botas, que me quito empujando con el otro pie.

Y así, tal cual, me dejo caer sobre la cama. Sonriendo como hace mucho que no hacía y tocando mis labios con las yemas de los dedos. Este ha sido, sin lugar a dudas, el mejor beso de toda mi vida.

¿Será este Santa Claus capaz de conceder deseos reales?

Me duermo con la sensación de estar totalmente ebria. Aunque temo que este tipo de licor cause una resaca peor que el whisky y las cervezas que me he tomado hace un par de horas.

Despierto sin saber muy bien dónde estoy. Me cuesta abrir los ojos por el insistente sol que se cuele por las ventanas. Muevo la cabeza de un lado a otro y parece que no hay mareo, pero no me encuentro del todo bien.

Me duele todo el cuerpo, las extremidades me pesan más de lo normal y una presión en el pecho me arranca una tos exagerada.

Cojo el móvil y miro la hora que es. Son las once de la mañana.

Dios mío, he dormido una barbaridad y parece que mi cuerpo siga necesitando estar en la cama.

Veo en la pantalla que tengo un Whatsapp de Mary y otro de Olivia, seguro que estas dos ya han hablado sobre lo que ocurrió anoche.

Llamo a Mary antes de levantarme.

—¡Oh, Val! Es el mejor tío que he conocido en toda mi vida, es alucinante. Gracias por presentarnos. Te estaré eternamente agradecida —Mary y sus enamoramientos repentinos—. Hoy va a ser imposible que nos veamos pero hemos quedado mañana antes de que se vaya para la universidad. Tiene una voz...

—Sí, parecida a la de su hermano... —es lo primero que digo en toda la conversación.

—Y cómo besa, Val. Madre mía...

Eso me trae algunos recuerdos confusos a mi mente. Ventanas, llaves, fuerza, labios, lenguas...

—Su hermano también... —susurro más para mí que para que ella me escuche.

—¿Qué has dicho? —pregunta de repente como si hubiera escuchado lo que acabo de decir.

—He dicho que su hermano también.

—¿Que su hermano también, qué? —pregunta histérica.

—Que su hermano besa de forma... increíblemente alucinante.

—¡No! ¿Te has tirado a tu jefe? —pregunta escandalizada—. Cuéntamelo todo. Ahora mismo. Oh, Valerie, has conseguido romper la racha de sequía de tres años.

—Primero: no, no me he tirado a mi jefe. Segundo: tres no, cinco, cinco años sin sexo. Solo tuve sexo una vez, con Bruce.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que llegué borracha a casa, que no encontraba las dichas llaves de mi cabaña y que cuando estaba a punto de romper un cristal de la ventana con una piedra, él apareció de la nada y me besó. Nos besamos. Y sabe besar. Mucho, Mary. Besa de tal manera que consiguió que me mojara antes incluso de tocarme con sus labios.

—Valerie, aquí hay tema. No os habéis liado pero por muy poco. Esto es maravilloso, podríamos estar las dos casadas cada una con un hermano, ¿te imaginas? seríamos amigas y cuñadas...

—Mary, para por favor...me acabo de despertar y mi cerebro todavía no puede seguir tus alocados pensamientos.

—Lo único que me molesta es que esta noche no la podamos pasar los cuatro juntos. ¿Qué harás al final? ¿Te quedarás en el rancho?

—Qué remedio. Pero no me sabe mal en absoluto. Los Cooper son muy familiares y casi me han obligado a asistir a la cena que darán esta noche en la casa grande. Hoy salen todos los huéspedes y durante el mes de enero tienen cerrado por reformas, ya sabes, pintar y hacer arreglos y mejoras para empezar bien la próxima temporada. Así que estaré con la familia Cooper al completo, creo. Y supongo que la señora Williams y su marido también estarán. Aquí todo el personal forma parte de la familia. Os echaré de menos a ti y a Olivia pero nos vemos dentro de unos días, ¿ok?

—Nada podrá impedírmelo.

Nos despedimos deseándonos una feliz noche de fin de año.

Con el teléfono en la mano dudo en si llamar a casa o no. Y antes de darme cuenta, he marcado el número de mamá y estoy escuchando sonar los tonos.

Contesta al quinto tono, justo antes de que salte el contestador.

—Hola —sigue enfadada. Lo noto en su voz.

—Hola, mamá. ¿Qué tal estáis?

Después de unos segundos, contesta.

—Por aquí todos muy bien. Y tú, ¿ya te has cansado de hacer ver que puedes llevar una vida ordenada y autosuficiente? ¿Necesitas dinero para gasolina y poder volver ya?

Niego con la cabeza mientras escucho sus duras palabras. No creía que mi madre pudiera ser tan dañina. Lo único que le he hecho, si se puede considerar así, ha sido no ir a la universidad, no seguir sus pasos y no seguir con un falso compromiso con un hombre que no me ama y al que no amo.

Aguanto las lágrimas absurdas que me queman los ojos y procuro contestar lo más tranquila posible, para que ella no note cuánto me han afectado sus duras palabras.

—No, mamá. No pienso volver. Tengo un trabajo en el que me siento muy a gusto, como si estuviera en mi propia casa. Tengo también un lugar donde vivir, que pago con mi sueldo —eso no es así literalmente, pero sí, está incluido en mi sueldo, y mi cabaña es perfecta para mí sola—. Me siento libre, me siento adulta, puedo empezar a construir mi propia vida, y no necesito un maldito título universitario para ello ni un hombre que me mantenga. Dile a las niñas que les deseo feliz año.

Dicho esto, cuelgo sin esperar ninguna respuesta por su parte.

Dejo que las lágrimas resbalen por mi cara, me froto los ojos y noto por el rímel espeso en las pestañas que anoche no me desmaquillé.

Ni me desmaquillé ni me desvestí. Sigo vestida con la camiseta y los pantalones vaqueros. ¿Y yo soy la que acaba de decirle a su madre que es capaz de llevar una vida ordenada y autosuficiente? Suspiro varias veces y realizo tres inspiraciones profundas, deseando que eso me sirva para algo y me ayude a calmarme.

Poco a poco me incorporo en la cama con intención de darme una ducha rápida e ir a la cocina de Jada a por algo muy dulce y empalagoso que me ayude a sentirme mejor. Necesito una buena ración del mejor *quitapenas* universal. Chocolate en cantidades industriales.

Una vez fuera de la ducha, me anudo la toalla sobre los pechos mientras me

desenredo el pelo. Observo mi reflejo en el espejo medio empañado de mi pequeño, pero cálido y acogedor, cuarto de baño. El silencio me acompaña y me gusta que sea así. No se escucha nada, ni tráfico, ni niñas peleándose por peinarse la primera, ni madres metiendo prisa. Necesito la tranquilidad que me aporta estar aquí. No digo que vaya a ser así toda mi vida, no quiero planear nada más allá de unos días, porque la vida siempre hará lo que le dé la real gana, quieras tú o no. Así que, mejor amoldarse y tratar de estar lo mejor posible en el lugar que te encuentres en cada momento.

Para cuando acabo de peinarme y de ponerme la crema hidratante, sigo estando algo mareada y con una extraña sensación de pesadez en el cuerpo.

Unos golpes en la puerta me sacan de mi pequeña ensoñación.

¿Quién puede ser?

Quizá sea Steve que viene a buscarme para acompañarme a buscar mi coche a la ciudad, o para que le cuente algún turbio secreto sobre Mary.

Abro la puerta sin pensar y me encuentro con él.

De repente todos los recuerdos de lo que pasó a última hora de anoche, o debería decir, a primera hora de hoy, me abruman y centellean en mi mente.

Me mira de arriba abajo, recuerdo lo poco vestida que voy e instintivamente llevo una de mis manos al nudo que sostiene la toalla en su sitio, vamos, que es la encargada de que no esté viéndome otra vez desnuda.

Está de pie delante de mí, serio como siempre, más que anoche, yo también lo miro de arriba abajo. ¿Este hombre no tiene frío nunca? Lleva una camisa a cuadros abierta y remangada hasta los codos, una camiseta blanca debajo y unos vaqueros desgastados ceñidos a sus poderosos músculos. Me cuesta respirar, parece como si hubiera corrido de aquí a Canadá y volver.

Me aparto de la entrada y, cogida al pomo de la puerta, le ofrezco pasar.

—¿Pasas? —no sueno muy segura. Intento colocarme bien las gafas, pero no las llevo puestas, así que nada, simplemente me he tocado la nariz.

Veo como se tensa ese músculo que tiene en la mandíbula y como la duda aparece en sus preciosos ojos.

—Eh... no. Sólo venía a traerte esto. Jada estaba preocupada por ti porque no has venido a desayunar hoy. Le he dicho que anoche llegaste totalmente

borracha y que seguro que estabas durmiendo la mona.

Lo fulmino con la mirada, horrorizada por lo que acaba de decir.

—¿No puedes ser tan cruel? ¿verdad? —lo miro sin dar crédito a sus palabras.

Se acerca lentamente a mí, con esa caja de cartón en las manos, tan serio como si fuera a matar a alguien ahora mismo.

Podría matarme a polvos... ¡Oh, por favor!

—Puedo ser muy cruel, brujita pelirroja. Pero, no. Hoy no tenía ganas de reírme de ti. Ya lo hice, y mucho, anoche, viendo como vaciabas tu bolso en el suelo y como intentabas entrar por las ventanas. Eres de lo más graciosa, Valerie.

¡Oh, por favor! ¿Todo ese espectáculo di? Y él tenía que estar ahí mirando por su ventana, siendo testigo de como yo daba el bochornoso espectáculo. Como jefe, no sé lo que pensará de mí; como hombre, pensará que soy una pánfila que se dedica a emborracharse a la mínima ocasión.



Empieza a tartamudear, no sabe qué contestar a eso que acabo de decirle. Y también noto cabreo. La pequeña bruja sabe mantener la compostura pero yo soy bueno haciendo que se cabree.

—Eres... eres un...

De repente se pone más roja de lo normal y pierde el equilibrio. Mi cuerpo actúa por instinto y rápidamente la sostengo con un brazo, otra vez en los pocos días que hace que nos conocemos, y la caja con su desayuno cae al suelo.

—Eh, Valerie, era una broma, mujer.

Parece que pierde la consciencia, sus ojos verdes dejan de mirarme fijamente y se entrecierran, volviéndose algo blancos.

¡Mierda!

El nudo de la toalla está a punto de ceder en su cometido, pero ahora no sería buen momento. La cargo en brazos pasándole uno de los míos por debajo

de sus piernas y la tumbo en el sofá. En ese momento veo que tiene un pequeño escorpión tatuado en el interior de su muñeca derecha. Qué casualidad.

Le quito el elástico que sujeta su corta melena y le coloco un cojín debajo de la cabeza para que esté más cómoda.

Sin querer rozo su cara y noto que la tiene realmente caliente.

Tiene fiebre.

Por eso tenía los ojos tan rojos, yo creía que había estado llorando. Cuando estoy observando sus preciosos labios sin maquillar, parece que vuelve en sí, pestañea varias veces antes de volver a fijar la mirada en mis ojos.

Me pone nervioso cuando me observa así.

Pero me gusta.

Demasiado.

—Tienes fiebre. ¿Tienes paracetamol aquí?

—No pensaba ponerme enferma ¿sabes?

Brujita peleona.

—Está bien. Voy a la casa grande a buscarte algo y ahora vuelvo. ¿Necesitas ayuda para vestirte?

Me mira sorprendida. Enseguida me doy cuenta de cómo ha sonado lo que acabo de decirle.

En el ejército no era raro que nos cambiáramos de ropa hombres y mujeres en el mismo barracón, así que estoy acostumbrado a ver a chicas con poca ropa.

—Puedo decirle a madre que venga, si quieres.

—No será necesario, Tyler. Gracias, eres muy amable. O debería decir, que eres muy amable ahora...

Las pilla al vuelo.

—Ponte algo cómodo, ahora mismo vuelvo.

Vuelve a mirarme de esa manera. Y vuelvo a saber por qué lo hace.

—Un pijama, Valerie. Un pijama estará bien.

—Eh...Sí, claro. Un pijama. —repite.

Antes de levantarse, comprueba que no se le ve nada, observa que la toalla sigue en su sitio y empieza a incorporarse lentamente sobre el sofá, colocando

las piernas con mucho cuidado para no mostrar nada.

—Despacio. No vayas a marearte otra vez.

La ayudo a sentarse y le indico que espere un poco antes de intentar ponerse de pie.

—¿Mejor? —pregunto.

Asiente sin levantar la mirada del suelo.

—Esto no es por la borrachera, no es resaca. ¿Verdad? —pregunta como si ella no lo supiera.

—No lo sé, Valerie. ¿Cómo suele reaccionar tu cuerpo cuando te emborrachas?

Se encoge de hombros y levanta la mirada hacia mi cara.

—No lo sé. Es la segunda vez que lo hago.

La segunda. Ya.

—¿Y cuándo fue la primera? —pregunto sin creerla.

—La semana pasada. El día que te di la carta...—susurra.

—¿En serio me estás diciendo que te emborrachaste el día de nochebuena y no se te ocurrió otra cosa que ir a entorpecer la recogida de cartas de Santa Claus?

—Me daba miedo. Santa Claus. Me da miedo.

No sé qué hacer con esta mujer. ¿Le da miedo Santa Claus? y los gatos. ¿Algo más?

—Ni siquiera te había visto la cara hasta que caí sobre ti en el trono.

—¿Por eso me mirabas tan... intensamente? —me gusta picarla.

—Ya te lo dije. Son tus ojos. Y vestido de Santa Claus...

—Claro, una combinación terrorífica — digo algo molesto.

Se levanta cómo un resorte, plantándome cara.

—Es cierto, Tyler. Puedes preguntarle a Mary, o a tu hermano, él se enteró anoche. No fue mi intención reírme de lo que estabas haciendo. Acababa de dejar la casa de mi madre, me reuní con mis mejores amigas después de años sin vernos y, una cosa llevó a la otra... tomamos esos chupitos para celebrar el reencuentro y mi posible nuevo trabajo —hace un gesto con las manos,

abarcando el espacio a nuestro alrededor—. Ellas fueron las que me animaron a hacerlo. Y quise plantarle cara a... mis miedos.

Veo en su mirada que dice la verdad, me gustan las mujeres valientes, y nuevamente está a punto de desmayarse, así que la cargo en mis brazos y la llevo hasta su cama. Se queja pero me deja llevarla.

Con cuidado, la dejo de pie, noto como su cuerpo roza el mío. Tiene mala cara.

—Valerie, tienes bastante fiebre, voy a buscar algún medicamento.

Destapo la cama y la dejo preparada para que se meta dentro.

—Ponte un pijama calentito y métete en la cama. No tardo más de cinco minutos.

Salgo corriendo de regreso a la casa grande. En el botiquín tendremos algún antitérmico y le pediré a Jada que prepare un poco de caldo para Valerie.

Seguro que se ha resfriado por el frío que cogió ayer. Y eso hace que me sienta en parte culpable. Por meter a *Metal* en su casa para asustarla... en la vida hubiera imaginado que le tenía tanto miedo a un gato, se quedó paralizada; y después, el frío que debió coger esta madrugada cuando no podía entrar en la cabaña.

Mi hermano está en recepción cuando entro. No lo había visto en toda la mañana.

—Eres un capullo, ¿lo sabes, no? ¿Tanto trabajo te costaba quedarte y acabar bien la noche? la dejaste tirada, Ty, dale una puñetera oportunidad, no todas las mujeres son iguales...

—No empieces otra vez, Steve. Y, para tu información, vengo a buscar algún antitérmico y algo caliente de comer para llevárselo a ella.

—¿Valerie? ¿Qué le pasa? —pregunta preocupado, dejando a un lado su cabreo conmigo.

—He ido a llevarle el desayuno que Jada le había preparado pero al llegar estaba con fiebre, mucha, diría. Se ha desmayado en mis brazos.

—Entiendo. ¿Vas a encargarte tú o prefieres que avise a alguien para que vaya a cuidarla?

—Steve, puedo tomarle la fiebre y darle una pastilla. En serio.

Por favor, estuve cuatro putos años en el ejército, cuidando de mis hombres. Es un simple resfriado.

—No juegues con ella, imbécil. Es un encanto de mujer...

—¿Qué sabes tú de ella? —pregunto algo molesto.

—Me gusta Mary, anoche congeniamos muy bien y creo que ella siente lo mismo. Y Val es su mejor amiga, así que sé algunas cosas que tú desconoces. Y sé que sueles ser un capullo integral todas, en especial con ella. Y no lo entiendo.

—Chicos ¿qué pasa? —mi madre aparece por el vestíbulo.

—Mamá, Valerie tiene bastante fiebre, he venido a buscar algo para que le baje, el termómetro y le pediré a Jada que le prepare algo caliente.

Me mira, parece orgullosa. ¿Por qué clase de monstruo me toman? Joder, que no quiera mantener una relación con ninguna mujer no significa que sea un desgraciado insensible. Además, ella es mi empleada. Me preocupo por ella igual que lo haría por Alex, Luke o cualquiera de los que estamos en el rancho.

—Está bien, cariño. Llévale el medicamento y tómale la fiebre. Seguramente se haya resfriado, estos días han bajado mucho las temperaturas. y ella no está acostumbrada a esto. Yo le llevaré la comida cuando Jada la prepare.

—No te preocupes, mamá. Yo me encargo —le ofrezco—. De todas maneras la tengo debajo de casa.

—En cuanto acaben las comidas se marcharan los dos matrimonios que quedan en las habitaciones, así que esta tarde puedo ir a pasar un rato con ella — se ofrece mi buen hermano.

—Como queráis. Seguramente se le pase al tomarse el medicamento.

Cojo una de las dos cajas de antitérmico que tenemos en el botiquín y salgo de nuevo hacia la cabaña de Valerie.

Entro y noto que hace frío en la estancia. Decido encender la chimenea para calentarlo un poco. Preparo un vaso con agua y saco un comprimido del blíster para ofrecérselo a Valerie.

Al entrar en su habitación veo que se ha metido en la cama y está tapada hasta arriba, en posición fetal y temblando un poco. Le toco la frente y, como me temía, está muy caliente.

—Eh, Valerie. No te asustes, soy yo, tu Santa demoníaco particular. Vamos a incorporarte un poco para que pueda ponerte el termómetro y te tomes este comprimido, ayudará a bajarte la fiebre.

Se mueve pero no tengo claro que me esté escuchando.

Su pelo rojizo está esparcido sobre la almohada y resalta en contraste con las sábanas blancas. Las diminutas pecas que dibujan su pequeña nariz respingona están más marcadas que de costumbre. Y lo que más raro me resulta, es estar delante de ella y que no esté perforándome con sus preciosos ojos verdes. Siempre es ella la que me mira y me observa.

—Valerie, tienes que sentarte un momento para que pueda ponerte el termómetro y te tomes esto. Vamos, será un momento y después podrás descansar.

En ese instante abre sus preciosos ojos y me mira. Los tiene llorosos y algo rojizos, se pasa la lengua por los labios para hidratarlos, supongo, la verdad es que los tiene algo reseco debido a que estaba respirando por la boca.

—Eres tú —susurra intentando enfocar la mirada.

—Sí, pequeña brujita, soy yo. Venga, siéntate y...

¡Maldita sea!

Sí, se ha sentado, pero antes de meterse en la cama le he dicho que se pusiera un pijama y parece ser que no lo ha hecho.

Sus perfectas tetas están a la vista, desde su cabeza hasta su ombligo, todo está a la vista.

Abre la boca y hace algún tipo de sonido que no alcanzo a entender.

—Aaaah... —entona con la boca abierta. Reacciono después de unos segundos, entiendo que, lo que espera, es que le coloque la pastilla en la boca.

—Eh... sí, esto. La pastilla —me ha dejado descolocado.

Llevo mi mano hasta su boca y, con cuidado, introduzco lo justo los dedos pulgar e índice para dejar el comprimido sobre su lengua.

La mueve y me lame las yemas de los dedos. Me mira y parece que acaba de guiñarme un ojo.

—Vaya, parece que la fiebre te vuelve jugetona. Pero tendríamos que esperar

a que te pongas buena, ¿no crees?

Intento hablar para calmar mis propias sensaciones, aunque creo que no lo estoy consiguiendo. Hace mucho que no me sorprendían así. Y ella parece saber como hacerlo aunque no sea consciente de ello.

Asiente medio sonriente, mientras le coloco el borde del vaso en los labios para que beba y pueda tragarse la pastilla.

Lo hace, pero al retirar el vaso le cae agua por la comisura de la boca. Agua que en un acto reflejo limpio pasando el dorso de mi mano por su piel caliente.

Intento no mirar sus pechos descubiertos pero es algo realmente difícil. Sus pequeños pezones están erizados apuntando en mi dirección y la piel rosada que los bordea está arrugada por el frío, aunque ella está que arde.

—Bien, ya te has tomado la medicación, ahora vamos a ponerte algo de ropa.

Me levanto de su lado en busca de algo con lo que cubrirla.

—A Santa no le gusta verme desnuda —espeto en un susurro.

Si a Santa, como acaba de llamarme, no le gustara verla desnuda, no estaría con un dolor tan intenso en la entrepierna.

¿Dónde guardará los pijamas?

Abro el primer cajón de la cómoda y, gracias a Dios, hay varias camisetas. Cojo una y me dirijo de nuevo a ella para colocársela.

—Hola.

Sonríe y me mira fijamente pero no es su mirada de siempre. Madre mía, como le afecta la fiebre a esta chica.

—Hola, Valerie. Vamos a ponerte esta camiseta —le digo mientras recojo la tela en mis manos en busca del agujero por el que tiene que sacar la cabeza.

—¿No te gusta verme desnuda, Ty? Anoche me hubiera quitado toooda la ropa para ti, solo para ti. Después de ese beso...

Nunca me había llamado Ty, diminutivo por el que suelen llamarme mi familia y allegados, y tengo que reconocer que en su boca suena mejor. Sus palabras hacen reacción en mi cuerpo y tengo que recordarme que tiene fiebre

y está delirando debido a ello. No tengo que tomar en serio sus palabras. Quizá hubiera sido buena idea que viniera mi madre a ocuparse de ella.

—Me encantó tu beso, Ty. Fue el mejor beso de toooda mi vida.

—Ajá —digo sin prestarle mucha atención mientras le paso la cabeza por la apertura de la camiseta e intento hacer lo mismo con sus brazos.

—Tienes una lengua muy jugosa, Ty. Mmmm me pongo caliente solo de pensar lo que puedes hacer con ella, y con tus manos, grandes y ásperas...

¡La hostia puta! ¿Se ha propuesto acabar conmigo? Cuando esté buena le recordaré todas y cada una de estas palabras... entonces sí que se pondrá caliente, y no será por la fiebre.

Consigo sacar el segundo brazo y por fin, ya no tengo su cuerpo desnudo a la vista.

—Tu lengua tampoco está nada mal, brujita. Pero ya hablaremos de eso cuando se te pase la fiebre.

Hace una mueca con la cara.

Es tan preciosa, así, sin maquillar, con los ojos rojos, con los labios entreabiertos y colorada por la fiebre que la aqueja.

—¿Fiebre? ¿Quién tiene fiebre? —pregunta.

—Tú, Valerie. Venga, levanta el brazo un poco para que te coloque el termómetro.

Le cuesta hacer lo que le pido, así que meto la mano por la camiseta hasta colocarle el termómetro en su sitio, con mucho cuidado de no tocar ninguna parte más de su cuerpo. Esto es peor que desactivar cualquier artefacto potencialmente explosivo. Solo que aquí el único que parece que va a explotar con toda esta situación soy yo.

Vuelve a tener los ojos cerrados, suspira levemente y tose un par de veces mientras esperamos a que suene el pitido del termómetro indicando que ya ha alcanzado la temperatura de su cuerpo.

El sonido suena al fin y vuelvo a repetir el peligroso acto de meter la mano dentro de su camiseta.

—Mmmm, me gusta que me toques, Ty, tienes las manos frías y callosas, me gusta sentir las sobre mi piel.

No puedo evitar sonreír. Es realmente divertida la pequeña bruja pelirroja.

Saco el termómetro y veo que está a treinta y nueve y medio. Es bastante, tal y como me temía. Espero que el medicamento le haga efecto rápido y consiga bajarle la fiebre.

Suena la entrada de un mensaje en su móvil. Su pantalla se ilumina y veo que el remitente es su madre, por lo menos así la tiene memorizada.

No quiero ser indiscreto pero, no suena muy bien eso de «no tienes ningún futuro...» ¿Qué clase de relación tendrá con sus padres? Dijo que se había marchado de casa de sus padres la semana pasada. Bueno, no me importa. No debo darle más vueltas.

Llevo dos horas en la cabaña de Valerie. He subido un momento a casa pero he bajado enseguida. ¿Es lo normal, no? No voy a dejarla aquí sola y enferma. He puesto más leña en el fuego y estoy viendo un partido de baloncesto en mi iPad.

Steve me ha pasado un par de mensajes preguntando por ella, y su móvil ha vuelto a sonar pero no he querido mirar de nuevo. Ya lo verá ella cuando se encuentre mejor. Sé que no tenía planes para hoy ya que le confirmó a mi madre que cenaría con nosotros esta noche.

He avisado a mi madre para que no se diera prisa en venir a traerle la comida, Valerie está totalmente dormida, así que no se lo iba a comer de todas formas.

Se ha ofrecido a quedarse ella aquí, hasta que despertara, pero le he dicho que no, porque a cambio debía ir yo a ver a mi hermana, y no me apetecía.

Mi hermana. Cada vez me cuesta más verla. No soy capaz de estar más de diez minutos en su casa y sé que sufre por ello, pero no puedo estar allí, viendo sus fotos y todas sus cosas. Debería deshacerse de todas ellas, pero no es capaz de hacerlo y Dan la apoya en todo lo que pide. No creo que la psiquiatra aceptara todo esto, pero prefiero no pensar en ello.

Esta va a ser una noche de fin de año muy rara. Estaremos juntos en la casa, espero que Dan consiga montar a Helen en el coche y traerla, le iría bien pasar aquí más rato, pasar más rato en cualquier sitio, no todos los días metida en

casa, de todas maneras no celebraremos a lo grande. Al fin y al cabo, no hay nada que celebrar.

Sangre

Uff, madre mía, parece que me ha pasado por encima un camión cargado de cemento. Me siento molida, dolorida y diminuta.

Abro los ojos y veo que estoy en la cama, en mi cama. Ya ha oscurecido y no tengo ni idea de qué hora será. Cojo mi móvil de la mesilla y veo que son más de las seis de la tarde.

—¡Mierda! —la cena de fin de año en el rancho es dentro de un par de horas.

No he salido de casa en todo el día, seguramente se hayan preocupado.

Tengo puesta una camiseta que no recuerdo haberme puesto y estoy sin bragas... qué raro todo.

Me levanto y la pesadez muscular y el dolor de cabeza hacen que me sienta mareada. Me muevo lentamente y alcanzo unas braguitas del primer cajón.

—Sí, estás mismas servirán.

Son de las cómodas, de esas grandes y viejas que hacen que te sientas en la gloria de lo cómodas que son, como si no llevaras nada.

Hay un vaso con agua en la mesilla, un vaso que tampoco recuerdo haber puesto ahí.

Me pongo también unos calcetines gorditos de lana y voy hacia el salón.

¿También me he dejado la tele encendida? ¿Y quién ha encendido la chimenea? Cada día estoy peor, no recuerdo nada.

Cuando llego al sofá veo que hay un hombre estirado en él. Me acerco poco a poco y veo que es Tyler.

¿Tyler? ¿Qué hace él aquí? ¿Dormido en mi sofá?

De repente, abre los ojos y me mira directamente.

Me sobresalto y llevo mis manos a la entrepierna para tapar la parte de las braguitas que queda visible, estiro todo lo que puedo de la camiseta de algodón que me cubre.

—Tyler, esto empieza a ser muy raro. ¿Qué haces aquí?

Me mira, extrañado y serio como siempre.

—Lo sabía... —refunfuña.

—¿Sabías? ¿El qué sabías? —pregunto aún tapándome.

Se levanta de un salto y se acerca veloz hacia mí. Su mirada intensa me hace

pensar en algo pero no alcanzo a recordar el qué.

De pronto coloca una de sus manos grandes en mi frente.

Me abrumba su cercanía, su olor me envuelve y me relaja. Me siento... en casa. No físicamente, sino de forma... total. Hace que me sienta segura y cuidada.

—Ya no tienes fiebre —retira la mano de mi frente y sigue mirándome.

Está tan cerca de mí que tengo que levantar mucho la cara para poder mirarlo a los ojos. Esa barbita de tres días que le cubre la cara es de lo más... sexy.

—¿He tenido fiebre? —pregunto sorprendida. Hace mucho que no me pongo enferma. Pero por lo que solía explicar mi madre, cuando tengo fiebre desvarío mucho.

Detecto un leve movimiento en sus ojos y en la comisura de su boca. Parece que quiera reírse pero no lo hace.

—Sí, Valerie. Esta mañana te has desmayado cuando he venido a traerte el desayuno que Jada te había preparado y bueno... nada más. Te he dado un paracetamol para bajarte la fiebre y...

En ese momento se abre la puerta y entra el resto de la familia Cooper.

Steve, Maggy y el señor Cooper.

—Oh, perdón —se excusa Steve al verme tan poco vestida—. ¿Interrumpimos algo? —pregunta en tono socarrón.

Tyler me rodea y se coloca delante de mí para tapar mi semi desnudez.

—Joder, Steve. Podrías llamar antes de entrar. Y no, no interrumpes nada, hermanito.

—Hola, hijo. Valerie ¿cómo te encuentras? —pregunta Maggy en tono maternal.

—Hola, muchacha. ¿Te ha cuidado bien mi hijo? —pregunta James justo después que su mujer.

Asomo la cabeza por el lateral de Tyler para verlos a todos.

Estoy muerta de vergüenza.

—Hola. A todos. Esto... me acabo de levantar y Tyler me estaba explicando todo lo ocurrido durante esta mañana.

—Vaya ¿no recuerdas nada? —pregunta Steve.

—No, nada. Lo último que recuerdo es haber hablado con Mary esta mañana al despertarme y... con mi madre. Pero nada más.

Un nudo atenaza mi garganta. Recuerdo la conversación con mi madre y las lágrimas acuden de nuevo.

—Si me disculpáis, creo que voy a ponerme algo más de ropa. No sabía que... Tyler estaba en casa y me he levantado ahora mismo.

—Querida, mi hijo ha estado todo el día aquí pendiente de ti —dice el señor Cooper.

Vaya, el huraño y antipático Tyler que anoche nos dejó tirados ¿ha estado ocupándose de mí?

—Sentaos, por favor, enseguida vuelvo.

—Claro, querida. Ve, tranquila, ya nos giramos.

Salgo disparada hacia mi habitación y miro a mi alrededor.

Tyler ha estado todo el día aquí y no lo recuerdo. Me miro de arriba abajo... ¡Joder! Me ha visto con este horrible aspecto. Si antes ya se metía conmigo, no quiero saber la de bromas que querrá gastarme ahora. Espero no haber dicho ninguna estupidez mientras dormía... mi madre siempre ha dicho que cuando tengo fiebre me da por hablar.

Saco unos pantalones de pijama y me los pongo. Cojo una goma de pelo que tengo sobre la cómoda y me recojo el pelo en una pequeña coleta. Esto tendrá que bastar para estar presentable. Después de que se han presentado todos en casa para visitarme, no voy a ponerme exquisita. Y yo sin saber que estaba enferma. Por eso me siento así de pisoteada y cansada. Debo de haber cogido frío.

Ayer. Con el incidente del gato y después por la noche cuando no podía entrar en casa, la humedad y el frío del ambiente han conseguido que me resfríe.

Una tos exagerada sale de repente de mi cuerpo justo cuando me dispongo a salir de mi habitación.

—Vaya, tendremos que buscar algo para aliviar esa tos —dice Maggy acercándose a mí.

Al igual que hace unos minutos ha hecho Tyler, me pone la mano en la frente para ver si tengo fiebre.

—Parece que ya no tienes tanta fiebre, aunque creo que algunas décimas sí tienes. Ponte el termómetro y veremos a ver.

—¿Termómetro? No tengo, debería ir a comprarme algunas cosas para mi botiquín.

—Sí, debe de haber uno por aquí, Tyler ha ido esta mañana a buscarlo junto con el antitérmico.

—¿Tyler me ha tomado la fiebre? —no quepo en mí de asombro.

—¿En serio no recuerdas nada, Val? —pregunta en ese momento Steve, mientras se acerca a mí.

—No. ¿Tenía la temperatura muy alta? No es normal que no recuerde nada. —me preocupa ese hecho—. Voy a ver en mi habitación.

Voy otra vez hacia mi habitación y sí, ahí encima de la mesita de noche, detrás el vaso de agua hay un termómetro.

Lo coloco en mi axila y salgo de nuevo a morirme de vergüenza con mis jefes, mi amigo Steve y con él, Tyler.

—Sí, estaba aquí adentro. Acabo de ponérmelo. La verdad es que me encuentro un poco chafada y la tos es molesta, pero no me encuentro mal del todo. Si necesitáis que os ayude con algo en ...

Me interrumpen los tres al momento.

Tres. El señor Cooper, Maggy y Steve. De Tyler no hay ni rastro. Quizá haya entrado en el baño.

—¿Ayudar? Aparte de que hoy es tu día de descanso, estás enferma. No te preocupes que nos apañamos bien. Las habitaciones ya están todas vacías. Lo único que te pediré, si es que no te ha vuelto a subir la fiebre, es que vengas a cenar con nosotros —dice Maggy.

—Sí, no estaría bien que te quedaras sola el último día del año —añade el señor Cooper.

—Descansa un par de horas más. Y no te preocupes por arreglarte más o menos, estamos en familia y nosotros somos gente muy sencilla, como habrás podido comprobar.

Miro a mi alrededor, buscando a Tyler.

—Se ha ido —susurra Steve a mi lado.

—Quería darle las gracias a Tyler por haber estado cuidando de mí, ha sido muy amable por su parte.

—Sí, y todos sabemos que Tyler no suele ser muy amable —espeta Maggy—. Es un buen chico, solo necesita tiempo.

Vaya, necesita tiempo. Me pregunto por qué y para qué necesitará el tiempo.

—Gracias a todos. De verdad. Y siento ponerme enferma. Espero estar al cien por cien pasado mañana para poder trabajar.

James se acerca a mí y coloca una de sus grandes manos sobre mi hombro derecho. Va vestido con sus inseparables botas y sombrero vaquero, unos pantalones tejanos de color negro y una camisa del mismo color. Es casi tan alto como Tyler y de joven tuvo que ser un hombre muy atractivo, al igual que su hijo.

En ese momento pita el termómetro y lo saco para ver a qué temperatura estoy.

—¿A cuánto estás? —pregunta Maggy.

—A treinta y siete y medio.

—Bueno, es un poco de febrícula. Hace ya seis horas que Tyler te dio el primer comprimido, deberías tomarte otro ahora y comer. Te he traído un caldo de pollo delicioso. Jada ha querido venir a desearte feliz año pero hoy tenía que irse, así que no la veremos hasta principios de temporada.

—Vaya, creía que cenaríamos todos los trabajadores con vosotros —comento apenada. Jada es como otra madre, me hubiera gustado desearte feliz año en persona.

—Bueno, pues debemos irnos. Si tienes cualquier otra molestia no dudes en avisarnos. Ese desmayo no me ha hecho mucha gracia. Si se repitiera, quizá deberíamos llevarte al médico —Maggy me coge de las manos en plan maternal.

—Muchas gracias, de corazón. Sois geniales. Todos.

Me refiero a todos, los cuatro. Incluyendo a Tyler, aunque ahora mismo no esté aquí. Me emociona que en tan solo una semana que hace que trabajo para

esta adorable familia, a excepción de hijo mayor, me den este trato tan familiar y se preocupen por mí.

—Bueno, el mérito de enfermero es solo de Tyler. Nos hemos ofrecido a relevarlo o a cuidarte y no ha querido moverse de aquí —Steve me sonrío de forma traviesa, seguramente se imagine algo que no existe.

—Muchacha, espero verte en un par de horas en casa.

El señor Cooper sale por mi pequeña puerta y Maggy lo sigue, la estancia vuelve a parecer más grande al quedarse vacía.

Steve se acerca de nuevo a mí y sonrío.

—¿A qué viene esa sonrisa, Steve?

—Bueno, hoy he estado hablando con Mary, hemos quedado en vernos mañana por la tarde. El día dos ya tengo que volver para la universidad y no volveré en dos meses. Y me preguntaba...aunque no, claro. Llevas enferma todo el día. Seguramente no hayas hablado con ella desde anoche.

Lo que me recuerda la primera conversación que he tenido esta mañana.

—Pues lo cierto es que, sí, hemos hablado esta mañana, antes de levantarme de la cama ya me había enviado un mensaje... y creo que ella también tiene muchas ganas de verte mañana.

Le cambia la cara al instante. Sus bonitos ojos azules se vuelven más brillantes y su sonrisa se hace más extensa.

—Parece que te alegra saberlo —comento.

—Te parece bien, Val.

Suelta una risotada y me da un beso en la mejilla. Es casi tan alto como su hermano, pero Tyler es mucho más ancho y fuerte.

—Me quedaré contigo mientras comes un poco de caldo y así me aseguraré de que te tomas la medicación.

—Oye, que tengo veintidós años, no seis —me quejo.

Me tomo la pastilla y caliento en el micro el delicioso caldo de pollo que me han traído.

Estamos los dos sentados en el sofá, enfrente arde la leña en la chimenea mientras hablamos de todo un poco.

Ha querido avasallarme a preguntas sobre Mary y su vida amorosa en

general pero no he caído en la trampa, así que tendrá que preguntarle a ella.

—Quizá debería subir y darle las gracias a Tyler por haberse preocupado por mí. Nunca hubiera dicho que él sería capaz de hacer algo tan...

—¿Romántico? ¿Afectuoso? ¿Cariñoso? —interviene Steve.

—Sí, supongo que lo has descrito bien. Es que en esta semana que hace que nos conocemos no ha sido la persona más agradable, ¿sabes? Por el único que me sentía un poco incómoda desde que llegué ha sido por él, todos los demás sois un amor, en especial tus padres.

—Bueno, siendo fiel a la verdad te diré que tienes razón, Tyler puede que no haya sido el tipo más social y simpático contigo, pero todo tiene un motivo.

—Ah, pues explícamelo, soy toda oídos. Ya le he pedido disculpas sobre lo que pasó el día que lo conocí, iba disfrazado de Santa Claus y él pensó que yo quise burlarme por ello. Y nada más lejos de la realidad.

—Querida Valerie, al igual que yo debo preguntarle a Mary algunas cosas que tú te has negado a contestarme, te diré que si quieres saber algo sobre la vida de mi hermano y su forma de ser, deberás preguntarle a él.

¡Jo! Sabía que utilizaría esa excusa, pero ¿qué voy a preguntarle a Tyler? «¿Eres así de borde con todas las mujeres y después las cuidas si se ponen enfermas, o eso solo te pasa conmigo?»

Ni muerta haría algo así, qué vergüenza.

—Bueno, yo solo digo que no entiendo esos cambios de actitud que tiene conmigo, cuando después demuestra que puede ser muy generoso y muy atento. Hoy se ha quedado cuidándome, aunque yo no lo recuerde, y después está el hecho de que se disfrace de Santa Claus para llenar de alegría a los niños de la ciudad. Aunque personalmente, a mí me dé un miedo espantoso.

—Todavía sigo sin entender que te de miedo Santa Claus, ¿qué pasa, no llevaba regalos a tu casa cuando eras pequeña?

—Es una larga historia. Supongo que crecer sin la presencia de un padre no ayudó mucho.

—Vaya, no quiero inmiscuirme pero, si algún día te apetece hablar de ello, aquí estoy para escucharte. Volviendo al tema de mi hermano, supongo que hay una razón para que hiciera eso. Es un tema delicado... Tenemos una hermana,

Helen, antes era ella la que se hacía cargo de todo el papeleo del rancho, ayudaba a mi madre y, entre mis padres y ella, lo llevaban todo, únicamente teníamos contratados a Jada y Anthony, su marido, y a...su hija. En fin, que me explayo demasiado. Los últimos cuatro años no han sido los mejores en nuestra familia. Yo me fui a la universidad. Tyler se fue al ejército y, hace unos meses murió Tim, el hijo de mi hermana. Tyler estaba volviendo a casa después de licenciarse y no llegó a tiempo para despedirse de él.

—¡Oh, Dios mío! Debía de ser muy pequeño. Lo siento mucho.

—Tenía seis años, nació dos años antes de que Ty entrara en el ejército, pero la unión que tenían era enorme. Mi hermana tiene una depresión crónica desde entonces, no hay manera de hacerla salir de casa, lo hace en contadas ocasiones. Mis padres son mayores y ya están con sus achaques de viejos —lo reprendo con una mirada—. Helen era la que se iba a hacer cargo del rancho cuando mis padres se jubilaran porque Tyler le cedió el derecho, pero en vista de que no puede hacerlo, Tyler volvió para quedarse.

—Pero él, ¿quería hacerse cargo de todo esto? ¿Por qué se fue?

—Sí, así iba a ser hasta que ... pasó lo que provocó que se alistara. Siempre se habló de que él cuidaría del rancho y se quedaría con el negocio. Ni a mi hermana ni a mí nos apetecía seguir con el negocio familiar. Pero al marcharse, las tornas se cambiaron y Helen se hizo cargo de muchas cosas, aunque por desgracia, después tuvo que dejarlo todo para cuidar de su pequeño.

Me apena muchísimo toda la historia que Steve me ha contado.

Entiendo que estén tan unidos y que Tyler sea así de esquivo y serio. Seguramente eche muchos de menos a su ahijado. O tal vez estar en el ejército lo marcara con algún trágico suceso más. Dicen que cuando uno vuelve de la guerra no es la misma persona. Mis hermanas tienen ocho años y no quiero pensar en que les pasara nunca nada tan grave.

—Dices que hubo algo que provocó que Tyler se marchara y lo dejara todo, ¿qué fue?

—Valerie, te he contado la parte que puedo explicarte porque es un tema familiar y también me atañe a mí pero, hay otras cosas que deberás preguntarle

a él si, como pienso, hay algo entre vosotros.

—¿¿Qué?? ¡No! ¿Por qué dices eso? ¿Por el patinaje de ayer? —siento como me sonrojo al instante.

—Valerie, conozco a mi hermano mayor mejor que nadie, aunque hay cosas que se me escapan hasta a mí, contigo actúa de manera especial. Sí, no tiene mi carisma ni mi gracia —sonríe—, pero es un buen tipo, solo necesita tiempo. Y veo claramente que hay una tensión sexual no resuelta entre vosotros.

Me pongo roja al momento. Tensión sexual no resuelta. Hace mucho que yo tengo una tensión sexual no resuelta.

—Bueno, no te incomodo más. Aquí tienes un amigo para lo que quieras. Y mientras esté fuera, podemos hablar por mensaje y así me vas explicando como evoluciona todo.

¿Qué pasa aquí, ya da por hecho que voy a acostarme con su hermano?

—Pero no puede ser. Vamos, es muy mono, no te lo voy a negar pero, soy su trabajadora, él es mi jefe, no puedo arriesgarme a tener un rollo con él y que después todo se vuelva más complicado. No puedo perder mi trabajo, lo necesito.

—Con Tyler es posible que sea complicado pero, después de mí, no encontrarás otro tío con el corazón más grande —me guiña un ojo mientras se levanta y me quita la taza de las manos para dejarla en la cocina.

—Sois adultos, Valerie, un polvo no le viene mal a nadie. Solo hay que tener los términos claros. Así nadie saldrá escaldado.

—Seguro que él tiene muchos polvos por ahí...no creo que se fije en esto —muevo las manos a mi alrededor.

—Si ayer no hubiera conocido a Mary y el primer día que te conocí no me hubiera percatado de la manera en la que te miró mi hermano, el que te habría atacado ya sería yo.

Vaya ¿en qué momento se ha vuelto tan intensa esta conversación?

—Ya basta de hablar sobre este tema. Me voy y te dejo descansar. Tyler te ha dejado anotado su número de teléfono móvil en ese papel que hay en la encimera, y yo he anotado el mío debajo, junto a un corazón.

No puedo evitar reírme con sus bromas.

—Anda, márchate ya y déjame descansar.

Me echo en el sofá y me cubro con la cálida manta que tengo en él. Todavía no la he estrenado, apenas he tenido tiempo de estar en el sofá esta semana. Ha sido una semana intensa, sin duda. La mudanza, las compras para tener lo básico aquí, acostumbrarme al nuevo trabajo; aunque ha sido mucho cambio, lo cierto es que eso no ha sido para nada difícil amoldarme a esta familia y a esta nueva vida.

Justo cuando estoy entrando en un duermevela, suena el teléfono móvil, y parece que está en mi habitación. Cuando llego a por él deja de sonar. Miro la pantalla y enseguida le doy a la tecla de llamada, era Olivia.

—Valerie, ¿cómo va todo? Me tienes que contar muchas cosas, ¿no? Esta mañana Mary me ha dicho que ayer lo pasasteis muy bien aunque tu cita se fuera antes de acabar la noche.

—Oli, la verdad es que estuvo muy bien, pero no hagas caso a Mary en nada de lo que te dijera. Lo único malo es que hoy me he levantado fatal, seguro que he pillado la gripe, he estado todo el día con fiebre, incluso me he desmayado, y no recuerdo nada.

—¿Enferma? y estás ahí arriba lejos de todo tú sola...

—No sufras por eso, me han estado cuidando... aunque yo no lo recuerde.

Pienso en Tyler aquí dentro de esta pequeña casita, cuidado de mi salud y no sé cómo tomármelo.

—¿Quién te ha estado cuidando? ¿Y qué quieres decir con eso de que no lo recuerdas? ¿Sigue pasándote lo mismo que cuando éramos unas mocosas, que perdías el conocimiento?

—¿Lo recuerdas? Vaya susto se llevó tu madre aquel día que me desmayé cuando celebrábamos tu cumpleaños. Mi madre no quería llevarme a celebrarlo porque había pasado muy mala noche, y al final volvió a subirme la fiebre durante la celebración.

—Por lo menos a ti no te sangra la nariz, a mí era darme un poco más de calor en verano y empezar a sangrar. Siempre iba manchada.

Me recuesto sobre la cama para seguir hablando con ella, sé que estaremos

un rato.

A las nueve recibo un mensaje. No conozco el número que aparece en la pantalla así que abro la *app* para ver qué pone.

¿Santa demoníaco: vas a venir a cenar? te encuentras mejor?

¿Es un Whatsapp de Tyler? ¿Santa demoníaco? no puedo evitar reírme sola. Parece que cuando se lo propone puede ser hasta gracioso y divertido. Dejo el móvil sobre la cómoda y me pongo el otro zapato.

Ya estoy lista para ir a la casa grande y pasar la última noche del año con la familia Cooper. Hoy ha sido un día intenso, en lo que a revelaciones se refiere. Espero poder conocer a Helen y a su marido, me gustaría que salieran de casa y consiguieran divertirse y pasar un buen rato. Espero que no les incomode mi presencia. Al final voy a ser la única trabajadora que asista a la cena, no me gustaría estar en medio de nada íntimo y familiar, pero ellos han insistido tanto en que vaya, será porque realmente quieren que esté ahí.

Después de darme una ducha rápida para quitarme todo el sudor de la fiebre, me he secado el pelo y lo he dejado suelto, me he puesto una pequeña diadema con una mariposa de color verde brillante y el vestido negro con escote en uve y un poco de vuelo en la falda, las medias y los zapatos de tacón de color verde esmeralda y textura imitación a pitón, a juego con la mariposa.

Menos mal que eché algunos zapatos de vestir a la maleta, tendré que enviar a una compañía de mudanzas a recoger todo lo que queda en casa de mi madre. El armario de mi habitación es lo suficientemente grande para que pueda guardar en él la mayoría de mis cosas.

Solo me falta ponerme un poco de perfume y listo. Hoy no voy a maquillarme. Sí, es raro en mí, pero no quiero que si me sube la fiebre otra vez tener que desmaquillarme. Me pongo un poco de brillo labial y así de paso hidrato los labios. La verdad es que ahora me encuentro muchísimo mejor, sigo teniendo un poco de dolor muscular pero no me apetece pasar la noche sola y empezar el año del mismo modo.

Me miro una última vez al espejo antes de salir de casa. Coloco bien el mechón que cruza tapándome parte de la frente y que se recoge detrás de mi oreja. La mariposa resalta el color natural de mis ojos.

Me pongo el abrigo, la bufanda y guardo los guantes en el bolso. Contesto el mensaje de Tyler.

✓Valerie: Si vas a venir disfrazado y vas a traer a tu gato salvaje, mejor me quedo sola en casa. No me apetece una noche de terror.

Inserto el emoticono del monito tapándose los ojos.

El doble check aparece al instante, está en línea. Me estoy poniendo los guantes cuando entra otro mensaje suyo.

Whatsapp indica que está escribiendo pero tarda mucho en llegar su mensaje. ¿Tanto está escribiendo?

✓Santa demoníaco: Valerie, estás bien sí o no?

Salgo de casa y cierro.

¡Mierda! Acabo de recordar que no tengo llaves para entrar.

Me quito un guante y le contesto el mensaje mientras voy por el camino hacia la casa grande.

✓Valerie: no tengo llaves para volver a entrar, y acabo de cerrar la puerta. Por cierto, gracias ;)

Su mensaje no tarda en entrar. Con estos tacones tengo que vigilar por dónde camino si no quiero acabar con un tobillo roto.

✓Santa demoníaco: tranquila, yo tengo otro juego de llaves. Por?

Hace tanto frío que he vuelto a ponerme los guantes, así que decido contestarle en persona cuando me lo encuentre ahora en casa de sus padres. Doy por hecho que él estará allí.

En pocos minutos llego a la entrada del rancho. Cuando salgo del amparo de los enormes abetos veo que es una noche preciosa, estrellada y con una luna

que empieza a menguar. En el aparcamiento solo hay cuatro coches, uno de ellos no lo conozco, supongo que será el de Helen y su esposo.

Subo los tres escalones hasta la entrada a recepción.

Se me hace raro que no haya nadie por los pasillos, no es que suela estar muy concurrido pero siempre te encuentras con algún huésped.

Decido ir hacia la cocina, supongo que estarán ahí, por lo menos Maggy, ya que ella se ha encargado de cocinar esta noche.

Entro en los dominios de Jada, hoy reinados por Maggy, y huele de maravilla, hay algo dentro del horno, y de repente se me ha despertado un hambre voraz. No hay nadie aquí pero se escuchan voces que vienen del salón comedor al otro lado de la puerta de vaivén.

Estoy quitándome la bufanda cuando me acerco a la puerta para atravesarla y en ese mismo momento alguien intenta entrar desde el otro lado, consiguiendo que la puerta impacte de lleno en mi cara.

—¡Aaay! —grito de dolor.

Ha golpeado de lleno en mi nariz y la sangre empieza a brotar sobre mi abrigo.

—¡Joder! —gruñe alguien.

¿De dónde sale esta sangre?

—¡Mierda! Echa la cabeza hacia atrás, ven, siéntate aquí.

Es Tyler.

No soy muy consciente de lo que dice o hace porque el dolor me atraviesa la cara hasta la parte posterior de la cabeza. Me acompaña hasta una de las sillas de la mesa de desayuno y se coloca delante de mí, entre mis piernas.

—¿Para esto querías que viniera a cenar? —pregunto irónica, intentando quitarle hierro al asunto, aunque me duele a rabiar.

—¿Hasta ahora, con la nariz reventada, tienes ganas de gastar bromas? —pregunta mirándome y más serio que de costumbre.

Está preocupado. Esa mirada no tiene otro significado por más que lo quiera camuflar de cabreo.

—Reclina la cabeza, voy a comprobar que no se haya roto.

Cierro los ojos intentando aguantar lo máximo posible el dolor, pero es muy

doloroso, y no quiero romper a llorar delante de él.

Ni de toda la familia que acaba de entrar en la cocina.

—¡Oh, Dios mío! ¿Pero qué ha pasado? —pregunta asustada Maggy.

—Papá, ven, rápido. A Valerie le sangra la nariz —grita Steve.

Se colocan alrededor de la silla donde estoy sentada, Tyler sigue delante de mí con cara de preocupación y de cabreo infinito.

—Steve, deja de perder el tiempo, ve a buscar algodón para taponarle los orificios.

Con cuidado, palpa la zona afectada y, por más que lo intente, no puedo evitar gritar de nuevo. Arrugo la frente y aprieto los ojos con fuerza.

—Lo siento. Menos mal que no está rota.

—Pero le quedará un moratón horrible, Tyler. Hay una pomada para las contusiones, le diré a Steve que la traiga.

—Ven, te acompañaré al baño. ¿Crees que podrás llegar hasta él? —pregunta Tyler.

—Creo que sí.

—Vamos, pues.

—Hijo, ¿quieres que la acompañe yo?

—No te preocupes, mamá. Es solo una nariz golpeada. He curado varias veces la mía propia.

Tyler me ayuda a levantarme mientras yo sigo con la cabeza echada hacia atrás y con los ojos cerrados.

—Querida, dame tu abrigo, intentaré limpiarle la sangre y ya lo llevaremos a la lavandería.

Empiezo a desabrochar los botones delanteros pero me cuesta hacerlo, me tiemblan las manos por el dolor.

—Deja, ya lo hago yo.

Tyler de nuevo.

Si alguna vez había fantaseado con la idea de que un hombre me desvistiera, seguro que no era en este contexto, conmigo sangrando y su familia delante.

Lo escucho resoplar cuando pasa sus manos por mis hombros para quitarme la chaqueta. Después de todo, el vestido no tiene culpa de que yo tenga la cara

hecha un desastre. No sé que clase de magia negra debe ser esto, pero empieza a asustarme.

Me coge del codo y camina a mi lado, aunque va demasiado deprisa.

—Tyler, por favor, si no quieres que tropiece y me caiga, ve más despacio.

—Otra vez con tacones en un rancho. Desde luego te gusta tentar a la suerte.

—¡Oh, por favor! Es fin de año, si no me arreglo hoy, ¿cuándo lo voy a hacer?

Llegamos al cuarto de baño de recepción y entramos, ha puesto una de sus manos en la parte baja de mi espalda, Steve entra detrás nuestro, trae las compresas de algodón y un tubo que supongo que será la pomada.

—Ve con mamá, supongo que estará nerviosa por todo esto —le dice Tyler a su hermano.

—Val, ¿estás bien? Parece que mi hermano tiene ganas de seguir jugando a los médicos contigo... —bromea.

—Steve, si no sales de aquí ahora mismo, la próxima nariz que va a sangrar será la tuya —amenaza Tyler.

—Eso habrá que verlo, hermanito. Ya no tengo trece años.

—¡Fuera de una puta vez! —brama Tyler.

—Chicos, por favor, me duele mucho, ¿podéis dejar de discutir?

Steve sale y Tyler me sorprende levantándome en brazos y sentándome sobre la repisa de mármol.

—Baja la cabeza. Así, poco a poco.

Hago lo que me dice y algunos goterones de sangre vuelven a salir, aunque con menos fuerza que antes.

Prepara las compresas de algodón y las empapa en un líquido; mientras lo hace, yo me fijo en él por primera vez esta noche. Va todo vestido de negro, con un jersey y pantalones de vestir, formal pero a su manera. Es el tipo de hombre que no necesita un traje y corbata para estar atractivo a más no poder.

—Está bien, voy a colocarte esto para cortar la hemorragia, no creo que tarde mucho, ha sido solo el golpe, pero tendré que hacer un poco de presión en la parte superior durante unos minutos. ¿Crees que podrás soportarlo?

Lo miro horrorizada por eso de «hacer presión».

Está muy cerca de mí, huelo su aroma y un aftershave que ha debido ponerse después de afeitarse; esa barbita de tres días ha desaparecido.

—Te has afeitado —comento.

Deja de mirarme la nariz para mirarme a los ojos. Intento sonreír pero me duele mucho.

—Sí, esta tarde, después de salir de tu casa.

—Gracias —susurro.

—¿Por darte un portazo en la cara? —comenta sarcástico.

—No, por cuidar de mí durante todo el día. Por cierto, ¿tú me has puesto el termómetro antes?

En caso afirmativo no sé como habrá podido hacerlo sin verme desnuda.

Introduce la gasa en uno de los orificios y vuelvo a gemir de dolor.

—Lo siento —dice sin más.

Cuando recupero la respiración, le pregunto a media voz.

—¿Qué sientes, ponerme la gasa o haberme puesto el termómetro?

Estamos solo a unos pocos centímetros el uno del otro. Recuerdo el beso que me dio anoche, fue maravilloso. Le miro los labios y deseo silenciosamente que me bese de nuevo. Me encantaría. Él me mira, parece saber lo que quiero pero no lo hace.

—Siempre tan oportuna, brujita. Siento haberte hecho daño. No pensaba que entrarías por esa puerta. Y sí, he tenido que tomarte la fiebre.

Deja de mirarme y vuelve a coger otra gasa de algodón que coloca en el otro orificio de mi nariz.

Contengo mi queja. Parece que el dolor va menguando.

—Entonces espero que como esto ha sido culpa tuya, no me hagas ninguna broma pesada al respecto.

Asiente mientras una pequeña mueca que supongo que quiere ser sonrisa curva sus bonitos y carnosos labios.

—Sobre esto no haré ninguna broma, pero sobre lo parlanchina que te vuelves cuando tienes fiebre...

Revelaciones

La miro fijamente, sé que lo que tengo que hacer le va a doler, le pellizco el puente de la nariz con dos dedos, haciendo presión para controlar la hemorragia y ayudar a que cese. Está apretando los dientes de nuevo, sé que le duele, a mí me han partido la nariz alguna vez y sé lo que se siente, menos mal que la suya es pequeña, si llega a tener una tocha enorme habría sido peor.

Estamos muy cerca el uno del otro, siento el calor que desprende su cuerpo. Es tan indefensa así, con sus preciosos ojos cerrados, cuando los abre y me mira es todo un ataque a mi persona. Es como si me persiguieran dos misiles verdes.

¡Mierda! Está llorando.

Sin poder detener el movimiento, mi otra mano ya está recogiendo esas pequeñas lágrimas que resbalan por su preciosa cara.

—Eh, brujita. No pasa nada porque llores, es normal. Vaya día de mierda llevas hoy... Lo siento de veras, Val.

Suspira y su aliento llega a mi boca, estoy tan cerca de ella... y el recuerdo del beso de anoche me atormenta desde entonces. Necesito besarla otra vez más.

Sigo pasando las yemas de los dedos por su piel blanca y suave, sus labios están entreabiertos y no puedo controlar más estar tan cerca de ella y no saborear sus labios otra vez.

Me inclino los tres centímetros que nos separan y la beso suavemente. Lentamente, sintiendo la calidez de sus labios en los míos. Planto mis labios sobre los suyos y espero su reacción, no sé si será buena no mala, solo espero. Su piel no está tan caliente como esta mañana cuando tenía fiebre.

Responde al beso.

Y me encanta.

Le tengo cogida la barbilla con dos dedos mientras planto otro pequeño beso en sus labios. Abro los ojos y la miro, me está mirando.

Tiene los ojos rojos por el golpe y las lágrimas, pero sigue siendo preciosa. Desde esta cercanía puedo distinguir todos los pequeños matices que colorean sus iris. Pequeños destellos dorados y algunas motas marrones decoran su fondo verde, como si de una obra de arte se tratara.

—Tyler, no puedo respirar.

¡Joder! Qué tonto soy.

—No pienses que quería ahogarte. Es lo único que te falta esta noche.

Estamos aquí, en este momento tan íntimo, nuestros labios siguen casi en contacto mientras nos miramos fijamente, cuando se abre la puerta y aparece Steve con algo en la mano.

—Dice mamá... Eh, vale... está bien... lo siento —deja algo sobre la repisa —, que se tome una pastilla de estas.

Sale tan rápido como ha entrado, dejándonos otra vez solos.

—Pues... si mi madre dice que te lo tomes, será mejor que me asegure de que lo haces, no quiero que se enfade otra mujer más conmigo esta noche.

Me cuesta apartar la mirada de su cara. Se ha quedado anhelante, lo veo en sus gestos. Y ese vestido que lleva, con ese escote que deja muy poco a la imaginación. Y yo sé perfectamente lo que hay debajo del vestido.

Saco uno de los comprimidos y lleno un vaso de papel con agua para que se lo tome.

Al igual que esta tarde, llevo el comprimido hacia sus labios para dejarlo dentro de su boca. Antes de meter los dedos en ella, le gasto una pequeña broma.

—No vayas a lamirme los dedos otra vez —mi voz suena mucho más ronca que hace unos instantes.

Me mira sorprendida mientras dejo la pastilla sobre su lengua.

Le acerco el vaso de agua y se incorpora un poco para poder tragar bien.

—¿Cuándo te he lamido yo los dedos? Y ¿qué querías decir antes con que me vuelvo muy parlanchina cuando tengo fiebre? —pregunta sorprendida.

Y vergonzosa, se ha puesto roja como un tomate. Me gusta que se sonroje así. Me hace pensar en qué otros momentos podría sonrojarse.

—Es otra de las cosas que no recuerdas del día de hoy. Vamos a cenar y ya te lo explicaré. Han pasado ocho minutos, vamos a ver si ha dejado de sangrar esa nariz de bruja.

—Solo dime qué he dicho. ¿He hablado de mi madre?

Eso quisieras tú, Valerie.

—¿Tu madre? No, a ella no la has mencionado para nada.

—Eres realmente malo, ¿lo sabes, verdad?

No dejamos de mirarnos, hasta que empiezo a tirar del trozo de gasa que sale por su nariz y ella vuelve a cerrar los ojos con fuerza.

—Puedo ser mucho más malo y demoníaco, Valerie. No quieras saber cuánto.

Lo saco y hace un gesto de dolor.

—¿Te duele?

—No, me ha dado repelús notar como salía de mí esa cosa pringosa.

—Es tu sangre. Vamos a ver el otro, por este orificio ya no sangras.

Repito el mismo proceso y vuelve a temblar de la misma manera.

Las gasas están bastante empapadas pero ya no sangra. Perfecto.

Se gira hacia el espejo para mirarse.

Nos vemos en el reflejo. Tiene la cara inflamada y un moratón empieza a cubrirle la zona de la nariz y los pómulos.

—Madre mía, estoy horrible —dice tocándose la cara.

—La verdad es que sí, se te está deformando la cara — bromeo.

Me sabe fatal ser el causante de esa herida.

Se gira para mirarme y plantarme cara. Y me da una patada en la espinilla con muy poca fuerza.

—Que venga alguien y me salve de ti, monstruo desalmado. Ya sabía yo que yendo vestido de Santa Claus no podías ser muy buena persona, hice bien en temerte.

—Sí, Valerie, haces bien en temerme —aunque no por el motivo que tu crees.

Coloco un poco de la pomada en la yema de mis dedos y la aplico, con mucho cuidado, sobre la zona afectada. Cuando acabo la ayudo a bajar de la repisa.

No me impide volver a cogerla y bajarla del mármol. Coloco mis manos con cuidado en su cintura y siento debajo de mis dedos su cálida piel. Me encanta la forma de su cuerpo. La dejo con cuidado en el suelo, solo falta que se rompa un pie por ir con esos tacones.

—¿Bien? —pregunto.

—Bien —contesta.

Vamos de vuelta al comedor, esta vez sin pasar por la puerta vaivén de la cocina, mejor no tentamos a la suerte. Camino a su lado, muy cerca, pero sin tocarnos.

Espero que mi hermana se haya calmado.

Cuando entramos, mis padres y mi hermano se acercan enseguida a Valerie para comprobar si está de una pieza.

—Muchacha, parece que has superado tu primera semana en el rancho Cooper. Bienvenida —bromea mi padre, a lo que Valerie responde con una tímida sonrisa.

—Deja que te vea. ¿Te has tomado el antiinflamatorio? —pregunta mi madre mientras me mira a mí.

—Sí —contestamos los dos al unísono.

—Pues venga, a la mesa todo el mundo. Ahora te presentaré a mi hija Helen. No es muy habladora, pero no te lo tomes como algo personal —le informa mi madre.

—Ya le he hablado de Helen antes, mamá —explica Steve.

La dejo con mi madre mientras me acerco a la nevera a por una cerveza.

Estoy dando el primer trago cuando Helen se levanta y se acerca a ella.

No sé qué le habrá explicado el bocazas de mi hermano Steve, y eso me pone algo nervioso. ¿Cuándo aprenderá a mantener la boca cerrada?

—Helen, ella es Valerie, empezó a trabajar con nosotros hace una semana. Valerie, ella es mi hija Helen y su marido, Dan —este se acerca a darle la mano a Valerie.

—Encantada de conoceros a los dos —dice Valerie sonriendo.

—Vaya, parece que te has dado un buen porrazo —comenta Dan mirándome a mí— todos los que han entrado en esta familia han sufrido algún tipo de contusión durante los primeros días. Se podría decir que es una prueba de fuego. Cuando llevaba dos semanas saliendo con Helen me trajo a casa para presentarme a sus padres, Steve había dejado su patinete cerca de las escaleras y bueno, el resultado fue esguince de tobillo y tres semanas de

reposo. Por aquel entonces jugaba a baloncesto, imagina la gracia que le hizo a mi entrenador.

Valerie sonríe, gan ndoselos a todos con esa sonrisa. Así va a ser imposible que consiga despedirla.

Helen se la queda mirando y hace algo que no esperamos ninguno. Se acerca y la besa en la mejilla. Y sonríe.

—Eres preciosa, Valerie. Yo siempre quise tener el pelo rojizo,  verdad, mamá? Pero mírame, soy la única hija rubia.

—Me encanta el tono de tu pelo, Helen, lo tienes muy brillante. Tenemos que hablar para que me digas que mascarilla utilizas.

Sonr en las dos y el resto miramos sorprendidos la escena de ambas. Helen llevaba mucho tiempo sin cruzar palabra con nadie que no fuera de nuestra familia.

—Bien, pues vamos a cenar ya, si no acabaremos cenando el año que viene —mi padre y sus bromas.

La cena transcurre sin ninguna sorpresa y de forma distendida. Helen est  muy participativa, ha querido sentarse al lado de Valerie y han estado charlando durante bastante rato, considerando la trayectoria de mi hermana en los últimos meses, aunque hayan sido tres frases es todo un avance. Hasta Dan est  alucinando con que así sea. Es posible que la nueva medicación le siente mejor que la que estaba tomando hasta ahora.

—Bueno, Valerie, cuéntanos,  c mo llegaste hasta Saint John?

—Viv  aquí hasta los doce años y después mi madre decidió que nos teníamos que mudar a seiscientos kilómetros de aquí. Mis mejores amigas siguen viviendo en la ciudad, así que cuando se enteraron de la oferta de trabajo me avisaron. Y bueno, aquí estoy.

—Hablas solo de tu madre,  tu padre no est  con vosotras? —pregunta Helen.

Mi madre mira a Valerie haciéndole saber que no es necesario que conteste a algo tan íntimo.

—No importa, Maggy. Me cri  sin un padre. Cuando tenía quince años, mi madre se casó con Aaron, no es mal hombre pero no tenemos mucho feeling

que se diga. Así que, bueno, necesitaba un cambio de aires, llevar mi vida a mi manera, ser autosuficiente. Y aquí estoy.

Vaya, así que no es la típica niña pija que huye de casa de sus padres por correr una aventura. Y por lo que decía el mensaje de su madre esta mañana, ella no está muy contenta con que su hija se haya marchado de casa.

Observo a Valerie, está sentada justo delante de mí. Creo que ha sabido capotear bien la pregunta incómoda que le ha hecho mi hermana, cuando se pone nerviosa se toca las gafas, intentando colocarlas bien aunque estén perfectamente o no las lleve puestas, como es el caso.

—¿Por qué no han venido Jada y Anthony este año, mamá?

La pregunta me cae como una patada en los huevos.

No he pensado en ese motivo en todo el día y ahora voy a tenerlo en la cabeza lo que queda de noche, y ni si quiera tengo ganas de emborracharme.

Siento como todos los ojos de los comensales de la mesa se posan en mi persona. Menos los de Valerie y los de mi hermana, que bueno, ella mira a todos, esperando la respuesta que mi madre no le da.

Me levanto y voy hacia la cocina a por otro botellín de cerveza, estoy harto de vino.

—Tyler, hijo, no te lo tomes a mal. No te vayas...

—Mamá, solo voy a buscar una cerveza —le digo.

Una puta cerveza, mamá, repito cuando ella ya no me escucha.

Mi humor cambia de repente. Sé que no debería ser tan volátil, tan irascible con ese maldito tema, pero no puedo evitarlo.

Ni puedo ni quiero.

Lo cual me recuerda que he estado jugando con fuego con esta chica, que he sobrepasado el límite que yo mismo me he impuesto. Y tengo que cortarlo ya y de forma tajante.

No puedo dejar que se haga ilusiones pensando en algo que no va a suceder.

Si no trabajara para mí dejaría que el tema siguiera su curso y sé que acabaría la noche entre sus piernas, pero eso no va a suceder. No puede suceder. Porque después todo acaba igual y no son más que problemas.

Tengo que vigilarla y encontrar cualquier fallo por el que pueda despedirla

sin que mis padres me capen por ello.

Cojo la cerveza fresca y salgo de la cocina bebiendo un largo trago a morro.

Evito mirarla pero, cuando estoy sentándome en mi sitio, justo delante de ella, veo su pequeña cara, hinchada y amoratada, y mis ojos se cruzan un instante con los de ella.

Le he marcado la cara, la puta discusión con Helen ha acabado con el ojo de Valerie morado como una ciruela.

Y las palabras que me he recordado a mí mismo en la cocina, vuelven a sonar ahora con más fuerza en mi cabeza.



Siento la piel de la cara tan tirante que parece que en cualquier momento vaya a explotar, como si fuera un globo hinchado más de la cuenta.

Pero entre la pomada, el antiinflamatorio y el cariño que recibo, casi no me duele. Aunque no quiero mirarme al espejo hasta dentro de una semana, cuando ese horroroso tono morado que he visto antes en el espejo del baño haya desaparecido por completo.

Maggy se levanta de la mesa para ir retirando los platos y poder servir el postre. Son más de las once y por lo visto a las doce, justo cuando entremos en el nuevo año veremos un espectáculo de fuegos artificiales sobre las aguas heladas del lago.

Todavía no he tenido oportunidad de verlo.

Vi que en la parte trasera de la casa está la piscina vallada y no está accesible, supongo que para cuando llegue la temporada la limpiaran y estará lista para el disfrute de los huéspedes. Pero no he visto ningún camino o cartel que indique hacia donde está el lago.

Aunque sin duda preferiré nadar en el lago.

Me levanto para ayudar a Maggy. Tyler me mira mientras bebe de su botellín de cerveza. Al principio de la cena ha estado más sociable, pero desde hace un rato, cuando ha vuelto de la cocina con la primera cerveza, he notado que

no participaba en las conversaciones y ha vuelto a mirarme de esa manera más hostil.

Quizá lo de antes haya sido únicamente porque me ha reventado la nariz. Y lo de estar cuidándome se deba solo a que soy su trabajadora, y a que su madre no haya podido venir a hacerlo ella misma porque estaba preparando todo el festín que nos acabamos de comer.

Empiezo a retirar platos de la mesa cuando Steve se levanta y viene hacia mí para quitarme lo que tengo en la mano.

—Deja eso y vuelve a sentarte. Mi madre me matará si dejo que lo hagas tú, eres nuestra invitada, has estado todo el día con fiebre y, para rematar, mi hermano te ha partido la nariz.

Sigo aguantando los platos, dispuesta a ayudar, como están haciendo todos menos Helen, por motivos obvios, y Tyler, porque no le da la gana, supongo.

—Steve, eres un encanto, pero ahora mismo ya me encuentro bien. Tengo alguna molestia en la cara pero, en serio, ha sido solo el golpe.

Miro hacia Tyler, sentado delante de nosotros, al otro lado de la mesa, sigue con el botellín de cerveza en la mano y mira a su hermano con cara de pocos amigos. Este hombre es un vaivén de emociones.

De repente deja el botellín con algo más de fuerza sobre la mesa de cristal en la que ha transcurrido toda la velada, y sin dejar de mirarme, viene hacia nosotros, se mete entre su hermano y yo, y me quita los platos de las manos.

—Siéntate, Valerie. Hoy es tu día de fiesta.

—No me importa, quiero ayudar —me da igual su tono de comandante.

—Puedes quedarte conmigo, Valerie —la débil voz de Helen me obliga a parar con este inicio de discusión que Tyler estaba provocando.

—Quédate con mi hermana —Tyler y su tono tajante, que no admite discusión.

Steve me coloca una mano sobre el hombro cuando Tyler sale disparado hacia la cocina, y me mira con cariño.

—Es increíble que Helen quiera que te quedes con ella y que se haya mostrado así de abierta contigo. Hazle compañía, por favor.

Me mira con sus bonitos y dulces ojos azules, casi haciendo *pucheritos* para

hacerme reír.

Sin dejar de mirarlo, contesto a su hermana.

—Por supuesto, Helen.

Vuelvo a mi asiento y me quedo con ella, que mira hacia un punto fijo en la mesa y sigue con esa pequeña sonrisa dibujada en sus labios, mientras todos los demás siguen yendo de la cocina al comedor y viceversa.

—Tu madre cocina de maravilla. La salsa de la ternera es lo más delicioso que he comido jamás.

Asiente sin mirarme, sin dejar de mirar ese punto fijo en la mesa.

—A Tim le encantaba —susurra tan flojito que casi no puedo escucharla.

No sé qué decirle sobre eso. Dicen que hoy está mejor y no sé si es buena idea que le conteste y hable sobre su hijo.

—Tim era mi hijo.

Ha dejado de mirar ese punto del mantel y se ha vuelto hacia mí. Es tan parecida a sus hermanos y a la vez tan distinta. Ellos tan morenos y ella tan rubia, pero los tres tienen esa mirada penetrante, aunque la de Helen parezca estar un poco difuminada y perdida.

Llevo mi mano hacia la suya y se la cojo para darle un pequeño apretón.

—Lo sé. Siento lo que pasó, Helen.

—¿Puedes decir su nombre? —me mira directamente a los ojos, casi suplicando que haga lo que me pide.

¿Qué clase de pregunta es esa? No me gustaría ser la responsable de que Helen vuelva a entrar en alguna clase de estado de shock por mi culpa.

Allá voy.

—Tim —digo en un suspiro.

—¿No pasa nada por decirlo, verdad?

Niego con la cabeza mientras nuestras manos siguen cogidas la una a la otra y ella sigue mirándome fijamente.

—No. Es un nombre bonito.

Escucho el vaivén de la puerta pero no puedo ver quién viene hacia la mesa.

—¿Entonces por qué en esta casa nadie se atreve a decir su nombre?

—No sé qué contestarte a eso, Helen.

Ahora es ella la que aprieta con más fuerza mi mano y se acerca para hablarme al oído. Percibo su pena flotando a nuestro alrededor. Es como si ella fuera el planeta y la pena su satélite.

—Mi hermano es un gilipollas, pero tú eres un encanto, Valerie. Gracias.

Me sorprende su declaración y no sé como reaccionar a lo que acaba de decirme. Tal vez podría darle la razón. Principalmente porque la tiene.

Por lo poco que sé, entre Tyler y Helen no hay muy buena relación y como no sé el motivo exacto, y yo no soy nadie, prefiero no declinarle hacia ninguno de los dos.

Le sonrío y nos miramos como dos amigas que se hablan solo con la mirada y son capaces de entenderse sin necesidad de palabras.

—Un poquito gilipollas sí es —admito.

Empieza a reír de forma abierta y despreocupada, y yo tengo que reprimir hacerlo porque al estirar las comisuras de la boca me duele toda la zona de la nariz, pómulos y ojos.

Un garraspeo inesperado me devuelve a la realidad del momento y veo a Tyler frente a nosotras, con las manos apoyadas en la mesa, observando la escena que formamos su hermana y yo.

Le sonrío esperando que no haya escuchado lo que acabo de decirle a su hermana.

Pero ahí sigue su mirada acechadora e hipnotizante, como un gato a punto de saltar sobre su presa. Y no penséis que son imaginaciones mías, si no ¿por qué me llama pajarito?

Giro la cabeza y veo a todos los demás detrás de mí. Cargados con bandejas llenas de postres deliciosos, botellas de champán y copas. Todos flipando por la reacción de Helen.

Empiezan a acercarse a la mesa y van colocando todo sobre esta.

Dan se acerca a su mujer y le pone la mano sobre el hombro, ella me da un último apretón en la mano y se gira hacia él.

—¿Estás bien? —le pregunta.

—Me gusta estar con Valerie.

—Valerie, ¿cómo te encuentras, querida? ¿Te notas fiebre de nuevo? —

pregunta Maggy.

—No. No, no. Me encuentro genial, gracias. Cuando era pequeña solía pasarme lo mismo, estaba todo un día con fiebre altísima y después se me pasaba y como si nada.

—Lo que me preocupa es el moratón que te ha salido en la cara —dice James.

Me toco con cuidado la zona y evito hacer gestos de dolor para no preocuparlo.

—No es nada. En un par de días ni se notará —contesto intentando convencerme a mí misma.

Todos se han quedado algo callados. Solo yo he roto el silencio cuando he probado la deliciosa tarta de chocolate que ha preparado Maggy.

—Está deliciosa, Maggy. ¿Podrías enseñarme a hacerla?

—¿Te gusta cocinar? —pregunta extrañada.

—Me encanta cocinar. En casa era yo la que solía preparar las comidas ya que mi madre era experta en dejarlo todo crudo, duro o quemado. No sé como se apañarán ahora que no estoy allí.

La nostalgia me invade y tengo que esforzarme en no dejar escapar alguna lágrima al pensar en ella.

—A las chicas de hoy en día no suele gustarles cocinar. Normalmente están siempre listas para salir a cenar fuera de casa.

—Valerie debe ser de esas, mamá. Siempre con sus tacones y sus vestidos.

Levanto la vista de mi plato para enfrentarme a Tyler. ¿Por qué me ataca de esta manera?

—Cuando estoy cocinando no me pongo tacones ni vestido, Tyler. Aunque no creo que eso influyera en el resultado de la comida.

Sigue con su mirada sombría.

Le mantengo la mirada y dejo escapar un suspiro de satisfacción, por lo menos he conseguido que se calle y no vuelva a increparme. Definitivamente, no hay quien entienda a este hombre.

—Bien dicho, Val. Cuando nos cocines algo, Tyler será el único al que no le dejaremos probarlo —Steve sale en mi defensa.

Cuánto lo voy a echar de menos cuando tenga que volver a la universidad. ¿Cómo se le puede coger tanto cariño a alguien en tan solo una semana de conocerlo?

Tyler perfora a su hermano con la mirada de gato salvaje y asesino.

—Ya está bien, chicos. No vais a darnos la noche al igual que hacíais cuando erais pequeños —reprocha la madre de ambos.

—¿Os acordáis de aquella vez que Steve le aplastó la tarta en la cara a Ty? —recuerda James.

—Oh, ya lo creo que lo recuerdo. Jada se había pasado toda la tarde preparándola y Steve la destrozó sin pensarlo un segundo.

—Sí pero la que más se cabreó fue Helen —dice ahora Steve.

—Su bonito vestido de fiesta se manchó de chocolate y no hubo quien quitara la mancha. Al final no salió con sus amigas a celebrarlo porque no quería ponerse otro vestido, y eso que tenía cientos.

Helen no dice nada, se limita a mirarlos ambos con una pequeña sonrisa en los labios.

—Dan, quiero irme a casa.

Oh, oh.

—Pero, hija, hemos estado toda la tarde preparando los fuegos artificiales, ¿no te apetece verlos? —pregunta su padre.

—Quiero volver a casa, no me siento bien.

Vaya, con lo bien que había estado durante toda la cena, una lástima que no acabe de disfrutar de la noche.

Tyler se levanta arrastrando la silla de malas formas, haciendo que esta caiga al suelo.

—Estoy harto de aguantar tantas tonterías.

—Tyler, hijo...

Se acerca a su madre y le da un beso en la frente, rápido y fugaz.

—Eso es lo que hace siempre, huir. Siempre huyes, hermano. ¿No te enseñaron a ser un hombre en el ejército?

Helen a sacado todo su genio, está irreconocible.

—Helen, por Dios —Dan intenta contener a su mujer, que parece que haya

despertado de un largo letargo.

Tyler monta en cólera y de un manotazo tira varias copas, salpicándome a mí con el vino que contenían.

—¡Basta ya! —el señor Cooper interviene en todo el jaleo—. Tyler, creo que hoy has bebido alguna cerveza de más.

—Oh, Dios mío. Siento que hayas presenciado todo esto, Valerie —se avergüenza la pobre Maggy.

Yo no sé dónde meterme ni dónde mirar. Ojalá pudiera desaparecer de aquí sin que nadie se diera cuenta.

—Siempre defendiéndola, papá. Siempre defendiendo a tu pobre hija. Muy bien. Espero que este mes pase pronto para no tener que soportar más gilipollices de nadie. Ahora que ya hemos firmado todo el papeleo no voy a seguir siendo el que pringue con las culpas de todo.

No alza la voz pero es amenazador igualmente. Su mirada está encendida y cargada de rabia mientras discute con su padre. Yo no entiendo nada de lo que dicen ni quiero hacerlo, me siento totalmente fuera de lugar.

Con toda la discreción del mundo, retiro mi silla y me levanto para irme a la cocina y dejarlos solos mientras sacan los trapos sucios de su familia.

—Y a ti no habrá quien te libre de ser despedida si te pilló haciendo algo que no debes —su voz destila tanto odio.

¿Está hablándome a mí?

—Tyler, se acabó. Deja a la pobre muchacha en paz.

El señor Cooper se ha levantado de su silla tan rápido que casi tira la mesa entera.

Acelero mi paso hacia la cocina, vigilando cuando me acerco a la puerta de vaivén.

Los gritos siguen y yo intento no escuchar nada de lo que están diciéndose.

Solo escucho su voz repitiendo esa frase. Quiere despedirme. No sé si es algo que ya tuviera pensado o simplemente ha descargado su rabia y frustración también contra mí.

La cuestión es que me ha dolido que me dijera eso. Me ha dolido más que cuando la puerta me ha impactado de lleno en la cara.

No es lo que parece

Maggy está llorando sentada en uno de los butacones que hay en la zona de lectura, al lado del salón.

Helen y Dan hace un rato que se han ido, el señor Cooper también se ha despedido antes de irse a su habitación, mientras Steve y yo hemos acabado de recogerlo todo. No me ha dejado fregar nada. Dice que mañana lo haremos con calma.

Tyler ha sido el primero en irse después de la discusión. Ha salido por la otra puerta así que me ha ahorrado el disgusto de verlo.

Ya tengo la chaqueta puesta y me acerco a Maggy para despedirme.

—Siento que tu primer fin de año fuera de casa haya sido un desastre. Y por favor, no le tengas en cuenta a Tyler las cosas desagradables que te ha dicho. Hoy no ha sido un buen momento para él. En realidad, hace meses que parece que en esta familia no hay muchos buenos momentos.

—No te preocupes por mí, Maggy. La noche ha ido genial hasta que ha pasado...lo que sea que haya pasado. Solo me he sentido fuera de lugar al presenciar algo de lo que yo soy ajena totalmente, porque me sabía mal por vosotros. Pero no te preocupes, no me gusta juzgar a nadie.

—Ay, muchacha. Pero no todo ha ido mal. Mi hija ha hablado, ha reído y eso es algo increíble. Le has caído bien. Espero que se deba al cambio de medicación. Aunque seguramente haya que reajustarlo. Esa hostilidad que ha mostrado después hacia su hermano... en fin. Siento que no hayas podido ver nuestro tradicional fin de año con los fuegos artificiales.

Se limpia las lágrimas que resbalan por su cara y se levanta. Viene hacia mí y me sorprende con un cálido abrazo.

—Vamos a tomarnos la última copa de champán antes de que te vayas. Al final has tenido que trabajar recogiendo tú todo lo que ha destrozado mi hijo.

—No te preocupes. Aunque te agradezco el ofrecimiento, no sé si debería beberme esa última copa, con todos los medicamentos que llevo tomados a lo largo del día...

Y conociendo la poca resistencia que tengo al alcohol, mejor no mezclar.

—Tienes razón, mejor lo dejamos para mañana. Si te apetece puedes venir a comer con nosotros, a no ser que tengas otros planes, claro.

Vamos caminando hacia la salida del salón en dirección al pasillo principal. Steve aparece por la otra punta, ha salido por la puerta de la cocina y viene hacia nosotras.

—Bueno, Valerie, ahora que ya conoces todos los trapos sucios de la familia Cooper...

—Steve, hijo, si es una broma, no me hace ninguna gracia. Creo que ya ha estado bien por hoy, ¿no?

Steve abraza a su madre pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Lo siento, mamá. Sólo quería hacer reír a Valerie.

—Objetivo conseguido —le digo mientras le dedico una sonrisa—. Bueno, creo que me marchó ya. Tengo ganas de descansar.

—¿Llevas la pomada para la cara? —pregunta Maggy.

—Sí, aquí en el bolso. Me la pondré. Gracias por todo.

Lo cierto es que ha sido una noche diferente y me he sentido en familia, y si pienso en la discusión, ¿qué familia no tiene trapos sucios?

—Feliz año, Valerie —desea Maggy.

—Feliz año, Maggy. Steve.

—Hijo, acompáñala hasta su cabaña.

—Oh, no. De ninguna manera. No hace falta, en serio.

Me apetece caminar sola unos minutos hasta llegar a casa.

—¿Segura? —pregunta Steve.

—Segura —asiento mientras me acerco a él para darle un beso en la mejilla.

Salgo de la casa grande. Parece que hasta la noche se ha quedado en silencio y sin fuerzas para rechistar. Apenas hace frío, yo creía que estaría todo helado, pero no. Sin fiebre pero con un moretón en la cara y con información que no sé como procesar voy hacia mi cabaña. Hay muchas cosas que no me cuadran.

Me duele la nariz, palpo con cuidado la zona superior como si esperara encontrar algún trozo de hueso saliendo hacia el exterior de mi piel.

Cuando estoy llegando veo que en la casa de Tyler está todo a oscuras. No sé los motivos por los que él es como es pero hay algo que me dice que no es así en realidad, que tiene un corazón tierno y blando y por el motivo que sea él lo protege con todos sus músculos y su fuerza bruta.

¡Mierda!

Otra vez no tengo las llaves para entrar.

Tyler me dijo antes que él tenía una copia de la llave pero, después de lo que ha pasado, me da miedo molestarlo o despertarlo. Pero no voy a dormir al raso, ni pienso hacer las tonterías que hice anoche para poder entrar en casa.

Le enviaré un whats para que me dé la llave. Solo tendrá que asomarse por la ventana y dejarla caer.

✓Valerie: Tyler, necesito la llave de repuesto. Gracias.

El mensaje se ha entregado, tiene el doble check, pero no lo ha leído.

Cinco minutos. No puedo esperar más.

Armándome de valor, decido que tengo que subir a su casa y llamar a su puerta para que me dé la llave.

Es posible que esté durmiendo, hace más de cuarenta minutos que se fue.

Subo los cuatro escalones y recorro el puente colgante que lleva hasta la pasarela donde está la puerta. Es la primera vez que vengo hasta aquí. Me da algo de miedo pensar que estoy rodeada por todo ese bosque oscuro y siniestro.

Y encima está ese animal salvaje suyo. Espero que lo tenga bien encerrado y no salga cuando él abra la puerta. Si es que la abre.

Una pequeña luz ilumina la puerta de su casa en cuanto me acerco.

Llamo a su puerta con dos suaves toques. No quiero que parezca que la estoy aporreando.

Nada.

No se enciende ninguna luz en el interior ni se oye una mosca.

Vuelvo a llamar, esta vez con algo más de fuerza.

Tengo frío, el vestido y las medias no es que abriguen mucho, y el abrigo no me cubre mucho más allá. Me envuelvo con mis propios brazos para darme algo más de calor.

Desesperada, dejo escapar un suspiro mirando la inmensidad del cielo negro que me cubre.

En ese momento escucho un par de pasos pesados y una maldición, después el sonido de un cerrojo al abrirse.

Me giro de cara a la puerta y me preparo para recibir al agradable Tyler —Vaya... tú por aquí.

Parpadeo varias veces para asegurarme de que lo que ven mis ojos es real.

Tyler, semidesnudo, solo lleva puestos unos calzoncillos tipo bóxers, ceñidos a su anatomía. A su morena, musculosa y atractiva anatomía. Un fino camino de vello negro recorre su duro y trabajado vientre hasta la cinturilla de los bóxers. Y esos pectorales. Mi respiración se detiene unos instantes.

Me cuesta devolver la mirada a sus ojos, pero es que su torso me impide hacerlo.

Por favor, tengo más calor que en uno de aquellos veranos horrorosos que pasaba cuando era pequeña, con un noventa por ciento de humedad y cuarenta grados, todo eso sumando que no podíamos permitirnos encender el aire acondicionado.

Y todo eso, contando que ahora debemos estar a unos agradables cero grados.

Me retuerzo las manos, nerviosa, recordando el sabor de sus labios sobre los míos en ese beso furtivo y apasionado que nos dimos anoche y en lo dulce que ha sido en el cuarto de baño mientras me curaba la nariz.

—¿Valerie? ¿Otra vez pensando en fantasías?

Es imposible poder tener paciencia con este hombre. Simplemente es superior a mí y no puedo dejar que me haga siempre lo mismo.

Parpadeo varias veces mientras él sigue ahí, apoyado en el marco de la puerta, mirándome desde ahí arriba donde están sus preciosos ojos. Pero siendo tan capullo conmigo.

—Solo...solo necesito que me des la llave de repuesto —digo bajando la mirada y fijándome en que va descalzo.

Espero a que se mueva o me diga algo, lo que sea. Pero sigue ahí, quieto y medio desnudo. Y no lo soporto más.

Me voy.

Reventaré un cristal y mañana le diré al señor Cooper que lo descuenta de

mi sueldo.

Sin decir una palabra, giro sobre mis talones y empiezo a caminar de nuevo hacia el puente colgante cogiéndome de la baranda para no tentar a la suerte y tropezarme con los tacones y caerme, otra vez, delante de él.

Tengo ganas de llorar, de gritar y de romper algo. Me saca de quicio. De repente, escucho un ruido y de lo siguiente que soy consciente es de que Tyler me rodea con sus poderosos brazos, me eleva con ellos y me mete en su casa.

—¡Tyler! —grito asustada.

Gira sobre sí mismo y cierra la puerta de una patada. Todo está a oscuras.

Me empotra contra la puerta, sin soltarme, y sin dejarme tocar el suelo.

—Tyler, me estás asustando. Déjame bajar.

No me hace ningún caso. Al contrario, sus manos me tocan la parte baja de la espalda, y sigue sosteniéndome con sus brazos.

—Valerie, lo siento. Antes he sido un completo imbécil.

Roza su nariz por mi garganta, siento su aliento en mi piel y eso hace que arda al momento. Es lo más erótico que he sentido jamás.

Oh, Dios mío. ¿Qué me está haciendo?

—Tyler, no creo que sea buena idea...¿estás borracho? —un ligero olor dulzón a whisky invade mis sentidos.

—Puede. Pero tú ya no tienes fiebre.

—Déjame en el suelo... —le pido mientras me retuerzo en su abrazo.

No puedo seguir hablando, acaba de lamerme el cuello, o eso creo haber sentido, y ahora me mira expectante con sus ojos verdes hipnotizadores.

Tiemblo sin control y sé que ya no es por el frío. Su cuerpo consigue del mío lo que quiere.

—Sólo una noche, Valerie. No puedo darte más.

¿Me está ofreciendo sexo? ¿Una noche?

—¿Te duele la cara? —suena preocupado.

Apenas hay una pequeña lámpara dando luz detrás de él, creando una atmósfera muy propicia para algún tipo de relación sexual clandestina.

—¡Oh Dios mío! —suspiro sin poder controlarlo.

Acaba de pasar su lengua por mis labios. Ha sido una caricia tan superficial

y a la vez algo tan arrollador que siento que si me deja en el suelo las piernas no serán capaces de sostenerme. Y menos con los dichosos tacones.

—Sabes que te deseo. Y yo sé que tú me deseas. Quiero que te desnudes para mí.

Mi sexo va a explotar como siga hablándome de esa manera. Siento su piel caliente rodeando mi cuerpo, sus manos sosteniendo mis nalgas y la tela del vestido enrollada en mis muslos.

—Rodéame la cintura con las piernas.

Lo hago, le paso los brazos por los hombros y siento la dureza de sus músculos bajo su tersa piel. Se gira y empieza a caminar hacia el sofá que hay detrás de él. No puedo fijarme en nada más. La luz que se ve sale de lo que parece ser una habitación, su habitación, muy posiblemente.

Se sienta en el sofá, conmigo encima, y empieza a desabrochar los botones de la chaqueta.

—Tyler... Tyler...para.

—¿Te hago daño? —me mira, esperando a que conteste.

—No. No, en absoluto, pero...

—¿Pero qué, Valerie? ¿Quieres que te recuerde lo que has estado diciendo mientras estabas con fiebre?

No puedo apartar las manos de su cuello, es como si se hubieran quedado enganchadas con el más potente de los pegamentos.

Sus labios saben a una mezcla de cerveza y whisky, creo que me ha emborrachado solo con los vapores que salen de su piel. Y me siento en una nube de placer. Y eso que todavía no hemos hecho nada.

Y yo ya no recuerdo ni lo que quería decirle ni el por qué.

—Ajá —suspiro.

Sigue desnudándose, ya me ha quitado el abrigo y ahora lleva sus manos hacia mi espalda; allí las aguanta con una de las suyas, me tiene cogida por las muñecas, sentada encima de él, mientras baja la cabeza hacia mi cuello y empieza a darme besos y a olerme como si fuera un animal.

En ese momento algo se activa en mi aletargado y drogado cerebro y me acuerdo de que tiene en casa un animal salvaje.

—¡El gato! No, no, no, no. ¡Ay, Tyler!

Me retuerzo sobre él llegando a sentarme justo en ese punto en el que la dureza de su cuerpo se clava en la sensibilidad del mío y aprisiona su cara contra mis pechos.

Saca la lengua y lame, lentamente, desde el esternón, pasando por mi garganta y las clavículas, llegando a mi barbilla, y muy tranquilamente habla, mientras yo sigo retorciéndome y luchando porque me suelte antes de que unas uñas me arranquen la piel de alguna parte del cuerpo.

—Pajarito, el único animal que va a atacarte este anoche está debajo de tus piernas.

Se mueve de forma sugerente, clavando en mí su erección.

—¡Oh, por favor! ¿Dónde está? —es una mezcla de súplica y jadeo asustado.

Mientras va recorriendo con su lengua el camino de vuelta hacia mis pechos, contesta a mi pregunta.

—Está encerrado en una habitación.



—¿Seguro? —jadea.

Mi polla vibra en respuesta a los sonidos que salen de su boca.

—Seguro, brujita. Todavía no me has dicho que estás de acuerdo con nuestro trato.

Me ayudo con la nariz para separar la tela que cubre sus perfectas tetas, sé que no lleva sujetador y no puedo aguantar más para meterme esos pezones rosados en la boca y chuparlos y lamerlos durante horas.

Tengo que recordarle que conteste.

Tiro hacia abajo de sus manos, la tengo agarrada por la espalda y con eso consigo que sus pechos se eleven y queden expectantes a lo que quiero hacerles.

—Sí... una noche — jadea.

Dicho esto, muevo las caderas para impactar de lleno en su sexo, puedo sentir la humedad en él a través de su ropa interior, las medias y los malditos bóxers.

Sigue mirando detrás de mí esperando que en cualquier momento el pobre *Metal* la ataque. Ella pensando en el gato y yo solo puedo pensar en meterme en ella, con urgencia y saciar las ganas que tengo incontrolables de probarla. Quizá sea la mejor manera para que se me pase este calentamiento que siento hace días. Sobre todo cuando ella está cerca.

¡Joder! Las pajas en la ducha de la mañana de esta semana han sido pensando en ella, en sus labios y en su cuerpo, a quien cojones quiero engañar.

—Voy a soltarte las manos pero no quiero que te muevas.

Asiente, con los ojos cerrados, fiándose de mí. Coloca sus manos en mis rodillas mientras espera mi siguiente paso.

Le bajo el vestido dejando sus preciosas tetas listas para jugar con ellas. Y sin poder esperar más, la ataco. Me meto uno de sus pezones en la boca y saboreo su dulce piel.

¡Hostia puta! ¿A qué sabe esta mujer? Es ambrosía pura, son las cerezas más dulces y jugosas que he probado jamás.

Su sabor recorre todo mi cuerpo en milésimas de segundo, instalándose en algún lugar que me obliga a seguir haciendo lo que estoy haciendo.

Gime, bajito y controlándose, le cuesta dejarse ir, como si llevara mucho tiempo sin sexo, y eso no puede ser posible, es la mujer más sensual que he conocido.

—Disfruta, Val. Aquí nadie va a escucharte gritar de placer.

Me meto el pezón en la boca y con los dedos estiro del otro, consiguiendo que se arquee y se meta más en mi boca, gimiendo más alto y empezando a mover sus caderas sobre mi cuerpo.

Sí, nena, sé lo que deseas.

Sus uñas me arañan la parte alta de la espalda, toca cada vez con más fuerza mientras sus caderas se acompañan a las mías.

—Oh, Tyler... —jadea y yo siento que explotaré si sigue montándose así y gimiendo como lo hace. Me vuelve loco con esos ruiditos que hace.

A la mierda los preliminares.

Me levanto con ella en brazos, la dejo en el suelo con cuidado y veo su cara de sorpresa y de decepción por lo que estoy haciendo.

—Podría correrme solo con mirarte, así medio desnuda, con tus preciosas tetas a la vista y el vestido remangado sobre tus muslos.

Aprieta los muslos y cierra los ojos, mientras se lame los labios, y mi polla vuelve a vibrar en respuesta. Es como si fuera un imán y la atracción que causa en mi cuerpo fuese incontrolable.

Me acerco a ella, acechante, la giro y la inclino sobre el sofá, quedando su precioso culo en pompa en mi dirección.

Las ansias me pueden y soy incapaz de controlarme, hace mucho tiempo que no me sentía así con una mujer.

Le recojo el vestido en la cintura, la imagen que tengo delante es lo más perturbador que he visto jamás. Valerie con el vestido enrollado en la cintura, con medias de cristal negras y zapatos de tacón.

—Al final van a tener un buen uso los dichosos zapatos de tacón.

Cojo las medias y las pequeñas bragas y las hago desaparecer con un tirón.

Grita por la sorpresa y yo me pongo más cachondo, si es que eso es posible.

Libero mi erección de su captura en los calzoncillos con una mano, mientras con la otra masajeo sus caderas, es lo más precioso que he visto jamás.

Mierda, no tengo un condón cerca.

—¿Estás protegida? —pregunto mientras le refriego el glande por las nalgas. Muero por hundirme en ella.

—Eh... sí, sí.

Deslizo una mano por sus nalgas hasta que llego a la cremosa humedad que desprende. Está totalmente derretida.

De repente, da un respingo y emite un sonido, como asustada.

—Tyler, para. Para. No.

¡Mierda!

Me separo de ella, sin dejar de acariciarle la piel de la espalda.

—¿Qué te pasa?

—Así no. No puedo... yo nunca...

— Tu nunca ¿qué? —que le pasará ahora.

Se pone de rodillas en el sofá y se gira para para sentarse en él. Se retuerce la manos, está nerviosa más que deseosa.

—Yo no... así no...

—Valerie, me estás acojonando.

No puede ser que sea lo que creo que es.

—No eres virgen ¿no?

Sigue mirando sus manos mientras las retuerce y titubea.

¡Oh, venga ya!

Vuelvo a colocarme bien los calzoncillos y me masajeo la cabeza, apretando en la zona de las sienes. Me ha quitado la calentura de golpe.

—¿¡Pero cómo cojones no se te ocurre decirme que eres virgen?! —no puedo evitar chillar—. Aceptas tener sexo conmigo una sola noche, para que yo te desvirgue. Estás más loca de lo que pensaba.

Día uno

No entiendo por qué tiene que enfadarse.

—Yo pensaba que iríamos más despacio... — digo casi sin voz.

—¿Más despacio? ¿¿Más despacio?? ¿Cómo crees que íbamos a ir más despacio si desde el primer día que te vi me ericé contigo? Después del otro día patinando, del beso que nos dimos anoche, de verte desnuda y de que me hayas dicho claramente lo que te hago sentir y que te encanta mi lengua.

¡¿Qué?!

—¿Cuándo he dicho yo esas cosas?

Oh, no. Mientras he estado con fiebre debo haberle dicho todo lo que se me ha pasado por la cabeza. Que no digo que no sean ciertas pero... qué vergüenza.

—Es igual, vete de mi casa. Sabía desde el primer puto momento que no era buena idea que nos acostáramos, por más duro que me pongas.

Mierda, tengo que decirle que no es lo que él piensa. Esto se ha liado mucho en muy poco y... ¡Joder! Él me desea y yo lo deseo. Y soy adulta, una mujer en la flor de la vida, quiero y puedo mantener sexo con este semental. Pero me he asustado.

—Fue antes de acabar el instituto. En la fiesta de cumpleaños de una amiga; en el cuarto de baño. En cinco minutos y yo no sentí nada.

Se gira de repente y me mira, deja caer los brazos a los lados mientras niega con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que no eres virgen? —pregunta sin poder creérselo.

Asiento con movimientos lentos de cabeza.

—No puede ser. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintidós, veintitrés?

—Veintidós.

—¿Y me estás diciendo que desde que te desvirgaste con dieciocho años no has vuelto a tener sexo?

—En realidad, diecisiete.

Apoya la manos en las caderas y me fulmina con la mirada.

Es tan alto, tan grande y tan fuerte, que yo me siento diminuta en esta habitación.

Pasan los segundos y no dice nada.

Me cubro el cuerpo con las manos y me levanto, poco a poco, para ponerme bien la ropa, coger mi abrigo y marcharme. Será lo mejor.

—No puede ser que no hayas estado con nadie.

Se acerca a mí y con dos dedos en mi barbilla me hace levantar la cara y enfrentarme a su mirada.

—Eres preciosa —susurra a pocos centímetros de mi cara.

Inconscientemente sigo cubriéndome con los brazos y bajo la mirada.

—¿Qué clase de hombres hay en ese pueblo del que vienes para que no se hayan matado por acostarse contigo?

Coloca las dos manos en mi cuello y me acaricia con los pulgares.

Su cercanía y el olor que desprende su cuerpo hacen que me relaje; cuando me habla así es como si su cuerpo desprendiera un sedante que hace que la presa se paralice para que el depredador pueda comérsela tranquilamente, degustarla y saborearla sin recibir ningún rechazo por su parte.

—Ninguno como tú —suspiro.

—De eso estoy seguro. Ven.

Me coge de la mano rompiendo el escudo protector que formaban mis brazos sobre mi cuerpo.

Estira de mí y me llevaba hacia la luz. A su habitación.

Es muy parecida a la mía, más grande pero toda de madera, con una gran cama desecha, las sábanas negras de satén están echadas a un lado, seguro que cuando he venido ya estaba aquí tumbado.

La ropa que llevaba para la cena está tirada en el suelo. Hay varias fotos sobre un mueble y ningún cuadro en las paredes.

Reclama mi atención cuando se para y, obligándome a levantar la cara, me hipnotiza y paraliza otra vez más con sus preciosos ojos verdes, y me besa. No cierro los ojos y veo que él tampoco lo hace.

Cada vez que sus labios me tocan es como si recibiera una descarga eléctrica, con la que se podría hacer un masaje cardíaco.

Va hacia la puerta y la cierra. Yo sigo ahí de pie, en medio de su habitación, sin saber qué hacer, cómo moverme o dónde mirar.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? No quiero compromisos, ninguno.

Haciendo esto contigo ya estoy rompiendo una de las reglas más sagradas que tengo. Pero no va a haber nada más entre nosotros.

Al principio sus palabras me parecen duras, pero las entiendo perfectamente. Soy adulta, y como tal, debo estar capacitada para tener sexo sin compromiso.

—Una noche de sexo salvaje no le viene mal a nadie ¿no?

Niega con la cabeza y me parece ver una pequeña sonrisa en sus carnosos labios.

Se acerca a mí y empieza a deslizarme el vestido por las piernas, dándome un lametón en un pecho mientras tanto.

Cierro los ojos y me retuerzo de placer.

¿Cómo he podido estar tantos años aguantando para tener esto?

Cuando llega a los pies, me descalza y baja lo que queda de mis medias, dejándome completamente desnuda y visible.

Se levanta y se aparta un par de pasos, mirándome fijamente, consiguiendo que arda de vergüenza.

—Vamos a ver si puedo mejorar lo que hiciste en aquel cuarto de baño hace tanto tiempo.

Mi cuerpo se descontrola y vibra al oír sus palabras.

Sin dejar de perforarme con su verde mirada, empieza a quitarse los calzoncillos. Cuando el camino de vello negro que recorre la mitad de su vientre empieza a ser más visible por la zona de ahí abajo, no puedo evitar mirar fijamente lo que está descubriendo.

Tiene un tattoo en el lado izquierdo de su vientre. Un escorpión que apunta hacia esa parte de su anatomía que me deja sin respiración. Los dos tenemos un escorpión en el cuerpo, y yo estoy deseando notar su aguijón clavarse en mi piel.

Todo eso es lo que notaba en mi sexo cuando estaba sentada encima de él. Y es muy grande. Y está tremendamente duro y preparado.

No sé si voy a ser capaz de aceptarlo en mi interior. No soy virgen pero podría considerarme como tal por la de tiempo que hace que no tengo una penetración. Mis juegos nocturnos no cuentan.

Se la coge con una mano y empieza a tocársela de arriba abajo, lentamente.

—¿Te gusta lo que ves? —su voz suena muy ronca.

Parpadeo al escucharlo y, no sin esfuerzo, consigo mirarlo de nuevo a los ojos.

Los tiene brillantes y el verde de sus iris casi ha desaparecido, dejando paso a sus pupilas negras, totalmente dilatadas por el placer.

Intento controlar la respiración pero es casi imposible que hable sin que me tiemble el tono.

—¿No vas a apagar la luz? —es lo único que se me ocurre decir.

Sin dejar de tocarse, niega con la cabeza.

—Acércate, Valerie.

Hago lo que me pide, doy dos pasos y estamos a escasos centímetros. Su cuerpo fuerte y demoledor, su piel caliente y morena, contra mi cuerpo blando y nada bronceado. Intento cubrirme de nuevo con los brazos pero me lo impide.

Se inclina hacia mí, estoy atrapada en su mirada y no puedo cerrar los ojos cuando, mete su lengua en mi boca y me arrasa, al igual que hizo la otra noche, cuando me concedió el primer deseo.

Otra vez siento todas esas descargas eléctricas, esas terminaciones nerviosas que se tensan y quieren explotar al igual que un cohete. Necesito liberarme.

Siento como mi sexo se ha empapado, preparándose para aceptarlo.

Me coge la mano derecha y me acaricia el interior de la muñeca, donde tengo el tattoo. Creo que sé lo que va a hacer y no sé si sabré hacerlo.

Me pone la mano sobre su erección y él mantiene su mano sobre la mía, indicándome sin palabras cómo quiere que lo toque.

Cada vez me cuesta más respirar, más aún cuando mete una mano entre mis piernas y llega hasta mi hinchado clítoris. Siento que voy a desmayarme en cualquier momento si sigue drogándose como lo hace.

Su dedo juguetón se recrea entre mis labios haciéndome sentir todo lo que había imaginado que haría alguna vez con Brad, cuando por fin nos casáramos y pudiéramos tener sexo. Todo lo que las chicas me contaban que hacían con sus novios y yo siempre imaginaba mientras apretaba un muslo contra otro para evitar tocarme.

—¡Oooh! —dejo caer la cabeza hacia atrás cuando uno de sus dedos se introduce en mí.

Acabo de darme cuenta de que su mano ya no está sobre la mía y que soy yo la que marca el ritmo sobre su piel igual que hace él sobre la mía.

—Joder, qué mojada estás. Me encanta.

Llego hasta la base y aprieto un poco más, me siento osada y, no sé si lo haré bien o mal, pero quiero hacerlo. Quiero tocar, aunque solo sea por esta vez, todo el cuerpo de este hombre.

Su dedo también se mueve cada vez más, con más maestría y certeza, y algo parecido a un tornado está formándose en mi interior, desde mi vientre hasta donde su cuerpo se mete en el mío.

—¡Oh, Ty! ¡Oh, Ty!

Jadeo sin poder detenerlo.

Su otra mano me mantiene cogida por el cuello y evita que caiga desplomada hacia atrás.

—¿Aquella vez no sentiste esto, verdad?

—No —gimo.

—Estás a punto de correrte. Siento como tus músculos se cierran sobre mi dedo. Vamos a probar esto.

—¡Aaah! ¡Oh, Ty! ¡Oh, Ty!

Acaba de meter otro dedo más en mi interior y creo que no voy a poder soportarlo por más tiempo. Me cojo a sus antebrazos y siento como se contrae la musculatura con cada movimiento que acaba dentro de mí.

—Así, déjate ir, Val. Mójame la mano —su voz es el detonante.

—¡Ah, ah, ah!

Y sin más, me corro. Exploto en su mano, mientras mi cuerpo viaja a alguna constelación lejana, dando vueltas en un arcoíris de colores una y otra vez.

Y todo esto con la luz encendida.

Cuando soy consciente de ese detalle abro los ojos y lo veo observarme de tal manera que me siento morir de vergüenza, nunca pensé que estas cosas fueran así de intensas.

—Increíble —dice mirándome de una forma rara, así como fascinado.

Lentamente saca los dos dedos de mí y me los enseña. Al separarlos un hilo de mi placer cuelga de uno al otro.

—¡Tyler, no seas guarro!

Empieza a reír como nunca antes lo había visto hacer. De repente vuelve a ponerse serio y se lleva ambos dedos a la boca, los mete dentro y lame con su lengua juguetona. Cierra los ojos, como si disfrutara de lo que hace.

Porque lo está disfrutando.

En un acto reflejo me tapo los ojos con las manos, muerta de vergüenza.

—Exquisita. Sabes a cerezas.

Nerviosa, rio bajo las manos que me tapan. Separo un par de dedos y lo miro a través de ellos.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunto en serio.

—Brujita, me gusta hacerte cabrear pero, créeme, ahora mismo no es mi intención cabrearte. Quiero degustarte y disfrutar de nuestra noche de sexo salvaje —repite las palabras que he dicho yo antes y vuelvo a sentir que me sonrojo.

—Pero tú no... tú todavía no has... —no sé como decirlo sin morirme de vergüenza.

Señalo su erección. No tengo experiencia pero sé que él no ha disfrutado.

—¿Yo no qué? —pregunta jugando conmigo.

—Tú no has disfrutado.

Me mira, serio, levantando una ceja y enseñándome de nuevo esos dedos.

—Valerie, ya lo creo que he disfrutado. Pero sí, todavía no me he corrido, aunque eso lo vamos a solucionar ahora.

Me carga en sus brazos, haciendo que lo rodee con las piernas, notando como su caliente punta roza mi mojado sexo.

—Pero ahora mejor nos estiramos en la cama.

Con cuidado me coloca en el centro de la cama, quedando él encima de mí.

No pierde el tiempo y me besa intensamente, haciendo que note mi propio gusto en la boca. Nuestras lenguas chocan, chupan y lamen sin control dentro de la boca del otro.

Esa manera de besar es la culpable de que yo esté en este estado de locura y

desenfreno.

Me acaricia con las manos mientras con la boca va recorriendo mi cuerpo, dobla una de mis rodillas y se coloca en el centro, muy cerca pero sin llegar a tocarme la hendidura caliente y húmeda.

Mis manos están como locas tocando y palpando cada músculo de su espalda y cuello. No quiero olvidar ni un instante de esta maravillosa noche.

La temperatura de nuestros cuerpos se une y juntos resbalamos friccionando centímetro a centímetro.

—Te deseo, muchísimo —mierda, lo he dicho el voz alta.

Él cada vez está más abajo, tanto que ahora solo puedo meter los dedos entre su pelo mientras su boca juega con el vello de mi sexo.

—¡Oooh, oooh, por favor! Eso, eso... así —no puedo cerrar la maldita boca mientras elevo la pelvis y abro más las piernas, ofreciéndome a él.

Pasa la lengua por donde quiere y yo no puedo mantener la boca cerrada, es la mejor sensación que he experimentado en mi vida.

Levanto un poco la cabeza y lo veo, entre mis piernas, su pelo negro tapando mi vello rojizo, mientras su lengua juega, chupa y estira de mi clítoris.

No puedo creer que esto esté pasando y que me esté pasando a mí con este hombre.

Siento que estoy a punto de explotar de nuevo, toda la energía de mi cuerpo está concentrada en un único lugar de mi anatomía y no puedo contenerlo más.

En ese mismo momento separa la cara de mi sexo y me mira fijamente, saca la lengua y lame las comisuras de su boca, contento con lo que está degustando y yo dejo caer la cabeza sobre la almohada incapaz de mantenerle la mirada ni un segundo más.

—No me digas que no te gusta, porque tu cuerpo no miente —dice muy seguro de sí mismo, y lo peor de todo es que tiene razón.

—Eres irresistible, Valerie. Y estás lista para recibirme.

Se eleva sobre mi cuerpo y, antes de que me dé cuenta, ya ha empujado y entrado dentro de mí de una embestida.

Grito su nombre a pleno pulmón, en una mezcla de jadeo y súplica, mientras

llego por segunda vez al huracán de sensaciones que desencadena el toque de su cuerpo en el mío. Estoy llena completamente de él.

—Dios, me encantan esos ruidos que haces cuando te corres, la manera en que tu cuerpo me retiene dentro y me succiona.

Soy apenas consciente de que está hablándome, porque el movimiento de sus caderas me mantiene entretenida en otra cosa.

—Joder, me vuelves loco, qué cerrada estás —gruñe apoyando su frente contra la mía.

Mantengo las manos en su espalda, agarrando con fuerza sus dorsales mientras entra y sale de mí. Sus duros pectorales arañan la sensible piel de mis pechos, los aplasta en la justa medida que resulta placentera, su vientre resbala sobre el mío, estamos perlados de sudor mientras mi aliento se mezcla con el suyo y mis labios lo buscan. Necesito que insufla algo de vida en mí.

—Bésame —pide.

Y nuestras bocas se unen, nuestras lenguas bailan mientras nuestros cuerpos explotan a la vez.

—¡Ahora sí!

Y empuja hasta el fondo de mi ser con todas sus ganas, haciéndome ver las constelaciones otra vez mientras nos corremos juntos.

Segundo deseo

Por fin he recuperado el ritmo normal de la respiración. Esto que acabamos de hacer ha sido algo tan maravilloso, tan excitante y espectacular que creo que a partir de ahora contaré esta como mi primera vez.

—¿Ha sido lo suficientemente salvaje para ti? —pregunta colocándose de lado, apoyando la cabeza sobre una mano y mirándome, mientras con la otra mano acaricia mi vientre.

Es la parte de mi cuerpo que preferiría que no viera así tan de cerca. El suyo es plano, duro y tiene toda la tableta marcada y definida; el mío por el contrario, es una barriguita con un michelín que va a conjunto con mis caderas y mis muslos.

Me sonrojo de nuevo y llevo el dedo pulgar a mi boca, nerviosa intento morderme una uña. Verlo así, con toda esta luz, después de haber hecho lo que hemos hecho, me pone nerviosa.

—No ha estado mal —respondo.

—Vaya ¿tiene alguna queja, señorita?

Sus ojos brillan de una forma especial en este momento. No sé si a los míos les pasará lo mismo, pero me siento eufórica.

—Ninguna. Has dejado un listón muy alto —no sé de donde sale todo este arrebatado de sinceridad. No creo que esto le vaya muy bien a su ego.

—Vas a conseguir que me sonroje. A no, que la que se sonroja eres tú.

—Ya estás volviendo a meterte conmigo, y eso que todavía no he salido de tu cama.

Se inclina sobre mí y me atrapa entre sus brazos, obligándome a mirarlo directamente y desde tan cerca.

—Me encanta ver como te sonrojas.

—Mentira, seguro que estás acostumbrado a estar con muchas mujeres que no son tan ... así como yo.

—¿Con eso de «así cómo tú» te refieres a sensuales, receptivas e irresistibles?

Roza su nariz contra la mía, y siento que es un gesto mucho más íntimo que lo que hemos hecho hace unos minutos.

—No, me refiero a mujeres con experiencia, a mujeres que saben darte

placer y... bueno... todo eso. Ya me entiendes.

Es tan arrebatadoramente guapo que no puedo dejar de mirarlo. Algo ha cambiado el motivo por el cual me quedo mirándolo fijamente, ya no me da miedo que el animal salvaje que tiene dentro me ataque, ahora deseo que lo haga.

—Valerie, creo que yo sé mejor que tú lo que me gusta, y tu *falta de experiencia* me ha parecido deliciosa. Como toda tú.

Me besa tiernamente. Pero aun así, sus besos tiernos están cargados cien por cien de intenciones. Esas cosas son las que nunca sentí con Brad, y está claro que el hombre con el que pase el resto de mi vida tiene que proporcionarme besos como los que Tyler sabe darme.

—Voy a dejar salir al tigre salvaje de su jaula, no está acostumbrado a dormir encerrado en la habitación.

Gato. Miedo.

Me remuevo nerviosa mientras él se levanta.

—No, espera. Deja que me vista y me vaya antes de dejarlo salir.

Me mira sorprendido, si pensaba que me iba a atrever a acercarme a su gato es que no ha entendido el nivel de miedo que le tengo.

—Está bien —parece que no se esperaba que le dijera esto.

Quizá debería quedarme, lo cierto es que me encantaría hacerlo, pero no sé como actuar en este caso, es mi primera vez.



Pensaba que querría quedarse a pasar la noche aquí.

Bueno, mejor así. Si se hubiera puesto en plan empalagosa y koala no me hubiera hecho ninguna gracia.

Pero tengo que reconocer que me hubiera gustado disfrutar un poco más de ella.

Se viste en silencio, sin bragas y sin medias, solo con el vestido y el abrigo y los tacones de piel de serpiente de color verde.

La he pillado mirándome un par de veces, sé que se preguntará el motivo por el cual yo no me visto. Me vuelve loco que sea así de inocente y pudorosa. Cuando me ha preguntado si no apagaba la luz me ha costado la vida no reírme, no de ella, sino de la situación.

¿Dónde habrá estado metida para no tener ninguna relación?

Es inteligente, divertida, sensual y juguetona, tiene mucho que aportar en una relación sexual, así que doy por supuesto que no ha sido ella la que ha decidido no tener relaciones. O quizá es muy selectiva y exigente. En fin. Ha sido un placer poder tenerla bajo mi cuerpo.

Solo hay un pero, y es que sigo teniendo las mismas ganas de meterme entre sus piernas que antes de haberlo hecho.

Y sé, sin ninguna duda, que eso va a ser un problema.

Salimos de la habitación, el comedor sigue a oscuras, iluminado levemente por la claridad que sale de mi habitación.

¿Quién iba a decirme hace un par de horas que la noche iba a acabar así, después de todo lo que se ha liado en mi casa durante la cena?

—¿Estás bien? —no sé por qué siento la necesidad de preguntarlo.

Es casi virgen, espero no haberle hecho daño.

Asiente, sin mirarme.

¿Qué le pasará ahora?

De pronto, recuerdo una cosa y voy hacia el mueble para sacarla del cajón en la que está guardada. Su carta de deseos. La desdoble y se la muestro. Sus ojos se abren como una gazania con el primer rayo de sol.

—Eso es mío —reclama.

—No. Es mío. Y si la memoria no me falla, acabo de cumplir el segundo deseo.

—Sigues siendo un... un... malvado perverso —se ha cabreado y mi deseo por ella ha vuelto a ser visible.

Viene directa hacia mí, su pequeña melena se balancea al igual que sus preciosos y turgentes pechos.

Alarga la mano con intención de quitarme la carta de la mano. Menos mal que la levanto rápido evitando que consiga quitármela.

Su pequeña y rojiza cabeza queda a la altura de mi pecho, y eso que va subida a los tacones.

—Dame la carta, Tyler.

—¿Ya no me llamas Ty? —me gusta este juego de picarla.

—No —pone morritos y no puedo evitar desear comerle la boca.

—A la mierda la carta.

La tiro al aire y ella me mira extrañada, hasta que me agacho para cargármela sobre el hombro.

Patalea y grita en una mezcla de risa histérica.

—¡Eres un salvaje! ¡Bájame, capullo!

¡¿Qué cojones?!

Le doy un cachete en el culo mientras vuelvo a meterla en la habitación dejándola sobre la cama, no con mucha delicadeza.

La dejo ahí y salgo de la habitación. *Metal* no ha llamado mi atención pero estará deseando ver a nuestra invitada.

Abro al puerta y me lo encuentro tumbado sobre el sofá; levanta la cabeza perezosamente y me mira.

—Tyler, ¿qué haces? —la oigo llamarme desde donde la he dejado.

—No te muevas de la cama, pajarito.

—Ven aquí, colega. Vamos a bajarle los humos a la pequeña brujita.

Me mira con cara de pocos amigos, sé que no le gusta que lo despierte, pero necesito su ayuda. Es implacable.

Cuando Valerie me ve aparecer por la puerta con *Metal* en brazos, le cambia la cara.

Se arrodilla sobre la cama y pega su espalda al cabezal de la misma.

—Tyler, ni se te ocurra. Lo digo en serio.

Está preciosa, aunque tenga ese pequeño moretón por el golpe que se ha llevado con la puerta, tiene la cara, el pelo y los labios de una mujer recién follada. Y el responsable de eso he sido yo.

—¿Cómo me has llamado antes?

Me mira extrañada por la pregunta.

—¿Cuándo?

—Cuando te estaba trayendo hacia la cama para volver a tener sexo salvaje... —sé que se muere de vergüenza, sus mejillas no mienten.

Me acerco dos pasos más y me siento a los pies de la cama con *Metal* entre mis brazos. Está tranquilo, como siempre, pero huele en el ambiente el aroma a sexo que hemos dejado.

—¡Ay! Capullo. Te he llamado capullo. Porque lo eres, si no no me amenazarías con ese...

—Gato, Valerie. Es un gato. Macho, adulto y castrado, que no sirve ni para cazar ratones porque es más manso que un osito de peluche.

Niega enérgicamente con la cabeza.

—Te vas a marear. Anda, ¿en serio me vas a decir que no te apetece tocarlo un poco? Es muy suave.

Acaricio a mi gato como sé que le gusta, mientras ella contiene la respiración.

Me apiado de la pobre e inocente Valerie, dejo a *Metal* en el suelo, y sale disparado hacia el sofá, su lugar preferido para pasar las noches. Me levanto para cerrar la puerta y volver a la cama con ella.

Entre el morado que le ha salido por el golpe que le he dado con la puerta y el cabreo que tiene ahora mismo, es mejor que no siga haciéndole bromas. Hoy estoy disfrutando tanto, como hace tiempo no hacía. Ha conseguido que no piense en mis padres, en mi hermana ni en...nadie.

—¿Quieres que apague la luz esta vez, o prefieres ver lo que hacemos?

Consigo una preciosa sonrisa como respuesta y dejo la luz encendida mientras me acerco a ella para desnudarla, otra vez.

—¡Eh, eh! Antes de que vuelvas a ponerme las manos encima... dime qué cosas dije mientras tenía fiebre.

Me detengo un momento pensando la mejor manera de sacarle el jugo a esto.

—Ponte de pie.

Me mira extrañada.

—Valerie, estoy esperando —intento sonar como un comandante pero no cuela. Empieza a conocerme.

Se levanta al fin y yo me siento en el borde de la cama, con ella entre mis

piernas.

—«*No me importaría quitarme toda la ropa para ti*».

Eleva las cejas, ¿se hace la tonta o realmente no lo recuerda?

—Eso es una de las cosas que me has dicho, textualmente creo recordar que fue así:«*Oh, Ty, no me importaría quitarme toda la ropa para ti*».

Ríe y se sonroja.

—Si eso te sorprende espera a que te diga lo demás.

Duda pero finalmente empieza a deslizar el vestido por sus hombros, mostrándome las tetas.

Coloco mis manos en su cintura y acabo de quitarle el vestido por los pies, se aparta y lo empuja a un lado.

—«*Tienes una lengua muy jugosa, Ty. Mmmm me pongo caliente solo de pensar lo que puedes hacer con ella, y con tus manos, grandes y ásperas...*».

La atraigo hacia mí, colocándola entre mis piernas, quiero que vea bien la erección que tengo por y para ella.

—Yo no he dicho esas cosas.

Le paso las palmas de las manos por los endurecidos pezones consiguiendo que se balancee hacia mí. Ya puedo oler su esencia entre sus piernas.

—Vamos a ver si el segundo deseo se puede cumplir más veces.

Tyler, te la tiras una vez más y se acabó, repito una y otra vez en mi mente mientras le como la boca.

Despierto con una sensación extraña que no es normal. Miro la hora en el despertador y veo que ya son las seis y media. No falla, no hay día que no me despierte antes de que suene el despertador.

Y sobre mi pecho, enredada entre mis piernas, Valerie duerme plácidamente. Finalmente se quedó a dormir, no me importaría de no ser porque no ha parado quieta en toda la noche. Es increíble lo que se mueve esta mujer en la cama, por lo que, entre eso y la pequeña borrachera que cogí anoche, no estoy de muy buen humor que digamos.

Sin moverme para no despertarla, me fijo en ella. Tiene sus dulces labios algo separados, las largas y espesas pestañas le rozan la piel cubierta de esas

diminutas pecas. La nariz y toda la zona de alrededor no parece que se haya hinchado más de lo que ya estaba la última vez que la vi despierta.

La última vez que la vi despierta estaba tumbada sobre su espalda, con los pies apretándome las orejas mientras la embestía una y otra vez saciándome de ella. Esa imagen me va a perseguir durante días.

No he sido capaz de no despertarla para volver a hundirme en ella una y otra vez. Ha despertado en mí algo salvaje.

Tiene un cuerpo hecho para ser adorado. Aunque ya no fuera virgen, lo era prácticamente, aquel capullo que la desvirgó no sabe la suerte que tuvo. Sentir como me rodea y acoge ha sido magnífico. Ella cree que por su poca experiencia no he disfrutado pero, tengo que reconocer, que lo que ha pasado esta noche en esta cama ha sido diferente a lo que he sentido el resto de las veces. Ella no tendrá con qué compararlo pero yo sí. Ella sí que ha dejado el listón muy alto. Es muy pasional y fogosa. Y jodidamente preciosa.

Si todo fuera diferente podríamos seguir teniendo algún encuentro de vez en cuando, pero no puedo arriesgarme a que la cosa se complique. Es buena trabajando y necesita el empleo, no voy a despedirla porque sé que sería una putada para ella, pero esto no puede pasar más. Ayer parecía tenerlo muy claro, solo una noche de sexo salvaje, como dijo ella.

Se remueve lentamente y suspira, parece que sonrío, pero no se despierta. Veo su blanca piel, su pecho apretando en mis costillas, y me encanta el contraste que forman.

El hecho de imaginarla así con otro hombre, hace que apriete la mandíbula y se me infle la vena de la frente. ¿Quién narices será ese Brad al que ha nombrado en sueños?



Algo se mueve y me desperezo estirando el cuerpo entero.

Y, al abrir los ojos, me encuentro con Tyler sentado al borde de la cama, su cama, está poniéndose unos calzoncillos.

Recuerdos maravillosos invaden mi mente.

La racha, larguísima racha, de sequía se ha roto por fin. Y de qué manera.

Me tapo con las sábanas hasta debajo de la barbilla y sigo mirando su espalda en movimiento. Acaba de levantarse y ha sacado unos pantalones de deporte de un cajón del armario.

Se gira y, una vez más, vuelvo a quedar atrapada en su mirada.

No decimos nada, solo nos miramos; me encantaría volver a pasar unas horas más con él.

—Buenos días —le sonrío.

—Buenos días, Valerie. No hace falta que te levantes todavía, es temprano. Yo voy a salir a correr. Cuando salgas, cierra la puerta. Tienes la llave de repuesto en la mesilla que está al lado del sofá.

Vaya, no me esperaba esto.

Vuelve a estar serio, hablando otra vez de esa manera seca e impersonal, nada que ver con el tono juguetón que ha estado empleando estas últimas horas.

Bueno, ya me avisó así que no debo hacer una montaña de esto.

¿Las cosas volverán a ser como hasta ahora?

—Y, Valerie, nadie puede saber lo que ha pasado esta noche. Ni mi hermano, ni mi madre...

—Tyler, no voy a ir con el cuento a nadie, si es a lo que te refieres.

Asiente con la cabeza y va hacia la puerta.

—Ahora volveré a meter a *Metal* en la otra habitación. Podrás salir sin peligro.

—Gracias.

Contesto sin girarme, él ya está saliendo por la puerta y sé que en cuanto escuche cerrarse la puerta de la calle, me levantaré, me vestiré y me iré a casa. Y todo esto será como si no hubiera ocurrido nunca.

He dormido hasta medio día y después de darme un baño relajante y reparador, me dolían zonas del cuerpo que no me han dolido nunca, me he

puesto la pomada para el hematoma que tengo en la cara y me he tomado otro antiinflamatorio.

Gracias a Dios que no es demasiado grande, llega hasta la base del ojo izquierdo y la inflamación se ha quedado concentrada en la misma zona.

Envío un mensaje a Steve para agradecerle que se haya preocupado por mí esta mañana; tenía varios mensajes suyos.

Por lo visto ya ha hablado con Mary y han quedado en el parque West a las seis de esta tarde.

Le confirmo que iré con él hasta la ciudad para poder recoger mi furgoneta que lleva dos días allí. Espero que no le hayan robado nada. Aunque quien querría robar algo de un cacharro viejo.

Me preparo un tazón de leche con cereales y eso es lo que pienso comer hoy, no tengo ganas de cocinar, aunque lo cierto es que tampoco tengo nada que cocinar. Esta semana solo compré algunas cosas básicas entre las que no se incluían ni pasta, ni huevos, legumbres o verduras, ni algo de carne envasada.

Voy a disfrutar de la tranquilidad de vivir sola.

Estoy en pijama, con el pelo recogido en una coleta y tirada en el sofá en una postura que seguramente mi esqueleto no esté agradeciendo.

El fuego arde en la chimenea y caldea toda mi casita, es lo bueno de que sea tan pequeña y acogedora.

Me tapo con la manta, cojo el bol de cereales de la mesilla y busco el mando a distancia para encender la televisión, me apetece ver alguna película ñoña. Busco y busco por el sofá pero no lo encuentro y, cuando levanto la vista hacia el mueble, veo que el mando está allí. ¡Jo! Ahora que ya estaba en esta postura tan cómoda.

Vuelvo a dejar los cereales en la mesilla, me destapo, voy a por el mando y repito el proceso a la inversa.

Reponen por enésima vez Dirty Dancing, y pienso verla.

Por enésima vez.

Paso atrás

No he vuelto a saber nada de Tyler en todo el día. Ni mensaje, ni lo he visto pasar por delante de casa, y no será porque no he estado algo más pendiente de lo normal del movimiento que podía observar por mis ventanas.

A media tarde me he quedado un poco traspuesta en el sofá, una siesta de media horita, y he soñado con los momentos, deliciosos momentos, que he vivido esta pasada madrugada.

Sin duda ha sido una buena manera de empezar el año.

Steve no me ha comentado nada sobre la discusión que se desencadenó anoche en su casa y yo tampoco he querido preguntar. Cuando vayamos después los dos en el coche a solas, quizá saque el tema.

He pensado en la vaga posibilidad de que Tyler también venga a dar esa vuelta con nosotros, pero tengo muy asumido que eso no será así.

Ya estoy lista para irme, me aseguro de coger las llaves de casa y de cerrar la puerta con ella.

Salgo de casa con todos los sentidos alerta, a ver si Tyler decide salir de su casa en este mismo momento y nos encontramos. No sé como será la próxima vez que nos veamos, lo que está claro es que nos veremos y, mucho, ya que trabajo para él.

Ni rastro de él.

Voy hacia la casa grande pensando en como será el trabajo durante este mes de enero. El hotel está cerrado siempre por estas fechas para hacer algunos retoques y pequeñas reformas.

Pero este año, con motivo de la jubilación de Maggy y James, y el paso de relevo a Tyler, quizá quieran hacer algo que indique el cambio generacional que va a darse en el negocio.

Entro en la casa grande y me llama la atención las pocas luces que hay encendidas. También es normal que no esté todo iluminado como siempre si no hay ningún huésped. Voy hacia la cocina, sin duda sigue siendo el punto de reunión en esta casa.

Aunque sea un negocio, un pequeño hotel, no deja de ser una casa familiar. Un negocio que lleva en la familia Cooper desde hace tres generaciones. Y,

aunque anoche tuvieran esa discusión, no me cabe la menor duda de que en esta familia hay mucho amor.

Maggy está en la cocina preparando la cena de esta noche.

—Hola, muchacha. Deja que te eche un vistazo a esa cara preciosa que tienes.

Viene hacia mí, secándose las manos en el delantal, me coge la barbilla con una mano y me observa detenidamente.

—Todo sigue en el mismo sitio, Maggy. Gracias por la pomada, me ha ido genial.

Lo cierto es que pensaba que tendría peor aspecto. Nada que no haya podido cubrir con mi maquillaje de siempre.

—No sabes el peso que me quitas de encima. Después del espectáculo que tuviste que ver anoche no me gustaría que encima del golpe que te llevaste se hubiera deformado la cara bonita que tienes.

Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla derecha.

—Nada que no pase en las mejores familias, Maggy.

—Bueno, hija, ¿has hablado con tu madre para desearle buen año?

—Lo cierto es que no. Ayer por la mañana antes de que empezara la fiebre llamé a casa, pero bueno...no fue todo lo bien que yo esperaba.

—¿Ella no quería que te fueras de casa? —pregunta.

—Lo cierto es que no, pero yo no podía seguir allí por más tiempo. Necesitaba el cambio, poder dirigir mi vida como considere más oportuna, y todo lo demás ya lo sabes —sonríe.

—¿No tenías ningún novio al que hayas dejado atrás?

Vaya con Maggy, parece que sea adivina.

—Bueno, algo de eso había, en cierta forma ese fue uno de los detonantes de que mi madre se enfadara conmigo. Rompí el compromiso a pocos meses de la boda.

—¿Boda? —esa voz hace que me recorra un escalofrío.

Tyler.

Me giro y ahí está, alto y guapísimo como siempre, llenando el espacio a su alrededor.

Vestido con unos vaqueros, sus botas negras y un jersey negro. Todo el conjunto hace que sus ojos sean lo más visible, estoy segura que si mirara al cielo el destello de sus ojos sería visible desde alguna estación espacial.

—Hijo, Valerie me estaba explicando que...

La interrumpe.

—Sí, mamá, ya he escuchado lo que Valerie te estaba explicando. Parece que rompió el compromiso con su prometido, ¿Brad, has dicho?

Asiento pero, lo pienso por un momento, y recuerdo claramente que no he dicho el nombre de Brad en ningún momento.

—Me lo temía. Bueno, os dejo con vuestra charla.

No parece muy contento, aunque dudo que sea porque acabe de enterarse que yo estaba prometida.

—¿Vendrás a cenar, hijo? —pregunta ella acercándose a su primogénito.

—No te preocupes, mamá. He quedado y supongo que volveré tarde.

No sé por qué en ese momento desvía la mirada y se fija en mí. Si quiere dejar claro que tiene otras citas me parece muy bien. No estaba esperando que cayera rendido a mis pies.

Me quedo con lo que he vivido esta noche, eso no me lo quitará nadie.

Steve aparece de repente, tan sonriente como siempre, ahora sé el motivo por el que le gusta tanto a Mary.

—¿Cómo estás, preciosa?

Se acerca, casi tan amenazador como su hermano, pero sin ese efecto que Tyler causa en mí.

Tiene el pelo mojado, acaba de ducharse y va dejando una estela de aroma de algún perfume, fuerte e intenso.

—Hola, Steve —se agacha y me da un beso en la mejilla—. Le estaba dando las gracias a tu madre por la pomada, me ha ido genial.

—¿Has descansado bien? —pregunta.

Me pongo nerviosa con esa pregunta, es como si estuviera en el despacho del sheriff del condado y de esa respuesta dependa mi entrada en prisión o no.

Observo a Tyler, está detrás de Steve, mirando toda la escena, vuelve a tener la mirada de depredador a punto de atacar a su presa.

—¿Valerie? —reclama mi atención el hermano pequeño.

—Sí, toda la noche. Perfectamente bien. Me he despertado un par de veces pero, después he dormido muy...relajada.

Tyler capta mi indirecta, entre cierra los ojos y me fulmina con ellos.

—En ese caso, vámonos, preciosa.

Pasa su brazo por mi cintura y me pega a su lado.

—Valerie, ten cuidado con mi hijo Steve, parece inofensivo pero no serías la primera que se enamora sin darse cuenta —advierte Maggy—. Y, Steve, no quiero que la asustes, en esta semana ha demostrado ser muy válida para esta casa y no me gustaría que se fuera por culpa tuya.

Tyler sigue mirando toda la escena con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de pocos amigos. Bueno, la que suele tener siempre.

—Mamá, si no salió corriendo con lo que Tyler le hizo anoche y lo que vio durante la cena, dudo que se asuste de mí.

—Ay, este chico. Valerie, tú eres lista, no te fíes de los hombres.

Creo que me está advirtiendo sobre el hijo equivocado.

—Hasta luego, hermanito —se despide Steve de él.

—Hasta luego. Si no nos vemos mañana, que te sea leve la vuelta a la universidad.

Me sigue con la mirada pero no me dirige la palabra. Y yo a él tampoco.

Primer encuentro, después de la noche de sexo loca e increíble, superado.

Una vez en el coche de Steve, me asalta a preguntas sobre Mary.

Y yo solo puedo darle vueltas a la parte en la que Tyler ha dicho que va a salir y que volverá tarde.

En fin, supongo que esa es su vida normalmente. No va a cambiar de hábitos por mí.

—¿Es posible que los dos seáis igual de enamoradizos? —pregunto sin poder dar crédito a todo lo que Steve me dice, Mary y él parecen almas gemelas.

—¿En serio? ¿Has hablado hoy con ella? ¿Te ha dicho algo?

—¡Ey! Tranquilo. No he hablado con ella en todo el día, yo he estado durmiendo hasta medio día y supongo que ella habrá hecho lo mismo, si sus

padres la han dejado dormir antes de volver a su casa.

—No hagas caso a mi madre, sabes que soy inofensivo.

Para mí sí, pero para mi mejor amiga, creo que no.

—Bueno, tanto como eso, no sé yo. Eres un provocador.

—Nena, tengo que impresionar a las chicas para llevarme la mejor.

—Steve, podrías llevarte a cualquiera, no hay más que verte, eres guapísimo y súper simpático.

No como cierto hermano tuyo, que es guapísimo pero nada simpático. Aunque sí muy válido en cuanto a relaciones sexuales se refiere.

—¿No me habrás preparado ninguna cita a ciegas con algún amigo tuyo, verdad?

—Lo cierto es que no —ríe—. Tal y como fue la cita con mi hermano, prefiero que no te enfades conmigo si vuelvo a presentarte a otro amigo y vuelve a salirte rana.

—Bueno, nos dejó tirados al final de la cita pero aguantó hasta la cena, tampoco podemos echarle nada en cara.

—Cierto, y ayer estuvo cuidando de ti mientras estabas malísima. ¿Has pasado buena noche? ¿has tenido fiebre otra vez?

¿Fiebre? no, pero calentura sí, aunque se deba a otro motivo bien distinto. Motivo que tiene que ver cien por cien con su hermano.

—No, nada de nada. Todo perfecto —en cierto modo no estoy mintiendo.

—Me alegro. Nos diste un buen susto.

Apenas encontramos tráfico al entrar en la ciudad y llegamos en poco más de diez minutos a recoger a Mary en su casa.

No sé si seguir sentada en el asiento del copiloto o pasarme a un asiento trasero.

Pero eso queda solucionado en cuanto Mary aparece en escena, se acerca a la ventanilla de Steve sin darle apenas tiempo para que él baje de la camioneta, mete la cabeza por la ventanilla y le planta un sonoro beso a Steve en los labios.

—¡Feliz año! —grita eufórica.

—Feliz año, loquita mía —le digo yo.

Bajo de la camioneta y espero a que ella de la vuelta para fundirnos en un abrazo y darnos un beso.

—¿Te pasa algo en la cara? —pregunta— te veo distinta, más brillante.

¿Cómo puede darse cuenta de que algo ha cambiado?

—Mi hermano Tyler le dio un golpe con la puerta en la cara y debajo del maquillaje tiene un hematoma considerable.

—¡Steve! —me quejo— no fue a propósito, y apenas tengo nada.

—Ahora que me fijo bien, si tienes la nariz algo más grande que normalmente.

Después de una leve inspección facial, subimos a la camioneta y Steve nos lleva hasta una crepería donde tomaremos algo.

—¿Qué tal fue tu noche de fin de año? — pregunto mientras vamos caminando por la acera.

—Imagínate, aburrida a más no poder. Mi abuela se emborrachó, sus amigos se emborracharon y mis padres no me dejaron tomar ni una copa de vino temiendo que con el tiempo pueda acabar como mi adorada abuela.

—Fue la mejor noche de tu vida, por lo que veo... —comento irónica.

—Ya ves... ¿Y tú? Cuéntame qué tal fue.

Steve camina unos pasos por delante de nosotras así que aprovecho para contarle mi pequeño secreto a mi mejor amiga.

—Tengo poco tiempo para contártelo pero, aunque la cena no acabó bien, no pude empezar el año de mejor manera...

Sonrío como una colegiala al recordarlo.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo? —me coge del brazo y me para en seco.

—¡Shhh! Nadie puede enterarse, y mucho menos Steve. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Pero entonces a quién metiste en tu cabaña? Pensaba que había sido con el malvado Santa Claus.

—Pues claro que ha sido con él... no he tenido tiempo de conocer a nadie más.

—¿Queréis llevarlo en secreto? Es normal, con sus padres viviendo en la misma casa, querrá estar seguro...

Mary y sus avances en el tiempo.

En ese momento Steve se para junto a una puerta y ya no podemos seguir hablando.

—Después te explico.

Entramos en el local, una preciosa cafetería de la cual sale un delicioso aroma a pastelería casera y chocolate caliente. Nada mejor para combatir el frío de este primer día del año.

Apenas quedan mesas libres pero conseguimos sentarnos en una con vistas a la fuente de la plaza mayor, está iluminada y es preciosa; esta noche los equipos de mantenimiento del ayuntamiento se encargarán de recoger toda la decoración navideña de las calles y todo este ambiente festivo y de felicidad desaparecerá hasta las próximas navidades.

Traen nuestras tazas de chocolate caliente y un par de crepes de leche condensada y frambuesas.

Corto el primer trozo con mi tenedor y lo llevo a mi boca.

El dulce sabor explota en mi boca.

—¿Hoy no te apetece chocolate, Valerie? —pregunta Steve sorprendido.

Sonrío, aunque él no sepa el verdadero motivo, mi cuerpo ya no necesita esa dosis extra de cacao.

—La verdad es que me apetecía algo más exótico.

—Exótico —repite él como si eso fuera a resolver su misterio.

Justo cuando estoy metiéndome en la boca otro bocado del delicioso crepe, unos ojos verdes se cruzan en mi camino y me perforan con su mirada.

Es Tyler acompañado de una chica que me recuerda a alguien y no sé a quién. Caminan muy cerca el uno del otro, sus cuerpos se rozan y un sinfín de recuerdos atacan mi cerebro.

—Steve. Chicas —saluda en tono formal mirándonos a los tres.

—Hombre, hermanito. Tú también por aquí. ¿Queréis sentaros con nosotros? Por favor, que diga que no, que diga que no.

—Esta vez no, hermano. Necesitamos algo de tranquilidad.

Ella, lo mira embelesada, sonriéndole sin cesar, como si no existiera nadie más en este local.

Él me mira mientras habla aunque rápidamente devuelve la mirada a su hermano.

—Cómo queráis.

Le pone la mano en la cintura y la empuja con suavidad hacia adelante.

Mary me da una patada por debajo de la mesa y me devuelve a la realidad. El movimiento de sus ojos y levantamiento de cejas lo dice todo.

Al cual yo le contesto con un silencioso «después».

—¿Quién es la chica que va con tu hermano? —pregunta Mary a Steve.

Acabo de masticar el trozo de crepe y me lo trago. Menos mal que sigue estando delicioso y no me atraganto con la pregunta trampa de Mary.

Bueno, prueba superada. Y más vale antes que después. Así sé que podré seguir con mi vida tranquilamente sin tener que estar pensando en que el hombre con el que me acuesto es mi jefe.

Corrijo: el hombre con el que me he acostado durante una noche.

—No la conozco. Tyler es muy celoso de su vida y no suele explicarnos gran cosa de lo que hace. Desde que volvió del ejército no es el mismo. Pero dejemos a mi hermano tranquilo y vamos a tomarnos esto antes de que se enfríe.

Steve y Mary no paran de hablar sobre sus respectivos estudios, cosas de universitarios en las que yo no tengo nada que decir. Mary está a punto de acabar su carrera y Steve también pero eso no les impide estar haciendo manitas todo el rato como si fueran adolescentes en pleno instituto.

En ese momento aparece Alex, el camarero del rancho y nos saluda.

—Alex, ¿qué tal? ¿Has venido solo? —pregunta Steve.

—Valerie, Steve. Volvía a casa y os he visto a través del cristal.

—Quédate con nosotros. Te presento a Mary. Es la mejor amiga de Valerie, y ahora también será mi mejor amiga —Steve es único con su plan de ligue.

Mira a Mary que lo observa encandilada, y le da un rápido beso en los labios.

Alex se sienta a mi lado y me da un beso en la mejilla.

—Feliz año, Valerie. Estás muy guapa.

—Gracias, Alex. Más o menos igual que el año pasado.

Creo que Alex es otro zalamero igual que Steve.

—Pensábamos ir a cenar algo al Rex, ¿te apetece venir? —pregunta Steve.

—Parece que a algunos se les olvida que mañana es día laboral, pero como tú ya vuelves a la universidad no lo tienes en cuenta —ambos sonríen.

—Es verdad, hasta la segunda quincena no haces vacaciones.

—Sí, tu hermano ya nos ha dado los nuevos horarios. Haremos todas las horas seguidas y aprovecharemos para cambiar algunas tablas del establo de los caballos. Hay que darle un buen lavado de cara antes de que vengan los nuevos potrillos.

—¿Aparte de camarero también te encargas de los caballos? —pregunto.

—No. Los caballos son cosa de Tyler, son su pasión. Anthony, el marido de Jada, los estuvo cuidando el tiempo que él estuvo fuera y ahora le echa una mano en lo que Tyler no llega.

—Bueno, mañana me explicará que debo hacer estos días. Supongo que tendré que limpiar a fondo. Cualquiera cosa que me digan, haré.

—Este año tendréis algo más de lío, entre que Jada y Anthony están fuera de la ciudad, Luke también está de vacaciones y mis padres que no pueden hacer mucho esfuerzo aunque ellos quieran, seréis solo tres para dejar listo el hotel. Pese a eso no dudo de vuestras posibilidades.

—Tu hermano se encargará de que demos el cien por cien, o más —no lo dudo ni un segundo.

—¿Tus padres dejan el hotel? —pregunta Mary.

—Sí, ya son mayores y ahora Tyler se hará cargo.

Mary vuelve a mirarme de forma interrogante, sé que no puede esperar a saber lo que ha pasado entre Tyler y yo.

—¿Me acompañas al lavabo? —pregunta

—Eh, sí. Claro.

Alex se levanta y me deja pasar, el sitio es estrecho y sin querer me rozo más de la cuenta contra su cuerpo al pasar por delante de él.

Mary me coge de la mano y me lleva directa hacia el lavabo.

Estos están en la planta de arriba, vamos subiendo las escaleras y, al llegar al último escalón, veo a Tyler sentado en una pequeña mesa, con una jarra de

cerveza y a su amiga, de espaldas, riéndose escandalosamente por algo que debe haberle dicho él.

Él está sonriente, hasta que se percata de mi presencia y vuelve a fulminarme con su mirada.

Desvío la vista de sus ojos antes de quedar atrapada en ellos y sigo a Mary, que estira de mi mano como cuando tenía siete años y era mi madre la que me llevaba al cuarto de baño.

Pasamos por su lado sin mirarlo y sin decirle nada.

Ella susurra algo pero no llego a entender bien el qué. Casi mejor así. Supongo que él no pierde el tiempo. Quizá yo debería aprender.

Llegamos a los servicios, Mary atranca la puerta con el pie y cruza los brazos sobre el pecho, deseosa de que empiece ya a contarle todo.

—Desembucha.

—Voy. Bueno, por la mañana después de hablar contigo me puse enferma. Al despertar no me encontraba muy bien. Total que, Tyler apareció en casa a traerme algo que le había dado Jada, la cocinera, y en fin, me desmayé. Me dio una de esas famosas subidas de fiebre mía, con el pack completo: fiebre, mal estar, desmayo...

—Ajá. Sigue.

Está impaciente.

—Resumiendo, Tyler estuvo todo el día cuidando de mí. Yo no recuerdo nada de esas horas; en la cena se lió un poco todo con su hermana, sus padres...

—¿Antes o después de que te diera el golpe en la nariz?

—Después. Del golpe, de que me curara y de que me besara dulcemente.

—Algo se me escapa —da toquécitos con su dedo índice en el lateral de su nariz mientras mira al techo.

—Déjame seguir —le digo intentando calmarla—. Después de la cena, del follón familiar, etcétera, me fui para mi casa, no tenía llave, él sí. Subí hasta su casa, abrió en calzoncillos, me entró en volandas y me apretó contra la puerta mientras me pedía disculpas y me besaba. Una cosa llevó a la otra y... he salido de su cama sobre las siete de la mañana.

Su cara cambia de repente, convirtiéndose en una leona salvaje. Completamente a la defensiva.

—¡Oh, Val! ¡Y ahora te hace esto el muy cabrón! Primero Brad...

—¡No, no! Fue algo que hablamos antes de comenzar. Él no quiere nada serio, y yo no pude decirle que no. Mary, han sido las mejores horas de mi vida. Aun con el dolor de cara que tenía debido al golpe, ha sido maravilloso. Todo.

Estoy segura que puede ver en la expresión de mi cara que fue así.

—¿Te hizo ver las estrellas? —ahora querrá los detalles sucios.

—Me hizo ver las constelaciones enteras, girando y girando sin parar una y otra vez. Consigue con un beso más de lo que otros hombres conseguirán de otra manera.

—¡Jo, nena! ¿Entonces? Si fue tan maravilloso, ¿no te sabe mal no poder repetir?

—Si te dijera que no, mentiría. Pero bueno, mirándolo por otra parte, ha roto la racha de sequía y he conseguido sentir lo que llevaba años reprimiendo. Memoria de vergüenza mientras lo veía todo... no apagó la luz...

—¡Claro que no apagó la luz! Mmmm. Esas cosas se hacen con luz, sobre todo con un hombre como él. Y tú eres la mujer más preciosa con la que ha estado, no lo dudo ni por un segundo. Aunque seguramente la lista sea larga, no habrá estado con ninguna pelirroja preciosa y pecosa como tú.

—Gracias por los ánimos. Pero entre mi vergüenza y mi poca experiencia... no sé si habré quedado muy bien.

Quizá sea por eso por lo que no quiere repetir.

—¿Él qué te dijo?

—Que sí, que le había encantado. Pero seguro que para él no fue ni la mitad de increíble que para mí.

—Bueno, no pensemos en eso ahora. ¿Crees que serás capaz de verlo a diario? Me refiero a...

—Sí, sé a lo que te refieres. No me queda otra. La atracción surgió el mismo día en que le caí encima, borracha de tequila y con aquella estúpida carta que, por cierto, todavía conserva.

—¡No!

Alguien intenta abrir la puerta.

—Ocupado —gritamos ambas a la vez.

—Sí, anoche me la enseñó y me recordó que había cumplido el segundo de los deseos.

—¡Joder, Val! No me lo puedo creer, ¿qué escribiste en esa carta?

—Estupideces, amiga. Estupideces.

Caballos

Son las siete y ya estoy en pie.

Anoche, después de volver a casa en mi coche, mientras Steve y Mary acababan de pasar un rato a solas, recibí un whats de Tyler.

✓Tyler: a las ocho en los establos

Espero que me haga ir a las cuadras para explicarme lo que debo hacer en el hotel mientras él y Alex se dedican a arreglar lo que sea que tienen que arreglar con los caballos y sus establos.

Le contesté con un emoticono con el ojo guiñado. Estaba quedándome dormida y no me fijé bien en qué muñequito enviaba.

Así que aquí estoy, vestida con el uniforme de trabajo, el pelo recogido en una coleta y poniéndome una base de maquillaje para evitar que el hematoma, que todavía es visible, sea perceptible a los ojos de nadie más.

Me preparo una buena taza de café y un par de muffins que compré ayer en la crepería. Están realmente deliciosos, rellenos de mermelada de arándanos y dulce de leche. Parece que mis ganas de chocolate han quedado cubiertas desde hace dos noches.

Voy caminando por el camino de gravilla, paso por delante de la casa grande y giro hacia el camino que va a los establos.

No veo ni rastro de Alex o Tyler, así que espero en la puerta que está cerrada.

Abrigada con un gorro, los guantes y la bufanda sigo teniendo frío. La mañana se ha despertado más fría que de costumbre. En las noticias de la radio escuché que había entrado no sé qué borrasca en la península y que las temperaturas caerían en picado y las cotas de nieve bajarían hasta los quinientos metros. Pero no sé si aquí llegará o no esa tormenta. Los meteorólogos suelen equivocarse bastante.

Por fin, veo venir desde la casa grande a Tyler y Alex. Ambos cargando con herramientas varias.

Tyler es el primero en pasar por mi lado sin dirigirme la palabra.

—Buenos días —digo sin atreverme a mirarlo.

Esto va a ser más difícil de lo que pensé. Bueno, a quién pretendo engañar, no pensé en nada cuando lo vi allí desnudo.

—Buenos días, preciosa —saluda Alex.

Me extraña su apodo cariñoso pero no le digo nada, por lo menos me ha dado los buenos días, no como don cabreos.

—Parece que tenéis mucho lío aquí, ¿no?

Tyler abre la puerta del establo y entra en él.

El sonido de los animales nerviosos no tarda en llegar a mis oídos.

Sus soplidos y pisadas fuertes hace que el repiqueo de los cascos me empiece a dar algo de miedo.

Menos mal que yo no tengo que entrar ahí para nada.

Alex entra cargado con todo el arsenal de herramientas y las deja a un lado en el suelo lleno de restos de paja.

—Valerie —la voz dura y profunda de Tyler me saca de mi ensoñación.

—¿Sí? —le contesto acercándome a la puerta pero sin entrar.

—Ven aquí, no te quedes ahí afuera.

Está dentro de una caballeriza, escucho su voz calmada hablándole a uno de los caballos.

—Bueno chico.

De repente sale con el caballo de su cubículo, lo lleva cogido por las riendas mientras él camina a su lado.

Si Tyler me parece alto, el caballo lo supera en altura.

Es un precioso animal de color negro azabache, con largas crines y poderosamente fuerte.

Me quedo fascinada viendo al animal. Y, para mi sorpresa, no me causa el pavor que, por ejemplo, sí me causa su gato.

Aprieto mi espalda contra la pared para dejarlos pasar, una cosa es que no me dé miedo al momento y otra es que quiera estar cerca de semejante animal.

Ahora sale Alex acompañando a otro de los caballos. Es un ejemplar bastante más pequeño que el que llevaba Tyler, de color marrón con un par de manchas blancas en el pecho. Camina tranquilo a su lado.

—Tyler quiere que salgas.

—Enseguida.

Lo dejo pasar unos metros delante de mí y salgo de los establos.

Tyler ha entrado al ruedo con el ejemplar negro, me acerco a la valla de madera y espero a que me diga lo que tengo que hacer.

—Valerie, vuelve dentro y en el segundo cubículo encontraras una pala, supongo que sabes lo que es.

—Sí. Mmmm, esto, no hay ningún peligro, ¿verdad?

—Peligro, no. Ninguno.

Bien. Giro de nuevo hacia los establos, supongo que si me ha pedido eso es porque dentro no hay ningún animal.

Entro al poco iluminado recinto y escucho los ruidos varios que hacen los otros caballos que están dentro. La verdad es que no sé cuántos hay en total.

La pequeña puerta corredera está a medio cerrar, la deslizo hacia la izquierda y entro en busca de lo que Tyler me ha pedido. Una pala.

Hay mucha paja escampada por el suelo y poca iluminación, por lo que no es fácil encontrar algo aquí dentro a menos que sepas donde está.

Me acerco hacia un rincón, parece que hay algo allí apoyado en la pared. Cuando me agacho para cogerlo, escucho el sonido de unos cascos y, al darme la vuelta, veo que hay un caballo dentro de este cubículo.

¡Maldito capullo de ojos verdes!

No sé si gritar o no, algo me dice que estos animales se asustan con los ruidos fuertes, y con la voz estridente que tengo al gritar, posiblemente me dé una coz.

¡Ay, por favor! Cada vez está más cerca.

—Tyler... —susurro.

El caballo me mira con sus ojos negros, es más o menos igual de alto que yo, su largo hocico está ya a menos de dos metros de mí.

Mueve la cola y da alguna patada con una de las patas traseras.

Seguro que es un macho dominante del lugar y quiere reclamar su espacio ante una extraña.

¡Maldito Tyler!

—Caballo bonito... no te muevas más, por favor. Ahora vendrá Tyler y te

llevará a dar un paseo con este día tan...

¡Ay! Está resoplando.

—¡Tyler! —grito ahora con un poco más de voz. Seguro que está riéndose de mí otra vez.

Me tapo los ojos con las manos. Menos mal que con las prisas no me he puesto las gafas, porque quizá este animal aún se enfadaría más.

Lo sé, estoy desvariando, pero... ¡Ay! Otra vez ese suspiro profundo.

Y no puedo estar más pegada a la pared.

Sigo con las manos en la cara, inmóvil, casi ni respiro para no asustar o molestar a este precioso animal.

Cuando siento una especie de brisa sobre las manos y creo que me voy a desmayar. Se habrá acercado y estará oliéndome.

Y el capullo de Tyler sin venir.

Otra vez la brisa, ahora más fuerte, sobre mis manos y bajando hacia mi cuello.

—Valerie, ¿estás jugando al escondite con *Buzzy* ?

Lentamente quito una de las manos de mi cara y veo a Tyler acariciando al caballo. Lo ha hecho a propósito, para reírse de mí.

—Eres... eres un capullo integral.

Sigue acariciando al animal pero ahora me mira a mí, con sus ojos escrutadores y amenazadores, la mandíbula apretada y los labios formando una firme línea.

—No vuelvas a llamarme capullo —dice con voz de pocos amigos.

Me da igual. Estoy harta de estas tonterías, si no le paro los pies será siempre igual.

—Ca-pu-llo.

Repito la palabra recalcando bien cada sílaba.

Acaba de ponerle ese hierro en la boca al pobre animal y le pasa las riendas por la cabeza, antes de dejarlo y venir hacia mí en dos zancadas.

Sigo apretada contra la pared de tablas, este horrible olor a caca se quedará en mi ropa y en el pelo durante todo el día.

Pone a cada lado de mi cara una de sus manos y acerca su cara a la mía,

tanto que estamos a punto de tocarnos nariz con nariz.

No pienso dejarme intimidar, por más que sus ojos sean capaces de hipnotizarme, no voy a permitir que siga con sus absurdas bromas, que a mí no me hacen ninguna gracia.

—¿Qué has dicho? — su tono es helador.

Seguimos mirándonos, aunque ahora sus ojos desvían la vista hacia mis labios.

—Digo, que eres un capu...

—Vamos, pequeño *Buzzy*.

Es la voz de Alex.

Tyler se separa de mí en ese mismo instante.

—Sácalo, yo llevaré ahora a *California*.

Alex sale de allí llevándose al caballo.

—¿No le haces daño con eso que le has puesto en la boca?

No contesta, espera hasta que ya no se escuchan los cascos del animal, *Buzzy*, creo que ha dicho que se llama, y entonces vuelve a girarse hacia mí, pero manteniéndose alejado un palmo, sin inclinarse como ha hecho antes, enseñándome quien es el macho aquí.

Es más animal que los caballos.

—Deja de tontear conmigo —espeta.

—Deja tú de reírte de mí. Sabes que me dan miedo los animales y me haces entrar en los establos con los caballos. Podría haberme mordido o dado una coz.

Le digo mientras aprieto con un dedo acusador en su duro pecho.

Él, baja la mirada, y observa mi dedo atrevido. Al momento, me ha cogido la muñeca con una de sus grandes y fuertes manos, subiendo mi brazo por encima de mi cabeza, como si fuera a colgarme ahí mismo.

—Primero, yo sé que te dan miedo los gatos y los hombres disfrazados de Santa Claus, no sé si te da miedo toda la fauna animal. Y segundo, *Buzzy*, es el potrillo al que montan los niños que vienen al rancho, no ha mordido nunca a ninguno, aunque no me extrañaría que te mordiera a ti.

—Capullo. Capullo, capullo.

Sus ojos hierven de rabia y su mano aprieta más fuerte sobre mi muñeca.

En ese momento, se pega sobre mi cuerpo, haciendo fuerza contra mí, aplastándome contra la pared de maderos.

Coloca la otra mano en mi garganta y la cierra, sin hacerme daño, pero haciéndome sentir su contacto.

Y un jadeo involuntario abandona mi boca impactando de lleno en la suya. Hasta que sus dientes se clavan en mis labios y su lengua me lame. Es salvaje y desbocado.

La sensación de huracán vuelve a invadirme y a inmovilizarme. Esa corriente eléctrica que siento cada vez que posa sus labios sobre los míos o su lengua recorre cualquier parte de mi anatomía, hace que el cabreo se convierta en pasión.

Justo cuando voy a unirme a su juego, se aparta de mí.

—Coge la pala y el rastrillo y ponte a barrer cada uno de los cubículos.

Consigue dejarme con ganas de más.

—Pero, no debería ir a la casa grande y...

—No, Valerie. Debes hacer lo que se te ordena y acabo de decirte lo que tienes que hacer en las próximas horas.

Estiro de mi brazo hacia abajo y me deshago de su agarre.

—Y tú no vuelvas a hacer lo que has hecho —le digo.

Sale, dejándome rabiosa y cabreada con él y conmigo misma.

Es un completo capullo.

Cojo las herramientas y miro a mi alrededor, sin saber por donde debo comenzar las tareas que me ha ordenador.

Tyler y sus aires de militar. Por si no lo sabe, ya no está en el ejército ni yo soy un cadete. No sé qué rango llegó a tener pero agradezco no haberlo tenido como superior.

Es insoportable.

Voy hacia una esquina y empiezo a arrastrar la paja y porquería varia hacia la puerta de salida.

Cuando por fin acabo con la primera de las habitaciones de caballo, tengo la nariz anestesiada al olor de orín y heces de caballo. ¿Cuánto tiempo hace que

nadie limpia esto?

Alex viene hacia donde estoy cargado con un montón de tablones de madera. Los deja al otro lado y me sonrío cuando vuelve hacia mí.

Se acerca y acerca una de sus manos hasta mi cabeza.

Está bastante cerca de mí, es un hombre atractivo, el típico vaquero del sur, su acento también indica que viene de uno de esos estados.

—Deja que te quite esto. Estás llena de paja.

Rebusca con cuidado entre mi pelo, sacando tres hebras de paja amarilla. Menos mal que no es de la que está impregnada de caca de caballo.

Le sonrío en agradecimiento, por lo menos él es amable conmigo.

—Gracias, Alex.



—Alex, no tenemos todo el día. Acaba de entrar los tablones, tenemos que ponernos ya a lijar, mañana quiero que esto esté listo para pintar.

¿A qué juegan estos dos?

—Y tú, date más prisa en barrer. No puedes estar una hora con cada cuadra.

Pasa delante de mí sin detenerse ni mirarme.

—A sus órdenes, mi sargento.

Juro por Dios que esta mujer me desespera más que todo un asedio.

Le dejo la carretilla delante para que vaya cargando la suciedad en ella.

—Amontona todo aquí dentro con la pala.

Alex sigue mirándola como si fuera de cristal. Que yo sepa es perfectamente válida para hacer estas tareas, y si quiere abandonar, ella misma.

Es precisamente lo que pretendo poniéndola a limpiar las cuerdas, sé que sus tiernas manos no aguantarán, y espero que sea capaz de pedirme unos guantes cuando empiecen a dolerle las manos.

Voy hacia los listones que Alex ha dejado al lado de la zona que hay que cambiar entera.

Me subo a la escalera y empiezo a arrancar los tablones defectuosos.

Alex está abajo para ir dándome los tablonés nuevos que tengo que colocar. Pero parece que su mente está en otro sitio.

—¿Alex se puede saber a qué esperas para darme ese tablón?

—Lo siento, Tyler. Pero esta mujer me fascina. ¿Has visto como le marcan el culazo los pantalones cada vez que se agacha para cargar una palada? Quién pudiera perderse entre sus muslos, y esa boquita que tiene... ya me entiendes...

Será cabrón.

Miro hacia el final del pasillo donde está Valerie inclinada hacia delante, con su precioso trasero en pompa y recuerdo claramente lo que Alex se está imaginado.

Y me hierve la sangre pensar que alguien más pueda desearla.

Otra vez

Después de unas horas interminables, he acabado de barrer toda la porquería de las cuadras y del establo entero.

Pero he acabado con las manos llenas de heridas por el esfuerzo de apretar el mango áspero de madera.

Quizá debería haberle pedido a Tyler unos guantes, pero no he visto ningunos por el establo y no quería que pudiera tener ninguna queja de mí.

Si quiere que limpie los establos, lo haré. No quiero que me trate de manera diferente porque nos hayamos acostado juntos una noche. No quiero que nunca pueda echarme nada en cara. Él manda, y yo obedezco, pero las bromas pesadas no las pienso tolerar.

Steve ha venido junto con Maggy a despedirse, iban a llevarlo al aeropuerto. Hemos quedado que nos llamaremos para mantener el contacto. Mary se marcha mañana, así que se encontrarán por el campus.

Lo echaré de menos, esta primera semana ha sido un apoyo y me ha ayudado mucho.

No como su hermano.

A medio día Alex ya se ha ido, tenía una visita médica o algo así, y Tyler sigue lijando algunos tablones mientras los caballos están disfrutando del buen día que hace hoy, aunque frío, brilla el sol y se está genial bajo su manto.

—¿Por fin has acabado? Limpia la carretilla y demás enseres y ven, me ayudarás a pintar.

Todo esto con su tono amigable de siempre y sin mirarme.

—Primero quisiera ir a la casa grande a curarme las manos, me he hecho alguna ampolla.

Rápido como un rayo se gira y me presta atención, parece que lo que le he dicho ha conseguido ablandar su corazón petrificado.

Salta los tres peldaños de la escalera, se sacude las manos en la parte trasera de sus pantalones y viene hacia mí con las manos extendidas.

—Déjame ver.

Las coge, cada una con una de sus manos, y les da la vuelta para verme las palmas.

—¡Por el amor de Dios, Valerie! ¿Estabas esperando a despellejarte viva

para decirme que te diera unos guantes? ¿No has notado el dolor?

Encima tengo que soportar que me regañe.

—No lo he hecho a propósito, ¿sabes? es a mí a quien le duelen las manos.

Estiro y las aparto de él, molesta porque me hable así una vez más.

—Ven aquí.

Me coge del codo y empieza a caminar hacia el exterior del establo.

Vamos hacia una casita adjunta, dentro de la cual hay montones de medicamentos para caballos y un pequeño botiquín para humanos.

Me lleva hasta un pequeño lavamanos y ahí, abre el grifo y pone mis manos debajo, las limpia y desinfecta con un jabón específico mientras él también se las lava.

Gruñe desde lo más hondo de su pecho y hace que se me erice el vello de todo el cuerpo.

Coge una toalla limpia y doblada de un armario y empieza a secarme las manos con un cuidado nada propio en él.

Cierro los ojos y aguanto el dolor que me produce el tacto, aunque suave, del tejido sobre la piel herida, no es del todo agradable.

Siento como levanta mis manos y sopla con delicadeza sobre las heridas.

Al abrir los ojos me encuentro con los suyos atormentados, los labios fruncidos mientras sopla sobre mis manos, y la electricidad entre nosotros cambia, puedo sentir como se crispa el ambiente y nuestros cuerpos se atraen el uno al otro.

Su respiración se hace pesada y profunda.

La mía la imita y mi pecho empieza a subir y bajar sin control.

No podemos dejar de mirarnos, vuelve a tenerme pendiente de su mirada, que es como el mismo sol para mí.

—Cuando me miras así sería capaz de hacer cualquier cosa, hasta de tocar a tu gato —susurro.

Deja mis manos a mis costados y lleva las suyas hasta mi cuello, el cual abarca, mientras con los pulgares me acaricia la cara.

—Tengo que besarte otra vez. Solo una vez más —parece torturado mientras declara sus intenciones.

Asiento con movimientos de cabeza involuntarios, es como si mi cuello perteneciera a uno de esos muñecos con un muelle en el cuello en lugar de un esqueleto.

Inclinándose sobre mí, llega el momento que estaba anhelando.

Nuestros labios entran en contacto y saltan chispas entre nosotros. Al principio los mantengo cerrados; él pasa su lengua una y otra vez intentando entrar en mi boca, pero no lo consigue.

Hasta que sus manos bajan por mi cuello y más abajo y, abriendo varios botones de mi camisa, llegan hasta el sencillo sujetador de algodón blanco, aparta una de las copas y masajea con la palma de la mano, dura y áspera, producto de su trabajo diario, mi pobre pezón erizado. El otro está a punto de reventar la tela de franela de la camisa y del sostén, deseando tener la misma suerte que el pezón torturado.

Abro la boca por el placer que me provoca y su lengua aprovecha el momento, directa y demoledora, para entrar en mí; le sabe la boca a menta y su olor a hombre me pone tan cachonda que siento que estoy a punto de derretirme.

Nada de perfumes caros, nada de duchas interminables, él después de estar horas trabajando dentro de un establo es el mejor olor que puedan aspirar ahora mismo mis fosas nasales.

Su lengua entra y sale de mi boca; la mía intenta seguirle el juego y también sale a su encuentro, busca dentro de su cálida boca y baila con ella. Tengo que reprimir el deseo inmenso que siento por clavarle los dientes a sus labios o a cualquier parte de su anatomía.

Mientras sus manos siguen en mis pechos, masajeando, estirando y provocando, sus besos ahora empiezan a bajar hacia la misma zona.

Mandíbula, cuello, clavículas, todo recorrido por sus cálidos labios.

—¡Oooh, Dios! ¡Ty! ¿Qué me haces? —jadeo.

—Shhh, brujita.

Llega con su boca hasta mi pezón torturado y lo lame, primero uno, después el otro. Ha sacado ambos pechos del sostén, que queda remangado debajo de estos.

Muevo las manos para agarrarme a sus hombros pero me hago daño en las heridas.

—Quiero tocarte —suplico.

Mientras su boca calma el dolor de mis pezones enfurecidos, sus manos bajan por mi vientre hacia la cinturilla de mis pantalones.

Abre el botón y la cremallera cede sola a la fuerza de sus manos. Y yo sigo con los brazos colgados a ambos lados de mi cuerpo, sin poder mover las manos, deseando poder tocarlo y acariciarlo por todo el cuerpo.

La punta de sus dedos han encontrado la cinturilla de mis braguitas y juegan con ella, mientras poco a poco, van metiéndose dentro y empiezan a tocar mi vello púbico.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, jadeando y suspirando, arqueando las caderas, ofreciéndome, igual que una yegua en celo.

—Mírate, eres lo más sensual que he visto nunca —su voz es tremendamente sensual.

Niego con la cabeza, imaginándome lo que está viendo: a una chica que no puede contener sus emociones y que encima está sucia y despeinada después de haber pasado horas limpiando cuadras de caballos.

Sus dedos van más allá y uno se mete entre mis húmedos labios, rozando descaradamente el montículo de mi clítoris, y juro que estoy a punto de correrme si vuelve a hacer eso mientras succiona mis pezones con su boca.

—Huelo mal, estoy sucia y sudada... —no quiero que me vea así.

—Eres lo más delicioso que he probado jamás.

—¡Aaah!

Uno de sus dedos ya está dentro de mí. Entrando y saliendo, mientras con la palma de la mano, aprieta y frota el resto de mi descarado sexo.

Aunque no pueda utilizar las manos, paso los brazos por sus hombros y los dejo ahí colgados. Su cabeza de pelo negro sigue estando entre mis pechos descubiertos, chupa y muerde primero uno y después el otro.

Y por esta vez, abro los ojos y no dejo de mirar todo lo que hace. Todo lo que le hace a mi cuerpo.

Mete una de sus rodillas entre mis piernas y me obliga a separarlas, notando

ese movimiento justo en mi vagina.

Siento que estoy a punto de correrme, ya reconozco los síntomas, él me ha enseñado a hacerlo.

Levanta la cabeza y la pone a mi altura, me observa con sus preciosos ojos salvajes y posesivos, mientras yo le miro la boca, quiero clavarle los dientes y chuparlo. Todo.

—Vamos, Val. Sé que estás a punto de correrte, quiero que te corras otra vez en mi mano, quiero volver a chupar de mis dedos tu sabor.

Jadeo de nuevo ante la imagen de Tyler haciendo lo que acaba de decir.

—¿Te gusta mirarme mientras hago que te corras? —su voz ronca y profunda es casi tan sexual como su olor.

Asiento con la cabeza.

—Dímelo. Dime que te gusta que te folle con los dedos cuando menos te lo esperas.

—Me...gusta. Me gusta mucho, Ty...¡Aaah! —y exploto de placer sin poder hacer nada por detener este torrente de energía que me recorre en busca de una salida.

Me besa mientras me corro y silencia mis gritos con su boca.

Cuando ya se ha calmado mi respiración y Tyler se ha encargado de salir de mis bragas, cerrando botón y cremallera, nos quedamos mirándonos mientras sube cerrando los botones de mi camisa, colocando mis pechos dentro del sujetador, tal y como estaban cuando él ha empezado a tocarlos.

Yo, sonrío avergonzada una vez más por lo que acabamos de hacer, o más bien debería decir, por lo que acaba de hacerme.

—Quería tocarte —digo mirándolo fijamente aunque la piel de mi cara arda por la vergüenza.

—Lo sé.

Vuelve a estar serio, espero que su humor no vuelva otra vez a ese estado ácido habitual.

—¿Quién es Brad? —más que una pregunta exige saber. Esto no ha sido una simple pregunta. Pero lo que me intriga es ¿cómo sabe él ese nombre? No puedo creer que haya preguntado eso.

—Sí, no me mires así, mientras dormías desnuda sobre mi cuerpo después de haber estado toda la noche enredados dijiste su nombre en sueños.

No puede ser.

Bueno, sí puede ser, pero quiero decir que no puede ser que haya dicho su nombre y menos deseando algo de él.

—No es nadie —miento en cierta forma.

—Valerie, no me mientas. Acabas de intentar colocarte bien las gafas, cosa que haces cuando te pones nerviosa, y ni siquiera las llevas puestas.

¿Cómo se ha fijado en eso?

—Brad es, era, mi prometido.

Da un paso atrás y cruza los brazos sobre su pecho.

—Sabía que era un error —se ha cabreado otra vez.

—Tyler, ya está bien. ¿Qué quieres de mí? Dices que no podemos tener nada y ya nos hemos acostado dos veces.

—No, ni siquiera eso. Ahora yo no...

Lo interrumpo antes de que no me deje hablar.

—¡Sabes perfectamente a lo que me refiero! Nunca tuve sexo con Brad, ni siquiera como este que acabamos de tener tú y yo ahora, y mucho menos como el que tuvimos hace dos noches. Él decía que quería esperar hasta el matrimonio, y al final ha resultado que yo no soy su tipo.

—¿Qué tú no eres su tipo? Por favor, si emanas sexualidad a diez kilómetros a la redonda.

—Oye, eso no suena muy bien ¿sabes? —me quejo.

Vuelve a venir hacia mí y sus manos envuelven mi cara mientras me mira de los ojos a la boca y viceversa.

—Valerie, lo que quiero decir es que desde que te he conocido, cada vez que te tengo cerca, cada vez que te huelo o pienso en ti, me empalmo. Y eso no es bueno. Nada bueno. Y estoy seguro que ese efecto lo consigues con cualquier tío.

¡Uuuuu!

—Verás, siento contradecirte en eso pero, durante tres largos años he pensado que mi novio no me deseaba porque no era lo suficientemente

atractiva como para acostarse conmigo. Gracias a Dios el motivo de la espera ha sido muy diferente y no tenía nada que ver conmigo, por lo menos no con mi físico... así que, que tú, un hombre que desprende testosterona a raudales y, que seguro que tiene una larga lista de muecas en su cama, me diga que...

No puedo seguir hablando, me he atascado, sus ojos han vuelto a ejercer ese hechizo sobre mí y no soy capaz de articular palabra.

—No me mires así, Ty.

—Ty.

—¡Sí! Tyler, Ty, ¿o prefieres que te llame capullo?

Sus labios descienden hacia los míos y me cierra la boca mordiéndome.

—Como vuelvas a llamarme capullo, tus labios no serán lo único que morderé.

—Pero entonces, ¿no dices que soy un error, que esto es un error? —no entiendo nada.

—Lo sé, y sé que me arrepentiré, aunque espero que no. ¿Cuánto hace que has dejado a tu novio? ¿Estás preparada para tener sexo esporádico?

Sexo esporádico. Suena bien.

—¿Contigo?

Su cara es un poema al escuchar mi pregunta.

—Bueno, brujita, no creo que te faltaran candidatos si te pasearas por ahí un viernes por la noche, con tus curvas y tus carnosos labios rojos, hasta el mismo Alex quiere meterse en tus bragas. Sí, conmigo.

—¿Y tú no quieres que él se meta en mis bragas? —bajo la mirada de sus ojos a su barba incipiente.

Me coge la barbilla con dos dedos y me obliga a mirarlo.

—No, si puedo ser yo. ¿Echas de menos a Brad?

—No —respondo rápida y segura—. Después de unas semanas de no estar con él comprendí que el sentimiento que nos unía no era amor, y mucho menos pasión, lo quería pero era algo fraternal me atrevería a decir. Contigo...todas las sensaciones son diferentes.

—Supongo que te refieres a la sexualidad que ha despertado en ti. Siempre y cuando tengas claro que no somos novios, que esto no es una relación y que

somos libres los dos para hacer lo que nos apetezca, podemos ser amigos con derecho a roce.

—Amigos con derecho a roce —repito.

—Sí, si te apetece, me avisas; si me apetece, te aviso. Nada de salidas, nada de cenas, nada de amor.

Vaya. Creo que lo ha explicado muy bien.

—No quiero otra relación.

—¿Segura? —levanta una de sus cejas al mirarme.

—Segura —confirmo.

—Ahora que mi hermano se ha ido no será difícil encontrarnos sin que se enteren, además el hecho que vivas justo debajo del árbol...hace más fácil que podamos vernos.

Uuauu, voy a tener una relación furtiva.

—Si en cualquier momento quieres dejarlo, lo dices, no hay nada más que sexo. Yo puedo enseñarte muchas cosas de las que te has perdido estos años.

Sus labios se posan en mi cuello, justo donde mi pulso palpita desbordado, y sé que sería incapaz de negarme a nada que me pida.

Calma

Después de nuestro encuentro furtivo y de curarme las manos, Tyler me ha enviado a casa y, aunque me he negado repetidamente, no me ha dejado otra opción.

La casa grande está vacía. Se me hace raro que esté todo tranquilo y en silencio, sin nadie en la cocina preparando algún delicioso manjar.

Antes de ir hacia mi cabaña he pasado por la alacena para hacerme con algunos ingredientes para la cena de esta noche.

Todavía no he estrenado la pequeña cocina que tengo a mi disposición y me apetece cocinar algo. Con un poco de suerte lo compartiré con él.

La verdad es que no le he dado muchas vueltas a nuestra conversación post-coito. Tengo ganas de contárselo a las chicas y que ellas me den su opinión.

Personalmente creo que es fantástico poder explorar mi sexualidad con un hombre como Tyler. Él hace que me sienta deseada y plena en ese sentido. No puedo reprocharle a Brad que él no lo hiciera, sabiendo que él vivía una mentira, pero todo ese tiempo reprimiendo lo que sentía, mis ganas de tocar y ser tocada, de descubrir, me hacía sentirme como un bicho raro, diciendo que estaba desbordada y que una buena esposa esperaría a estar casada.

Ahora no quiero preocupaciones, con Tyler es todo más sencillo.

O eso creo.



Después de curarle las manos he tenido que obligarla a irse a casa, primero porque tenía las manos destrozadas y segundo porque ya había cumplido con su horario laboral.

Tenerla aquí será complicado pero, todo tiene su parte positiva, hasta ahora cada vez que quería acostarme con alguien lo hacía siempre fuera del rancho, nunca en mi casa, jamás. Y aunque no fuera una regla impuesta, sí era la tónica habitual, nada de repeticiones, o por lo menos no más de dos veces con la misma.

Pero no sé que es lo que me atrae de Valerie que no soy capaz de concentrarme en otra cosa que no sea en recorrer su cuerpo con las manos y la lengua, en cualquier postura o posición y, después de dejar las cosas claras esta tarde, puedo saciarme con ella.

Ha estado de acuerdo en los términos, lo que más me importa es que no quiere una relación seria, hace pocos meses que ha dejado a su ex, y está sexualmente necesitada. Yo me encargaré de satisfacer todas y cada una de sus necesidades en ese aspecto.

Ahora que mis padres van a mudarse y sin mi hermano merodeando por la cabaña, no tendremos que escondernos, por lo menos no hasta que Jada y Anthony vuelvan de las vacaciones, aunque es posible que para ese tiempo ya me haya cansado de ella. Siendo egoísta, si la cosa acaba mal, no seré yo el que deba marcharse.

La pintura se está acabando. Lo cierto es que hoy hemos avanzado mucho trabajo. Quiero dejar la cuadras reformadas totalmente antes de abrir la próxima temporada.

En la casa grande no hay que hacer grandes reformas, algún que otro arreglo a la escalera y un par de ventanas, aparte de la mano de pintura general que damos todos los años.

Espero ser capaz de llevar el negocio al mismo nivel que lo ha hecho mi padre. Tendré que ponerme al día con el tema del papeleo, la verdad es que ese tema es el que menos me gusta. Lo mío son los caballos, la tierra y el terreno. Tengo ganas de que llegue el buen tiempo para poder nadar en el lago. Echo de menos los baños nocturnos en él.

Pero el tiempo que dedico a la fundación no quiero reducirlo. Eso es inamovible. Sé que en algún momento tendré que explicarle a mi familia lo que hago en esas horas cuando desaparezco, pero por ahora no me apetece hacerlo. No tengo más ganas de llantos y penas.

Después de meter a los animales en sus cuadras, y de dar un paseo con *Iron*, paso por casa de mis padres; tal vez tendría que ir acostumbrándome a decir mi casa, sin embargo, esa casa está hecha para vivir en familia, cosa que yo no quiero tener. Nada de casarme, formar una familia, niños... no es para mí.

Seguiré viviendo en mi casa del árbol, tiene todo lo que necesito y lo que quiero en estos momentos.

Cuando estoy a punto de entrar veo llegar el coche de mis padres. Espero a que bajen y lleguen a la entrada.

—Por fin os habéis librado del pesado de mi hermano —bromeo.

—Tyler, hijo, deja de meterte con él. Si no supiera que lo dices en broma, creería que mi papel como madre ha sido nefasto.

Llega hasta mí y me abraza por la cintura. Sin duda, ella es el alma de esta casa.

—Hijo —saluda mi padre al llegar—, si tienes un momento tal vez deberíamos hablar del papeleo. Acaba de llamarme el abogado.

—Sí, está bien, papá. Ya he acabado por hoy.

—¿Has estado liado todo el día con el establo?

—Sí, la verdad es que hemos avanzado mucho. Alex y yo hemos estado liados con la madera de las paredes mientras Valerie ha estado barriendo.

Estamos llegando al despacho.

—¿Has tenido a la chica limpiando los establos?

—Mamá, tiene dos manos como tú y como yo. ¿Además, es que ya no recuerdas las veces que los has limpiado tú mientras nosotros éramos demasiado pequeños para hacerlo?

—Sí, hijo, ya lo sé, los estuve limpiando durante años, cuando después de que tu abuela pasara el negocio a manos de tu padre, salíamos de una mala época, el dinero no daba para contratar a nadie más, hasta que la gente se animó a venir de nuevo. Después llegaron Anthony y Jada.

La expresión de mi cara cambia. Recuerdo aquel día perfectamente.

Era una tarde de verano cuando ella apareció por primera vez en mi vida.

Desecho ese pensamiento de mi mente inmediatamente.

—Bueno, siéntate.

Mi padre empieza a mover papeles sobre la mesa, los cambia de un montón a otro, sin ningún orden aparente, aunque estoy completamente seguro de que él sabe donde está cada cosa.

Madre mía, no sé como lo voy a hacer para llevar esto.

—Tyler, no te agobies, te lo veo en la cara. Sé que esta parte del negocio es la que menos te gusta, pero debes aprender a llevar las cuentas, es una de las partes más importantes, aparte del trato a los clientes.

Mi madre se sienta en una silla mi lado, mi padre está en ese butacón en el que siempre ha estado, dirigiendo, organizando y resolviendo todo.

—Además no vamos a irnos muy lejos, durante un tiempo puedo seguir viniendo y ayudarte con todo esto, siempre y cuando tú estés dispuesto a estar aquí conmigo. Ahora tendremos que empezar poco a poco con el proceso de transición, pero ya verás que no es nada difícil.

—Estaremos a cuarenta minutos de aquí, si necesitas que...

—Mamá, ya está todo hablado, os jubiláis y tenéis que disfrutar de vuestro tiempo, además dentro de nada operan a papá de la rodilla, no va a poder conducir y tú estarás muy liada con Helen.

—Hablando de ella, no le tengas en cuenta lo que te dijo la otra noche. Ya sabes que le han cambiado la medicación y eso hace que se desestabilice hasta que vuelvan a encontrar la dosis que le funciona mejor.

—Sí, mejor vamos a dejar el tema de Helen aparte.

—Hijo, no podéis estar toda la vida igual. No puedes reprocharle eternamente...

—Mamá, era su hijo, y yo su padrino, no me avisó porque no le dio la real gana, quiso hacerme daño y lo hizo. Ahora ya no puede deshacerse. Ha sido siempre una egoísta y sigue actuando de la misma manera, no sé cuándo os daréis cuenta de eso.

Empiezan a caerle las lágrimas.

¡Joder! Siempre pasa lo mismo, es hablar de esto y ponerse de su parte. Al fin y al cabo todo acaba reduciéndose a lo mismo, mujeres.

—Bueno, vamos a tratar el tema por el que hemos venido. Tanto el notario como el abogado tienen toda la documentación que ya firmamos. Como es costumbre en nuestra familia, el primogénito se queda con toda la explotación del negocio incluyendo las tierras en las que está. Tus hermanos recibirán las otras dos propiedades, recibiendo su compensación mensual durante los años que nos queden de vida.

Estamos en el despacho más o menos dos horas, en las cuales hemos tenido tiempo de organizar gran parte de las facturas de proveedores y documentación varia. Papá siempre ha sido muy protector de sus cosas y, aunque parezca mentira, hasta el día de hoy no me ha dicho la contraseña de la caja fuerte que está dentro del mueble que tiene detrás de su mesa.

En estos últimos meses mi vida ha vuelto a dar un cambio enorme, parecido al que tuvo hace cuatro años. No sé de donde saqué fuerza suficiente para soportar el dolor por la pérdida de Tim.

Estar en contacto con niños enfermos, aunque solo sea por un par de horas a la semana, me ha servido para menguar la pena que sentía por no haber llegado a tiempo para despedirme de mi ahijado.

Al mes de llegar aquí, conocí a Cindy, nos acostamos una vez y me explicó que dirigía la fundación Risas para la vida, lo que en ella se hacía, y no dudé ni por un segundo que quería formar parte de ello.

Por desgracia he visto morir a más niños de los que me gustaría, las guerras no deberían afectar a mujeres ni niños, ellos no deberían pagar por las mierdas de cuatro mandatarios locos que no saben llegar a un acuerdo de forma inteligente.

Mis años en el ejército me sirvieron para tener claros los objetivos, para luchar y saber encontrar siempre la manera de conseguir el resultado deseado. Ser eficaz e implacable, y eso, también se puede aplicar a la vida cotidiana. Si sabes lo que quieres, irás a por ello. Sabrás encontrar el camino a seguir.

Cuando uno no sabe dónde quiere ir, es imposible llegar a ninguna parte.



He creado un grupo de Whatsapp con el nombre «*Consejos sexuales para una novata*» en el cual solo estamos Mary, Olivia y yo.

Lo primero que ha puesto Olivia al entrar en el grupo han sido como unas diez caras de emoticono con la doble lágrima por la risa.

✓Olivia: Jajajaja Jajajaja

✓Olivia: en serio has puesto ese nombre? Qué ha pasado que yo no sepa?

✓Mary: nuestra zanahoria preferida ha roto la racha de abstinencia!!

✓Valerie: Por fin!

✓Olivia: y con quién si puede saberse?

✓Mary: con su flamante nuevo jefe, más conocido como el Santa Claus buenorro!!!

✓Valerie: y por si no lo sabes, Mary está coladísima por su hermano... Steve...

✓Mary: Oli, te encantará...podemos quedar los tres, estudia en la MUV

✓Olivia: este mismo fin de semana tienes que presentármelo!

✓Valerie: a ver, a lo que íbamos: Tyler es un Dios terrenal sexual, su sola presencia hace que moje las bragas...

✓Mary: Oh! sí! Amén a eso

✓Valerie: pero no vamos a tener nada serio, solo somos follamigos...

✓Olivia: quien eres tú y que has hecho con mi amiga?

✓Mary: Con lo que me gustaría que fuéramos cuñadas...sería genial...

✓Valerie: sí, ya, pero yo acabo de salir de una relación... y él no tiene ninguna intención...

✓Olivia: tú acabas de salir de una relación pero no ha sido una «relación» como tal. Cuéntanos, como la tiene?

✓Olivia: sí, danos datos de interés general... jajaja

✓Valerie: sois unas pervertidas las dos... pero ha sido maravilloso...lo más intenso que he sentido jamás... solo con un beso es capaz de derretirme y

hacerme dar vueltas

✓Olivia: Oh, cariño, eso es todo lo que te has estado perdiendo todo ese tiempo con Brad, y encima tú lo defiendes...

✓Valerie: a ver yo entiendo los motivos por los que eso ha sido así... no puedo seguir enfadada con él, por eso ahora que tengo la oportunidad, quiero aprender y disfrutar de toooodooo lo que Tyler quiera hacerme...

✓Mary: eso suena genial...hasta dónde habéis llegado? Penetración ya lo doy por hecho, pero que me dices del sexo oral, anal...?

✓Olivia: Mary, tú has tenido sexo anal?

✓Mary: ...

✓Valerie: creo que esto ha sido mala idea ;(

✓Mary: bueno, Oli no te hagas la mojigata conmigo, y tú, Valerie, mira el nombre del grupo...Así que, cuenta por esa boquita...

✓Olivia: jajaja

✓Valerie: solo penetración, pero ha sido mágico y...Buah! y él sí me ha dado sexo oral...

✓Mary: espero que el hermano sea igual de considerado que Santa...

✓Olivia: Quizá la próxima vez debas corresponderle con el mismo regalo... a los tíos les mola mogollón que se lo hagamos...

✓Valerie: no sé si seré capaz, es muy grande... y me da vergüenza... lo hicimos todo con luz

✓Mary: Valerie, si se te ocurre decirle que apague la luz, dejo de ser tu mejor amiga...esas cosas se disfrutan más con todos los sentidos...

✓Olivia: vista, tacto, oído, olfato...y gusto!

✓Valerie: sí, creo que lo he pillado... quizá busque algún video en youtube

✓Olivia: ni se te ocurra, eso está lleno de virus...nena, tú empieza a acariciar, acércate, huélelo, bésalo, y abre la boca...lo demás es instinto

✓Mary: cuando lo domines podrías probar a hacerle el truco del pomelo... es la mejor manera

✓Valeri: qué truco del pomelo?

✓Olivia: bueno, quizá que empiece por lo básico y cuando se sienta cómoda que vaya añadiendo técnicas, no?

✓Valerie: y si me ahogo? No quiero quedar como una patosa y que se canse de mí... la lista de mujeres con las que ha estado debe ser enorme...

✓Mary: tuvo alguna queja el otro día?

✓Valerie: no, me dijo que le encanta cuando me sonrojo...y hoy en el establo también ;)

✓Olivia: en el establo?

✓Mary: en el establo???

✓Valerie: sí, bueno, estaba de mal humor, después me ha curado las manos y ha acabado con una de sus manos dentro de mis bragas...

✓Olivia: soy tu fan número uno!

✓Mary: quiero esa historia con más detalles

✓Valerie: ok! pero lo dejamos para otro rato... voy a ducharme y a preparar la cena...espero repetir esta noche ;)

✓Mary: Olivia, hemos creado un monstruo...ahora estará todo el día dale que te pego...

✓Valerie: tengo que recuperar el tiempo perdido!

No sé si me arrepentiré de haber creado este grupo y haber iniciado esta conversación con ellas, menos mal que no las tengo aquí a diario.

Voy a darme una ducha y empezaré a preparar a cena, si es que las heridas de las manos me dejan hacerlo.

Después de ducharme, me visto con unas mallas y una sudadera con la palabra New York escrita en la parte delantera. También me he puesto una cinta en el pelo, dejando a un lado el flequillo. Me he maquillado muy suavemente, me he puesto perfume, y unos pendientes de aro, los más grandes que tengo. No quiero que cuando me vea siga oliendo a establo y a caca de caballo.

Ha costado pero al final he conseguido cocinar sin hacerme daño en las manos.

Desde luego no gano para medicamentos en esta casa. Menos mal que por ahora me los han suministrado ellos.

Espero que a Tyler le guste la salsa de mostaza que he preparado para las costillas de ternera al horno. No sé si le gustan las verduras, y en caso positivo, cuáles le gustan, así que he cocido varios tipos: patatas, zanahorias baby, judías y maíz.

Cuando venga, si es que viene, solo tendré que calentar un poco la comida dentro del horno y estará lista para servir.

Llevo un rato con el teléfono en la mano, dudando en si enviarle un whats o no. Ha dicho que si me apetecía que lo avisara, y está claro que me apetece, y mucho, verle de nuevo.

✓Valerie: Hola...he preparado cena... y no sé si te apetece, igual puedes pasarte...

Ahora estaré nerviosa hasta que me conteste. Y sé que no debería sentirme así, pero esto es nuevo para mí, debe ser por eso. Los whats con Brad nunca tuvieron contenido sexual, bueno, nada en nuestra relación tuvo contenido sexual.

El teléfono vibra sobre la mesilla.

✓Tyler: *no tienes que prepararme la cena*

Vaya, esa no era la respuesta que esperaba...aunque no la tomaré como algo negativo.

✓Valerie: *yo ceno cada noche...*

✓Tyler: *no quiero jugar a las casitas*

¿Y ahora? ¿Cómo debo cogerme eso? ¿Yo quiero jugar a las casitas con él? Creo que no, solo quiero que venga y...me haga algo parecido a lo que me ha hecho este medio día.

En fin, no consigo entender a este hombre. Quizá hayan sido muchos años con Brad, acostumbrada a su buen hacer, a su dulzura, a su educación, nunca decía una palabra más alta que otra. Pero Tyler...Tyler es diferente a todo.

Ha pasado una hora desde su último mensaje y no ha vuelto a decir nada más ni ha venido.

Bueno, quizá esto de los *follamigos* funcione así. Tendré que acostumbrarme. Aunque es posible que la próxima vez no me atreva a ser yo la que le diga que me apetece, tal vez espere a que sea él quien lo sugiera. A lo mejor Tyler es un hombre machista, cosa que no me gustaría nada, tal vez quiera llevar él las riendas de esta «no relación»

¡Ay, que lío! Todo esto es tan nuevo y diferente que espero no volverme loca mientras dure.

Ceno sola en la calidez de mi casa, sin ninguna distracción, mirando las llamas del fuego del hogar. Ha sobrado un montón de comida, que meto en diferentes tupperes, cuando se enfríe la congelaré. Así tendré comida para todo este mes en el que Jada no está aquí para cocinar.

Cuando acabo de cenar, me pongo los cascos y busco la nueva canción de Sia y David Guetta, *Flames*. Necesito algún estímulo que me levante el ánimo; quiera o no, le negativa de Tyler me ha dejado algo tocada, aunque sea un poco. Solo hay el plato, los cubiertos y los cacharros que he ensuciado, pero

si dejo que los restos de comida se resequen, tendré que frotar con el estropajo y me haré daño en las heridas de las manos.

Me he puesto unos guantes de esos enormes, de goma de color rosa, para mojar lo menos posible las heridas y ayudar a que sequen cuanto antes mejor.

Estoy concentrada en lo que estoy haciendo, cantando y bailando delante del fregadero, al ritmo de la música, cuando el contacto de alguien por mi espalda me sobresalta.

Su cuerpo se pega al mío, sus manos frías y ásperas se meten por debajo de la sudadera y van directas a mis pechos descubiertos; no me he puesto sujetador. Me asusto al notar su contacto y dejo caer el plato, que no se rompe de milagro.

Saca una de las manos y me quita un auricular, mientras muerde el lóbulo de mi oreja.

—Sigue bailando —ordena con esa voz suya que me hace temblar.

Coge mi iPhone, lo tenía aguantándose en la cinturilla de las mallas; veo como lo deja sobre la encimera después de quitarle el cable de los auriculares, y ahora la música suena para los dos.

Su mano vuelve a mi cuerpo, masajea una de mis nalgas mientras la otra sigue pellizcando mi pezón. Yo sigo mirando hacia la vitrina que guarda la vajilla limpia, atrapada contra el fregadero de cerámica y su cuerpo duro y exigente.

Siento su aliento en mi nuca, mientras muevo el culo al ritmo de la música, refregándolo por su erección que es notable a través de la ropa.

—¿Cómo has entrado? —logro preguntar.

—Valerie, ¿eso es lo que quieres saber ahora? —habla pegado a mi oreja, y después me muerde el cuello, justo donde palpita la yugular.

Baja mis mallas y las bragas de encaje a la vez, lleva una de sus manos a la parte delantera de mi cuerpo, mientras yo no puedo hacer otra cosa que alucinar con el terremoto de emociones que me recorren, dejo caer la cabeza hacia atrás apoyándola en su hombro.

Uno de sus traviosos dedos se cuela por el camino a mi humedad y se recrea en ella. Me ha empapado con el primer contacto.

Impregna su dedo y esparce el jugo por todo mi sexo; si me penetra me correré ahora mismo.

Pero no lo hace, saca la mano poco a poco, me coge de la cintura y me eleva, dándome la vuelta y subiéndome a la encimera, dejándome con las piernas colgando y de caras a él.

Por fin lo veo. Su mirada oscurecida por el placer. Miro sus labios, apretados y concentrados en algo, es como si estuviera aguantando las ganas de decir alguna cosa de la que quizá pueda arrepentirse después.

Coloco los brazos sobre sus hombros y lo atraigo hacia mí, tengo ganas de besarlo y no puedo contenerme más.

Se acerca pero no me besa, solo aspira mi olor y sigue mirándome fijamente.

—¿Qué ves cuando me miras así? —pregunta.

—A un hombre. Un hombre que me vuelve loca.

Deslizando las manos por mis muslos, va bajando las mallas hasta el final, me descalza un pie y saca la tela por él, dejando la prenda colgada de mi otro pie.

Llevo las manos hacia su pantalón, quiero desnudarlo.

Sigue mirándome fijamente, retándome a apartar la mirada y, aunque esté muriéndome de vergüenza, no pienso dejar de mirarlo, de retarlo a él también.

Entonces me doy cuenta de que todavía llevo los horribles guantes puestos, y él me los quita.

—Esto fuera.

Me mira las palmas y las besa con cariño.

—Quiero desnudarte.

Levanta sus manos en un signo de rendición y no desaprovecho el momento.

Con cuidado de no hacerme daño, desabrocho el botón y la cremallera baja al instante.

Quisiera abarcarlo en mi mano pero no puedo, la recompensa por sus artes bucales tendrá que esperar a otro momento. Así que solo lo recorro por encima del calzoncillo ante su mirada penetrante.

El olor de su cuerpo me inunda, mezclado con los olores de la comida horneada, el crepitar del fuego y el olor a este, haciendo que mis pulsaciones

se disparen, deseando que entre en mí otra vez.

Libera su erección, pasa sus manos por debajo de mis muslos y me lleva al borde de la encimera, que parece estar hecha a propósito para este menester, mi cuerpo queda a la altura perfecta para lo que vamos a hacer.

De un golpe, me penetra, arrancándome un grito de placer. Se queda quieto, dentro, nuestra piel sintiendo la del otro, dejando que mi cuerpo se acostumbre a su enorme intrusión.

—¿Bien? —pregunta, apretando los dientes.

—Perfecta —consigo contestar entre jadeos.

Siento su cuerpo intruso en el mío, como me amoldo y dilato a su alrededor.

Poco a poco se desliza hacia atrás, vaciándome de él pero sin salir.

Baja la mirada hacia la zona donde nuestros cuerpos se unen y parece que está viendo algo maravilloso, una sonrisa de medio lado aparece en su bonita y sexy cara de chico malo.

Yo también quiero ver que es eso que parece gustarle tanto, así que me inclino hacia delante, apoyando la cabeza en su pecho y miro.

Miro y veo, su enorme, duro y caliente pene y la sombra rojiza de mi vello púbico. Veo como, lentamente, se pierde en mi interior.

Con un toque de su cabeza en la mía, vuelvo a levantar la mirada par ver sus ojos. Yo sé lo que él está viendo. Está viéndome a mí, con la boca abierta formando una O gigante, porque siento el lugar exacto en el que se está alojando su cuerpo dentro del mío.

—¿Te gusta verlo? —su voz cada vez es más ronca.

Asiento.

—Y me gusta todavía más sentirlo.

Jadeo cuando acaba de meterla de un empujón hasta el fondo.

—¡Ooh, Ty! Otra vez —suplico.

Le miro la boca y no puedo detener el instinto que me incita a poner mis labios sobre los suyos y mordérselos mientras los chupo.

Y así perdemos el control, lenguas, cuerpos, dentro, fuera, jadeos y tirones.

—Vas a correrte, lo sé —asegura.

—No...

—Sí, conozco tu cuerpo mejor que tú.

Y, efectivamente, en dos penetraciones más exploto a su alrededor, sintiendo como él se derrama en mi interior a la vez.

—¡Joder, Valerie!

Se mantiene enterrado hasta el fondo de mi cuerpo, con sus dientes clavados en mi cuello, aprisionándome, haciéndome sentir la mujer más feliz del universo.

No podré vivir sin esto.

No podré vivir sin él.



No pensaba venir. Después de la reunión con mis padres he venido a casa, me he duchado y he ido a comprar algunas cosas que necesito para la actuación de mañana en el hospital.

En la ciudad me he cruzado con Jada. Y con su hija.

Y eso ha hecho que me cabreara, mucho. Tanto como para arrepentirme de la conversación que he tenido este medio día con Valerie.

Conforme iba conduciendo mi cabreo iba en aumento. Sé que no debería haberme metido en sus bragas, sé que no debería siquiera haberla contratado. Cuando mi padre la contrató faltaba una semana para que yo tomara el mando y con él, todas las decisiones que tengan que ver con el rancho, el hotel, y eso incluye a los trabajadores.

En cuanto cayó encima de mí aquella noche, con aquella carta, supe que querría acostarme con ella. Pero no así.

He intentado molestarla pero siempre reacciona de la manera que menos espero y eso, eso me atrae, me incita de forma irremediable.

Y el error más grande fue meterme en ella sin nada que nos separara, sentir su estrechez, su calor, su humedad y sus sonidos, esos que hacen que tenga unas ganas inacabables de hundirme en ella.

Esto es nuevo para mí.

Sé que ella no tiene experiencia pero yo tampoco la tengo en cuanto a *follamigas* se refiere. Aunque ella piense que sé lo que hago.

Espero poder manejarlo bien.

Cuando he pasado por delante de su puerta no he podido resistir el impulso de abrir con mi llave maestra, con intención de cenar con ella.

Pero ella ya había cenado, hacía más de una hora que me había enviado el mensaje. Y encontrármela ahí de pie, moviendo su fantástico cuerpo, con esas mallas negras apretadas contra su culo ha sido más de lo que puedo soportar.

Sé que lo único que conseguirá quitarme este cabreo es tener sexo con ella. Porque mientras estoy dentro de su cuerpo no soy capaz de pensar en nada más.

No hay dolor, ni engaños, ni rabia. Solo ella y su dulce cuerpo.

Ha sido un placer

Después del ataque sorpresa en la cocina, me ha llevado al sofá, donde he seguido montada sobre él, siendo yo la que ha llevado el ritmo por primera vez.

Empiezo a cogerle el truco a esto, y en esa postura ha sido muy diferente lo que he sentido.

Acabamos jadeando, con la respiración acelerada, sus labios buscando mi boca, impidiéndome respirar.

—Todavía se te nota el moratón —dice mientras acaricia mi cara.

—No es nada —le resto importancia.

—Y hoy lo de las manos... no puedes ser tan cabezota.

—Ty, ¿dices que yo soy la cabezota?

Me da un cachete en el culo, aprovechando que sigo sentada y clavada a su cuerpo.

Salto por la sorpresa y lo siento justo ahí.

—¡Aaah! —jadeo.

Él aprovecha para levantar su pelvis y volver a moverse dentro de mí.

—Vaya, parece que la brujita inexperta va descubriendo cosas que le gustan.

Metó las manos por su jersey y voy tocando su vientre duro y marcado por esos abdominales perfectos.

—Mmmm sé que me gusta esto. Me gusta verlo, tocarlo y lamerlo.

—Si dices en una misma frase la palabra lamer y mi cuerpo, no vas a conseguir que quite mis manos de ti.

Al decirlo recuerdo lo que hemos estado hablando con las chicas, y no estoy segura de poder hacerlo.

Con la cara roja por la pasión y por la vergüenza, me atrevo a hablar.

—Bueno, lo cierto es que... yo no... yo no he hecho *eso* nunca. No sé si sabré hacerlo...sin ahogarme...o si me gustará hacerlo...

Empieza a reír a carcajada limpia, y sé que tendría que enfadarme con él pero lo que siento ahora mismo es pasión y otra sensación que no sé como identificar.

Lleva sus manos a mi cara, me acaricia y se inclina para besarme en los labios.

—Me alegra saberlo.

—¿Te alegra saber que no sé hacer una mamada?

Vuelve a reír.

—Vaya, vaya, qué boca tan sucia, Valerie —se inclina de nuevo hacia mí pero ahora en vez de besarme, muerde mis labios de esa manera tan nuestra—. Sí, me alegra saber que aparte de no haberte acostado con nadie más desde el instituto, tu boca tampoco ha sido utilizada para tener sexo. Yo te enseñaré todo lo que quieras saber. Sabremos encontrar nuestro ritmo.

Sin pensarlo, le digo que he creado el grupo de whats con las chicas.

—Bueno, hoy he creado un grupo de whats con mis amigas. Ellas tienen más experiencia que yo y...me han dado algunos consejos.

Su mirada cambia repentinamente y se remueve incómodo debajo de mí.

—¿Qué amigas?

—Pues, Olivia y Mary.

—Joder, Valerie.

Se mueve, me levanta y sale de mi cuerpo, todo en dos segundos, dejándome sentada y dolorida en el sofá.

—No entiendo por qué tienes que enfadarte por eso.

Está de pie, subiéndose los calzoncillos y los pantalones.

—¡¿Que no lo sabes?! —alza la voz.

—No, y no hace falta que grites.

Me siento desnuda e indefensa, doblo las rodillas por delante de mi pecho y me tapo con la sudadera.

—Joder, Valerie, te dije que no quería que se enterara nadie. Mary está liada con Steve, por si no te has dado cuenta, ¿cuál crees que será el chisme que se contaran esta noche cuando hablen? No lo has pensado ni un puto momento.

Por ahí no paso. Otra vez su mala lengua y su cabreo dirigido a mí.

Me levanto y me encaro a él.

—Tyler, acabamos de hacer el amor y mira como me estás tratando. Son mis mejores amigas, lo más parecido que tengo a una familia, les pedí que no lo contaran y no lo harán. No sé qué clase de amigos tienes tú, pero si esa es la idea que tienes de un amigo, es que los tuyos deben ser tan capullos como tú.

He vuelto a llamarle capullo, pero me da lo mismo. Aunque su cara se haya contraído por la rabia y por la mirada que me está dedicando parezca que quiere estrangularme.

Se acerca a mí, hasta que su nariz roza la mía, mirándome fijamente, inmovilizándome una vez más con su mirada.

—Nosotros no hemos hecho el amor.

Lo dice despacio, marcando bien cada palabra, sin elevar la voz, pero con toda la intención impresa en esas palabras.

Y ya sea por las emociones de todo el día, de toda la semana, tal vez porque estoy ovulando, o por el absurdo motivo que sea, mis ojos se inundan de lágrimas y no las puedo controlar.

Parece darse cuenta de que se ha pasado con lo que ha dicho, de que me ha hecho daño, y por su cara no se esperaba que yo reaccionara de esta manera.

—Vete.

Me giro, dándole la espalda y me voy hacia mi habitación.

—Joder, lo siento, Valerie.

No le hago caso, sigo hasta mi habitación, entro y cierro la puerta apoyándome en ella.

Las lágrimas resbalan por mi cara, mientras me siento absurda y ridícula por estar llorando por un tío al que hace diez días que conozco.

Escucho el portazo de la puerta, pienso que se ha marchado, pero no.

En tres segundos está apretando la puerta de mi habitación, sin que mi fuerza sirva para mantenerlo fuera.

—Val, lo siento. No quería hablarte así. He tenido una tarde de mierda, sé que no es tu culpa.

Me limpio la cara con la manga de la sudadera y me encaro a él, que ya ha conseguido abrir la puerta totalmente y me mira a poca distancia, como si no se atreviera a tocarme.

—No te entiendo, Ty. No sé qué esperas de mí. Me dices unas cosas y después cuando doy un paso me cortas y me dejas como si estuviera haciendo algo mal.

Se acerca y me rodea la cintura con sus brazos, pegándome a su cuerpo.

—Billy me llamaba capullo. Murió en el último despliegue en Afganistán. Hoy hace un año. Acabábamos de llegar al maldito país, una bomba lapa hizo explosión cuando él iba a subir al vehículo que nos transportaba. Él era mi mejor amigo. Pero, si no te importa, prefiero no seguir hablando de esto.

Me imaginaba que su carácter estaría afectado por el tiempo que había pasado con las fuerzas armadas, pero no pensé nunca que sufriera algo así.

—Dicho esto, si todavía quieres que me marche, lo haré.

Niego con la cabeza y la apoyo en su pecho.

—¿Has cenado?

—No, y ahí dentro olía genial —dice señalando hacia el salón y la cocina.

—Te ofrezco un trato: cena por charla.

—¿Charla?

—Sí, cosas básicas, para conocernos mejor.

—Vale, me parece bien. ¿Tienes cerveza?

—No me gusta la cerveza.

—Todavía no me he sentado y ya sé algo nuevo sobre ti. ¿Cómo puede no gustarte la cerveza? —pregunta asombrado.

Me encojo de hombros y salgo hacia la cocina.

—¿La comida está en esos tupperes? —pregunta acercándose a la parte de la encimera donde los he dejado.

—Sí.

Él mismo abre el armario donde guardo la vajilla, ese que tenía delante hace unos minutos mientras él me tocaba, me sonrojo solamente con pensarlo.

Me pongo a su lado y voy destapando los tupperes, mostrándole su contenido.

—¿Todo esto has preparado? —pregunta asombrado.

—Ajá. Me gusta cocinar. Me relaja y...no sabía qué acompañamiento te gustaría, así que he preparado un poco de todo.

—Ya veo, ya —dice mientras pincha unas mini zanahorias y se las lleva a la boca.

—¿Quieres que lo caliente en el horno?

—No hace falta. Siéntate, yo me prepararé el plato.

—La carne está en la bandeja del horno, son costillas —le informo mientras

me siento en una de las sillas esperando a que venga.

—¿Tienes pan?

—Sí, en el cesto que está en...esa puerta —lo ha encontrado antes de que acabara de decirle dónde estaba.

—¿Y si al final no llego a venir? ¿Qué habrías hecho con toda esta comida?

—Bueno, has venido, ¿no? Y si no lo hubieras hecho, tendría comida para un par de semanas.

Sonríó mientras se sienta enfrente de mí.

—¿Siempre eres tan positiva? —pregunta mientras se lleva el tenedor lleno de comida hacia la boca.

—Lo intento. Ser negativo tampoco va a hacer que las cosas vayan mejor. Supongo que es cuestión del prisma con el que lo mires.

—Esto está delicioso. ¿Dónde aprendiste a cocinar así? —vuelve a llevar el tenedor lleno de carne y algunas verduras hacia la boca.

—Mi madre no era muy buena cocinera. Cuando era pequeña, mientras ella trabajaba para mantenernos a las dos, yo estaba casi todas las tardes después del colegio en casa de Mary, fue su madre la que me enseñó a preparar las primeras recetas. Después, supongo que es por el gusto de cocinar, me relaja estar metida entre cacharros, alimentos...

—Solo podría mejorarlo con una cerveza fresca.

Vuelve a llenarse la boca con más comida.

¿Debería tener cervezas en mi nevera para cuando nos veamos aquí?

¡Cuántas dudas!

—Mmmm, Ty, ¿dónde nos vamos a encontrar?

Levanta la mirada de su plato y me observa como si no entendiera lo que le estoy preguntando. Sigue masticando hasta que traga, lo sé por el movimiento que veo en el centro de su ancho cuello.

—¿Encontrar?

—Sí, ya sabes... para satisfacer nuestros...deseos. Lo pregunto por si quizá sería buena idea que tuviera cervezas aquí en mi nevera o ...

Vuelvo a estar roja de vergüenza.

—Valerie, no pienses tanto. Deja que todo vaya surgiendo. Creo que estos

encuentros inesperados son divertidos. ¿Tú no?

¿Lo son?

—Sí, supongo que sí. Entonces, ¿siempre nos veremos aquí?

—Bueno, o en mi casa, así yo tendría cerveza.

Por la forma que tiene de mirarme sé que está bromeando.

—Si lo que me estás preguntando es si vamos a tener relaciones fuera de aquí, la respuesta es no. Ya te lo he dicho esta mañana. No quiero una relación y, según me has dicho, tú tampoco. Aparte de ese motivo, está el que eres mi empleada y no quiero que haya habladurías entre los demás trabajadores y mucho menos con mis padres. El que solía acostarse con clientas era Steve, cosa que es menos mala que acostarse con alguien del personal, porque los clientes se marchan pero tú no lo harás.

Parece estar muy seguro de que yo no me voy a ir. Bueno, quizá sea mejor no pensar en ese momento en el que esto se acabe. Creo que esta conversación se ha vuelto demasiado íntima y yo no pretendía eso.

—Bueno, cuéntame algo más sobre ti.

—¿Qué quieres saber? —pregunta mientras sigue comiendo, casi se ha acabado todo lo que tenía en el plato. Me gusta verlo comer.

—¿Por qué te alistaste?

Bebe un trago de coca cola antes de mirarme con sus ojazos y contestar.

—Quería servir a mi país.

No me lo creo. Por lo menos no solo por ese motivo.

—¿No había ningún otro motivo? Steve me dijo que pasó algo...

—Steve tiene la lengua muy larga y quizá tenga que cortársela. Me toca preguntar, ¿por qué has dejado a tu familia para venir a trabajar aquí?

—Necesitaba un cambio, ya te lo dije.

—¿Tiene algo que ver con ese ex prometido tuyo?

—Sí.

—¿Te hizo daño? ¿Se portó mal contigo?

Se ha puesto muy serio y a la defensiva.

—No, para nada. Por lo menos no de la manera que estás imaginando.

Se levanta y lleva el plato y demás al fregadero. Abre la nevera, mira y

vuelve a cerrarla sin coger nada.

—¿Y qué estoy imaginando, según tú?

—Que Brad fue violento conmigo, pero no fue por eso.

—Entonces ¿por qué una chica de buena familia como tú, con un prometido, lo ha dejado todo, ha cambiado de estado y se ha puesto a trabajar como camarera?

—Bueno, supongo que a ti puedo explicártelo —Tyler ni siquiera lo conoce, no tiene ningún motivo para querer hacerle daño a Brad desvelando su condición—. Acabé con el compromiso porque Brad me lo pidió. Él... es gay.



Ahora me lo explico todo.

—Por fin entiendo el motivo por el que no has tenido relaciones sexuales.

Vuelve a sonrojarse, y mi erección vuelve a marcarse en los pantalones; con disimulo, bajo una mano y la coloco de manera que no me apriete tanto.

—¿Pero tú no notaste nada raro? Porque no creo que esa fogosidad que tienes la hayas descubierto ahora.

Ahí está de nuevo ese rubor que le cubre las mejillas y esa mirada de gata salvaje.

—Bueno, yo sí tenía ganas. Pero me las fueron calmando. Entre él, mi madre...decían que debía esperar al matrimonio. Brad sí sabía que yo ya no era virgen, pero mi madre no. El único objetivo de mi madre era que yo tuviera una carrera, o varias, y fuera una gran mujer de negocios. En el momento que decidí que la universidad no era para mí, se propuso encontrarme un buen marido, con una buena posición, dándole igual si había suficiente amor para pasar la vida con él. Las apariencias marcaban mi vida diaria, tenía que ser una buena hija; una buena prometida, y una mejor esposa para el juez más joven del estado.

—¿El tipo es juez?

—Sí. Supongo que entiendes el motivo por el que mantenía en secreto su condición sexual.

Me da la sensación de que siente algo por él.

—¿Todavía lo amas?

—!No! Lloré las primeras semanas, para mí fue un golpe duro. Imagínate, mi futuro más próximo se rompió de repente, habíamos quedado para cenar, esa tarde había estado con su madre y la mía mirando las flores para la ceremonia y cuando llegué al restaurante y me soltó aquello... Después até muchos cabos. Y finalmente me di cuenta de que no era amor lo que sentía por él. Era cariño, siempre ha sido muy bueno conmigo. Si te soy sincera, a veces no entendía como alguien como él pudo fijarse en alguien como yo.

—¿Por qué dices eso? Eres preciosa, divertida, inteligente...

Creo que no hay nada que no me guste de ella.

Quizá que me gusta demasiado, y eso no es bueno. No es directamente proporcional con mis planes.

Una vez más, intenta colocarse las gafas que no lleva puestas.

—Bueno, alguien como yo que no entró en la universidad, que trabajaba en pequeños comercios del pueblo, hasta que hice un curso avanzado de administración y empecé a trabajar con Aaron, el marido de mi madre. Tiene una tienda de compraventa de vehículos de alta gama.

—Sigo sin entender qué tienes de malo para alguien como él, ni para nadie.

—Ty, para él se esperaba una chica dulce, educada, con estudios, aunque después no fuera a ejercer nunca. Una chica que debía permanecer en casa cuidando de unos hijos adorables mientras su marido trabajaba y metía a delincuentes en la cárcel. Yo no soy ese tipo de mujer. Sinceramente me alegro de que Brad me pidiera que fuera yo la que rompiera el compromiso.

¿Pero qué coño está diciendo?

—Val, eres dulce y cariñosa, te has hecho con todos los de la casa en dos días, y ya te digo que mi madre no es fácil de convencer. Y mi padre, mi padre cayó a tus pies en el mismo momento en el que te hizo la entrevista.

Menos mal que no entré cinco minutos antes, si no no estaríamos teniendo esta conversación ahora.

—Sí, tu padre fue encantador.

Miro el reloj, son casi las doce y mañana nos espera un largo día.

—Bueno, creo que será mejor que te deje descansar. Mañana nos espera un día duro, y además lluvioso y frío.

—¿Tendré que limpiar las cuadras otra vez? No es por no hacerlo pero...

La interrumpo antes de que siga con esa tontería.

—No, Valerie, no. Mañana me ayudarás con la pintura. Así evitaremos que vuelvan a levantarse esas ampollas que te han salido en las manos.

—¡Ay! me encanta pintar.

Me sorprende y me fascina a partes iguales lo efusiva y espontánea que es.

Se levanta y yo la sigo, mete las manos dentro de las mangas de la sudadera y mira hacia sus pies. Sigue descalza.

—¿Tienes leña? ¿Necesitas que entre algún tronco más?

He oído en la previsión del tiempo que va a hacer más frío de lo normal.

—Sí, gracias. Tengo bastante.

Camino hacia la puerta con las manos en los bolsillos. Tal vez así sea capaz de mantenerlas alejadas de ella y su precioso cuerpo.

Viene detrás de mí, manteniendo una distancia de seguridad de dos metros.

Con la mano ya en el pomo de la puerta, me giro para desearle buenas noches.

—Gracias por la cena, Valerie. Estaba deliciosa.

No tanto como tú.

Su sonrisa y esos pequeños hoyuelos que le salen en las mejillas son lo más adorable que he visto jamás.

—De nada. Ha sido un placer.

Levanto una ceja por el juego de palabras que acabo de ver en su frase. Parece que no lo ha dicho a propósito ya que se ha sonrojado de nuevo, cosa que me indica que no se había dado cuenta de lo que decía.

—Bueno, ya me has entendido...

Aguanto una sonrisa.

—Lo sé, brujita, lo sé. Para mí también ha sido un placer.

Más de lo que puedas imaginar.

Salvaje animal

Despierto con la sensación de haber dormido un año entero. Se está tan bien dentro de las sábanas, recordando cada detalle de lo que pasó anoche, cada caricia, cada beso, que siento que si me destapo y el peso de las sábana deja de cubrirme flotaré como un globo lleno de helio, sin que nada pueda mantenerme con los pies en el suelo.

Estiro la mano para coger el móvil que está en la mesilla de noche.

Le doy al botón para iluminar la pantalla y veo que son las ocho menos cuarto.

¡Mierda! Tyler se va a cabrear si llego tarde.

Salto de la cama, me quito la camiseta de dormir mientras voy hacia el lavabo para hacer el primer pis del día.

Desayuno rápido, me lavo los dientes, me pongo la pomada en las manos y estoy lista para salir de casa en menos de quince minutos.

Pero cuando abro la puerta, dispuesta a salir hacia la casa grande, está lloviendo a mares.

Busco entre mi ropa y...suerte, cogí un chubasquero.

Corro bajo los chuzos de punta que caen desde el cielo cabreado. Espero que esto no sea un avance del estado de ánimo que tendrá hoy mi *follamigo*. Las pequeñas piedras que cubren el camino hasta las casas de árbol están quedando cubiertas por el río torrencial de agua. Hace tiempo que no veía llover de esta manera.

Por fin, llego a la casa grande. Pero la puerta está cerrada. Me cobijo bajo el porche y miro en dirección a los establos, y doy por hecho que tendré que mojarme un poco más hasta llegar a ellos.

Así lo hago, vuelvo a correr un poco más hasta la entrada de las cuadras. En ese recinto el pavimento pasa a ser de tierra, que mezclada con la cantidad de agua que está cayendo, se convierte en barro.

Deslizante y pringoso barro.

Cuando hago la primera zancada, resbalo, deslizándome intentando mantener el equilibrio durante unos diez segundos interminables, mientras pequeños gritos escapan de mi boca.

—Ay, ay, ay...no, no, no.

¡Ploff!

Hasta que caigo justo delante de la puerta de las cuadras, donde están Alex y Tyler, observando como aterrizo sobre un enorme charco y me empapo entera, si es que aún quedaba alguna parte de mí seca.

Caigo de culos al suelo. Inconscientemente intento resguardarme de la caída, así que apoyo las manos y me hago un poco más de daño al apoyarlas, y eso que llevo los guantes puestos.

Bueno, ya no voy a poder evitar que me vean hacer el ridículo más, así que para qué molestarme en levantarme rápido.

Lentamente, levanto la cabeza y veo dos pares de ojos que me observan desde el resguardo de la madera.

Pero solo unos ojos verdes son capaces de atravesar todas las capas de ropa que me cubren: el chubasquero, el jersey de lana, la camiseta térmica, el pantalón vaquero y la ropa interior.

Alex es el primer en salir a ayudarme.

Camina bajo la lluvia los tres metros que me separan de las cuadras.

—Vamos, muchacha, dame la mano.

—Me hice daño ayer, mejor cógeme de la muñeca —grito para que pueda oírme, el sonido de la lluvia es estridente.

Levanto mi brazo y Alex coge de donde le he dicho con sus grandes dedos.

Estira con tanta fuerza que me levanta de un tirón consiguiendo que impacte contra su cuerpo. La verdad es que Alex está muy bien físicamente hablando.

Abre el ala de su chaqueta para resguardarme con ella y siento el calor de su cuerpo y su olor cuando me apretuja contra él. Ha estado fumando, puedo olerlo en su ropa.

Me siento algo incómoda, pero no quiero parecer borde con él cuando se ha tomado la molestia de venir a rescatarme del fango y de la lluvia.

—Vamos —empezamos a correr hacia las cuadras, esta vez con su mano en mi cintura y manteniéndome pegada a su cuerpo para que no vuelva a caer.

Empiezo a reír sin control y parece que a él le pasa lo mismo.

—Vaya culetazo has dado. ¿Te has hecho daño? —pregunta una vez ya estamos debajo del resguardo del techo.

Intento controlar la risa y niego con la cabeza.

Mientras Alex me hace dar la vuelta entre sus brazos para ver el desastre en el que se ha convertido mi ropa, me fijo en Tyler, nos está perforando con la mirada.

Sé que se ha enfadado porque llego tarde. Bueno, yo no sabía que iba a llover de esta manera, y tampoco me he dormido queriendo.

El olor a animales, a heno limpio y a cuadra me invade de nuevo, como el día de ayer. Pero hoy me parece más agradable, mezclado con el olor a tierra mojada.

—Buenos días —saludo, con una sonrisa cómplice, sé que Alex está detrás de mí y no puede verme la cara.

Él sigue serio, imperturbable e hipnotizándome con sus preciosos ojos verdes, ojos que hoy parecen más brillantes y afilados que de costumbre.

Lentamente empieza a levantar el brazo, retira el puño del jersey y mira el reloj de muñeca.

Y después me mira a mí.

—Siento llegar tarde —me excuso.

—Llegas casi veinte minutos tarde y además ahora tendrás que cambiarte de ropa, con lo que perderás más tiempo.

Alex aparece delante de mi campo de visión, ocultándome de la mirada asesina de Tyler.

—Ha sido la caída con más gracia que he visto jamás. Las chicas de por aquí no saben caerse como tú.

—Venga, Alex. Las chicas de por aquí se caen como todo el mundo, igual que yo.

Río con él mientras empiezo a bajar la cremallera para quitarme el chubasquero y veo que Ty pone los ojos en blanco al escuchar la tontería que acaba de decir Alex.

Por lo menos el jersey no se ha mojado, aunque del pantalón no puedo decir lo mismo.

—Alex, hoy puedes ir empezando con las baldosas de los cuartos de baño que tenemos que cambiar. Cuando estés de eso podemos ir levantando la

moqueta del pasillo de arriba.

—¿Al final la vas a quitar toda? —pregunta Alex.

—Sí —sí la única respuesta por parte de Tyler.

Mientras habla con él, sigue mirándome a mí. Ahora recuerdo que Alex fue ayer al médico.

—Alex ¿qué tal estás? Ayer fuiste al médico, ¿no?

—Bien. Bien, es posible que me tengan que operar de una hernia pero no es nada importante.

—Oh, vaya. Eso espero.

—Tranquila, preciosa, me han pasado cosas peores que una tripa suelta.

Asiente con la cabeza, un gesto tan del antiguo oeste, que acompañado por la pequeña brizna de heno que lleva entre los labios, me recuerda a esas viejas películas del oeste. Parece un hombre de cincuenta años, más que uno de veinticinco que son los que debe tener.

—Voy a ver si hay algo por ahí que puedas ponerte.

Tyler se va y me deja sola en mitad del gran pasillo del establo.

Dos de los caballos están asomados, con sus largos y musculosos cuellos, moviendo sus colas y con las orejas en punta.

Sus ojos me observan, curiosos, y no sé si debería acercarme a ellos y acariciarlos. El de color negro, que parece ser el más grande, es tan majestuoso, seguramente sea el que domina el cotarro por aquí.

Es precioso, su piel brilla y es imposible resistirse al embrujo de sus ojos negros. Sin pensarlo dos veces me acerco a él lentamente, hablándole como si fuera un bebé, en tono bajo y cariñoso.

—Hola, precioso. Qué grande eres. Pero seguro que eso ya lo sabes.

Parece que la mínima separación que me da la pared de metro cincuenta interpuesta entre el animal y yo es suficiente para que no le tenga el miedo horroroso que le tenía ayer estando dentro de la misma cuadra, sin nada donde resguardarme.

Lo cierto es que no pienso en las consecuencias que pueda tener acercarme tanto a él. No creo que sea peligroso. Si está aquí será porque los clientes pueden montarlo y eso significa que el animal es doméstico y no ataca a nadie.

Levanto el brazo y alargo la mano, acercando poco a poco, la palma a su hocico para que pueda olerme.

Los orificios de su nariz se abren y suelta un suspiro, algo así como una respiración fuerte, pero no me amedrento y consigo posar la mano sobre su piel.

El flequillo le cubre parte de un ojo.

—Eres precioso. Estoy segura de que lo sabes.

En ese momento me recorre una sensación de bienestar que no había sentido jamás. Es como si entendiera su mirada, sus respiros y los movimientos que hace con las patas, aunque solo los oiga y no los esté viendo.

Su tranquilidad me recorre. Él no me tiene miedo y hace que yo no se lo tenga a él.

—¿Qué haces?

La voz de Tyler me sorprende y retiro la mano de inmediato, consiguiendo el brusco movimiento de la cabeza del animal. Parece que no le ha gustado que lo deje tan de repente.

—Lo siento. No sé como ha pasado pero de repente ya estaba con la mano sobre él y tocándolo. Es precioso. ¿Cómo se llama?

—*Iron.*

Trae algo en la mano. Ahora recuerdo que ha ido a buscar algo de ropa para que pueda quitarme el pantalón empapado.

—Póntelo. Te irá un poco grande pero evitaremos que vuelvas a ponerte enferma.

Cojo la prenda que me ofrece y nuestros dedos se tocan. Siento esa corriente imparable que recorre mi cuerpo cada vez que estamos cerca, cada vez que nos tocamos, aunque solo sea de manera superficial.

—¿Dónde...? —empiezo a preguntar.

—A no ser que quieras salir y mojarte de nuevo, puedes cambiarte aquí mismo, no será la primera vez que veo tus piernas.

Sé que es absurdo pero vuelvo a sonrojarme.

—Claro.

Tyler se gira y va hacia el cubo de pintura y el rodillo.

No pierdo más tiempo, me descalzo y me quito los pantalones lo más rápido que puedo, hace bastante frío y siento que empiezan a congelárseme las piernas por seguir con el pantalón empapado puesto.

Son unos pantalones en tonos tierra, unas zonas más claras, otras más oscuras. Son pantalones militares.

Me van largos y anchos, pero con la ayuda del cinturón que también me ha dado, consigo mantenerlos en su sitio. Y el problema del largo lo soluciono haciendo un par de dobladillos.

Me calzo las botas, menos mal que compré unas buenas y no se han empapado.

Vaya pintas que tengo con esta indumentaria.

—Lista para la misión, señor —le digo, una vez me planto delante de él, haciendo un saludo militar con la mano.

Levanta la mirada y sé que aguanta una sonrisa, por más que intente mantenerse impasible.

Camina hacia mí.

—Si estuvieras bajo mi mando, ahora mismo estarías corriendo veinte kilómetros alrededor de la propiedad y después harías flexiones hasta que tus brazos cedieran y cayeras de cara en el charco.

Me ha aprisionado contra la pared de madera, colocando sus manos a cada lado de mi cabeza, hablando tan cerca de mi cara, que ha vuelto a dejarme inconsciente por su cercanía.

—Prefiero estar debajo tu cuerpo —no sé de donde ha salido esa frase, pero parece ser que la he dicho yo. Y me encanta sentirme así de libre con él.

Sus ojos refulgen fuego y pasión, por más que intente poner cara de cabreo, ya empiezo a distinguir cuando siente una cosa u otra.

—¿Hijo? ¿Tyler, estás aquí?

Su madre.

—Te libras —suspira contra mi boca que estaba desando sentirlo dentro.

—Sí, mamá. Estamos aquí.

Los pasos de Maggy resuenan por el entarimado de madera del establo.

—Mamá, ¿cómo se te ocurre venir hasta aquí con la que está cayendo?

—Hijo, una lluvia no va a impedirme que te vea.

Sonríó al verla, tan bien peinada como siempre, sus dulces ojos azules y su amplia sonrisa. Va bien preparada, con unas botas de agua altas, chubasquero y paraguas. Lo cierra y lo deja apoyado en la entrada.

—Valerie, querida. ¿Qué tal esas manos?

—Oh, bien, Maggy, gracias. Apenas un par de ampollas pequeñas, nada importante.

Sonríó mientras ella observa mis manos entre las suyas y su mirada va desde estas hasta su hijo.

Ha estado a punto de pillarnos con las manos en la masa.

—Hija, eres un diamante en bruto, sirves para cualquier cosa que te propongas. Pero otro día no temas en decirle que no a mi hijo, hay trabajos que están hechos para las manos duras y callosas de un hombre, no para las manos suaves y finas de una mujer.

Miro a Tyler de reojo y él me observa por encima del hombro de su madre. Me gusta que me crea capaz de realizar este trabajo. Nadie me había valorado así antes.

—Lo tendré presente —contesto sonriéndole.

—Hijo, te he dejado preparado algo para comer, no quiero que vuelvas a caer en la costumbre de alimentarte con comida basura. Y, por supuesto, Valerie, puedes comer cada día en casa. Jada no volverá hasta el inicio de la temporada, a principios del mes próximo, le ha surgido un imprevisto familiar, pero eso no significa que no debáis alimentaros como es debido.

—Gracias, Maggy. Ayer me apetecía cocinar y estuve probando mi nueva cocina. Creo que hice comida para un mes entero.

—¿También te gusta cocinar? —pregunta asombrada— se te dan bien todas las tareas que tienen que ver con este negocio. Ojalá mi Tyler encuentre una mujer como tú, dispuesta a llevar con él la carga del negocio.

—Bueno, mamá, ¿qué querías? —pregunta Tyler, tajante. Su leve sonrisa pícaro ha desaparecido de su bonita cara en cuanto su madre ha pronunciado esa frase.

Empieza a verter pintura en la cubeta, como si tuviera prisa por empezar,

cuando no deben ser más de las ocho y media de la mañana.

—Nada, hijo. Solo decirte que tienes la nevera llena de comida. Tu padre tiene hoy la visita con el cirujano, no creo que tarden mucho en operarle esa rodilla. También que mañana tendremos todo preparado para la mudanza. Parece mentira que salgan tantas cosas de esta casa.

—Está bien, mamá. Me organizo para ayudaros mañana con la mudanza y por la comida no te preocupes. Estuve cuatro años en el ejército, creo que soy capaz de prepararme algo.

En ese momento los ojos de Maggy me repasan entera y se fija en los pantalones que llevo puestos.

—¿Llevas unos pantalones de Tyler? —pregunta asombrada.

—Sí, es que me he caído en aquel charco —señalo hacia ese lugar en concreto—. Además no tenía paraguas y he venido desde la casita hasta aquí corriendo.

Su madre nos mira a ambos.

—Y no iba a dejar que se congelara y enfermara otra vez. Ya sabes como se pone cuando tiene fiebre.

Capullo. Menos mal que lo he dicho mentalmente y no en voz alta.

—Claro, faltaría más. Ya sabes que estás en tu casa, cualquier cosa que necesites no tienes más que pedirla.

—Muchas gracias, Maggy. No puede haber mejores jefes que vosotros.

—Bueno, aunque mi marido y yo ya no estaremos por aquí, te quedas con Tyler. Él tiene un poco de mal genio —acaricia el brazo de su hijo— pero estoy segura de que cuando pase el tiempo y os conozcáis bien, no habrá ningún problema. Entre tú y yo, a veces solo necesita que le paren un poco los pies...

—Mamá, estoy aquí, no sé si me ves...

—Sí, hijo, sí. Por eso mismo lo digo. Por cierto, Valerie, querida, mi hija ha preguntado por ti en un par de ocasiones, quizá podrías pasar a verla alguna vez cuando bajes a la ciudad. Parece que esta medicación le ha dado más vitalidad y energías. Hace tanto tiempo que no sentía interés por nada y por nadie.

—Iré encantada. Esta semana tengo pensado ir el sábado a hacer algunas compras, podría acercarme.

—Fantástico. ¡Eres un sol!

Me sorprende otra vez con un abrazo efusivo y un beso en la mejilla.



Mi madre se marcha por fin y puedo ponerme a trabajar de una vez.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta Valerie.

Hoy se ha dejado el pelo suelto. Me gusta como se forman esos rizos alrededor de su bonita cara, el resultado de su pelo rojizo con el color verde esmeralda de sus ojos y la visión de sus labios carnosos es algo que no estoy acostumbrado a ver, menos aún a estas horas de la mañana.

—Si eres capaz de aguantar la cubeta sin que se te caiga de las manos, ya puedo darme por satisfecho.

Pone mala cara, sé que la he molestado insinuando que es torpe, pero me gusta la cara que pone cuando se enfada o se cabrea por algo.

Dos segundos más y mi madre me habría pillado pellizcándole los pequeños y rosados pezones a Valerie. Esto no puede volver a pasar.

Pero, ¡joder! esa energía que me envuelve cuando está cerca o la rozo, me nubla la mente y hace que me empalme en segundos. Es como si el hecho de habernos acostado juntos, en lugar de calmar mis ansias, me haya convertido en un necesitado de ella, de su dulzura, de su sabor, de su aroma, de sus gemidos y de su calor.

Anoche tuve que obligarme a irme de su casa antes de volver a meterme en ella, no habría salido en toda la noche de sus preciosas curvas.

—¿Crees que tu madre nos ha visto?

—Hombre, que yo sepa no se ha quedado ciega.

Entrecierra los ojos y me fulmina con su mirada.

Me subo a la escalera de madera con el rodillo impregnado en pintura.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No, Val. No creo que haya visto como su hijo ha estado a punto de acosar a una trabajadora.

—Bueno, si yo me dejo, no sería acoso...

La mataré. Hoy se ha propuesto atacarme desde primera hora de la mañana, un ataque descarado y a discreción.

—Vamos a dejarnos de tonterías y a darnos caña con la pintura.

Así pasamos el resto de la mañana.

Yo, pintando toda la pared del establo, subiendo y bajando de la escalera, mientras Valerie estaba a mi lado, rellenando de pintura la cubeta cuando esta se vaciaba y comiéndome con los ojos cuando creía que yo no la veía.

Su teléfono móvil ha sonado un par de veces pero no ha querido mirar quién era. Le he dicho que no pasaba nada porque estuviera dentro de su horario laboral, pero ella ha rehusado igualmente.

Sigo pensando en la imagen de ella tocando a *Iron*, no consigo entender que le dé un miedo paralizante un pobre gato y se atreva a acercarse a un semental como *Iron*, y que este se haya dejado tocar por una desconocida. Hasta ahora ni mi padre ha conseguido tocarlo sin temer por su integridad.

Apenas hemos hablado, lo cierto es que no sabía qué decirle sin que al escuchar sus palabras y ver sus labios en movimiento mis pensamientos volaran a otras cosas más interesantes.

Tenemos que tener todo listo en menos de cuatro semanas, y no quiero encontrarme con ningún contratiempo.

—Podríamos haber puesto música. ¿A los caballos les gusta?

—Bueno, prefiero trabajar sin música. La música que a mí me gusta los pondría nerviosos.

—¿Qué tipo de música escuchas?

Bajo la mirada para verla, tiene algunas pequeñas gotas de pintura por la cara y en las manos.

—Rock, heavy, cosas así.

—¿En serio? —pregunta asombrada—. No lo hubiera dicho nunca. No tienes pinta de ...

—¿De qué, Valerie?

—No sé, de rockero, con esas largas melenas, vestidos con chupas de cuero y con motos Harley Davidson.

Rompo a reír en carcajadas. Esta mujer es increíble. Desde luego, con ella no creo que me aburriera jamás.

Bajo de la escalera, estamos llegando al final de la pared y tengo que ir a por otro barril de pintura al cuarto de aperos.

—Nena, no tiene por qué ir una cosa unida a la otra.

—Me gusta cuando te ríes. Y cuando me llamas nena, no lo habías hecho nunca antes.

Dejo los cacharros con cuidado en el suelo y me acerco a ella, lo suficiente, pero manteniendo una distancia prudencial.

—Valerie, nena, llevas toda la mañana tonteando conmigo, jugando conmigo—chupo uno de mis dedos antes de llevarlo a su cara e intentar quitarle una de las gotas de pintura que tiene sobre la punta de su pequeña nariz— y esta noche cuando subas a mi cabaña, tendrás que pagar por el dolor de huevos que voy a tener que soportar durante todo el día, a no ser que vaya a desahogarme antes.

Se ruboriza más que de costumbre, separa sus labios y exhala lentamente, mientras su pecho sube y baja. Sus pupilas se han agrandado y sé que las mías han corrido la misma suerte.

Y, una vez más, reacciona de manera totalmente distinta a lo que espero de ella.

Ríe. Ríe y niega con la cabeza mientras se acerca a la pared

Y yo le voy cerrando el paso, acercándome a ella.

—No puedo subir a tu casa para...tener sexo. ¿Recuerdas a tu gato asesino? No voy a desnudarme con ese animal rondando por la casa.

Apoyo las manos en la pared, una a cada lado de su cara, ella sube sus brazos y los cuelga de mis hombros, mientras mete sus dedos juguetones entre mi pelo, con fuerza. Sé que está conteniendo las ganas que tiene de mí. Sé que aunque se haga la inocente, está deseando explorar, aprender y disfrutar de todo eso que ha tenido vetado durante tanto tiempo.

Siento mi polla dura y apretada contra su cuerpo, y sé que ella puede sentirla

también.

—Ayer me dijiste que harías cualquier cosa que te pidiera, y si hoy has sido capaz de tocar a *Iron*, un semental de varios cientos de kilos, no vas a negarte a tocar a un pequeño felino de diez kilos. Así que, si quieres que vuelva a hacer que te corras, tendrás que perder el miedo a los gatos.

Le doy un suave beso en el lugar donde estaba la gota de pintura que acabo de limpiarle y me separo de ella, dándome cuenta de que la pintura todavía estaba fresca y me he manchado las manos con ella.

Hace pucheros y se queja.

—Tyler, tú mismo, no pienso subir a tocar a tu gato. Me da miedo. Si quieres dejar de tener ese dolor de huevos, ven a verme. Justo debajo del árbol. Sobre las siete tendré la cena lista.

Arquea una ceja en señal de victoria.

—Brujita, brujita. No creas ni por un segundo que vas a ganar esta guerra.

Cojo un mechón de su pelo y estiro de él.

—Aprovecha ahora que ya no llueve y ve a cambiarte. Te has manchado el pelo y la ropa con pintura.

Levanto las manos para que vea que yo también me he manchado.

—¡Oh, no! No habrá quien quite la pintura de mi pelo —dice mientras lo recoge en una coleta lateral con su mano y mira las puntas pintadas de blanco.

—Si quieres puedo ayudarte —me ofrezco—, la ducha de mi casa es especial para eliminar la pintura del cabello. Solo tienes que venir allí cuando acabemos con esto.

—Sé lo que intentas, salvaje animal. Pero no caeré en tu trampa.

Y a continuación hace algo que me deja con la sangre hirviendo en las venas.

Saca la lengua y se lame el labio superior de lado a lado, mientras con una de sus manos recorre parte de su cuerpo, desde un hombro, pasando por un pecho y su vientre, hasta llegar a su entrepierna.

Me giro, resoplando más que cualquiera de mis caballos y camino en dirección contraria a la que ha tomado esta mujer que pretende acabar conmigo.

—Por cierto, Ty, cuando vengas seguimos hablando sobre nuestros gustos

musicales y demás.

Si se cree que voy a ir tras ella, es que tiene mucha imaginación.

Esta tarde, en cuanto acabe con la pintura, tengo cosas que hacer. Aparte de meterme en el despacho y repasar algunos de los papeles que me dejó papá, tengo que llamar a Cindy para quedar este sábado, tenemos un bolo en el hospital de Bolkmale City. Sé que ella ya estará en la ciudad, va a pasar el fin de semana con su novio. Ya veré si puedo irme el viernes por la noche o me tocará madrugar el sábado para llegar a tiempo.

Sea como sea, lo que tengo claro es que voy a tener poco tiempo, y ese tiempo no va a estar dedicado a llamar a la puerta de esta mujer que tiene miedos absurdos e infantiles.

Si quiere tema, subirá. Solo tengo que esperar a que llame a mi puerta para poder disfrutar de nuestra nueva relación.

¿Relación?

Bueno, eso que sea que tienen dos personas que quedan para disfrutar de buen sexo.

Menos mal que no tiene experiencia, si llega a tenerla, no sé qué me habría pasado.

Tengo que reconocer que nunca antes me había sentido tan jodidamente bien, ni me había costado tanto no quedarme en la cama con una mujer, como me pasa con ella.

Unos días de abstinencia no vendrán mal.

Valiente

✓*Olivia: Como van esos avances sexuales, Val?*

Acabo de llegar a casa, por fin es viernes y después de que Tyler me haya dado la noticia de que durante este mes de enero no trabajaré los fines de semana, estoy algo más contenta, aunque también esté exhausta por el trabajo.

✓*Valerie: chicas! qué tal vuestra semana? Yo estoy cansadísima...*

✓*Mary: Guuuuu! El macizo de Tyler es una máquina en la cama, verdad?*

✓*Olivia: Val, eso es fantástico!! Es lo bueno de vivir tan cerca el uno del otro, que en cualquier momento os liais y después a seguir cada uno con lo suyo.*

✓*Valerie: Estáis mal de la cabeza. Las dos. Estoy cansada por el trabajo... y ya que sacáis el tema, hace tres días que no hemos tenido ninguna relación...*

✓*Mary: Qué significa eso de «ninguna relación»? No está en el rancho?*

✓*Valerie: Claro que está en el rancho, pero me tiene trabajando sin parar, quitando cortinas para lavarlas y volverlas a colocar; limpiando lo que ya está limpio una y otra vez... y lo peor de todo es que sé por qué lo hace.*

✓*Olivia: bueno, es tu trabajo, no? Quiero decir, que no debería extrañarte eso, no?*

✓*Valerie: sí, no debería pero resulta que los dos primeros días de la semana me hizo estar en las cuadras de los caballos, ayudándolo y trabajando allí con él, codo con codo...y bueno, creo que tenemos una especie de apuesta por la que él no vendrá a buscarme y espera que sea yo la que vaya a por él. Pero no pienso hacerlo...*

✓*Mary: ni se te ocurra. Si quiere estar contigo que venga él a buscarte, me oyes?*

✓Olivia: ídem a lo que te ha dicho Mary pero, explica el motivo de la apuesta.

✓Valerie: la puesta viene porque él quería que fuera a su casa una noche y le dije que no, tiene un gato.

✓Mary: Val, me estás diciendo que estás perdiendo oportunidades de acostarte con ese semental de hombre solo porque tiene un gato??

✓Olivia: Santa Claus y gato... no puede haber peor combinación para nuestra zanahoria favorita.

✓Valerie: bueno chicas, ya está bien, no? siempre os reís de mí.

✓Mary: cariño, no puede meterlo en otra habitación y así que no os moleste?

✓Valerie: por poder, puede. Lo que pasa es que cuando me droga de esa manera, soy capaz de decir la mayor de las tonterías.

✓Olivia: que te droga???

✓Mary: qué quieres decir exactamente con que te droga??

✓Valerie: me refiero a cuando me mira de esa manera cuando estamos juntos, a como me hipnotiza con sus ojos y mi cuerpo parece que solo reacciona ante su tacto, su mirada y su calor. Le dije que cuando me mira así sería capaz de hacer cualquier cosa que me pidiera... pero no lo hice conscientemente, no pretendía que él lo supiera y parece que se lo ha cogido al pie de la letra. Me vio tocando a su caballo y, como no me dio miedo hacerlo, ahora cree que puedo tocar a su gato... es más, quiere que toque a su gato si no él no me tocará a mí.

✓Mary: Olivia, estás viendo lo mimo que yo?

✓Olivia: Ya lo creo!

✓Valerie: qué? qué estáis viendo?

✓Mary: no te has dado cuenta de nada?

✓Valerie: de nada como qué?

✓Olivia: algo como que estás enamorada hasta las trancas de ese hombre?

¡¡Ay Dios!! Eso no puede ser.

✓Valerie: eso no puede ser.

✓Mary: Nenita, ya lo creo que puede ser. Es más, es.

✓Olivia: y mucho.

✓Valerie: lo vuestro ya es de especialista. No estoy enamorada de Tyler. No puedo estar enamorada de Tyler.

✓Mary: a ver, cariño mío, por qué no puedes enamorarte?

✓Olivia: eso, explícate porque así a simple vista no es algo imposible.

✓Valerie: no puedo porque no. Porque hace menos de cuatro meses de lo de Brad...

✓Mary: a Brad ya lo has olvidado, no digas tonterías. Tyler besa como Brad?

✓Olivia: qué sientes cuando te besa?

✓Valerie: siento que me elevo, que solo me mantengo con los pies en el suelo porque sus brazos me anclan a la Tierra y a su cuerpo...siento cada gramo de oxígeno recorrer mi torrente sanguíneo...pero es es solo pasión. No?

✓Mary: podría ser. Pero yo creo que no. Estás deseando tocar a ese gato si con eso consigues que él te toque a ti, dime la verdad?

✓Olivia: te estás planteando tocar al minino. Val, cógetelo por la parte positiva, matarías dos pájaros de un tiro: te quitarías el miedo y las ganas de Tyler. Los miedos hay que erradicarlos de golpe.

✓Valerie: pero con eso, una vez más solo demostraría que después de años de no tener sexo, ahora tras encontrar a un buen amante, tengo deseos de seguir y seguir... pero no me he enamorado.

✓Mary: Val, hazte esta pregunta: si encontraras a otro hombre que te diera en la cama lo que te da Tyler, te acostarías con él?

¿Me acostaría?

Intento imaginarme debajo del cuerpo de otro hombre, que sean otros labios los que muerdo y me muerden, que sean otras manos las que me excitan, otros ojos los que miro cuando estoy a punto de llegar al clímax.

No. No me gustaría que fuera otro más que él.

Los whatsapps de las chicas siguen entrando mientras yo medito esa maldita pregunta.

✓Valerie: Vale, no. No me gustaría. No puedo imaginarme en ninguna de esas situaciones si no las comparto con él.

Bueno, acabo de reconocer que estoy enamorada de este hombre.

De un hombre que no quiere nada más que pasarlo bien conmigo. Pero no, me niego a reconocer que es cierto. Da igual que no quiera hacerlo con otro, eso es solo porque él lo hace bien y está disponible, si me interesara por otro seguramente sería capaz de tener alguna aventura.

Con Tyler es práctico, es uno de los beneficios de vivir dentro de la misma propiedad, de trabajar juntos. En cualquier momento puede arrinconarme en un cuarto de ateros, bajarme los pantalones y hacer que me corra. Si estuviera liada con otro no sería tan fácil, pero nada más.

✓Valerie: pero eso no significa que esté enamorada. Lo siento chicas, tendré menos experiencia sobre sexo, pero conozco mis sentimientos, no

estoy enamorada de Tyler. Es borde y autoritario, menos cuando está distrayéndome...

✓Olivia: y ya vemos que se le da bien distraerte...jajaja

✓Mary: apostamos algo a que en tres meses estáis como pareja formal?

✓Olivia: doscientos dólares a que están juntos.

✓Mary: otros doscientos. Valerie? qué dices? si tan segura estás de ti misma...

✓Valerie: no solo es que esté segura de mí misma, sino que estoy segura de que él no quiere nada serio conmigo, es solo sexo, no amor. Así que, veo vuestra apuesta y la subo a quinientos. Me vendrán bien esos mil dólares. Iré pensando en qué los voy a gastar.

Dejo el teléfono cargando sobre la mesilla al lado del sofá, y perezosamente, voy hacia la ducha.

Mañana aprovecharé para ir de compras a la ciudad. Ya llevo dos semanas viviendo aquí y todavía no he tenido tiempo para darle mi toque personal a esta monada de cabaña.

Lo cierto es que tiene su encanto por sí sola, no necesita de mucho para ser perfecta. Una de las cosas que más me gusta es que estoy rodeada de naturaleza, aun siendo una chica de ciudad, me gusta escuchar el leve canto de los pajarillos por la mañana; la manera que tiene de colarse dentro toda la naturaleza que me rodea cada vez que abro la puerta. Estoy deseando que llegue el buen tiempo para poder darme unos baños en el lago, aunque tenga que ir a escondidas por las noches.

Pensando en esto, parece contradictorio que me den miedo unos animales tan pequeños como son los gatos y en cambio no me den miedo los caballos ni nadar de noche en un lago. Quizá debería ir a un psiquiatra y que me explique el por qué de esos traumas.

Llevo todo el día pensando en mi madre y las niñas. Después de nuestra conversación fallida el día de fin de año no se ha puesto en contacto conmigo, ni yo con ella. Creo que voy a llamarla.

Le doy al botón de llamada directa y cuando creo que no va a contestar, lo hace.

—¿Diga?

—Mamá, soy yo. ¿Qué tal estáis?

—Oh, Valerie, hija. Bien, como siempre. Preparando la cena para Aaron y las niñas.

Antes cocinaba muchas noches yo.

—¿Tienes algún compromiso, mamá? Como dices que cocinas para ellos y no te incluyes.

—No, Valerie, no. Desde que destrozaste tu compromiso con Brad ya no tenemos muchas cenas ni salidas —siempre atacado—. Aaron ha hecho un buen cliente y nos ha invitado a pasar el fin de semana en su casa.

—Genial, espero que lo disfrutéis. ¿No vas a preguntarme cómo estoy yo?

Me duele que sea así, ya tendría que tenerlo superado. No sé en qué momento se rompió la unión que teníamos entre las dos.

Siento que las mismas lágrimas traicioneras de siempre se agolpan en mis ojos.

—¿Llamas para volver a casa? Hace dos días que vi a Brad en el centro, estaba tan serio. Sigo creyendo que si volvieras y le pidieras perdón te aceptaría...

No aguanto más, dejo caer las lágrimas y le grito todo lo que tengo que decirle.

—¡Mamá, ya está bien! No voy a volver con él, y no solo porque yo no quiera si no porque él mismo no quiere. Y si tanto te duele verlo serio, la próxima vez que lo veas, o no, mejor todavía, llámalo ahora mismo y pregúntale tú misma el motivo por el que se canceló nuestro compromiso, pregúntale por qué está tan serio. Te aseguro que no tiene nada que ver conmigo.

—Valerie, veo que sigues en ese modo impertinente y pasota de siempre.

—Te lo diré solo una vez: soy más feliz ahora de lo que nunca lo he sido en estos años, mamá. En estos años en los que has intentado hacer de mí alguien que no soy, alguien que te hubiera gustado ser a ti. No encontraste el hombre de buena posición que te mantuviera y regresaste a casa de los abuelos conmigo dentro de tu vientre pero sin un padre. Eso puede pasarle a cualquier mujer, pero no a la doctora Ava Davis —me interrumpe varias veces durante mi incesante discurso— pues sí, Ava Davis, te pasó a ti y no deberías arrepentirte tanto, tendrías que dar gracias de que no sea una drogadicta, ni un despojo de la sociedad. Gano mi sueldo, pago mis facturas y trabajo a diario con ganas y satisfacción. Si algo no lo sé hacer, pregunto y pruebo, y lo mejor de todo es que me quieren y valoran, mamá. Sobre todo que me valoran tal y como soy, sin querer convertirme en otra persona.

—¡Valerie Jane Davis!

—Mamá, ya no sirve de nada que me grites diciendo mis dos nombres, no me asustas.

Me limpio la cara con el dorso de la mano y me levanto a buscar un pañuelo para sonarme.

—No te permito que me hables así, ¿me has oído? toda la vida he intentado darte lo mejor, una buena educación y un buen ambiente familiar. Hasta que tú decidiste que no querías seguir estudiando, y después has rechazado al único hombre decente que podría quedarse contigo...

—¡No soy un mueble, mamá! Por todos los santos, ¡soy una mujer! ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no tengo siete años?

—Mira para lo que sirves ahora, por lo menos con Aaron trabajabas en el negocio familiar, llevabas las cuentas con su supervisión, pero ahora, mira donde te ves, limpiando en un hotel de pésima categoría.

—Pues en este hotel de pésima categoría he encontrado a un hombre que me hace sentir mujer, mamá, más de lo que nunca consiguió Brad —oigo el suspiro de sorpresa—. Y soy tan válida desarrollando mis tareas como si lo hubiera hecho durante toda mi vida, soy feliz aquí y el día que me marche a otro lugar no será para volver a tu casa ni para que me mantenga ningún hombre respetable de esos que te gustan a ti. Para eso ya estás tú.

Cuelgo.

Dejo salir todo el aire que me queda en los pulmones.

Inspiro y expiro tres veces, con los ojos cerrados, manteniendo la espalda recta.

Orgullosa de mí misma, satisfecha aunque algo dolida, me levanto para lavarme la cara con agua fría y me decido a preparar unos cupcakes de manzana con cobertura de crema de queso.

Después volveré a ver *Tenías que ser tú*, no sé cuántas veces la he visto, pero creo que ahora tiene un significado diferente para mí.



Sábado por la mañana, conduciendo de camino a Bolkmale, y está empezando a nevar, espero que no empeore la previsión del tiempo.

Tengo mil cosas en la cabeza: la operación de mi padre será dentro de un mes, justo al inicio de la nueva temporada; las reuniones con algunos proveedores, o mejoran los precios o trabajaré con otro; y el tema más recurrente en las últimas semanas. Valerie.

Hace tres semanas que parece que el único pensamiento repetitivo y fijo en mi mente es esta mujer. Esta semana la he mantenido alejada de mí a propósito, no quería tener la tentación cerca para no perder la apuesta, y creo que ha sido muy buena idea. Esta noche quizá salga a darme una vuelta y, muy mal tendría que darse la noche, para no amanecer en la cama de alguna chica con la que tener sexo igual de satisfactorio que con la bruja pelirroja.

Ayer fui a ver a la viuda de Billy, vive cerca de casa. Su hijo ha cumplido nueve meses, el pequeño Bill tiene los mismos ojos curiosos de su padre. Y están llenos de vida, eso es lo más importante.

Sigue recibiendo la ayuda familiar que dan a las viudas y huérfanos de los caídos. Gracias a Dios que conseguimos que el tribunal aceptara hacerle la prueba de paternidad obtenida gracias a los cepillos de dientes que Billy siempre llevaba consigo, decía que eran importantes, y vaya si lo fueron. Al

no estar casados iban negarse a reconocer que el niño era suyo, todo para ahorrarse unos miles de dólares cada año, y ese maldito neceser fue lo mejor que pudo dejarle a su hijo y a su mujer.

Ya estoy llegando al hospital, dejo de lado todos los pensamientos que me rondan y me centro en la próxima hora.

Darles un rato de alegría y felicidad a estos pequeños que lo están pasando mal es la mejor de las terapias que pueda tener.

Una vez me pinto la cara, me coloco la nariz de goma roja, el gorro y la peluca y los pantalones de colores con tirantes, dejo de ser Tyler para convertirme en *Popi el payaso*.

A la vuelta ya tendré tiempo de volver a pensar en todo.

Y en Valerie.

La risa tonta

La nevada en Bolksmale ha sido tan fuerte que por poco no tengo que quedarme allí a pasar la noche. Menos mal que no me he entretenido.

Porque si me hubiera entretenido más con Judd, la enfermera morena de ojos almendrados y pechos operados, seguramente ahora estaría pasando estas horas, mientras dura la tormenta, acostándome con ella.

Y es que cuando hemos acabado la función y a Cindy ha venido a buscarla su novio, el nuevo y flamante traumatólogo del hospital, a mí me estaba esperando la enfermera dispuesta a hacerme unas curas.

Durante la función he visto que me observaba, pero no me ha dado por pensar que ella estaba pensando en otras cosas.

Cosas tales como meterme en uno de los cuartos de enfermeras y tirarse a por mí de manera directa. Por directa me refiero a que después de abrirse los dos botones superiores de su uniforme y coger una de mis manos para que la tocara, ha metido una de sus manos en mis pantalones de disfraz, con lo amplios que son no ha tenido mucha dificultad en llegar a donde quería, y rodearme la erección con su hábil mano.

Al principio me he empalmado, ya la veía con las manos apoyadas en la puerta y hundiéndome en ella desde atrás, pero cuando se ha puesto de rodillas delante de mí, después de bajarme los pantalones, mi sangre ha vuelto a su sitio y no ha habido manera de acabar con aquello.



El día ha sido productivo. He dormido hasta las tantas, cosa que hace días que no hacía y después he bajado a la ciudad a por algunas cosas.

No todas se considerarían necesarias pero, da igual, tenía ganas de ir de compras. Me he comprado unas botas de agua altas, veo que aquí me van a hacer falta; un par de jerseys de lana; cojines para el sofá y para la cama; una tarrina de helado de chocolate belga, esto sí se considera necesario, entre la fase de ovulación y la fase de regla es cuando más ansiedad tengo, y dado que llevo cuatro días sin tocar a Tyler, quizá deba ir pensando en alguna

alternativa. Las chicas estarían orgullosas de mí, de no ser porque perderán quinientos euros cada una cuando vean que pasa el tiempo y lo mío y Tyler queda en algo bonito que recordar.

Lo cierto es que anoche estuve a puntito de enviarle un mensaje, incluso lo tenía escrito, pero al final controlé mis impulsos y no lo hice.

Antes de irme he sentido la extraña necesidad de entrar en el establo para ver a los caballos, allí estaba *Iron*, con su enorme cabeza negra asomando por la puerta, ha sido como si estuviera esperándome. Tenían agua limpia y comida, así que supongo que Tyler debe haber ido a verlos antes de marcharse a donde quiera que haya ido.

Después de comprar he ido a comer a casa de los padres de Mary, se alegran mucho de que esté contenta en el trabajo. También me ha comentado Emma, la madre de Mary, que mi madre la llamó esta mañana temprano para preguntarle si me veía.

Después de las cosas que le dije ayer no quiero volver a pensar sobre ese tema. Emma es muy diplomática y jamás se metería en esta discusión.

Mientras estaba en su casa he llamado a Maggy para ir a verla a casa de su hija, donde ella y James pasan la mayor parte del tiempo, pero no ha contestado al teléfono, así que hace nada que he llegado a casa, y estoy colocando todo en su sitio y pensando en qué haré para cenar.

Finalmente me decido por un algo rápido y ligero, un sandwich vegetal de pavo, huevo y mayonesa.

Ceno tranquilamente sentada en mi pequeño pero cómodo sofá, mastico lentamente, saboreando cada gusto diferente en mi paladar, disfrutando del silencio, de la paz, de la tranquilidad. Siendo consciente de que soy feliz con lo que hago y de la manera que lo hago.

Es pronto así que decido que podría darme un baño relajante y estrenar una de las bolas de sales con olor a pétalos de rosa que he comprado en la perfumería. Ha sido uno de los caprichitos que me he permitido con mi primer sueldo. Después tendré sesión de manicura y pedicura.

Posiblemente Tyler se ría de mí cuando me vea las uñas de las manos pintadas, sobre todo con ese precioso tono burdeos. Ahora ya no se mete

conmigo por mi vestimenta ni por mi calzado, lo cierto es que para trabajar y moverse por el rancho es mucho mejor hacerlo con las botas o con las deportivas y vestida con unos cómodos pantalones vaqueros y algo de abrigo.

Tengo ganas de que llegue la primavera, los jardines y parterres estarán preciosos con todas las flores que intuyo que plantará Tyler. Esta mañana antes de irme he estado dando una vuelta por esta zona boscosa de la propiedad y he seguido un pequeño sendero casi invisible por la pinaza que lo cubre, y he conseguido llegar hasta el lago. El prado que lo bordea, ahora muy desmejorado por la temporada, es precioso. Lo sé porque he visto las fotos que tienen Maggy y James en su despacho, aunque creo que esas imágenes tienen unos cuantos años. Ya puedo sentir el olor a hierba fresca y el sol dorando mi piel.

Dejo las ensoñaciones para otro momento y me voy hacia el cuarto de baño para darme ese baño relajante que me merezco.

Una vez llena la bañera de agua bien caliente, me aseguro de cerrar la puerta del baño, la última vez que quise darme un baño me encontré con unos ojos salvajes y un animal peludo mirándome.

Dejo caer la bola de sales dentro del agua caliente y voy desnudándome. Tengo a mano todo lo que necesito: el jabón que también he comprado hoy; la maquinilla para depilarme las piernas; las toallas, una para ponerme ahora en la nuca y así poder apoyar la cabeza en ella y otra para secarme después; y una copa de vino blanco que me ha apetecido tomarme.

El agua está algo más caliente de lo que me gusta pero así tardará más en enfriarse. Fuera el ambiente es cálido gracias al fuego que arde en el hogar, me encanta que mi espacio sea tan acogedor, en un momento se caldea. La construcción a simple vista puede parecer sencilla, que lo es, pero está perfectamente aislada y protegida contra las inclemencias del tiempo.

Doy un sorbo a mi copa de vino y me relajo hundiéndome dentro del agua, moviendo cadenciosamente la mano sobre la espuma que se ha formado gracias al jabón, dejándome transportar por el olor de pétalos de rosa que me envuelve. Cierro los ojos y escucho los truenos que suenan lejanos,

amenazando con otra tormenta. Pero aquí estoy segura, calentita y feliz, dentro de mi pequeña cabaña.

Pienso en Tyler, en cada momento desde que nos conocimos; en la manera que me paralizaba, y de vez en cuando sigue paralizándome, cuando me mira. Recuerdo que le dije que me daba miedo, por sus ojos, pero creo que en realidad me daba miedo por lo que sabía que podía hacerme sentir.

Jamás había sentido con ningún hombre esa electricidad, esa energía que me impulsa a él, es, simplemente, algo que no puedo entender, o no quiero entender.

Recuerdo la conversación con las chicas, esa estúpida apuesta. He pensado en ella a lo largo del día y creo que cabe alguna posibilidad de que la pierda, si tenemos en cuenta mis sentimientos, es muy posible que necesite pedir un préstamo para pagarla.

Me da miedo reconocerlo pero, sí, siento algo más que pasión por Tyler, y no sé como reaccionar a eso. Quizá debería ser sincera y decírselo; pero otras veces creo que tal vez debería estar segura de lo que siento, porque también cabe la posibilidad que simplemente sean mis hormonas alteradas y nada más, después de la sequía he encontrado el manantial de mi deseo y no quiero perderlo.

Aunque después está la parte en la que recuerdo la tarde cuando lo vi con la otra chica unas horas después de que nos acostáramos por primera vez. Y unos sentimientos que tampoco había experimentado antes me oprimen el estómago. A Brad lo había visto muchas veces comiendo con su secretaria, con la fiscal o con cualquier otra mujer, y jamás había sentido esa presión en los pulmones, esa falta de aire y rabia contenida.

Tengo claro que él es libre para hacer lo que le plazca, pero creía que durante el tiempo que estuviéramos enrollados no tendría que comerme las babas de otras mujeres. Quizá deberíamos aclarar ese punto en nuestra relación de *follamigos*.

Por otra parte está el trabajo, que ni quiero ni puedo perderlo. Supongo que ser adulta e independiente conlleva estos quebraderos de cabeza y otros.

Bebo un poco más de mi copa y apoyo la cabeza sobre la toalla, poniéndome

cómoda.

Saber que puedo darme placer a mí misma sin tener que reprimir mis jadeos por miedo a que mi madre los escuche es muy placentero, casi tanto como el mismo hecho de tocarme íntimamente.



Estoy a punto de entrar en su casa.

Sí, al final parece que voy a ser yo el que pierda la maldita apuesta, aunque quizá solo la provoque un poco y me marche a casa.

Estoy cabreado. Conmigo mismo, claro.

Ella no ha hecho nada. Bueno, si no tengo en cuenta que no puedo dejar de pensar en ella y que no he dejado que una tía imponente me hiciera un trabajito rápido porque la maldita bruja pelirroja estaba metida en mi mente.

Me he tomado dos whiskys, y sigue estando dentro de mí. Es como si el color ambarino del licor fuera ella en estado líquido, se me ha metido en la sangre y yo sé que las borracheras se pasan con el tiempo, y eso es justo lo que me pasa con ella, necesito tiempo para saciarme de ella. Mientras tanto no voy a seguir con este absurdo juego del gato y el ratón, nunca mejor dicho.

Llamo a la puerta, impaciente, doy dos golpes más, pero no abre. Así que saco mi llave y, una vez dentro, cierro con cuidado.

El fuego del hogar arde voraz, solo tiene encendida una pequeña lámpara.

Giro hacia la habitación y el cuarto de baño, y bingo, la luz que sale por debajo de la puerta del baño me indica que está ahí.

Y, maldita sea, si lo que acabo de escuchar no es un gemido saliendo de la boca de Valerie.

—¡Mmmm!

Un sonido dulce pero profundo que hace que mi antes dormida erección vuelva a la vida, es como si ella fuera el pastor y yo su perro obediente.

Otra vez otro jadeo contenido que me hace cerrar los puños a los costados y pensar las formas más horribles de causarle dolor al tipo que me encuentre ahí

dentro con ella.

No puedo controlar esto. Hace cuatro días que no la toco y ya se ha buscado a otro para follar. No me lo esperaba.

Estoy a punto de explotar, como el rayo que acaba de surcar el cielo.

No lo pienso más y en dos pasos me planto delante de la puerta, cojo el pomo y abro lentamente.

Y me encuentro con la imagen más erótica y divina que un hombre pueda ver.

Valerie, metida en la bañera, los ojos cerrados, sus mullidas pestañas descansando sobre sus pómulos, mientras sus labios entreabiertos dejan escapar el aire y sonidos que reclaman mi atención y mis instintos.

Sus rodillas separadas, una de sus manos sube y baja entre sus piernas, mientras pequeñas olas de espuma se mecen acariciando su cuerpo suave y curvilíneo.

Entre mis piernas algo aprieta y purga por salir de inmediato y poder sustituir a ese pequeño dedo que Val está utilizando.

Sin aviso previo, abre los ojos y se asusta. Deja de tocarse, y antes de que hable, hablo yo.

—No pares. Sigue tocándote, me gusta ver cómo lo haces.

Sus mejillas encendidas, por la temperatura y por la vergüenza que sé que siente.

—Ven conmigo —suplica.

Y eso es suficiente para que no me lo piense ni un segundo más y acuda a ella.

Me descalzo en un santiamén y me quito los calcetines, consiguiendo mantener el equilibrio mientras su mano sigue subiendo y bajando.

Tiene los ojos apretados e intenta mantener los labios cerrados para no delatarse más. Aunque eso sea imposible.

Aguantando el peso de mi cuerpo con los brazos, me inclino sobre ella y le muerdo los labios.

Es algo instintivo, necesito sentir que la mantengo en el sitio, que no podrá escaparse mientras estoy aquí con ella.

—Fóllame —pide mirándome intensamente.

—No. Hoy quiero verte y después lo haremos despacio, sin prisas. Voy a estar contigo todas las horas, hasta que consiga saciarme de ti.

Su mano sigue moviéndose, cada vez con más velocidad.

—Hueles a rosas frescas, sabes a cerezas dulces... eres irresistible.

—Has estado evitándome durante todos estos días —se queja—. No he podido resistirme a tocarme pensando que eran tus manos las que lo hacían.

¡Joder!

Me meto dentro de la pequeña bañera, vestido y empalmado, luchando por controlarme y darle todo el placer que se merece, las otras veces han sido aquí te pillo aquí te mato, y quiero disfrutarla despacio.

Ríe al verme empapado sobre su cuerpo.

—Lo sé, lo sé, brujita. Pero lo vamos a solucionar. ¿Te has relajado lo suficiente en esta bañera? Porque voy a sacarte ahora mismo de aquí.

—Estás loco —dice mientras me pongo de rodillas y la ayudo a sentarse.—
Loco de remate.

Sus manos van hacia mi camisa, quiere desabrochar los botones, y si fuera por mí, los arrancaría. Está más guapa que nunca, con el pelo pegado a la cara, empapada y dispuesta. Restos de espuma resbalan por sus pechos y su vientre. Me encanta esa redondez que se le forma en sus caderas, es tan sensual.

Le separo las piernas con mi rodilla y llevo una de mis manos hacia el lugar donde se estaba tocando ella misma.

Me introduzco en ella directamente, está a punto de correrse.

Deja caer la cabeza hacia atrás y me ofrece los pechos y la boca, en una silenciosa súplica que no puedo desatender.

Mientras mi dedo sigue entrando y saliendo de ella, atrapo un pezón y estiro con fuerza de él, consiguiendo que sus manos vayan a mi cabeza y ella tire a su vez de mi pelo.

—Eso es, córrete para mí, Valerie.

Sus dedos se enredan en mi pelo y vuelve a tirar con fuerza cuando la muerdo en ese mismo pezón, marcándola, haciéndola mía. No quiero que ningún otro hombre la toque o la posea de esta manera.

—Eres solo para mí. Esto —recalco mientras busco y froto su punto G—

esto es únicamente para mí.

Y así, sus espasmos me aprisionan y se libera en mi mano.

No espero más, no quiero darle tiempo para que se arrepienta o le dé tiempo a pensarlo.

Me pongo de pie mientras la ayudo a levantarse también y empiezo a desnudarme.

Salgo de la bañera chorreando agua por el suelo y la cubro con una de las toallas que tiene preparadas.

—¿Cómo has entrado? —pregunta mientras la envuelvo.

—Es una de las ventajas de ser el dueño, tengo la llave maestra que abre todas las puertas.

La cojo de una mano y empiezo a caminar hacia su habitación, tirando de ella que va a paso de tortuga, o tal vez sea yo el que quiere correr demasiado.

—¿Así es como entras en las habitaciones de las chicas, no?

—Sí, pero a la única que he pillado masturbándose y pensando en mí has sido tú.

Ahoga un gemido.

Le doy la vuelta, colocándome detrás de ella, y le retiro el cabello hacia un lado, dejando a la vista su precioso y fino cuello, el cual no puedo resistir morder.

Su cuerpo impacta en el mío cuando mis dientes marcan su piel.

—Me gusta que me muerdas —susurra en un jadeo.

Tiro de la toalla, dejándola completamente desnuda delante de mí.

Siento su piel cálida y suave frotándose contra mi cuerpo. Ese culo redondo y respingón está buscándome. Con una mano le acaricio los pechos mientras con la otra masajeo sus firmes nalgas.

Se remueve entre mis brazos y se gira, quedando cara a cara.

Es jodidamente perfecta.

Ahora no puedo pensar, es más, no quiero hacerlo.

Es solo sexo.

Adictivo, magnífico e increíble sexo.



Sus ojos están fijos en los míos, ya no me asusta ni paraliza, al contrario, me proporciona la confianza suficiente para sentirme osada y deseada, para actuar sin pensar primero en si es o no correcto.

Me tiene retenida entre sus fuertes brazos, me gusta como huele su piel, huele a hombre, a limpio y a una mezcla de algo que no alcanzo a descifrar, pero es irresistible y no puedo contener las ganas de acariciarle los pectorales mientras me impregno de su olor.

—Quiero tocarte.

Con dos de sus dedos me levanta la barbilla, inclinando mi cabeza hacia atrás para besarme vorazmente.

Acerca un dedo a mi boca y lo pasa por mis labios, mientras a mí me cuesta mucho aguantar las ganas que tengo de morderlo.

Así que sin pensarlo más, lo hago.

Introduce el dedo en mi boca y sé a lo que estamos jugando, esto es lo más erótico que he hecho jamás, y me encanta que sea ahora y con él.

Me siento segura de mí misma, no tengo la necesidad de apartar la mirada de la suya. Me gusta lo que veo, un hombre hambriento de mí, sus ojos están casi negros de pasión y deseo.

—Soy todo tuyo, Valerie. Haz conmigo lo que quieras.

Con una mano voy acariciando su duro vientre hasta que me encuentro con su caliente y dispuesta erección. En ese momento, cuando lo abarco en mi mano, absorbo con fuerza el dedo que sigue en mi boca.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer. No tienes que demostrar nada, me encantas tal y como eres.

Lentamente me agacho delante de él hasta quedar de rodillas y lo hago mío.

Sin saber cómo, lo hago. Es algo instintivo, primario y animal. Lo acojo en mi boca y me deleito en su sabor salado y en su calor.

—¡Por todos... Oh Dios! —exclama.

Paro de inmediato y levanto la mirada hacia él.

—¿Lo estoy haciendo mal?

Su mirada nublada se fija en mi cara mientras sus dedos revuelven mi pelo húmedo.

—¿Mal? No —la expresión de su cara es de adoración—. ¿Sigues un poco más? —mueve las caderas dándome con ella en los labios.

Y sin pensarlo dos veces, saco la lengua y lamo todo lo que me da, mientras nuestra mirada sigue conectada.

Los sonidos que hace desde lo más hondo de su garganta, sus movimientos lentos y cadenciosos acariciándome, y los sonidos que voy emitiendo yo misma, me sobrepasan de tal manera que me despisto y pierdo el control de la situación, y acabo mordiéndole justo en el glande.

Emite un sonido de dolor contenido y se retira de mí.

Lo miro, desde abajo, aguantando una risa tonta que me ha dado justo en este momento.

—¿Lo has hecho a propósito? —pregunta muy serio.

Niego, moviendo la cabeza y con la sonrisa tonta todavía bailando en los labios.

—Yo creo que sí —mierda, ¿se ha cabreado? No, no creo.

En ese momento se agacha y me recuesta sobre el suelo de madera, quedando él sostenido sobre mí.

—Tú lo has querido así, Valerie. Si quieres jugar a morder, morderemos los dos.

—¿Vamos a hacerlo en el suelo?

No contesta. Pero tampoco hace falta, lo veo en su mirada.

Se hace un hueco entre mis piernas, rozando descaradamente su pene con la humedad de mi necesitado sexo, mientras sus dientes, sus labios y su lengua recorren mi cara, cuello, pechos y vientre, llegando justo a ese lugar en el que se concentra toda mi energía y mi calor.

Atrapa el botón de mi clítoris entre sus labios y pierdo el control.

Juega, chupa, lame y toca todo lo que quiere y cómo quiere, haciendo que enloquezca y acabe mordiéndome el puño para no gritar.

—Grita. Quiero oír como gritas mi nombre cuando acabe de comerte el coño.

Y así, con esa palabra, estallo en su cara, gritando su nombre y vibrando en el suelo debajo de su cuerpo.

Poco a poco nuestra respiración se va calmando.

—¿Lo he hecho bien? —pregunto mientras él sigue duro dentro de mí.

Eleva la cabeza y me roza la nariz con la suya.

—Me vuelves loco, Valerie. He estado a punto de correrme en tu boca, si llegas a seguir durante unos segundos más hubiera tenido que avisarte.

No sé por qué esa confesión me incendia desesperadamente.

—Otro día podemos probar hasta el final, como cuando tú me lo haces a mí.

Mueve sus caderas impactando en lo más hondo de mi ser.

—No sabes cuánto me alegro de que Brad sea gay.— Dice de modo triunfal antes de volver a besarme.

*En mitad de
la noche*

Nuestras piernas están enredadas, mi cabeza apoyada en su pecho y sigo rodeada por su brazo después de nuestro último orgasmo.

—Todavía no se han ido —susurra contra mi cabeza.

—¿Quiénes?

—Las ganas de poseerte —dice mientras sus dedos juegan con mi pelo.

Sonrí contra su piel, estoy exhausta. Siento músculos de mi cuerpo que ni siquiera sabía que existían, pero soy feliz. Muy feliz.

—Las mías tampoco —reconozco en voz alta.

Se mueve y quedamos los dos de lado, cara a cara.

Está despeinado, con los labios algo rojos e hinchados por los besos salvajes que nos hemos dado, siento los míos de la misma manera.

—Está bien esto de ser *follamigos*.

Sonríe mientras me aparta un mechón rebelde de la cara.

—Eres preciosa, no dejes nunca que nadie te diga lo contrario.

Su mano se queda unos segundos más acunando mi cara, con dos dedos justo donde palpita la vena de mi cuello.

—Vamos a levantarnos ya del suelo, tengo la espalda rota.

Hace un gesto de falso dolor y no puedo evitar darle un casto beso en la punta de la nariz.

Se levanta ágilmente de un salto y me ayuda a levantarme tendiéndome una mano.

—Tumbate, quiero darte un masaje.

Le acaricio los pectorales y esa fina línea de vello negro que desciende hasta su entrepierna.

—Vas a matarme de placer —sonríe tiernamente y me da un beso en los labios.

Una vez tumbado boca abajo sobre mi cama, voy al cuarto de baño para coger el aceite de masaje que venía con el jabón que he comprado hoy.

Cuando vuelvo sigue en el mismo sitio, no parece que se haya movido lo más mínimo.

La punta de los dedos de los pies sobresale por el final de mi cama, es demasiado largo para ella.

Tiene un culo fantástico, duro y respingón.

Me coloco a horcajadas sobre él, sentándome sobre los potentes músculos de su culo.

Vierto un poco de aceite en la mano y me inclino sobre su espalda, aplastando mis pechos en ella, para dejar el botecito sobre la mesilla de noche.

—¿Vas a masajearme con las tetas? Conseguirás que haga un agujero en el colchón.

Me vuelvo a colocar bien sobre él intentando controlar la risa que me provoca con sus perversiones.

Al poner las manos con el aceite caliente sobre su piel, empiezo a repartirlo desde los hombros hacia las dorsales y las lumbares.

Tiene una cicatriz que no había visto hasta ahora. Paso los dedos con cuidado sobre la antigua herida.

—¿Qué te pasó?

—Un cuchillo.

—¿Te clavaron un cuchillo?

No dejo que mis dedos dejen de acariciarlo para que no sepa el miedo que me da cuando pienso en un arma clavada en su cuerpo.

—Sí, fue durante el primer despliegue. Dos centímetros más abajo y me hubiera reventado el hígado.

—Me alegro de la falta de puntería de tu contrincante.

Decido subir haciendo presión por su columna vertebral y masajear la zona de las cervicales y sus hombros.

Tiene músculos que no deben de tener todos los hombres, porque jamás en mi vida había visto una espalda igual que la suya.

—¿Todos estos músculos son necesarios? Estás realmente fuerte, dudo que otros hombres también los tengan.

Me fascina como se contraen y endurecen bajo mi contacto.

—Brujita, creo que deberías repasar las clases de anatomía.

—Bueno, yo creo que con este mapa interactivo tengo más que suficiente.

De repente se gira haciendo que casi me caiga de encima de él, se da la

vuelta, quedando ahora tumbado de espaldas sobre mi cama, y yo sentada sobre su erección que vuelve a estar lista.

Como todavía tengo las manos impregnadas en aceite, decido seguir con el masaje sobre sus amplios y duros pectorales y sobre su torso.

Aprieto ambas manos sobre sus abdominales, recorriendo con los dedos las separaciones entre uno y otro músculo bien definido y marcado.

En esta posición mi tatuaje queda justo encima del suyo, parece que sean dos escorpiones apareándose.

Siento como palpita justo en mi sexo húmedo y no puedo esperar más a sentirlo de nuevo dentro de mí, así que me inclino un poco, lo suficiente para meter mi mano entre nuestros cuerpos y prepararla para descender sobre ella.

No dejamos de mirarnos, sus pupilas están prácticamente negras por la pasión. Coloca las manos detrás de su cabeza y me deja a mí todo el control.

—¿Qué haces, brujita?

La coloco justo en mi entrada, notando la punta gorda y caliente que empieza a deslizarse en mi interior.

—Voy a follarte un ratito más.

Al cabo de un rato se levanta lentamente de la cama, gloriosamente desnudo como su madre lo trajo al mundo.

¿Dejará de impresionarme alguna vez admirar su cuerpo desnudo?

—Tengo que ponerle de cenar a *Metal*.

—¿Y cómo vas a subir? Tu ropa está empapada en el suelo de mi cuarto de baño.

Salgo de la cama yo también, necesito ir al lavabo.

Levanta una ceja y sus manos abarcan con un movimiento parte de su torso.

—¿Así? —pregunto señalándolo.

En ese momento pone sus manos en mi cintura y se pega a mi cuerpo desnudo.

—Así. Porque una vez le ponga de comer y coma algo yo, te comeré otra vez a ti. Y no tiene por qué ser en ese orden.

Me da un beso en la frente, dejándome fascinada.

Pero hay algo en esa frase que no me cuadra.

—¿Quieres decir que yo voy contigo?

—Eso es. Vístete.

—Ty, ya lo hemos hablado, no pienso subir.

—Valerie, ya lo hemos hablado, y también he tenido tres largos días para pensarlo. Así que yo he venido primero y ahora vendrás tú. Los dos tenemos que poner de nuestra parte para que esto funcione.

Sonríe. Parece esperanzado por algo, aunque de pronto esa preciosa sonrisa vuelve a desaparecer.

—Si no te vistes, te llevaré así. Y te advierto que hace un frío del demonio en la calle, es muy posible que nieve.

—No te atreverás...

¿No se atreverá, verdad?

—Ya no me paralizó con tu mirada pero todavía no capto cuando dices algo en serio o en broma.

La energía cambia entre nosotros y el ambiente vuelve a estar caldeado en un momento, no comprendo como puede pasar esto, es como si entre nuestros cuerpos hubiera un micro clima propio.

—¿No sabes ver cuándo bromeo o cuándo digo lo que pienso hacer?

Me ha aprisionado entre sus brazos. Cumpliría aquí condena perpetua sin quejarme por nada.

Niego con la cabeza una vez más mientras sus labios se acercan a los míos.

—Ya me irás conociendo.

Dicho esto, se agacha delante de mí y, pasando su brazo por detrás de mis rodillas, me carga como un saco de patatas sobre su hombro y empieza a caminar.

—¡Tyler! ¡Bájame ahora mismo!

Grito, pateo y le doy golpes en la espalda desnuda.

A cambio, él me da un cachete fuerte en el culo. Seguro que ha dejado la marca de sus dedos.

—¡Aaaaah! ¡Eres un salvaje!

—¿Necesitas coger algo de aquí? —pregunta mientras pasamos por mi salón

en dirección a la puerta de mi cabaña.

—No te atrevas a sacarme de casa desnuda.

No me hace ni caso, abre la puerta y sale de casa.

Está todo oscuro, deben ser más de las diez de la noche, hace muchísimo frío y alguna gota colgada de la rama de los abetos se desprende para caer sobre mi espalda descubierta.

Corre por la gravilla para llegar a la pasarela que sube hasta su casa de árbol.

Va descalzo, podría pincharse con algo, con una aguja de pino o algún bicho.

—Estás loco de remate. Si piensas que vas a conseguir que me quede en tu casa es que tú no me conoces a mí. Esto sobrepasa cualquier limite, Tyler Cooper, y no pienso permitir —me da otra palmada en el culo, mientras lo escucho reír— ¡Aaaah! ¡te arañaré la cara cuando me bajes!

Sube la pasarela y va hacia su puerta, abre girando el pomo.

Lógico, por aquí solo estamos él y yo, no va a entrar nadie a robarle.

Estoy tiritando de frío cuando cierra la puerta de casa.



Por fin la tengo donde quería. En mi territorio.

Podría ir de maniobras con ella a cuestras sin esfuerzo, pesa menos que el petate.

La llevo hasta mi habitación, *Metal* está dormido sobre mi cama.

—Mira, colega, te presento a nuestra amiga Valerie. No le saltes a los ojos para arrancárselos...

Aprieto más fuerte el agarre sobre sus piernas y aprovecho para acariciarle las nalgas.

Grita una vez más y consigue calentarme la sangre de nuevo, esta gilipollez que acabo de hacer me ha congelado los pies.

La bajo poco a poco, hasta dejarla sobre mi cama.

—Tyler...el gato... no... por favor... —suplica asustada.

Está toda despeinada, el pelo se le ha secado mientras hacíamos el amor... bueno, mientras follábamos, y con una mirada de cabreo increíble.

Se queda rodillas sobre mi cama y aprovecha esa ventaja para darme un puñetazo en el vientre.

Me ha pillado desprevenido y ha acertado de lleno. Parece que la bruja tiene fuerza en esos pequeños brazos.

—Eres un demonio disfrazado de hombre. Eres un monstruo horrible, no sé como he podido acostarme contigo, estás loco...

Vaya verborrea que tiene. Tengo que callarla antes de que diga algo más y me dé dolor de cabeza.

Y qué mejor manera que sujetarla por las muñecas y estirla sobre mi cama para besarla. El pobre gato ha saltado asustado.

—Fuera, *Metal*.

Me coloco entre sus piernas y hago fuerza para sujetarle las muñecas con una sola mano por encima de su cabeza.

Está como poseída debajo de mí, se mueve y retuerce con fuerza. Levanta la cabeza intentando morderme, menos mal que me aparto a tiempo.

—Bruja —le digo mirándola de cerca, viendo todos los matices de verde, azul y motas doradas que esconden sus ojos.

—¡Grrrr! —gruñe como una gata salvaje.

Su pecho sube y baja aceleradamente, está a punto de reírse.

—Has asustado al pobre *Metal*. Ahora, voy a soltarte para ir a ponerle de comer, puedes coger una camiseta o lo que quieras de esa cajonera. ¿Entendido?

Intenta morderme otra vez. Esta vez casi lo consigue.

—Si pude domar a *Iron*, no creas que tú vas a ser más complicada. Me encantan los retos, Valerie.

Me encantas tú.

—Estás lo-co. ¿Me oyes? ¡Lo-co! —grita.

Y la callo de golpe.

Poso con violencia mis labios sobre los suyos y la lucha sigue con nuestras lenguas, empuja y arremete contra la mía, es una pequeña rabiosa.

Me rodea la cintura con las piernas y ahí estamos otra vez, a punto de perdernos el uno en el otro.

Paro poco a poco, abro los ojos y la observo, ella los tiene cerrados, su pequeñas pecas bailan sobre su piel, sobre la zona de su nariz y sus pómulos ahora sonrojados, mientras yo sigo besándola.

—Ahora vuelvo, no tengas miedo, lo de sacarte los ojos ha sido una broma. Hablo susurrando las palabras sobre sus labios hinchados.

—No tardes —suplica.

Me desarma. Pensaba que estallaría otra vez en gritos o con un cabreo, pero no. Simplemente me pide que no tarde.

Y en ese mismo momento sé que no la haría esperar nunca.

Mueve un poco la cabeza, como buscando algo.

—Tranquila, está fuera, en el comedor. Ha salido disparado con tus gritos. No le tengas miedo, yo te protegeré —le doy un toque con el dedo en la nariz respingona.

Me separo de ella antes de que sea incapaz de hacerlo.

—Ya vuelvo.



Sale de la habitación, desnudo con su potente culo en movimiento, es el deseo encarnado en hombre. Tengo toda la piel de mi cuerpo sensibilizada por todas las caricias que nos hemos dado, unas más suaves que otras, pero esta sensación es la más maravillosa que he experimentado hasta el momento.

Sigo teniendo frío, así que me muevo rápido y deshago uno de los lados de las sábanas para poder taparme con el nórdico, pero una vez dentro la cama sigue estando fría, él se ha llevado la fuente de calor.

Está completamente loco de remate, estar en la guerra lo afectó más de lo que yo creía; si él está acostumbrado a pasar frío, me parece perfecto, pero yo no. Yo no salgo de casa desnuda, en plena noche y mucho menos en invierno.

Lo escucho hablar con el gato, con su voz susurrante y tranquila, ¿será así como conquista a los animales? Yo debo ser su próximo animal a domar, pero conmigo la tiene clara.

Calienta algo en el microondas, lo sé porque escucho el *ding* al finalizar el tiempo.

Y vuelve, abre la puerta y sonrío al verme tapada hasta la boca, dentro de su cama.

—¿Estás escondiéndote de mí? —pregunta mientras sostiene el plato con una mano y con la otra lleva comida con el tenedor hasta su boca.

Aunque para algunas cosas es un bestia para otras es muy educado, la gente que come con la boca abierta y haciendo ruidos me pone muy nerviosa, menos mal que él no hace esas guarradas.

Hace otras. Me río yo sola al pensar esa tontería.

—Puede.

Se sienta a mi lado y deja el plato sobre la mesilla.

—Lo siento, hoy he estado todo el día fuera y no he encendido el fuego, debes de estar helada.

Se levanta y va hacia el hogar, una preciosa estufa de leña muy moderna que le da un toque diferente a toda la estancia de madera.

Mete un par de troncos y en un momento el fuego está ardiendo, bailando y haciendo bonitos dibujos a través de los cristales de la puerta de seguridad de la estufa.

Se frota las manos y vuelve hacia mí. Ahora que no lleva el plato, me fijo de nuevo en su desnudez. Es todo tan perfecto y tan ... grande.

Vuelvo a ver el tatuaje que del escorpión, está hecho de manera que parezca que va hacia su entrepierna, con el aguijón levantado, siempre a la defensiva.

—¿Viendo algo interesante? —su voz se ha vuelto ronca otra vez.

Levanto la mirada para quedarme prendada, ahora, de sus preciosos ojos verdes.

—Me parece muy curioso que los dos tengamos un escorpión tatuado. Además justo en el lugar donde queda a la perfección con el mío.

Se sienta a mi lado y mete la mano debajo del nórdico para poder coger mi

mano.

La saca y acaricia mi tatuaje de una manera que me eriza la piel.

—¿Cómo una niña buena como tú puede llevar su blanca piel manchada de tinta?

—¿No te gusta que las chicas se tatúen? —me asombra, no creía que eso fuera a ser así.

—En absoluto, solo trato de conocerte mejor, saber como una niña bien como tú, que ha estado prometida con un juez, lleva un tatuaje. Y no una bonita flor o una pequeña mariposa escondida, sino un escorpión venenoso.

Se lleva mi muñeca hacia su boca y pasa la lengua por encima, consiguiendo que mi cuerpo arda al momento.

—Bueno, digamos que no siempre he sido tan buena, ni tan dócil.

—Valerie, preciosa, diría que eres muchas cosas pero dócil no está en la lista.

Estiro para soltarme de su mano y volver a meterla dentro de la cama.

—¿Quieres? —me ofrece comida con el tenedor.

—¿Qué es? —pregunto.

—Comida.

Entrecierro los ojos y le hago una burla antes de sentarme y recostarme en el cabezal de la cama.

—Buena chica.

Me coloco bien las sábanas tapándome y dejando solo al descubierto los brazos y la cabeza.

—La última vez que estabas en una cama tapada hasta el cuello no tuviste tantos reparos en mostrarte desnuda.

—Supongo que te refieres a cuando estuve con fiebre. Todavía no creo que fuera capaz de hacer y decir las cosas que dices.

Abro la boca mientras lo miro, tiene su mirada fija en mis labios.

Todavía no sé que comida es pero cuando la introduce en mi boca y empiezo a masticarla el sabor es delicioso. Antes de que saque el tenedor, lo atrapo con los dientes, evitando que lo haga.

Me mira a los ojos y pone cara de enfadado, mientras estira suavemente para

no hacerme daño.

—Si no lo saco no podré darte más.

Lo suelto y empiezo a masticar.

—Está delicioso —digo tapándome la boca con la mano.

—Es un estofado que hace mi madre, mi abuela le enseñó a hacerlo.

—Mmmm, como me gustaría que mi madre me hubiera enseñado a cocinar y no al revés.

—Bueno, a mi madre la enseñó mi abuela, la madre de mi padre. Mi otra abuela murió cuando mi madre tenía cuatro años.

Vaya. Debe ser duro crecer sin una madre.

Lleva más comida a su boca y trae más para mí.

Abro la boca para que pueda darme de comer otra vez.

—Le pediré que me enseñe a hacerlo. Noto los gustos de las diferentes especias, pero hay algo que no consigo saber qué es exactamente.

—Es una receta familiar, no puede enseñarse a ninguna extraña.

Vuelve a meter comida en su boca.

—En ese caso, simplemente intentaré estar presente la próxima vez que lo cocine, ella no me dirá los ingredientes pero yo me fijaré.

Acabamos con la comida y me sorprende acercando su mano a mi cara y tocando cerca de la comisura de mis labios.

—Tienes restos de salsa.

Retira los dedos, se los mira y los lleva a su boca para chuparlos.

Siento que mi cara se enciende al momento.

Me mira, sé que el ambiente entre nosotros ha vuelto a cambiar.

—¿Cómo puede ser que después de lo que ya hemos hecho sigas sonrojándote así porque te toque la cara?

Me encojo de hombros y sonrío.

—No sé. Lo siento.

—No lo sientas, no hay nada que sentir.

Decido cambiar de tema, que no se crea que me ha sacado desnuda de casa y me ha hecho pasar ese frío y que ahora voy a estar aquí tan tranquila.

—Por cierto, creo que el que me debe una disculpa eres tú.

Pasa por encima de mí y se deja caer sobre la cama, a mi lado.

—Y según tú, ¿por qué debo disculparme?

—¡Ja! ¿Te parece poco por haberme sacado de la cama, de mi casa, en mitad de la noche, desnuda y con el frío que hace?

Se coloca de lado acercándose a mi cuerpo como si fuera un koala. Apretando su erección contra mi muslo. Haciéndome suspirar.

Me giro y me encaro a él. Pero sonrío al ver su mirada pícaro. Y esa sonrisa blanca, y algo ladeada que me enloquece.

—Solo he querido demostrarte la diferencia de cuando digo algo en broma o cuando es en serio, tú misma has dicho que tenías dudas. Estabas desnuda, sí, pero yo he corrido la misma suerte, así que ahí estamos empatados. Y el frío te lo puedo quitar ahora mismo si tú quieres.

Pasea sus manos por mis costillas hasta mis hombros y mis pechos.

Se las aparto, y él vuelve a colocar una en mi cintura y con la otra se aguanta la cabeza mientras me mira atentamente.

—Deja tus manitas quietas, vaquero. El otro día hablamos poco y quiero algunas respuestas.

—Tú pregunta y ya veré qué es lo que respondo y qué no.

—¿Mientes?

—¿Esa es la primera pregunta?

—Sí.

—No suelo hacerlo.

No ha desviado la mirada, así que doy por hecho que dice la verdad.

—Eso significa que alguna vez lo haces.

—Eso lo hace todo el mundo.

—Cierto —reconozco.

Me quedo unos segundos más de la cuenta mirando su cara. Parece que se depila las cejas porque no hay ningún pelo que sobresalga de forma discordante entre todos los demás, aunque dudo mucho que lo haga, decido preguntarle.

—¿Te depilas las cejas?

Se sorprende por la pregunta, alejándose de mí de inmediato.

—¿Por quién me tomas? ¡No! ¿Lo parece? —pregunta mientras pasa sus dedos sobre las cejas.

—No. Era curiosidad —sonrío.

—Creo que me toca preguntar a mí.

La mano que tiene en mi cintura se mueve suavemente, haciendo círculos sobre mi cadera. Esa zona *conflictiva* de mi cuerpo.

Siento su cuerpo muy cerca del mío, el calor que desprende caldea todo debajo de las sábanas. Incluida a mí.

—¿Cuándo no fuiste tan buena ni tan dócil?

Buena pregunta.

—Durante el último curso de instituto. Supongo que me revelé ante todo y ante todos. Creo que no supe entender el motivo por el que mi madre dejó de trabajar para dedicarse en cuerpo y alma a cuidar de mis hermanas, mientras que cuando yo era pequeña estaba todo el día trabajando, de un sitio a otro y yo siempre estaba al cuidado de alguna madre, especialmente, con la madre de Mary.

—¿Tus hermanas son más pequeñas que tú?

—Sí. Aaron y mi madre se casaron cuando yo tenía quince años, después nacieron las gemelas, ahora tienen ocho años.

—¿Y tú padre?

Su mano va hacia mi espalda y la parte alta de mis nalgas.

—No lo sé.

—¿No lo conociste? —pregunta asombrado.

—No. Mi madre se quedó embarazada de ese desgraciado y siempre estuvimos solas. Mi abuela, la madre de mi madre, siempre intentó ayudarla, pero ella es demasiado orgullosa como para permitir eso. Era mejor darle a su única hija una infancia algo difícil a reconocer que le había pasado algo que nos puede pasar a cualquiera.

—Es una mujer difícil por lo que explicas, pero todavía no me has dicho por qué lo fuiste tú en el último curso.

—Empecé a salir con unas chicas que no eran muy buena compañía, a mí me caían bien por el simple hecho de que llamaba la atención de mi madre.

Siempre había sido una niña ejemplar pero en aquel momento me dio por probar la cerveza, el tabaco... y los tatuajes. Y dejar de estudiar. Creo que entre todas las cosas que hice mal, eso fue lo que más le molestó.

—¡Guauuu! ¿Y cuándo y cómo decidiste dejar de hacerlo?

—Unos meses después. Me llevaron a una psicóloga y me ayudó bastante hacer la terapia. En realidad estaba confundiendo lo que yo realmente quería con lo que quería mi madre. Cómo no pude conseguir la nota que necesitaba para entrar en la carrera de medicina, que es lo que quería mi madre que estudiara, decidí que no había nada que me interesara lo suficiente como para pasar cuatro años de mi vida estudiando. Sentía que era capaz de hacer lo que quisiera, no tenía por qué dedicarme solo a una cosa en concreto.

—Bueno, creo que eres muy válida para muchas cosas. Y ten por cuenta que si mi padre te contrató es porque vio algo en ti, tiene muy buen ojo para las entrevistas y nunca ha fallado.

—Mi madre no opina lo mismo. Ella cree que he caído muy bajo trabajando como limpiadora en un hotel de dudosa calidad.

Su cara se contrae y aprieta la mandíbula.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, ayer mismo, para no ir más lejos.

—¿Cuándo entra Brad en acción?

—Bueno, partiendo de la base de que con Brad no hubo acción —muevo las cejas significativamente—, dos meses antes de cumplir los diecinueve. Invitaron a Aaron y a mi madre a una fiesta y allí estaban él y sus padres entre otra mucha gente con buen apellido. Él y yo éramos los únicos que no estábamos a gusto en aquel lugar, rodeados de adultos hablando de política y dinero. A mí todo aquello me asqueaba bastante, salimos al jardín y empezamos a hablar, supongo que del resto se encargaron su madre y la mía. Si Valerie Jane Davis no servía para estudiar, se convertiría en una novia de catálogo y encontraría un marido adinerado y bien posicionado que la tuviera como un jarrón de adorno.

Le doy todo el falso énfasis que puedo a la frase.

—No puedo imaginarte así. Siendo la mujer florero de nadie. Vales mucho

para que tu vida se resuma solo a eso.

—Oh, no. No solo era eso, después vendrían los niños ideales, rubios a poder ser. Muchas veces mi madre quiso convencerme de lo bien que me quedarían unas finas mechas y un alisado japonés.

Por su reacción doy por hecho que no sabe lo que es.

—Un alisado japonés es un tratamiento químico mediante el cual se eliminan los rizos naturales del cabello.

Sube lentamente por mi espalda, marcando la columna con una de sus uñas hasta llegar a mi nuca y allí enreda en mi pelo, acariciando los mechones de color rojo fuego. Consigue que mi sangre hierva.

—Me alegro de que no consiguiera convencerte —enrolla un rizo entre sus dedos.

—Y yo.

Apretando su mano entre mis omoplatos y pasando el otro brazo por debajo de mi cabeza, nos acercamos el uno al otro, sus labios a los míos, mi vientre con el suyo, y ahí pierdo de nuevo la consciencia del espacio y tiempo que me rodea.

—No puedo evitarlo —susurra contra mis labios mientras tira del labio inferior con sus dientes.

Yo solo soy capaz de emitir un sonido entre gemido y ahogo mientras le entrego silenciosamente mi cuerpo y mi alma.

Despertar

No sé cuando, entre qué beso y orgasmo ha sido, que al final me he quedado dormida entre sus brazos. Así que ahora sigo aquí, en su cama, rodeada por su cuerpo, sintiendo su respiración sobre mi cabeza.

—Debería irme a casa —digo no muy convencida.

Emite un sonido que no entiendo pero me deja claro lo que significa cuando sus brazos se cierran más sobre mi cuerpo.

Así que dejo que el duermevela me atrape de nuevo y caigo en un sueño profundo. Se está tan bien en esta cama y entre sus brazos.

Horas o siglos más tarde me despierto de nuevo, entra algo de claridad por las contraventanas pero deduzco que está nublado y de ahí la falta de luz solar.

El brazo de Tyler sigue rodeando posesivamente mi cintura pero necesito levantarme con urgencia.

Como puedo me deshago de él, que se queja en sueños y se pone boca abajo.

Salgo de la cama y vuelvo a taparlo, hemos dormido los dos completamente desnudos.

Abro uno de los cajones del armario y encuentro calzoncillos y calcetines bien doblados, decido que unos calzoncillos tendrán que servirme hasta que pueda ponerme una de mis bragas. Son tipo bóxer, de algodón y de color negro.

Abro el segundo cajón y encuentro camisetas, cojo la primera, es de un grupo musical, The Cranberries, por lo que veo debe ser de un concierto ya que en la parte trasera están detalladas todas las ciudades que visitaron durante esa gira. No creo haberlos escuchado nunca, le pediré que me ponga alguna de sus canciones.

Una vez puesta veo que me queda como un mini vestido, no tapando más allá de medio muslo, aunque es ancha y cómoda y, lo mejor de todo, huele a él.

Menos mal que su habitación es tipo suite y el cuarto de baño queda dentro del dormitorio, así no tengo que despertarlo para que guarde al gato en la otra habitación.

Después de hacer un pis, me lavo las manos y me miro en el espejo sencillo que hay sobre el lavamanos. Como diría Olivia, tengo pintas de estar bien

follada: labios hinchados, piel resplandeciente, ojos brillantes, y eso que aún no he tomado el primer café de la mañana.

Es mucho más moderno que mi cuarto de baño. El lavamanos es de piedra natural, elevada y no encastrada en la encimera de granito, con un bonito grifo de diseño.

Tiene ducha con sauna y una preciosa bañera con patas en la que cabríamos los dos sin ningún problema. Me seco las manos y cojo uno de los tarros que tiene en el estante. Sí, sé que estoy figoneando y que eso no se hace, pero añadiré otro defecto más a mi lista.

Es su aftershave. Al lado hay un desodorante de la misma marca, lo destapo y aprieto el botón consiguiendo que el spray salga disparado a mi alrededor.

Decido que ya he curioseado lo suficiente por ahora. Anoche empecé haciéndole dos preguntas y al final él fue quien estuvo preguntándome lo que quiso. Tomo nota mental de seguir con nuestras preguntas básicas de conocimiento en otro momento.

Vuelvo a la habitación y sigue dormido.

Yo ya no tengo sueño, pero no puedo salir de estas cuatro paredes porque le tengo miedo al pobre animalito.

Vaya, he dicho *pobre animalito*, quizá esté empezando a acostumbrarme a él. Sé que son animales domésticos, pero no estoy hecha a estar con ellos, siempre me han dado miedo y nadie se ha ocupado jamás de intentar quitarme ese miedo absurdo.

¿Por qué tengo que ser tan rarita?

Me gustaría prepararle el desayuno, hoy me he levantado más hambrienta que de costumbre. Puede que sea uno de los efectos secundarios de tanto sexo placentero.

Vuelvo a acercarme a la cómoda para fijarme en los marcos de fotos que tiene por encima.

Hay una foto impresionante de un grupo de paracaidistas, quizá él sea uno de los que sale en la formación. En otra sale él con Tim, su ahijado. Debía tener unos dos años, lo reconozco porque vi las fotos en el despacho del señor Cooper. Tyler tiene una mirada tan tierna y una amplia sonrisa cubriéndole la

cara que es imposible no ver lo mucho que quería al niño. El pequeño está jugando con un camión de bomberos de juguete.

Y otra, con un sencillo marco hecho con bambú, se ve a Tyler vestido de militar, con chaleco antibalas, pistolas en el cinturón y casco de seguridad incluido, rodeado por tres niñas.

Como fondo en la imagen se ven edificios destruidos, cascotes y hierros que sobresalen de cualquier manera. En un primer plano Tyler, de pie, vestido con todo el uniforme, está muy atractivo. Las niñas están a su lado, dos le rodean la cintura, no son mucho más bajitas que yo, creo que deberían tener unos doce años. Una tercera niña, más pequeña está delante de la niña de la derecha, y fijándome bien, veo que le falta una pierna, lleva una pata ortopédica de madera.

La imagen me hace sentir escalofríos, pensar en los miles o millones de niños y personas que tienen la desgracia de vivir en una guerra constante. Pero en esta imagen las tres niñas, vestidas con ropas viejas, rotas y manchadas, posan para la cámara con una sonrisa.

—Las salvamos de morir aplastadas en los cascotes que puedes ver detrás. Por eso sonríen.

Me sobresalto al notar el cuerpo de Tyler justo detrás de mí. Estaba tan centrada en la imagen que no he notado como se ha levantado.

Dejo la foto en su sitio y me giro hacia él.

—Lo siento. No debería haber tocado tus fotos.

Se encoge de hombros al contestar. Tiene los ojos más rasgados de lo normal. Hasta recién levantado es guapísimo.

—No te preocupes. Si no quisiera que las vieras, no te habría traído aquí.

Me da un beso en la frente y se marcha al lavabo.

Me siento en el borde de la cama, así evitaré tocar nada más.

Cuando sale del baño, todavía desnudo, desvío la mirada de su imponente cuerpo y, algo sofocada, miro el movimiento de los dedos de mis pies.

Oigo que abre un cajón y doy por hecho que estará vistiéndose.

Giro poco a poco la cabeza y veo como se pasa una camiseta de manga corta por la cabeza y como todos los músculos, de su torso, vientre, brazos y

espalda, que quedan a la vista, se contraen con el movimiento. Ya lleva puestos unos pantalones de deporte, que quedan muy bajos en su cintura. Nunca había pasado la noche entera con un hombre, y menos como este hombre.

—Quería preparar el desayuno pero... no me atrevía a salir de la habitación.

—¿Te atreverás ahora si yo voy contigo?

Ya está cogiendo el pomo de la puerta y espera que me levante.

Me acerco a él y me mira de arriba abajo. Un leve movimiento de sus labios llama mi atención. No se ha afeitado desde hace unos días y me gusta el efecto de esa barba de pocos días sobre su cara.

—Coge unos calcetines, así no irás descalza.

—Bueno, tampoco tardaré mucho en irme a casa.

Estamos tan cerca el uno del otro que siento sus respiraciones sobre mi piel.

—Si tienes prisa por algo y quieres irte...

—No. Prisa, no. Bueno...es solo que al final me quedé dormida y... no sé si tú tienes algo que hacer, o quizá... no te guste que haya amanecido aquí.

Estoy titubeando, no puedo evitarlo. Ni yo misma entiendo el motivo para ponerme nerviosa con él y mucho menos vergonzosa a estas alturas.

Con dos dedos me sostiene la barbilla en alto para que lo mire a los ojos. Y cuando ya estoy perdida en ellos, coge mi otra mano y la lleva hasta su dura y preparada erección.

Si todavía estaba algo dormida, acabo de despertarme de golpe.

—Valerie Jane, deja de decir gilipolleces. Primero necesito café y después ya veremos lo que hacemos. ¿Te parece bien?

Habla tan serio, tan pausado, como si tratara con un niño que no fuera capaz de entenderlo.

Asiento con la cabeza sin dejar de mirarlo y sin apartar la mano de su cuerpo.

—Dicho esto, creo que tu miedo a los gatos es irracional y *Metal* es el candidato ideal para que pierdas ese pavor que sientes por ellos. Vamos a salir, seguramente esté dormido en el sofá, irás caminado conmigo, hasta la

cocina y poco a poco él se irá acercando cuando esté seguro de que tú no le vas a hacer daño.

Trago saliva.

—¿Él me tiene miedo a mí? —pregunto incrédula.

—¿A una desconocida que grita cada vez que está cerca de él? Sí, te teme y mucho.

Subo la mano hacia su cintura, encontrándome con el borde del pantalón y meto la mano por debajo de su camiseta, tocando su vientre trabajado.

—Si me das un beso antes, quizá tenga más valor...

Sonríe y se agacha, pero sus labios no van hacia mi boca sino hacia mi oreja. La roza mientras habla y siento que me mareo.

—Anoche ganaste tú, y hoy volverás a ganar en cuanto dejes que *Metal* se acerque a ti.

¡Ay Dios! Lo que esconden esas palabras me hace temblar. Por dos motivos bien diferentes, eso sí.

Dicho esto, abre la puerta sin ningún preámbulo y sale sin mí.

—Ponte los calcetines y ven, brujita.

—Eres un tramposo.

Voy hacia la cómoda y cojo los calcetines, que son enormes y me cubren hasta debajo de las rodillas, no puedo estar peor vestida.

Camino despacio por la estancia, llegando hasta el salón donde observo al animal de pie en la cocina, y el gato tumbado sobre la manta en el sofá.

Decido pasar de puntillas y lo más rápido posible para no hacer ningún ruido y evitar despertarlo, pero cuando estoy pasando cerca del sofá, Tyler coge una sartén haciendo tal alboroto que recorro los últimos metros hasta la cocina en un par de segundos.

Para la sorpresa de Tyler he saltado y me he sentado sobre la encimera de la isla, recogiendo las piernas con las rodillas dobladas.

—Qué sigilosa, Val.

—Pues por obligarme a hacer esto no pienso hacerte el desayuno. Y yo hago unos desayunos increíbles.

Deja la sartén sobre la hornilla y viene hacia mí.

Pone cada mano a un lado de mi culo, reteniéndome entre ellos.

—No quiero que te asustes, pero hay un gato justo detrás de ti. Así que si me prepararas ese desayuno me harías muy feliz.

No soy capaz de girar la cabeza para ver si es cierto o no lo que me dice. Seguro que solo quiere que le prepare el desayuno.

—No te creo. Lo único que quieres conseguir es que me baje para... ¡Ay!

No acabo la frase, algo me roza la espalda y salto disparada hacia el cuerpo de Tyler. El impulso ha sido tan fuerte que nos caemos los dos al suelo, yo encima de él.

Mi cabello rojizo le roza la cara mientras me perfora con la mirada y me mira sin comprender lo que ha pasado.

Y yo no puedo hacer otra cosa más que reír. Reír como si no hubiera reído nunca antes.

Sus manos se clavan en mis caderas mientras seguimos tirados en el suelo. Él sigue tan serio que siento reírme tanto pero es que no lo puedo controlar.

—Lo siento —digo entre risas—. Lo siento de veras, Ty.

Él no responde y yo no puedo seguir por más rato así, sentada sobre él, comiéndonos con la mirada y no besarlos.

Recorro los cinco centímetros que nos separan y le paso la lengua por el labio superior, para seguidamente hacer lo mismo con el inferior justo antes de aprisionarlo con los dientes suavemente.

Su lengua pasa por donde ha pasado la mía, mientras todas esas sensaciones me recorren, he dejado de reírme y siento que esto cada vez se pone más intenso y más peligroso.

Peligroso porque nunca he sido tan feliz en mi vida, y acabo de darme cuenta de que no quiero que esto se acabe, y tengo miedo de que él se dé cuenta del cambio de mis sentimientos y no quiera seguir.

Cierro los ojos mientras nos besamos. Lleva sus manos a mi cara y retira el pelo que hace de cortina a nuestro alrededor.

—¿Quién es la loca ahora? Deja que me levante y que te presente de una vez por todas a *Metal*, así podrás hacer el desayuno tranquila. Después tengo que ir a arreglar a los caballos.

Me levanto y le tiendo una mano para ayudarlo; la toma y utilizo toda mi fuerza para estirar de él, que salta rápidamente quedando de pie delante de mí.

Se gira y coge al asustado gato que nos observa desde la isla de la cocina.

—Poco a poco, por favor. Seguro que no...

—No. Ni muerde, ni araña. No lo ha hecho nunca, sería mucha casualidad que empiece a hacerlo contigo.

—Está bien. ¿Qué hago? ¿Cómo me pongo?

—Solo deja que te huela, que se acostumbre a ti. Después se irá a su cama y pasará de nosotros.

—Vale.

Cierro los ojos y espero, pero Tyler prefiere que los abra para no tener el susto cuando se produzca el primer contacto.

Lo primero que noto son sus finos bigotes.

—*Metal*, ella es una loca gritona pero no es mala tía— dice mirando al gato, que se mueve en sus manos para acercar la cabeza más a mi brazo— poco a poco... que también es asustadiza...

El tono de su voz me relaja, quizá debería hablarme a mí como si fuera un animal y así me calmaría ante situaciones imprevistas.

—¡Uy! ¿Por qué hace eso? ¿Qué es ese ruido?

—Está ronroneando, le gustas. Voy a dejarlo en el suelo. Es posible que se enrosque entre tus piernas y levante la cola mientras te huele y emite ese sonido.

—Está bien.

Su pelaje es muy suave. Bajo un poco la mirada para ver como lo deja en el suelo y el animal se mueve hasta quedar delante de mis pies. Ahí empieza a refregar la cabeza y su lomo contra mi piernas, menos mal que llevo los enormes calcetines de Tyler y no lo noto directo en la piel.

Miro a Tyler, que me observa precavido. Supongo que tendrá miedo de que me vuelva loca y pise al gato intentando huir de él.

Algo parecido a una sonrisa empieza a extenderse por mi cara. Es una sensación extraña, como cuando pruebas una comida por primera vez, algo que esperas que vaya a ser desagradable pero en realidad está delicioso, pero

como le has repetido tantas veces a tu madre que no te gusta ahora no sabes como debes actuar, si saltando de alegría y pidiendo más o con un poco de indiferencia y diciendo: *sí, no está mal*.

—Menos mal que me he puesto los calcetines.

—¿No es para tanto verdad?

Niego con la cabeza, casi fascinada.

—Voy a abrir las contraventanas, ahí encima tienes todo lo necesario, y si necesitas algo más, siéntete como en tu casa y abre la nevera y los cajones que quieras.



—¿Pero puedo caminar con el gato en el suelo?

—Mientras no lo pises, puedes hacer vida normal, no pienses en él, pero recuérdalo cuando lleves un rato parada y vayas a moverte.

Pestañea varias veces como si no acabara de creerse lo que le digo.

Voy hacia la primera de las tres grandes ventanas por las que se ilumina la casa y abro una de la hojas de cristal para poder abrir la contraventana. Tengo que hacer más fuerza de la necesaria hasta conseguir abrirla, algo que no presagia nada bueno.

—¡Joder! Ha estado nevado durante toda la noche y sigue haciéndolo ahora aunque con poca intensidad. La maldita tormenta ha llegado aquí también.

—Será solo un poco de nieve —dice Valerie tan tranquila.

—Eso me gustaría creer, brujita, pero con la previsión del tiempo de los últimos días, es muy posible que la tormenta esté llegando aquí también y no me gusta nada como pinta esto.

—¿Dónde está la harina? ¿tienes extracto de vainilla?

¿Extracto de vainilla? ¿Qué querrá hacer?

Dejo sin abrir el resto de contraventanas para prevenir que la nieve se aposente contra los cristales y entre todo el frío.

Voy hacia la chimenea y coloco un par de troncos más en las ascuas que quedan del fuego de esta noche.

Espero que la maldita tormenta siga su curso y no se detenga aquí, la última vez que estuvimos en alerta amarilla y subió a naranja acabamos aislados durante tres días, Helen todavía llevaba los *brackets*.

—Valerie, sea lo que sea que vayas a cocinar tendrá que ser rápido. Quiero ir a ver como están los caballos y ponerles de comer.

—Tortitas especiales, café y dos mug cake de chocolate.

—¿Y bacon no? —pregunto.

Me acerco a ella, parece que está en su salsa cocinando en mi cocina.

Me gusta la imagen que veo, Valerie vestida con mi ropa, con el pelo suelto y despeinado después de haber estado toda la noche...conmigo, en mi cama, solo para mí, ahora cocinando algo para calmar los rugidos de mi estómago.

Coloco dos platos en la isla y los cubiertos para los dos.

La cafetera está casi lista y Valerie deja dos tazas dentro del microondas para ponerlo en marcha.

Se gira y me mira, me pilla mirándola descaradamente, y me sonrío de esa manera que solo ella sabe hacer, es como si fuera un tic suyo, personal, y aparecen esos dos pequeños, casi diminutos, hoyuelos que hacen que tenga que pestañear varias veces y girarme para no seguir mirándola como un tonto.

Metal está sentado en la otra punta de la cocina, observando a la extraña moverse por nuestro territorio.

Sí, tío, esto sería lo peor que nos podría pasar.

El sonido del microondas me devuelve al momento de realidad.

—Venga, mujer, quiero probar esos alimentos.

—Mujer, alimentos...podría decirse que estamos en una cueva iluminada con fuego.

Viene hacia mí con la sartén en la mano y coloca dos tiras de bacon crujiente en mi plato y una en el suyo, vuelve a la hornilla y trae las tortitas.

—El sirope de caramelo está bien, pero he pensado que te gustaría probarlas así, como las hago yo.

Traigo las tazas de café, una para cada uno.

Joder, encima cocina de puta madre.

—¿Te gusta así o lo prefieres con leche?

—Con leche. Y sin sal —recuerda la broma pesada que me hizo el segundo día de trabajar aquí.

—Todavía no te he devuelto esa putada —le recuerdo.

—Bueno, si quieres podemos negociar algo...

Mi erección se sacude dentro de mis pantalones, varias posibilidades pasan por mi mente en un instante, y todas tienen que ver con ella y esa boca contestona que tiene, mientras ella sigue ahí tan tranquila masticando un trozo de tortita.

Llevo un poco a mi boca y siento como se deshace dentro.

—Esto está delicioso. Mucho mejor que las que hace Jada.

—Bueno, espero que no se lo digas, no quisiera que me prohibiera la entrada a su cocina.

—Te olvidas que el que manda aquí soy yo.

—Sí, pero la cocina es de Jada —recalca ella muy segura.

Desayunamos en silencio, juntos en la isla de la cocina, nuestras piernas se tocan ocasionalmente, sobre todo cuando no soy capaz de controlar esa atracción que me lleva a estar tocándola constantemente.

Recojo los platos y ella quiere hacer lo mismo.

—Siéntate, tú lo has preparado todo y ahora recogeré yo.

Tiene una mirada de preocupación en su cara bonita.

—¿Qué pasa, Valerie?

—Es que si me siento, *Metal* se subirá sobre mí o se acercará y podrá estar más cerca de mi cara. Mientras estoy de pie, no lo tengo tan en cuenta y puedo controlar el miedo que...

—Nada de miedo, deja de pensar en eso. Has sido capaz de tocarlo y a él está claro que le encantas, mira donde está.

El jodido animal quiere conquistarla, lo veo en su mirada.

—Y no es que quiera que te asustes pero supongo que sabes que los gatos pueden saltar, si él quisiera estar cerca de tu cuello o de tu cara, se subiría sin problema sobre una superficie si así consiguiera su objetivo.

—No creo que soporte tenerlo cerca de la cara. En las piernas y los pies, vale, pero más arriba no. ¿A ti te hace eso?

—Si lo dejo entrar a dormir a mi cama, sí. Duerme sobre mi pecho.

Lo mira con ojos anhelantes.

—Vaya, eres muy afortunado —se inclina hacia *Metal* y lo toca con la punta de los dedos.

¿Lo considera afortunado por dormir en mi cama?

Acabo de limpiar todo, mientras Valerie sigue ahí de pie cerca de mí, observando como el gato se lame las patas.

Me acerco a ella sigilosamente y la abrazo desde atrás, metiendo las manos por el bajo de mi camiseta y palpando la tela de mis calzoncillos sobre su culo redondo y prieto.

Se ofrece, moviendo las caderas hacia mi mano.

Lentamente le bajo la cinturilla de los bóxers, dejándolos caer al suelo. La tengo aprisionada entre la barra de la cocina y mi cuerpo.

Emite pequeños jadeos, mientras deja caer hacia atrás la cabeza, apoyándola en mi pecho.

Llevo uno de mis dedos entre sus nalgas y lo paso por toda la raja hasta llegar a esa hendidura húmeda. Ella jadea cada vez más rápido.

El crepitar del fuego, el olor a leña quemada, a desayuno dulce y a Valerie parecen conseguir que mi erección se vuelva permanente.

—Va a tener que ser rápido. Pero cuando vuelva de las cuabras, no tendré nada más que hacer que perderme aquí dentro —digo mientras hundo dos dedos en su interior y le arranco un grito de placer.

Está más que preparada. Siempre húmeda y dispuesta para mí.

Sigo colocado detrás de ella, moviendo los dedos en su interior, sintiendo como mi polla se queja por no estar húmeda del manjar que desprende su cuerpo.

Le muerdo el cuello mientras con la otra mano estiro del erizado pezón.

Ella sigue el compás que le marco con los dedos y mete una de sus manos dentro de mi pantalón, encontrando lo que busca directamente.

Encierra su mano alrededor de mi barra y, con osadía y destreza, sube y baja

la mano por todo mi eje, consiguiendo que tenga que cerrar los ojos si no quiero correrme con una subida y bajada más ante esta imagen perturbadora.

—¿Estás bien así? —me preocupa que tenga el brazo en mala posición.

—Ajá... —jadea sin dejar de cabalgar sobre mi mano.

Bajo la mirada y veo la maravilla de su cuerpo blanco y suave mientras su mano no da descanso al mío.

Lo noto en mis dedos, sé que va a correrse cuando sus apretados músculos internos se cierran más sobre mis dedos, y sus jadeos se vuelven incontrolados y erráticos. Y con su liberación llega la mía, los dos estamos empapados de los fluidos del otro.

Atrapados

Finalmente estoy yendo hacia las cuadras una hora más tarde de nuestro encuentro en la cocina. Ha tenido que ser ella la que me ha echado de mi propia casa después de ducharnos juntos y volvernos a manchar, dos veces más.

Se ha sorprendido al ver que hoy me ponía la chaqueta. Pensaba que nunca tenía frío, me ha dicho. La verdad es que suelo estar a gusto a bajas temperaturas pero hoy está nevando y las temperaturas han bajado mucho.

Al final del camino, o inicio, dependiendo de en qué sentido vaya, hay varios árboles que me preocupan, creo que al final habrá que talarlos.

La estampa del tejado de la casa grande todo nevado, el porche, el jardín de la entrada y todo lo que alcanza mi vista, todo cubierto por el manto blanco de la nieve, es precioso. Echo de menos aquellos tiempos de niños cuando Steve y yo hacíamos muñecos de nieve y destrozábamos los que hacía Helen, simplemente porque ella les ponía una bufanda rosa.

Llego hasta las cuadras, las cuales siguen perfectamente, menos mal que el techo se reformo el otoño pasado.

Los animales están tranquilos.

Star y *Buzzy* están en la cuadra de maternidad, seguirán así hasta que la cría tenga unos meses más.

—Hola, pequeñajo. Aunque quizá ya no debería llamarte así, estás enorme, tío.

Agita las orejas y trota un poco sobre sus cuartos traseros, es muy juguetón, como debe ser.

Nos costó mucho conseguir que *Star* se preñara de *Iron* pero al final ha valido la pena.

Les pongo agua limpia y comida suficiente, y me voy a la cuadra de *Iron* que está justo a su lado. Todos los caballos pueden verse entre sí.

Cuando me acerco a él y le planto la mano sobre el ancho morro para acariciarlo, abre sus orificios nasales y aspira el olor de mi mano.

Relincha y se agita.

Sé lo que acaba de oler.

—Chaval, estas de aquí son tus hembras, pero la otra es mía.

Me sorprendo a mí mismo cuando me refiero a Valerie así. No por la crudeza ni lo animal de las palabras, al fin y al cabo soy un hombre con unos instintos bien arraigados por más primitivos que sean, y ella hace que todo eso que había estado oculto durante años, salga a la luz, esa manera de sentirme un animal cuando la tengo cerca o me hundo en ella, es incontrolable. Mi mente se desconecta y la necesidad que tengo de su cuerpo me supera y anula cualquier otra voluntad.

Pero me sorprendo al decir que es mía.

—Sí, joder. Mía. Puedes oler su aroma en mi mano pero no la tendrás, principalmente porque eres un caballo, y después porque no pienso dejar que esté con nadie más.

Conmigo ha aprendido lo que le gusta, y eso que todavía no hemos hecho nada fuera de lo normal, y la sola idea de imaginarla así en los brazos de otro hombre, me quema las entrañas.

Quizá pueda llevar esto a mi manera, ella dice que no quiere otra relación, quizá seamos capaces de no mezclar *otros* sentimientos que no harían más que estropear esto tan bueno que tenemos ahora.

Sería perfecto tenerla así siempre, mi hogar, mi negocio, una mujer con la que disfrutar por las noches, o en cualquier momento del día, y sin complicaciones ni ataduras.

Ese es mi objetivo ahora, conseguir equilibrar las dosis de placer de forma que no se enamore de mí. El hecho de que solo haya estado con un hombre, y encima prometida, dice mucho sobre ella.

Dice que no es una mujer de *follamigos*, sino una mujer de novio formal.



Mientras Tyler ha ido a hacer sus tareas, yo he aprovechado para escaparme a mi cabaña y poder vestirme con mi propia ropa. Él se había ofrecido a traerme lo que necesitara pero no he aceptado.

Tampoco creo que deba quedarme en su casa las veinticuatro horas del día. Además mi teléfono móvil se quedó en la mesilla cargando. Aunque sé que es poco probable pienso en la posibilidad de que mi madre se haya arrepentido de la conversación que tuvimos el otro día y haya llamado para hacer las paces.

Pienso en su gato, no se ha acercado a mí en el rato que hemos estado a solas, también es verdad que yo me he quedado sentada en su cama leyendo un ejemplar de *El jinete de Bronce* de Paullina Simons, Mary siempre me había recomendado leerlo pero jamás tuve curiosidad por ponerme con él, así que el pobre *Metal* no se ha movido de su sitio en el sofá. Cuando he salido de la habitación para marcharme, ha levantado un poco la mirada, sin mover la cabeza, y cuando ha visto que era yo, ha vuelto a cerrar los ojos lánguidamente.

Al no haber cerrado con llave anoche no la he necesitado para entrar, yo no sabía que apretando el pequeño pestillo que hay en la parte inferior del pomo la puerta se abre sin necesidad de una llave. Supongo que es una de las ventajas de vivir aquí aislada de casi todo el mundo.

Aunque la ciudad esté relativamente cerca, a unos cuarenta minutos en coche, no hay ninguna otra propiedad cerca ni los huéspedes de la casa grande vienen hacia esta zona para nada. En casa de mi madre era impensable salir de casa sin cerrar todo a cal y canto y no disponer de un dispositivo de alarma.

Lo primero que hago al llegar es ir a mi habitación para vestirme decentemente y maquillarme un poco, con el pelo no pienso hacer nada, lo he recogido en un pequeño moño deshecho sobre mi cabeza con algunos mechones sueltos y el flequillo hacia un lado.

Al quitarme la camiseta de Tyler inspiro su olor en ella, también huele al suavizante que se utiliza en toda la propiedad, las sábanas del hotel huelen igual, pero en esta prenda está el olor de Tyler impregnado, ese olor almizclado tan particular suyo. Se ha aprovechado muy mucho del hecho de que fuera vestida con sus prendas.

Así que me pongo un jersey de cuello vuelto, de lana, de color negro y unos vaqueros ajustados.

Ahora sí, voy a por mi móvil, y efectivamente, mi madre no ha pensado en nuestra conversación en ningún momento.

Pero aunque no haya ningún mensaje ni llamada de mi madre, tengo la pantalla llena de notificaciones de Whatsapp del grupo de las chicas y alguno de Steve.

Me alegra ver que él si piensa en mí.

Voy directa a sus mensajes, dejando para después las tonterías que debe haber en el grupo de las chicas.

✓Steve: Como va todo preciosa? Te trata bien el simpático de mi hermano?

Espero que Mary haya cumplido su promesa y no le haya contado nada a Steve sobre lo mío con Tyler.

✓Valerie: Steve! Me alegra saber de ti!! por aquí todo bien, bueno hoy ha nevado y parece que la previsión no es muy buena, pero lo tenemos todo controlado. Tu hermano sigue en su onda...

Me sabe mal mentirle pero no puedo darle ninguna pista de que la relación de su hermano conmigo haya cambiado en lo más mínimo.

Espero pero no contesta, seguramente esté ocupado.

✓Valerie: espero vernos pronto, besos!

Ahora sí, la siguiente conversación es de las chicas. ¡Madre mía! más de cien mensajes.

Los empiezo a leer todos mientras voy hacia la chimenea para encender el fuego y estirarme en el sofá a holgazanear un poco. Durante estas últimas horas, Tyler ha sabido como cansarme. Sonrío ante el recuerdo de esos momentos.

Leo algo que me llama la atención, algo sobre un pomelo. Vuelvo a leer la misma frase y, sí, he entendido bien el significado de lo que Olivia dice que se puede hacer con un pomelo.

Marco el mensaje y le doy a contestar.

✓Valerie: Solo informaros de que sí, sigo viva, no me ha matado a polvos (aunque casi lo consigue) han sido una noche y una mañana inolvidables.

Veo que Mary está en línea.

✓Mary: cuenta por esa boquita... si es que todavía puedes moverla...

✓Valerie: puedo, todo controlado... ya me he desvirgado en ese aspecto pero no pienso explicaros nada más!

✓Mary: me dijo mamá que comiste con ellos ayer, cómo echo de menos su comida...Steve me llevó a cenar a un restaurante cerca del campus y después estuvimos hasta las dos de la mañana en su pickup...

✓Valerie: hasta las dos de la mañana? y cuántas cosas se pueden hacer en una furgoneta hasta tan tarde?? creo que tú también tienes muchas cosas que explicar.

Mary me ha contado todo lo que habían hablado, besado y tocado entre ella y Steve. Entre semana no pueden verse y aprovechan las horas que tienen libres el fin de semana, ya que la zona donde viven uno y otro no está muy cerca.

Hemos estado casi una hora *whasapeando*, pero el tiempo hablando con ella pasa tan rápido que no me he dado ni cuenta. No ha parado de preguntar hasta que le he contado todo lo de esta semana aquí con Tyler, el trabajo, las compras, Tyler...y más Tyler.

Sigue nevando cada vez con más fuerza. Me levanto del sofá para prepararme un té y, una vez tengo la taza caliente entre las manos, me acerco a una de las ventanas para mirar a través de ella.

La imagen es digna de postal, los abetos con sus grandes ramas dobladas hacia el suelo por el peso de la nieve que los cubre; el pequeño camino que llega desde la casa grande hasta aquí, ahora solo reconocible por las luces que lo flanquean y que todavía no tapa la capa de nieve, aunque no creo que tarde en hacerlo, debe haber más de veinte centímetros de nieve.

Voy tomando pequeños sorbos mientras dejo flotar mis pensamientos, nada en concreto, solo haciendo un repaso mental a estos últimos meses mientras miro al infinito manto blanco que cubre el paisaje que tengo delante.

Cómo puede cambiar todo en un momento. Una tarde estaba prometida, y por la noche dejé de estarlo; vivía bajo el techo de mi madre en un estado, y a seiscientos kilómetros de distancia, en otro estado, encontré mi nuevo hogar y un trabajo que me gusta. Había vivido siempre en un segundo plano, sin la aprobación ni la valoración de mi madre, y aquí me respetan y me valoran por quien soy y por lo que hago, no por quien me lleve colgada del brazo. Había vivido siempre controlando mis emociones, mis sentimientos y mis anhelos porque me decían que *eso* no lo hacían las chicas respetables que se prometían con hombres responsables y católicos.

Y ahora puedo disfrutar del sexo sin tener que reprimir mis emociones ni la necesidad tan apremiante que siento al estar cerca de él y, lo que es más importante, sin sentirme mal por ello. Con Brad había ocasiones en las que mi cuerpo se excitaba pero nunca había sentido nada parecido a lo que siento estando cerca de Tyler.

Todavía quiero preguntarle algunas cosas, no quiero parecer demasiado interesada por lo que tampoco voy a preguntarle algo que no me haya preguntado antes él a mí.

Me mentiría a mí misma si dijera que no tengo curiosidad por saber cuántas novias ha tenido, o qué fue lo que motivó que se alistara en el ejército, y cosas más sencillas.

Para cuando acabo de tomarme el té y vuelvo a estar en la Tierra, la nieve ya cubre algunas de las pantallas de los farolillos.

El resto de la tarde lo paso leyendo el ejemplar de *El jinete de bronce* que he cogido prestado de casa de Ty.

Horas más tarde sigo sentada en el sofá con las piernas dobladas debajo de mi cuerpo y el libro entre las manos cuando dos golpes secos y fuertes en la puerta me asustan.

Tatiana acaba de ser rescatada por Alexander de los cimientos de la estación

de tren que le han caído encima a la pobre muchacha y tengo una necesidad imperiosa por seguir leyendo y saber qué pasará ahora entre ella y Alexander.

Me levanto y voy hacia la puerta para abrirla y encontrarme con Tyler cargado con dos cajas y la nieve que le llega a las rodillas.

—¡Oh Dios mío! ¿Cuándo ha caído toda esa nieve? —me aparto dejándolo pasar.

Restos de nieve caen dentro de casa cuando él entra con paso firme hacia el interior. Va hacia la zona de la cocina, donde deja ambas cajas.

—Tenemos la tormenta encima. He traído reservas de comida de la casa grande y he dejado todo preparado para estos casos de emergencia.

¿Emergencia?

—¿Qué quieres decir con emergencia?

—Valerie, ¿no has visto las noticias en todo el día? —pregunta extrañado.

Cojo el libro y se lo muestro, como si eso fuera suficiente como toda explicación.

—Lo he cogido prestado de tu casa, espero que no te importe. Es increíble, no había leído nada tan bueno en mí vida, Alexander acaba de rescatarla de...

—¿Llevas todo el día leyendo?

—Sí. Hacía tiempo que una historia no me atrapaba como esta. ¿Pero qué quieres decir con emergencia? Solo es nieve, se derretirá en algún momento, ¿no?

—Me refiero a que estamos aislados aquí arriba, a que la carretera está impracticable y cerrada al tráfico, acaban de dar la noticia. Todo el estado está en estado de alerta roja.

—¿Impracticable? Pero...

Suena su teléfono.

—Mamá.

Se pone derecho al hablar con su madre, es como si, aunque no esté presente, le esté mostrando el respeto que se merece.

—Sí, están bien, tranquila. Les he dejado comida de sobra y les he puesto otro balde de agua.

Asiente mientras escucha a su interlocutora.

—También, todas las contraventanas están cerradas y bien aisladas, no tenéis que preocuparos por nada.

Me apoyo en la encimera mientras él sigue hablando, me sigue con la mirada mientras lo hago.

—Sí, ahora pasaré a ver qué tal está Valerie —levanta una ceja en mi dirección—. Antes he pasado por su cabaña y no tenía previsto bajar a la ciudad... Sí, mamá, ahora me acercaré a verla y te confirmo que está sana y salva.

Sonríó ante la pequeña mentira que acaba de decirle a su madre. Veo en sus ojos que cuando me ha dicho que a veces mentía se refiere a situaciones como esta.

Sigue hablando con ella unos minutos más, confirmándole una vez más que los caballos están resguardados de la nieve.

—Se preocupa por los caballos y por ti —le digo cuando ya ha colgado.

—Sin duda, se preocupa más por los caballos que por mí. Bueno, y por ti también, casi hace que le jure que voy a venir a confirmar que estás bien.

La verdad es que es agradable que alguien se preocupe por ti.

—Entiendo que esta situación ya la habéis vivido con anterioridad y que no es nada peligroso, ¿verdad?

—Aquí suele nevar cada año, aunque pocas veces han caído estas cantidades. Al parecer la tormenta se ha complicado en las últimas horas debido a cambios del viento. Lo único grave es que se paralizará medio país a causa de la nieve, y esperemos que no haya muchos accidentes.

Bebe a morro de su cerveza y no puedo evitar fijarme en la forma que tienen sus labios al cerrarse sobre el cristal.

—Valerie...

—Dime... —espero que no se haya dado cuenta de que me he quedado en las nubes mientras lo miraba.

—¿No tomas nada?

—No, gracias, no me apetece. Además estaba pensando en ir preparando la cena.

Se acaba la cerveza mientras y se frota perezosamente el vientre. Mmmm

quién fuera camiseta para estar todo el día en constante contacto con su piel.

—Yo tengo que ponerle de cenar a *Metal*, si te apetece he traído algo de pescado y en mi casa hay tele por cable... podríamos ver una peli después de cenar...si no tienes nada mejor que hacer, claro.

Se acerca lentamente, hasta inclinarse sobre mí, colocándose a la altura de mi cara.

—Lo cierto es que iba a ir al cine de la ciudad, pero como al parecer están las carreteras impracticables...

Nos miramos fijamente a los ojos, con esta iluminación hace que sus dos lagos verdes parezcan del color de las playas paradisiacas, un turquesa único.

Apoya sus manos en mis rodillas y me roza la nariz con la suya.

—Me gusta cuando te haces la tonta, porque en realidad sé como te vuelves cuando te toco.

—Cuando me tocas es cuando me vuelvo tonta de verdad —susurro.

Me quedo bizca mirando su nariz, hasta que acabo cerrando los ojos cuando me besa dulcemente.

—Dame diez minutos y subo.

Se aparta de mí y se yergue tan alto como es.

—De eso nada, te subes conmigo ahora. Abrígate bien y ponte las botas de agua altas.

—¿Pero no me voy a quedar otra vez en tu casa, no?

No quiero parecer ansiosa, pero la verdad es que me encantaría despertarme otra vez con él.

—Creo que no tienes nada mejor que hacer. Así que venga, coge lo que vayas a necesitar. No creo que sea buena idea que te quedes aquí sola.

Asiento por no llevarle la contraria, y voy a mi habitación a coger el móvil, el cargador y algo de ropa de abrigo.

Subir hasta su casa ha sido más difícil de lo que creía, también muy divertido, nunca había pisado tanta nieve virgen junta y, sin tener en cuenta que casi me descalabro y que Tyler ha soltado una maldición, ha valido la pena.

Las intensas ráfagas de aire hacían que apenas fuera posible ver nada más allá de unos metros.

Una vez dentro, resguardados del temporal, voy quitándome capas de ropa y las botas de agua.

Metal me observa desde su punto de vigilancia en el sofá.

Tyler ha dejado las cajas en su cocina y se acerca a mí para coger mi chaqueta y bufanda y guardar ambas. Va a su habitación y cuando vuelve lo hace descalzo.

No me había dado cuenta el otro día pero la tarima desprende una agradable temperatura.

—¿Tienes calefacción radiante? —pregunto acercándome al hogar.

—Sí. Mis padres decidieron ponerlo por comodidad, por si a los huéspedes no les apetecía o no les gustaba poner el fuego.

Extiendo las manos hacia las llamas que danzan justo delante de mí.

—No puedo imaginarme nada mejor que esto para un día lluvioso o de nevada intensa. Me da paz y hace hogar. Cuando tenga mi casa, no faltará una chimenea en el salón y otra en la cocina.

—Por ahora tendrás que conformarte con esta —comenta mientras vuelve de la habitación y pasa detrás de mí mientras va hacia la cocina.

—¿Cómo es que no vives en la casa grande?

—Bueno, antes tenía mi habitación allí pero cuando volví del ejército decidí que quería tener cierta intimidad que no tenía viviendo bajo el mismo techo que mis padres.

—¿Así que normalmente solo se hospedan huéspedes en mi cabaña?

—Tampoco. Desde que yo ocupo esta nadie más había vuelto a hospedarse en la de abajo.

Va hacia la cocina y empieza a preparar la bandeja del horno.

—Voy a preparar un par de lubinas con unas patatas al horno, ¿te apetece?

—Solo si puedo ayudarte.

—Vale, puedes ir pelando las patatas. Mientras tanto voy a poner algo de música y pondré un par de troncos más en la chimenea.

Se acerca al equipo de sonido de última generación, es una pequeña barra situada debajo de la pantalla plana que ocupa gran parte de la pared de su salón.

De repente una música estridente empieza a sonar por los altavoces y me hace dar un brinco por el estruendo que causa dentro de la estancia.

Tapándome los oídos me giro hacia él que ya está bajando el volumen y viene hacia la cocina con paso seguro y tarareando algo.

—¿En serio esta es la música que te gusta? Bueno, música, el ruido que te gusta.

Coge dos espumaderas de madera, una en cada mano, me mira y golpea la encimera al ritmo de la batería que puedo distinguir entre tanto ruido de guitarra.

—Vamos, brujita, esto es celestial. ¿Los has escuchado alguna vez?

—No, pero ya veo que no me pierdo nada.

—¿No has escuchado nunca a Metallica?

—¡Aaah, claro! Ahora entiendo el nombre del gato... *Metal* por el estilo musical.

—En realidad es por Metallica, el grupo, pero no vas desencaminada. Y el caballo, *Iron*, se llama así por Iron Maiden.

—Ese nombre sí me suena de algo. Puede que haya visto alguna camiseta con su nombre estampado. Creo que Dana, una chica con la que solía salir en el instituto tenía una.

Coloca aceite en la bandeja de cristal mientras yo sigo pelando las patatas para después cortarlas en finas rodajas.

—¿Ibas con una tía a la que le gustaba el rock? —me mira como si no pudiera creerlo.

—En realidad no creo que le gustara, hubo una época en la que algunas marcas de ropa vendían ese tipo de camisetas.

—Vamos, que llevaba una camiseta y ni siquiera sabía quién compone el grupo o qué canciones tiene... alucinante.

Dejando de pelar las patatas por un momento, me giro hacia él, y con un movimiento de mano, le confirmo sus sospechas.

—Sí, creo que era más eso que otra cosa, porque las dos escuchábamos siempre a Adele, Rihanna y el grupo Maroon 5 era y es nuestro favorito.

—¿Y tú me dices a mí que lo que yo escucho no es música? —ahora parece

indignado—. Escucha este punteo de *Master of puppets*, es bestial.

—Sí, sí. Bestialísimo...—exagero poniendo los ojos en blanco.

—Venga, acaba ya con esas patatas.

Empiezo a cortar las rodajas para hacer la cama en el fondo de la bandeja y colocar sobre ellas el pescado.

—¿Tienes hierbas aromáticas? —pregunto.

—Sí, una mezcla que hace mi madre y que le da un toque buenísimo al pescado.

—Vaya, es toda una sorpresa que no solo sepas cocinar huevos revueltos y bacon.

—Soy una caja de sorpresas como puedes ver.

Me ayuda a colocar las patatas sobre la bandeja cubierta de una fina capa de aceite. Nuestras manos se rozan mientras vamos cogiendo las patatas y esa electricidad que suele aparecer cuando estamos juntos vuelve a hacer acto de presencia.

Tengo que aprender a controlar todas estas emociones.

—Vale, ahora les pondremos sal y la mezcla secreta de Maggy Cooper.

—Doy por hecho que tampoco vas a decirme qué hierbas componen dicha mezcla, ¿verdad?

—Verdad. Principalmente porque ni yo mismo lo sé.

Coge un pequeño molinillo que empieza a girar sobre las patatas que van quedando cubiertas por pequeñas virutas de hierbas.

—¿Sabes si ya lleva pimienta esa mezcla?

—No, pimienta no lleva. ¿Te gusta con pimienta?

—Sí, ¿le ponemos? —pregunto esperanzada en que me diga que sí.

—Coge el bote tú misma, está en ese armario de ahí arriba.

Al pasar por su espalda no puedo evitar rozarle con el brazo. Abro el armario que me ha dicho y busco el botecito en cuestión pero no veo ninguno que sea de pimienta.

Cuando me pongo de puntillas y me estiro para poder ver mejor, siento una de sus manos un poco más abajo de mi cintura y su cuerpo a mi espalda, rozando el mío.

—Mira, es este de aquí.

Desliza la mano por mi espalda, como si fuera un simple roce casual, y vuelve sobre las patatas para espolvorearlas con la pimienta recién molida.

Coloca el pescado y lo sazona al igual que hemos hecho con las patatas, poniéndoles después un chorrillo de aceite por encima.

En ese momento el horno indica que ya ha alcanzado la temperatura deseada y Tyler se acerca para meter la bandeja dentro.

El horrible sonido al que él define como música sigue sonando.

Miro hacia el sofá y veo que *Metal* sigue ajeno a este ajetreo, completamente dormido.

—¿Cómo es posible que el gato se asuste cuando yo grito pero no se asuste cuando esta gente berrean como posesos?

Sonríe mientras se lava las manos.

—Porque a ellos los lleva escuchando desde que tiene dos meses de vida, y a ti no.

—Ja, ja. Qué gracioso.

Coge la bandeja y la mete en el horno.

De vuelta abre la puerta de la nevera y coge una cerveza para él y me pregunta silenciosamente si yo también quiero una.

—Prefiero una copa de vino blanco, si tienes.

—Oído cocina.

Metal ha vuelto a enredarse entre mis piernas, enroscando su larga y peluda cola entre ellas.

Para cuando suena la alarma del horno, ya estoy agachada y acariciándole el lomo, casi sin ningún miedo.

En un momento tenemos todo listo y la comida servida para nuestra cena juntos.

—Está buenísimo —lo felicito—. Aunque el mérito es de los dos.

—Bueno, si a pelar y cortar patatas lo consideras mérito, sí. Pero si tienes en cuenta que el tiempo de cocción lo he calculado yo, en ese caso el mérito es todo mío. No es lo mismo un pescado demasiado hecho, que este, jugoso y con el toque justo.

Bebo un poco más de mi copa.

Fuera de la casa sigue nevando de forma considerable, no ha parado en todo el día, ya ni se ven las luces de los farolillos del camino.

La luz ha temblado en varias ocasiones durante la cena pero parece que finalmente la electricidad ha ganado a la tempestad.

Recogemos la mesa en un cálido silencio, nada incómodo, es como si lleváramos toda la vida juntos, como si nuestros movimientos estuvieran sincronizados, aunque a veces los míos sean un poco torpes cuando intento esquivar a *Metal* sin mucho éxito.

—Parece que se ha encaprichado contigo. Normalmente no se mueve del sofá mientras yo estoy en casa.

—Eso es porque mis piernas no son peludas como las tuyas —sonrío mirando al gato.

Viene hacia nosotros, me coge de la mano, creando esa electricidad propia cada vez que nos tocamos, y me lleva hacia el sofá.

—Bueno, una vez superado el absurdo miedo que le tenías al pobre animal, vamos a ver una película en el sofá. Seguramente se siente sobre ti, pero no tienes porque preocuparte.

Me siento en el mullido sofá, Tyler apaga la luz de las lámparas, dejando la estancia únicamente iluminada por la luz del fuego del hogar. Se sienta a mi lado, mientras busca con el mando del televisor alguna película en HBO.

—¿Te apetece ver algo en especial? —pregunta sin dejar de mirar la pantalla plana gigante.

Una vocecita en mi mente me recuerda la visión de su cuerpo debajo del mío, mientras mis uñas se clavaban en la piel de su pecho.

—No, lo que quieras —digo sin mucho convencimiento.

Me recuesto y me tapo con una mantita que tiene doblada en el brazo del sofá.

Selecciona una peli, una de esas de luchas en el espacio y se deja caer contra el respaldo, quedando su cuerpo pegado al mío.

A los cinco minutos pasa el brazo por detrás de mi cabeza y deja caer su mano sobre mi hombro. Siento que me estoy quedando dormida, lo cierto es

que he descansado poco y el sexo parece dejarme muy relajada.

—Cuéntame algo sobre tus novias —le pido.

—¿Ahora?

Me encojo de hombros a modo de respuesta.

—No he tenido novias.

Me inclino hacia él, sé que eso tiene que ser mentira.

—Tyler Cooper, no seas mentiroso.

Se vuelve hacia mí, haciendo que el gato salte de sus piernas, que es donde estaba estirado ronroneando.

—¿En serio quieres que te cuente cómo he tenido sexo con otras mujeres?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Quiero conocer algo de ti, tú sabes cosas sobre mí que no sabe nadie, a excepción de las chicas, claro. ¿Cuántas novias has tenido?

—No llevo la cuenta.

—Eres un mentiroso, seguro que has necesitado una agenda para controlar las citas con unas y otras.

Ríe a carcajadas, haciendo que lo siga y le dé un golpe cariñoso en el hombro por no contestarme.

—Valerie, a diferencia de lo que parece creer, no he follado con toda la población femenina de los alrededores.

—No te pregunto por las noches de sexo esporádicas, te he preguntado por tus novias. Alguna habrá conquistado el corazón del soltero Cooper.

De repente se remueve en el sofá y me sorprende cuando en un momento consigue estirarme, quedando él sobre mí, entre mis piernas.

—Valerie, no tengo tiempo para el amor, ni lo he tenido nunca.

Sus manos buscan por mi cuerpo, apartando la ropa que se van encontrando y haciendo que pierda la cabeza una vez más.

Lo empujo colocando ambas manos en su pecho, pero es mucho más fuerte que yo.

Mete su cabeza en el hueco de mi cuello y empieza a lamer y morder esa zona tan erógena.

—Estate quieto, quiero hablar contigo, que me cuentes...!Aaah! —jadeo—.

Esto no es justo... quiero saber más cosas sobre ti.

—¿Quieres que te explique todas las formas en las que pienso follarte esta noche? —pregunta sin apartar la cara de mis pechos.

Empapo las bragas sin tener siquiera la oportunidad de controlarme.

—Prefiero que me hagas una demostración.

Empuja su erección contra la zona de mi sexo, haciendo que note cuán duro está.

—Eso me gusta más —dice mientras desliza los pantalones por mis piernas, junto con las bragas, dejándolo todo enrollado a la altura de mis tobillos.

Doblándome las rodillas, se coloca entre mis piernas y empieza a lamer y morder la piel de mi pierna derecha mientras sus manos avanzan el camino hacia mi sexo.

Cierro los ojos y los aprieto, sintiendo cada lametón y cada mordisco de sus dientes sobre mi cuerpo.

Retuerzo las manos, agarrando fuerte la manta cuando sus labios llegan al interior de mis muslos.

—Primero, te voy a comer el coño hasta que te corras, mínimo dos veces. Después te daré la vuelta, mientras aún intentas controlar la respiración y te lameré esta zona de aquí —toca la entrada fruncida de mi ano y jadeo anticipadamente— puede que introduzca un dedo, y cuando vuelvas a correrte, me sentaré en el sofá y dejaré que me montes hasta que el calor que desprendan nuestros cuerpos sean capaces de derretir toda la nieve que hay fuera de casa.

Primavera

Han pasado cuatro meses desde que llegué al rancho Cooper.

El mes de enero acabó y todas las reformas que Tyler quería hacer en su negocio quedaron a la perfección.

La reapertura de este año ha sido increíble, según palabras del mismo Tyler, de sus padres, de Jada y Alex. Yo no puedo compararlo ya que este es mi primer año aquí, pero para antes de empezar la temporada teníamos reservadas todas las habitaciones con dos meses vista.

Al señor Cooper lo operaron hace un mes de la rodilla, apenas han podido pasar por aquí, y el trabajo de despacho de Tyler está acabando con su paciencia.

Quiere llevarlo todo él solo, sin delegar en nada que su padre haya estado haciendo por él mismo en los últimos cuarenta años, pero no se da cuenta de que no puede estar en tres sitios a la vez.

Ya estamos en primavera, los jardines de la entrada están espectaculares, cada parterre, cada macetero, la inmensa extensión de césped está perfectamente cuidada, y de eso se encarga Tyler solamente.

Me encanta el olor que se impregna en su piel después de pasar horas con las plantas y los caballos.

Nuestra relación de *follamigos* sigue viento en popa, durante la jornada de trabajo apenas coincidimos dentro de la casa grande, pero por las noches, suele colarse en mi cabaña, cuando acaba de repasar las facturas y de contestar emails a los proveedores o clientes.

A veces ya estoy tan cansada que me encuentra dormida en la cama o en el sofá, me despierta como solo él es capaz de hacer, con un orgasmo, y después nos perdemos el uno en el otro varias veces.

En contadas ocasiones cuando ha acabado pronto con sus obligaciones, me ha enviado un whats diciéndome que lo espere en su casa. Preparo la cena, nos duchamos juntos cuando llega y hacemos el amor mientras los chorros de agua a presión de la ducha amortiguan los gemidos que emitimos al tocarnos.

Trabajamos en la misma propiedad, pero no nos vemos en todo el día, y en las pocas ocasiones en las que coincidimos, como por ejemplo, en la cocina

de Jada, cada uno hace un papel de indiferencia para que nadie note que estamos enrollados.

Me he dado cuenta que cada dos miércoles desaparece toda la tarde, llegando sobre las once de la noche, y algunos sábados alternos también está fuera durante casi toda la mañana.

Ni sé donde va ni voy a preguntárselo.

Aunque mentiría si niego que me gustaría saber dónde está durante esas horas. Esas veces, cuando vuelve, es como si el choque de dos constelaciones retumbara por todo nuestro cuerpo, me busca y me desea de una manera tan especial, hacemos el amor con tal intensidad, que hace que me olvide de la idea torturadora que me ronda la mente en esos días. Esa vocecita interna que me dice que se acuesta con otra.

Si fuera así no regresaría a por mí con esa fogosidad y esa aparente necesidad de tocarme, de sentirme pegada a él, de satisfacerme y colmarme con besos desesperados, como si no fuera a verme a la mañana siguiente en la cocina de Jada, mientras desayunamos casi sin mirarnos, mucho menos tocándonos, pero sin dejar de sentir la presencia del otro.

Y, sintiéndolo mucho, tengo que admitir que las dudas que tenía sobre mis sentimientos hacia él están más que aclaradas.

Estoy total e incondicionalmente enamorada de Tyler Cooper hasta la médula.

Hay ocasiones en las que dejo volar mi imaginación y nos veo a los dos juntos, viviendo en la misma casa, despertando cada mañana en la misma cama, tocándonos y besándonos delante de cualquiera que esté en la misma habitación o lugar que nosotros en ese momento, sin tener que esconder lo que siento por él.

Porque sí, porque lo siento. Y ahora puedo decir claramente que esto que siento estando con él no es lo que sentía por Brad.

Una risa irónica escapa de mi boca cuando comparo ambos sentimientos.

Con Tyler puedo ser tal cual soy, si he cometido algún error, me ha enseñado a hacerlo de la manera correcta, sin más repercusión que volver a repetir la

tarea en cuestión; no tengo que justificarme por no llevar el pelo perfecto, ni por pintarme los labios del color que me dé la gana.

A veces pienso en la absurda idea de que me quiere tal y como soy.

Y soy consciente de que ese es un deseo que jamás se verá cumplido.

Tyler no quiere una relación seria, aunque nuestra relación sea prácticamente como la de una pareja, siempre y cuando estemos protegidos de mostrarnos ante nadie.

Para el día de San Valentín Mary y Steven estaban en la ciudad. Fueron a cenar a un bonito restaurante y después a pasear cerca del lago.

Él le cogía la mano en público, sin importar nada más, solo estaba pendiente de ella, y ella de él.

Ese día tuve la vana esperanza de que Tyler me llevaría a cenar a un sitio bonito o, si más no, que cenaríamos en su casa o en la mía y estaríamos juntos toda la noche. Pero esa fue una de las noches que ni siquiera pasó a verme.

Me dormí sola, en mi cama, vestida con un precioso y sexy conjunto de lencería fina, y cara, que me había comprado para la ocasión con la paga de dos semanas.

La guardé en lo más hondo de un cajón y todavía no he vuelto a tocarla.

Lógicamente al día siguiente no le reproché nada. Que yo fantasee con la posibilidad de tener algo serio y estable con él no quiere decir que él sienta lo mismo. Aunque eso me duela.

El trabajo me mantiene muy distraída. He tenido que hacer algunas horas extras que después Tyler me paga generosamente.

Visité a los padres de Tyler y a su hermana en un par de ocasiones, Helen estuvo muy receptiva al verme y quiso enseñarme la habitación de su pequeño Tim.

Maggy me dijo que soy la responsable de su avance y de que por fin haya decidido donar gran parte de las cosas de su hijo a niños necesitados.

Como le dije a Dan, su marido, creo que le va bien hablar con alguien que no conociese a su pequeño, alguien con quien hablar sin que el sentimiento de amor respecto a la persona desaparecida sea el responsable de las palabras que se digan.

Ninguno de ellos es capaz de pronunciar el nombre del niño en su presencia. Simplemente creo que necesitan más tiempo.

En mis días festivos aprovecho para bajar a la ciudad, hacer compras varias y pasear por el centro comercial y las calles céntricas. He descubierto una nueva pastelería en la que hacen la mejor tarta de zanahoria que haya probado jamás. Este viernes intentaré hacerla, creo que llevaba algo de manzana rallada que le da ese toque de jugosidad.

En mi pequeña cocina almaceno ya un gran número de productos de repostería. Jada parece sorprendida cada vez que le llevo algún trozo de tarta diferente para que la pruebe. Lo cierto es que ella hace una comida deliciosa pero en cuanto a postres se refiere, no tiene una gama muy amplia de recetas.

Hace más o menos dos meses me llamó mi hermana Zoe.

Estaba escondida en los aseos del club de tenis al que asisten mi madre y su marido, Aaron.

Fue una llamada más corta de lo que me hubiera gustado, añoro mucho a las dos pequeñajas, aunque según me dijo Zoe, mi madre no tiene ese mismo sentimiento por mí y les ha prohibido ponerse en contacto conmigo. Por eso la pequeña Zoe se saltó la orden de prohibición, para avisarme de que mamá estaba muy enfadada conmigo porque al parecer la madre de Brad la dejó en evidencia delante de no sé qué persona importante.

En fin, las mismas historias de siempre. Aunque pase el tiempo, mi madre no va a perdonarme que no haya cumplido su sueño de verme casada con un hombre de su agrado.

Esa tarde me harté a llorar, cuando Tyler apareció y me vio los ojos hinchados y rojos y la nariz irritada de tanto sonarme, me abrazó tan fuerte que creí que convertiría todos mis huesos en una masa capaz de hacerse indivisible.

Ahora los días son más largos, la semana pasada me di el primer chapuzón en el lago de la propiedad Cooper, para los huéspedes parece que todavía está el agua demasiado fría, porque no me he encontrado con ninguno por allí. Tenía unas ganas locas de nadar. Los cerezos en flor que se agrupan en la zona

de picnic le dan un aire aun más romántico, si cabe, a toda la idílica imagen que se proyecta delante de mí cada vez que estoy en esa zona de la propiedad.

Estoy llegando a la cocina de la casa grande cuando escucho a Tyler maldecir, y a Jada sollozar.

No quiero interrumpir su conversación así que me quedo fuera de la puerta, escuchando pero sin ser esa la intención.

—Tyler, sabes que te quiero como a un hijo, no te pediría este favor si no fuera realmente necesario. No tiene a nadie más, hemos buscado trabajo en todo el condado sin encontrar nada.

—¿No será que ella es demasiado orgullosa para ponerse a despachar perritos calientes en cualquier pub?

—No seas tan cruel, muchacho. Es solo temporal, y sabes perfectamente que necesitas a alguien más en este hotel.

—Que le quede clara una cosa, lo hago por ti, única y exclusivamente por ti. No quiero que se dirija a mí para nada que no sea absolutamente imprescindible.

—Muchísimas gracias, Ty. No sabes el peso que me quitas de encima.

En ese momento se abre la puerta, tengo que apartarme rápidamente si no quiero que parezca que he estado escuchando detrás de la puerta.

—Sí, el peso que ahora tengo yo —murmura.

Levanto la mirada para encontrarme con la suya.

Sigue hechizándome de la misma manera, pero ahora soy capaz de hablar y moverme, casi como si no me impresionaran sus ojos verdes abrumadores y todo lo que hay detrás de ellos y los envuelve.

—Buenos días, Tyler —le sonrío con complicidad.

—Valerie.

Me saluda con un movimiento de cabeza, más serio que de costumbre y sin pararse ni un segundo a comentarme alguna tontería insustancial con tal de dirigirnos la palabra aquí dentro.

Entro en la cocina y veo a Jada sonriente. Hace unas semanas que le ocurre algo, no ha estado tan alegre y efusiva como de costumbre.

—Ay, niña. Buenos días.

—Buenos días, Jada. Te veo muy contenta. Últimamente me preocupaba que te pasara algo.

—Así era, Val. Pero gracias al corazón generoso de Tyler ahora podré respirar tranquila.

Vaya, no sé a qué se refiere pero espero que no sea nada grave.

—Mi hija, Dakota, vendrá una temporada a trabajar al hotel.

—Eso es estupendo. La verdad es que hace semanas que pensaba en decirle a Tyler que necesitamos a alguien más, yo no doy abasto con todo el trajín de las habitaciones y la recepción.

—Seguro que os llevaréis genial.

Le sonrío y asiento con la cabeza mientras tomo el primero sorbo de mi café diario.

Alex entra en la cocina cargado hasta arriba de platos sucios del desayuno de los huéspedes más madrugadores.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, Alex. ¿Qué tal va el hambre voraz de nuestros clientes?

—Jada, necesito más huevos, solo queda uno y todavía no han bajado los de la habitación ciento siete. Y más bacon también.

Doy un mordisco a mi tostada cuando Alex se para enfrente de mí, mientras coloca ordenadamente las tazas limpias en su bandeja.

—Todavía no me has dicho nada.

Ops, no he vuelto a pensar en la invitación de Alex para salir este sábado por la noche.

Yo tengo fiesta el domingo y él por las noches no trabaja, es lo bueno de que el hotel solo sirva el desayuno como comida principal, el almuerzo ligero se sirve en cestas de picnic para que los clientes puedan disfrutarla mientras pasean por los parajes naturales que envuelven la propiedad Cooper. Para la cena, que se sirve a las seis y media en un único turno, está todo dispuesto en las neveras y las mesas de calor, y Alex acaba su turno sobre las ocho y media.

—Vamos, no inventes ninguna excusa nueva. Te recojo este sábado a las nueve y vamos a cenar y a dar una vuelta, estás día y noche aquí metida.

—Venga, muchacha, sal y diviértete, te irá bien —anima Jada.

Bueno, tampoco creo que pase nada por salir a cenar con un amigo. Porque eso es lo que es Alex para mí, un amigo y compañero de trabajo.

Además, es más que posible que este sábado Tyler vuelva a desaparecer sin dar ninguna explicación, así que no tengo por qué darla yo.

—Está bien, pero prefiero bajar a la ciudad con mi camioneta, así después no tienes que volver a subir hasta aquí para traerme.

De repente, deja la bandeja sobre la mesa y me da un beso en la comisura de los labios, y no ha sido sobre estos porque he sido lo suficientemente rápida para esquivar su boca.

—No te preocupes por nada, yo me encargo de todo —dice mientras carga de nuevo la pesada bandeja y sale por las puertas batientes hacia el bullicioso salón.

A media mañana, mientras estoy haciendo una de las habitaciones más grandes de las que dispone el hotel, Tyler entra en la habitación sobresaltándome, no me lo esperaba aquí a esta hora.

—Hola —digo sonriéndole, sé que estamos a solas por unos segundos y mi cuerpo sabe dejarse ir en el momento adecuado, reteniéndose cuando es preciso hacerlo—. ¿Necesitas algo?

Está serio, mantiene las mandíbulas apretadas, me acerco a él que me observa como un depredador calculando la velocidad necesaria para atrapar a su presa.

Cuando estoy a punto de tocarlo retrocede un par de pasos y siento una punzada de dolor ante su distanciamiento. Justo en ese momento, una mujer afroamericana, alta, con un cuerpo de infarto, preciosa y con unos ojos de color azul muy llamativos, entra en la habitación.

Debe ser la hija de Jada.

Va vestida igual que yo, con el uniforme de camarera de piso, así que deduzco que es la nueva incorporación. Pero ella parece ir vestida con un Chanel, por cómo le queda el uniforme.

—Valerie, ella es Dakota —me da la impresión de que le cuesta decir su nombre, casi como si le doliera—. A partir de ahora os repartiréis las

habitaciones de forma que Valerie pueda atender la recepción sin tener que hacer doce horas diarias.

Asiento, sonrío y le tiendo la mano a Dakota.

—Encantada de conocerte, Dakota.

Su sonrisa no llega a sus ojos pero doy por supuesto que es por tratarse de su primer día. Seguramente se haya quedado sorprendida o algo aturdida por el carácter de Tyler.

—Valerie, dejo en tus manos el reparto de faenas, es tu responsabilidad que todo siga como hasta ahora.

Dicho esto, sale de la habitación sin mirar a la nueva incorporación.

Su voz autoritaria vuelve a hacer acto de presencia, por un momento me ha parecido que habíamos retrocedido en el tiempo.

—No te preocupes por él, parece que muerde pero luego es un corderito.

Sonríe de medio lado.

—Yo llevo aquí cuatro meses y me hice enseguida con el trabajo. Ya verás que no es difícil. ¿Has trabajado antes en un hotel?

Estoy contenta de tener una compañera nueva y alguien de mi edad, espero que nos llevemos bien.

—Lo cierto es que no me ha hecho falta trabajar hasta ahora.

Vaya...que suerte la suya.

—Bueno, mientras sepas hacer una cama y utilizar el agua y la bayeta, creo que podrás pillarlo rápido. Lo bueno de este sitio es que los clientes salen durante todo el día y no hay que hacer las habitaciones demasiado rápidas.

Le explico los aspectos más técnicos, cómo debe doblar las sábanas bajas y la colcha superior, Maggy fue la encargada de enseñarme a hacerlo a su manera; también dónde están todos los productos que pueda necesitar reponer en los cuartos de baño, y le asigno unas habitaciones para que vaya habituándose a ellas, aunque durante lo que queda de jornada estará conmigo viendo como yo lo hago, para que pueda aprender.

—¿De dónde vienes? ¿Vives en en la ciudad? Jada nunca me había hablado de ti —pregunto mientras limpio el polvo del mueble del televisor.

—Supongo que te refieres al pueblucho. ¡No, qué horror! He estado viviendo

en Chicago, pero estoy pasando por una mala racha y he vuelto a casa de mis padres.

—Vaya, lo siento. Espero que todo se solucione.

Por eso el malestar de Jada estas últimas semanas.

—Esa es la intención.

Jada nunca me ha hablado de su hija, quizá también estuvieran distanciadas por algún motivo, como mi madre y yo.

—Me he separado de mi marido y necesito el trabajo para mantener a mi hijo, el muy capullo me ha denunciado por adulterio y estoy a la espera de que salga el juicio para poder cobrar la indemnización que me toca.

Vaya, pues sí que tiene que ser complicado divorciarse.

—Por tu tono de voz deduzco que no le fuiste infiel —le sonrío intentando que se sienta a gusto conmigo, yo no voy a juzgarla.

—Eso no tiene importancia —se mira las largas uñas postizas que lleva mientras mastica de forma exagerada el chicle. No creo que le vayan a resultar muy útiles mientras limpie. Menos aún si Tyler le encarga limpiar el establo algún día.

Cuando estamos acabando con la última de las habitaciones, suena el teléfono inalámbrico que llevo colgado del cinturón.

Me seco las manos en las perneras del pantalón y contesto.

—Rancho Cooper, dígame.

Le hago un gesto con las manos a Dakota para que se encargue ella del carrito que contiene los productos de limpieza y demás enseres y lo guarde en su lugar.

Mientras hablo con el cliente, voy bajando hacia el mostrador de recepción, quiere reservar habitación para dentro de cuatro semanas y no sé si queda alguna libre.

En esas fechas hay una competición de remo en el lago grande que hay cerca al próximo pueblo y ya hace semanas que estaba todo reservado, no sé si ha habido alguna anulación en estos días.

Abro el libro de reservas y confirmo que tenemos todo lleno. Me disculpo con el cliente y le ofrezco la posibilidad de alojarse en un hotel dentro de la

misma la ciudad, no tiene el encanto del nuestro y queda un poco alejado pero puede servirle.

Dejo el teléfono en la base de cargar y guardo el libro.

Hoy es un día precioso, me acerco a los ventanales del pasillo y veo a Anthony trabajando con la potrilla, a los demás caballos pastando libremente por su zona de recreo, y justo en ese momento aparece Tyler montado en la cortadora de césped, la deja justo delante de la cabaña en la que se guardan todas las herramientas.

Se limpia el sudor con la parte alta de la manga de la camisa tejana que lleva, se acerca a la nevera que tiene en la cabaña y bebe a morro de una botella de agua.

Me encanta observarlo hacer sus faenas, es de lo más sensual, y eso que está sudado, manchado de tierra en muchas ocasiones, pero su olor personal y sus movimientos me tienen fascinada.

—Bueno, si ya no hay que hacer nada más, creo que será hora de que me marche.

La voz estridente de Dakota me sorprende, me giro y ya está con su ropa de calle, unos pantalones vaqueros llenos de pedrería de colores en tono beige, unos zapatos de tacón de unos diez centímetros y un bolso de una marca muy cara.

Cuando yo llegué al rancho también iba con tacones, pero claro, yo no sabía donde venía. Si su madre trabaja aquí, muy posiblemente ella ya conociera este lugar, y sabría de sobras que con esos tacones es difícil caminar dentro de este terreno.

—Voy a buscar a mi madre.

Se gira sin darme opción si quiera a preguntarle que le ha parecido el trabajo y va hacia la cocina donde Jada sigue cocinando.

Mañana tendrá que hacerlo ella sola, espero que se desenvuelva bien, si no me tocará hacer su trabajo y el mío.

Son casi las tres de la tarde y sé que Tyler va a estar ocupado con los caballos durante unas horas. Ya podría irme a casa, ducharme y relajarme un rato leyendo. Pero en vez de eso, miro al final del pasillo y pienso en el

montón de papeleo que Tyler tiene sobre la mesa, papeleo que sé que odia ordenar y gestionar.

Así que sin pensarlo más, voy hacia el despacho.

Abro la puerta y lo que me encuentro es mucho peor de lo que esperaba.

Cierro la puerta a mi espalda y voy hacia la montaña desordenada de facturas y albaranes que inundan la mesa del despacho que anteriormente fue del señor Cooper, aquí me hizo la entrevista y me contrató con un apretón de manos.

Me siento en el enorme butacón y empiezo a separar cada factura, cada albarán, cada pedido y cada anotación.

Al mover el ratón la pantalla del ordenador cobra vida, y veo el icono del mismo programa de contabilizar que tenía en el despacho de Aaron, y con el cual estuve trabajando unos años. Perfecto, así todo me será más fácil.

Una vez ordenado todo por montones bien diferenciados, empiezo a contabilizar, y una vez acabado esto, creo unos avisos de vencimientos para que se no se le pase el pago de ninguna factura.

He encontrado dos que vencen esta misma semana, las deajo aparte para dárselas en mano a Tyler y que no se le olvide hacer el pago.

Estoy archivando las facturas cuando puerta del despacho se abre de sopetón.

Dejo lo que estoy haciendo para ver a Tyler, con cara de estar muy agotado. Le sonrío mientras me pierdo en su mirada, no sé qué hora es pero fuera ya es de noche, seguro que el servicio de cenas ha terminado y no queda por aquí nadie que pueda interrumpirnos.

—Hola —saludo.

Cierra la puerta poco a poco, sin dejar de mirar la mesa, la estantería y la carpeta que tengo entre las manos.

—Tendrías que estar en casa.

Es lo único que dice sin moverse del sitio.

Me levanto para dejar que se siente y poder explicarle todo lo que he estado haciendo.

—No importa, sé que a ti no te gusta nada llevar el papeleo y he creído que

te ayudaría poniendo un poco de orden en todo esto. La verdad es que las horas me han pasado volando. Hacía tanto que no hacía este trabajo que temía que se me hubiera olvidado.

Lo cierto es que estoy orgullosa de mí misma y contenta por poder realizar aquí algo que me gusta y se me da bien.

—Valerie, son más de las diez. Tienes que levantarte antes de las siete...

Parece agotado.

Me acerco a él, apoyo las manos en sus pectorales mientras y dejo que mi cuerpo se roce con el suyo. Tiene briznas de paja clavadas en la camiseta. Las voy quitando poco a poco.

Su olor me envuelve y la temperatura entre nosotros vuelve a cambiar.

—Me vuelve loca el olor que desprendes después de estar todo el día cortando hierba.

Inspiro hondo el aroma que emana su cuerpo, justo en el hueco de su cuello, y ronroneo como hace *Metal* cuando se sienta sobre mis piernas. Le paso los brazos por la cintura, abrazándolo y me froto contra su cuerpo notando la protuberancia dura que ya se marca en sus vaqueros.

Noto como él inspira sobre mi cabeza y enreda mi pelo con la nariz, pero no se inclina para ofrecerme la boca y besarme, y yo me muero por tener sus labios y sus dientes sobre mi piel.

Me coge de las muñecas y separa mis manos de su cuerpo.

—Hoy no, Valerie. Tengo mucho que hacer.

Se aparta de mí, una vez más, dejándome fría y necesitada de su contacto.

Retrocedo y le doy el espacio que parece pedir, se mueve y va hacia el sillón de la mesa.

—¿No vas a darme ni las gracias? —quiero que suene como una broma pero lo cierto es que estoy aguantando la rabia que me recorre.

Le da un manotazo a la carpeta en la que estaba colocando ordenadamente las últimas facturas de proveedores y esta cae al suelo, quedando gran parte de las facturas esparcidas por el suelo.

La rabia explota en mi interior y no puedo contenerme más.

—¡Nadie te ha pedido que te encargaras de esto! Anota las horas extras y te

las pagaré.

Me sienta como si me hubiera abofeteado con todas sus fuerzas.

Retengo las lágrimas, apretando los dientes y cerrando los puños con fuerza.

—No sé qué mierda te pasa, pero yo no tengo la culpa. Eres un imbécil y un capullo. He hecho todo esto por ayudarte, no para que me pagues las horas extras.

Veo su cara de enfado, me da lo mismo, yo también estoy enfadada, así que me giro y salgo de ese despacho dando un fuerte portazo antes de derramar una lágrima delante de él.

Lo oigo maldecir mientras salgo de allí corriendo por el pasillo apenas iluminado.

Salgo por la puerta y corro por el camino hasta llegar a la cabaña, abro sin llave y me dejo caer al suelo una vez la cierro.

No puedo dejar que me trate así ni puedo seguir dejando que este sentimiento se haga más grande.

En estos meses la relación ha sido buena, cada vez tenemos más complicidad y yo cada vez estoy más enamorada de él, creía que él también siente algo más por mí, pero hoy parece seguir en el mismo punto que cuando empezamos.

Y cuando se comporta como hoy, como un completo imbécil, me hace daño. No merezco que descargue en mí su mal genio ni sus frustraciones.

Lloro hasta hartarme y me levanto para ir al cuarto de baño, donde me doy una ducha caliente y dejo que mis miedos y rabias se diluyan con el agua que me recorre.



Vaya mierda de día.

Vaya puta mierda de día.

Y lo que más me jode es que al final lo he pagado con quien menos culpa tiene.

Miro la mesa despejada, las notas que me ha dejado junto a dos facturas para que no olvide pagarlas mañana. Ni sabía que estas facturas habían llegado.

Y luego miro al suelo, con todas esas facturas esparcidas y desordenadas, todas las facturas que ella ha estado organizando y guardando, cuando esa no es su obligación.

He venido aquí porque me apetecía estar a solas conmigo mismo, no he ido a casa precisamente para no estar cerca de ella y sentir la necesidad de estar tocándola y acariciándola, pero es que esa necesidad cada día se hace más latente.

Y encima lo de Dakota.

Me giro hacia el mueble bar y cojo la botella de whisky que mi padre guardaba aquí. Vierto el licor ambarino en un vaso y me lo bebo de golpe, para otra vez volver a rellenarlo y dejar que su calor me vaya inundando.

Me dejo caer de nuevo en el sillón, mi padre no estaría actuando así, lo sé. Aunque todavía recuerdo las discusiones que tenían él y mamá al principio, cuando la abuela se fue y ellos trabajaban muchas horas para mantener el negocio a flote.

Y lo consiguieron, joder si lo consiguieron.

Pero mi padre tenía a mi madre, ella era su mano derecha. No le importaba limpiar, cocinar, atender a los clientes, o ayudarlo con los caballos cuando la necesitaba. Después llegamos nosotros, y fue capaz de ocuparse de eso también.

Una voz en mi cabeza me dice que Valerie sería más que apta para hacer todo como hizo mi madre y más, pero la callo bebiéndome de un trago el tercer vaso de whisky.

Desastrosa

Después de nuestra discusión hace tres días, no hemos vuelto a vernos a solas ni a hablar prácticamente de nada.

Podría decir que esta ha sido la peor semana desde que estoy aquí.

Entre el mal de amores y tener que revisar continuamente que Dakota haga bien su trabajo, creo que tengo más faena ahora que antes de que ella viniera. Por lo menos tenía claro que yo hacía bien el trabajo, ahora si no voy a repasar las habitaciones que ella hace, los clientes que entran nuevos podrían encontrarse con cabellos en la ducha que no son suyos y detalles por el estilo.

Si algo me ha quedado claro en estos cuatro meses es que aunque no sea un hotel de cinco estrellas, este hotel rural se siente muy orgulloso del trato exquisito que siempre ofrece a sus huéspedes, y siento decirlo pero, la hija de Jada no sirve para este trabajo.

La madre está ilusionada por tener cerca a su hija y a su nieto de cuatro años, por lo visto no han tenido mucha relación desde que Dakota se marchara a vivir con su marido de forma muy precipitada y a más de mil kilómetros de aquí.

Intento ser simpática con ella, como lo soy siempre con todo el mundo, pero hay algo en ella que no sé descifrar y me pone los pelos de punta.

Ayer Tyler me echó la bronca porque los servicios del pasillo se quedaron sin hacer. Recuerdo claramente como Dakota me pidió que yo hiciera una de las suite y a cambio ella limpiaría los aseos.

¿Y qué pasó? Que no hizo ni una cosa ni la otra. Se marchó antes de que acabara su horario y la bronca me la comí yo. Como no tenía ganas de discutir, no me molesté en decirle a Tyler lo que había sucedido, pero esto no puede seguir así. Me siento fatal por Jada, pero su hija no tiene disculpa para lo que ha hecho.

Ya estoy lista para la cena con Alex.

Como no lo considero una cita no me he arreglado para impresionarlo, no sería justo por mi parte hacerle creer que puede haber algo más entre nosotros.

Estoy llegando a la ciudad cuando la entrada de un whats ilumina la pantalla de mi móvil.

Miro de reojo y veo que es un mensaje de Olivia.

Ya han acabado los exámenes finales y tanto ella, como Mary y Steve llegarán la semana próxima, solo les falta un mes para licenciarse en sus respectivas carreras.

Olivia trabajará en la compañía de su padre y Mary no tiene nada claro aun, solo que no piensa separarse de Steve por nada del mundo.

Cuando me preguntan sobre la apuesta, les digo mentirijillas de tipo: «No, solo es sexo. Sexo maravilloso, pero nada más» y siento que una parte de mi corazón se agrieta, porque por más que me gustaría que eso fuera así, no lo es.

Me parecía que habíamos avanzado en algo, aunque fuera lento, tenía la esperanza de que él se enamorara de mí igual que yo me he enamorado de él, pero sigue actuando como al principio, cuando estamos juntos no existe nada más, saltan chispas y es maravilloso, pero siempre a escondidas. Después, fuera de su cabaña o de la mía, no hay nada que evidencie que él siente algo más por mí. Y yo tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar que los demás vean cómo lo miro y cómo me derrito por él.

Aparco cerca del local donde hemos quedado. Al bajar de la camioneta me aseguro que de cada uno de mis rizos sigue recogido en la coleta alta que me he hecho. Me ha crecido bastante y ahora consigo que los mechones de la parte trasera lleguen sin problema hasta la coronilla para recogerlos ahí.

La claridad del sol ha desaparecido y ahora empiezan a ser visibles los diminutos puntos brillantes de las estrellas que cubren el cielo.

Me he puesto un sencillo vestido muy vaporoso de color azul marino y pequeños lunares blancos, y unas sandalias con tacón topolino, que me hacen parecer ocho centímetros más alta.

Camino despreocupada, pensando en que mañana me pasaré unas cuantas horas disfrutando de mi día de fiesta, al sol y nadando en el lago, cuando levanto la mirada y veo, en una de las muchas terrazas de los restaurantes, a un hombre alto, fuerte, de cintura estrecha y amplios hombros con una voz que me eriza el vello de todo el cuerpo.

Tyler está en ese restaurante haciéndole monerías a un niño de un año de edad aproximadamente, mientras uno de sus brazos reposa sobre los hombros de una mujer.

Me paralizó y pestañeo varias veces hasta que el sonido de un claxon me devuelve a la dura realidad.

¡Dios mío! Está casado y tiene familia.

Por eso se marcha en días concretos, por eso siempre ha querido mantener lo nuestro en secreto.

No soy su *follamiga*, soy su amante.

Estoy destrozando a una familia.

Sigo caminando, intentando no caerme por el dolor que me recorre cada átomo de mi ser.

Justo en el momento en que pienso en darme la vuelta, volver a la camioneta e irme hacia casa, la voz alegre de Alex me llama.

—Valerie. Te estoy llamando. Estás preciosa.

Me da un beso en la mejilla derecha mientras yo intento esconderme detrás de su cuerpo.

—¿Todo bien, preciosa? —pregunta inspeccionando mi cara.

Pestañeo varias veces, tragándome el dolor y las lágrimas.

Fuerzo la mejor de mis sonrisas falsas y no le digo nada cuando pasa su brazo por mi cintura y me guía hacia el restaurante.

—Sí, todo bien.

¿Cómo he podido ser tan ingenua y tan tonta?

¿Cómo me he dejado guiar por la pasión hasta acabar enamorándome de un hombre sin escrúpulos?

Tengo que tragar varias veces para no empezar a gritar como una posesa, y para no llorar como si no me acabaran de romper el corazón, que es justo lo que ha pasado.

Esta se la voy a devolver. Como que me llamo Valerie Jane Davis que no me voy a quedar de brazos cruzados.

Gracias a Dios no es el mismo restaurante en el que está Tyler y... su familia.

Este lugar está lleno de parejitas, en mesa para dos, iluminadas con una romántica vela y un ramillete de flores silvestres en un pequeño jarrón de cristal transparente.

—Espero que te guste la comida mexicana.

Separa la silla caballerosamente para que pueda sentarme.

—Supongo que sí, no la he probado nunca.

Sigo en un estado de medio trance mientras el pobre Alex se esfuerza por conseguir mi atención.

Le dejo aconsejarme y es él quien pide nuestra comida, sinceramente me daría igual comerme un zapato lleno de arena del desierto, no creo que note la diferencia.

En lo que sí que he sido hábil es en pedir la bebida. Un margarita.

Cuando empiezan a servir la comida ya he acabado con mi copa y le pido otra al camarero.

—Vaya, veo que quieres celebrar nuestra primera cita.

Sonrío, espero que no vea en mis ojos que la sonrisa no es del todo sincera.

Nuestra primera cita.

Llevo cuatro meses acostándome con un hombre, teniendo un sexo fantástico que jamás llegué a albergar, pero nunca, jamás, hemos tenido una cita.

Ni la vamos a tener, me recuerda esa vocecita sabia que me habla desde dentro de mi ya borracho cuerpo.

Alex es muy mono, alto y fuerte, no tanto como el maldito Santa Claus, pero tiene su encanto.

¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta antes de que tiene unos hoyuelos preciosos cuando sonrío?

Quizá porque sin estar borracha he sido incapaz de fijarme en él. Lo cual significa que debo emborracharme más.

—He estado hablando con Tyler. Hace unos meses compré un terreno no muy lejos de aquí, ya tengo la casa prácticamente acabada. Tiene muchas hectáreas de cultivo y voy a empezar mi propio negocio.

—Eso es genial —encima es emprendedor y valiente, hoy en día es complicado abrir un negocio y parece que Alex ha apostado fuerte.

—¿A que sí? El lunes iré al banco a ver si consigo que me den un pequeño préstamo para la compra de varias cabezas de ganado. La finca dispone de una granja y antiguamente era una ganadería de las más importantes de la zona.

Nadie quería ir allí porque ocurrió algo horrible, pero a mí no me asustan los fantasmas.

Consigue llamar mi atención con eso.

—¿Qué fue lo que pasó? —mastico el rico burrito que Alex ha pedido para mí.

—El matrimonio que vivía allí fue asesinado por unos ladrones.

Me atraganto y tengo que taparme la boca al toser para evitar que salga algo de comida disparada.

—Toma bebe. ¿Quieres que te pida un poco de agua?

Niego con la cabeza y doy un sorbo más a mi segundo cóctel.

—¿Y no te da miedo vivir en la misma casa que ocurrió eso?

Llamo al camarero y le pido otro margarita. Si encima voy a tener que lidiar con asesinatos necesitaré más alcohol en mi cuerpo.

—La casa donde ocurrió fue arrasada por las llamas por los mismos asesinos, por lo visto fue un amante despechado de la mujer el que acabó con la vida de su amada y el marido de esta.

Ahora sí que siento arcadas y tengo que hacer un esfuerzo enorme por no vomitar todo lo que tengo en el estómago.

—Por eso mismo, he levantado otra casa en otra zona de la propiedad. Además eso pasó hace más de cincuenta años, y de ahí el motivo de que haya podido comprar la finca por una cantidad muy inferior a su precio real.

—Vaya, eso sí es una suerte para ti.

Alex sigue explicándome la macabra historia mientras acabamos con la cena y, una vez ha pagado, no me ha dejado pagar a medias, me invita a tomar un helado dando un paseo por los jardines del paseo principal.

Me siento un poco mareada a causa de los tres margaritas, pero consigo mantenerme de pie, así que no ha ido tan mal.

El lugar es precioso, con esas antiguas farolas de hierro colado y toda la cantidad de flores y árboles frutales en flor decorando todo hasta lo que alcanza la vista.

Lamo el helado que está deshaciéndose por la galleta del cucurucho y en ese momento los ojos de Alex pierden su bonito tono azul para tornarse casi

negros. Veo el movimiento de su nuez al tragar. Estamos tan cerca el uno del otro que no soy consciente de cuando su mano se acerca a mi cara y retira con cuidado un poco de helado de la comisura de mis labios.

Sin darme tiempo a reaccionar se acerca más a mí, me rodea la cintura haciendo que me tambalee a causa de los tacones y de los tres cócteles que me he bebido.

—Eh, no te vayas a caer.

Sus manos me sujetan con fuerza, siento sus dedos clavándose en mis caderas y la cercanía de su cuerpo con el mío.

Sería bonito sentir lo que siento por Tyler por este hombre cariñoso y amable que me invita a cenar, a helado y a pasear por un precioso jardín.

Quizá debería dejar que me bese y saber si algo explota en mi interior, al igual que sentí cuando Tyler clavó sus ojos en mí la primera vez.

Ese Tyler que no quiere nada más que follarme a todas horas hasta volverme loca y después se olvida de que existo.

Nos miramos intensamente, huele a perfume suave que adormece mi sentido del olfato.

Vuelve a sonreír mientras su cara se acerca más a la mía y me pide permiso silenciosamente para besarme.

Le devuelvo la sonrisa y me dejo querer. Lo necesito.

Necesito sentirme querida, aunque no sea real.

Pasé de estar prometida con un hombre que no podía amarme; después me he enamorado de un hombre que no quiere amarme, y ahora estoy aquí, a punto de besar a un hombre que podría amarme.

Una de sus manos se mueve por mi espalda y me aprieta contra su cuerpo. Está realmente duro. Y con lo guapo que se ha puesto hoy, una camisa blanca que resalta su piel morena y unos pantalones negros que se ciñen a sus piernas.

Subo los brazos por sus hombros y dejo caer detrás de él lo que queda de cucurucho. Siento su aliento dulzón en los labios, sigue mirándome a los ojos.

—Déjame besarte, preciosa Valerie. He deseado estar así contigo desde el primer día que te vi.

Cierro los ojos y recorro ese último centímetro hasta que nuestros labios se

tocan.

Besa bien, muy bien.

Empieza con un beso tierno, sin lengua, pero yo he sido la primera en deslizar la mía por sus labios, así que él no tarda en dejar salir a la suya y lamer todo lo que tiene a su alcance.

Enredo los dedos en su pelo, sintiendo que me caliento y pensando que esto podría llegar a ser algo genial.

El beso nos absorbe a los dos, hasta que él es el primero en separar los labios de los míos.

—Creo que debería llevarte a casa. Con tanto margarita no te voy a dejar conducir.

—Eres tan bueno, Alex. Cualquiera mujer perdería la cabeza por ti.

Cualquiera, menos yo. Sé que eso no será posible. Pasa su pulgar por mis labios suavemente, como si me hubiera acariciado con una pluma.

—Me conformo con que solo la pierda una.

Sus ojos me recorren toda la cara, de mis ojos a los labios y vuelta a empezar.

Vamos caminado de la mano, en silencio, por los jardines hasta llegar a su camioneta.

Me abre la puerta y espera hasta que me he sentado para cerrarla y da la vuelta y subirse.

Pone el vehículo en marcha y se incorpora al tráfico. En pocos minutos estamos saliendo de la ciudad y empezando a subir la carretera de montaña que nos llevará hasta el rancho Cooper.

—La semana que viene podría llevarte a ver mi propiedad. Una vez me concedan el crédito, no tardaré más de dos meses en mudarme definitivamente.

Vuelvo a pensar en las vacas que quiere comprar, en los fantasmas, en el matrimonio asesinado y calcinado por el amante despechado de la mujer y esas llamas de los celos van arrasando todo lo que puede arder en mi interior. El alcohol de los margaritas es otra fuente de combustible que hace que las llamas sean más voraces y letales.



Abro el portón que da acceso a la propiedad tecleando el código en el panel de mandos.

Entro y espero hasta que la puerta vuelve a estar cerrada, y conduzco por el camino iluminado de mi propiedad hasta llegar al aparcamiento.

Algún cliente ha aparcado en mi plaza y tengo que dar la vuelta y dejar mi *pickup* detrás de la casa grande, cerca de la piscina. Esta semana se ha abierto al público después de estar cerrada durante la temporada de invierno.

Me bajo y voy yendo hacia mi casa, pensando en toda esta puta semana.

Ayer Dakota quiso hablar conmigo y me alegro de haberlo hecho.

Le demostré que ya no soy aquel crío al que abandonó partiéndole el corazón, poco me importan sus problemas personales, quiso hacerme creer que está muy agradecida por el puesto de trabajo que le he dado.

No he podido hablar con Valerie para preguntarle sobre el tema, si la ve o no válida. Por más pija que haya sido siempre, sus padres son personas honradas y muy trabajadoras, creo que ella sabrá estar a la altura de las circunstancias y se esforzará en hacer bien su trabajo.

Aunque la bronca que tuve ayer con Valerie tiene pinta de ser por culpa de Dakota, Valerie no se ha olvidado nunca en estos casi cinco meses de hacer ninguna de sus tareas, es más, siempre las acaba con tiempo y se dedica a repasar alguna otra cosa, a ayudar a Jada en la cocina, o a pasarse horas en mi despacho solucionándome todo el tema burocrático que a mí tanto me hastía.

Quien lo iba a decir, Dakota que me dejó tirado para irse con el cuarentón adinerado y ahora se ve trabajando para mí, seguramente, porque no ha sido capaz de mantener un trabajo. Y si yo he aceptado darle esta oportunidad es por Jada y Anthony, ambos se jubilarán en poco más de un año, y tendré que buscar a alguien que los supla.

Todavía no he podido agradecerle a Valerie todo el trabajo que hizo en el despacho, ni disculparme por lo capullo que fui con ella la otra noche.

Sí, capullo integral. Hace bien en recordármelo de vez en cuando.

Después de pasar la tarde celebrando el primer cumpleaños del pequeño Billy, he pensando mucho en su difunto padre, él se estaría riendo de toda esta situación, diciéndome lo capullo que soy por no dar el paso y dejar que lo que siento por Valerie fluya y me envuelva.

Él hablaba siempre de fluir, de no retener los sentimientos, sean buenos o malos, no es bueno que algo se quede encastrado dentro de uno.

Me paro en la puerta de la cabaña de Val, quiero estar con ella. Necesito disculparme y estar con ella.

Ahora mismo necesito el consuelo que me da su cuerpo, hundirme en ella y sentir que el peso de mi cuerpo se hace más ligero cada vez que la poseo.

En estos cuatro meses he conseguido seguir con nuestro trato pero temo que llegue el día en el que ella quiera más, lo presiento. Es una mujer, una romántica empedernida, me ha hecho ver dos veces su película de amor favorita, *Tenías que ser tú*, y aunque soy un hombre, creo que pillo las indirectas camufladas que me envía de vez en cuando.

Me gusta sorprenderla mirándome a través de las ventanas, escondida detrás de las cortinas de gasa blanca, la forma en la que tiene de retirarse de inmediato cuando se da cuenta de que la he visto o esas veces en las que disimula pasando el trapo por el cristal como si hubiera una mancha perpetua que no pudiera acabar de limpiar.

Me encanta cuando hago el amor con ella en mi cama y después, de madrugada cuando desaparece de mi lado, puedo dormir oliendo su dulce aroma en mis sábanas. Por las mañanas cuando me levanto empalmado y huelo su olor la busco por la cama deseando que esa noche se haya quedado conmigo, que no haya salido huyendo de mí.

Aunque tengo que reconocer que yo hago lo mismo cuando estamos en su casa. Me quedo hasta que se duerme entre mis brazos, con su cabeza y su melena desparramada sobre mi pecho, sintiendo cada una de sus respiraciones sobre mi piel, contando cada uno de los temblores involuntarios que le dan hasta quedarse dormida. Si me quedara con ella toda la noche no descansaríamos ninguno, soy incapaz de mantener mis manos lejos de su cuerpo.

Cada vez que nos encontramos durante el día en la casa grande, en los jardines o en cualquier parte pública del rancho, me encantaría poder reclamarla como mía, dejar claro que no está disponible para ninguno de los clientes que se giran por los pasillos para seguirla con la mirada mientras miran el vaivén del movimiento de su coleta pelirroja y de sus caderas.

Me gustaría poder hacer todo eso, pero no puedo. No puedo hacer que se enamore de mí cuando yo no estoy dispuesto a abrirle mi corazón, aunque empiezo a ser consciente de lo importante que se ha vuelto para mí.

No puedo permitir que se vuelva imprescindible en mi vida, no puedo permitirme necesitarla.

Tiene las cortinas echadas y no veo nada del interior de su casa. Mañana tiene fiesta y no sé qué planes tiene, seguramente esté aquí, esperando a que yo me digne en pasar a verla, le pida disculpas y nos reconciliemos haciendo el amor hasta quedar ambos sin sentido.

Cinco minutos de pensamientos internos y he pensado en hacerle el amor en dos ocasiones, ¿cuándo ha dejado de ser follar para convertirse en hacer el amor?

No lo pienso más y abro la puerta sigilosamente, me gusta encontrarla dormida en el sofá y llevarla hasta la cama, desnudarla mientras se queja en sueños y despertarla corriéndose en mi mano o en mi boca.

Pero maldita sea si lo que veo al entrar en su pequeño salón es lo que esperaba encontrarme.

Está sentada encima de las piernas de Alex.

Con la cabeza de Alex en su cuello mientras la lengua de este se desliza cuello abajo, hacia sus tetas, que por ahora siguen con el sujetador puesto.

—¡Oh, mierda! —exclama Alex, apartando su sucia cara de lo que es mío.

¡Joder! ¡Joder! ¡¡¡Joder!!!

Lo habría imaginado de cualquiera pero nunca de ella.

Se cubre con las manos, tapando lo que yo he tocado y lamido tantas veces y me mira sorprendida.

Se recompone de la sorpresa inicial, cuadra los hombros y levanta la barbilla antes de hablar.

—Tyler, tendrías que llamar antes de entrar en mi casa.

Siento que voy a estallar de la rabia y la explosión atómica que siento en mi interior. Mantengo la mandíbula apretada y los puños bien cerrados, notando la sangre bombear en las venas de mis antebrazos.

Todas son iguales. He hecho bien en no confiar en ella.



Después de despedirme de Alex y de pedirle disculpas por lo que ha pasado, por como me he dejado llevar por el alcohol y el despecho, le he dicho que lo nuestro no funcionará nunca.

Me voy directamente hacia la ducha. Ni me molesto en desvestirme, dejo que el agua helada caiga sobre mí y me quite lo que queda de borrachera.

La mayor parte del alcohol que tenía en sangre se ha evaporado cuando Tyler ha irrumpido en el momento justo en mi salón.

Su mirada echaba fuego.

Sí, Tyler Cooper, así me he sentido yo cuando te he visto en la tierna escena con tu hijo y tu mujer, o lo que sea que es.

En mi mente todo cuadra.

No sé por qué he podido pensar que te acostabas conmigo porque no lo hacías con nadie más, está claro que no ha sido así.

Y pobre Alex, he dejado que el cortejo llegara demasiado lejos.

No es que haya sido desagradable pero lo que sus manos han despertado en mi cuerpo y sus besos en mis labios no ha tenido nada que ver, ni remotamente, con lo que siento con solo una mirada de Tyler.

Da igual si esa mirada es de pasión, de posesión, de alegría o de cabreo, Tyler remueve mi interior sin ni siquiera tocarme, y tengo claro que Alex no conseguiría hacerme sentir eso por más oportunidades que le diera a nuestra posible relación.

Me quito la ropa, congelada y muerta de frío, y me envuelvo en el albornoz.

Así tal cual me dejo caer en la cama, espero poder dormirme y despertar sin una gran resaca, y a ser posible, con la certeza de que todo lo que ha pasado en las últimas dos horas no ha sucedido realmente.

Pero no, después de una noche de sueños en bucle y movidos, despierto con un dolor de cabeza horrible y la sensación de haber sido aplastada por una apisonadora.

Tras un par de cafés bien cargados y de un par de analgésicos, me estiro en el sofá a compadecerme de mí misma durante un rato.

Tengo que ser fuerte y pensar qué voy a hacer con todo esto.

Sigo necesitando el trabajo, podría buscarme otro sitio pero la verdad es que no quiero irme de aquí.

Tengo que quitarme la venda de los ojos que yo misma me he puesto, y la próxima vez que me cruce con Tyler hablaremos como personas adultas, nada de escenitas de celos ni reproches.

Él me lo dejó muy claro desde un principio y yo acepté, aunque bien podría haberme dicho que tenía familia. Ese dato se le olvidó mencionarlo.

Dejo caer unas lágrimas.

Sí, sé que yo tengo la culpa de todo esto, pero es que no puedo evitar sentirme así.

Llamo a Mary. Necesito que me escuchen y den la razón aunque no la tenga, esas cosas que solo hacen las buenas amigas.

—¿Cómo está mi zanahoria preferida? —contesta ella tan feliz.

—Mal —es lo único que soy capaz de decir antes de romper a llorar desesperadamente.

—¡Eh! Cariño, Val, ¿qué ha pasado?

—Todo, ha pasado todo. Me he enamorado como una estúpida de otro hombre que no sabe amarme. Y encima he estado rompiendo una familia...— sollozo una vez más.

—Val, me parece que estás siendo demasiado dramática. A ver, explícame eso, cariño mío. ¿Qué quieres decir con que has destrozado una familia?

—Pues eso... ayer quedé para cenar con Alex, el camarero, esta semana no ha sido la mejor de las semanas que digamos entre Tyler y yo, así que cuando llegué a la ciudad, vi al capullo de Tyler sentado en una terraza, haciéndole carantoñas a un niño mientras tenía a una mujer rodeada con su brazo.

—Bueno, visto así parece muy clara la escena pero, ¿has hablado con él?

Sigo llorando y sorbo por la nariz antes de hablar.

—No. Entró por sorpresa en casa justo antes de que Alex me desnudara y de que llegáramos a un punto al que me alegro de no haber llegado...

—¡Eh, eh, eh! Para ahí, ¿cómo que Alex estaba desnudándote?

—Bueno, eso no tiene importancia...

—Valerie Jane Davis, claro que tiene importancia. ¿Estás enamorada locamente de un hombre y vas a acostarte con un compañero de trabajo?

—Bueno, es que después de ver lo que vi, me tomé unos cuantos margaritas. Alex es muy mono y muy amable, me explicó una historia de asesinatos, de amantes, y bueno, una cosa llevó a la otra, y nos besamos. Me trajo a casa y acabé sentada sobre él...

—¿Te has acostado con él? —grita por la sorpresa.

—¡No! No pensaba hacerlo. Menos mal que llegó Tyler. Solo fueron unos besos y algo de magreo.

—¿Y qué dijo Tyler cuando se encontró con esa escena?

—Me pareció oírlo gruñir, tenía la mandíbula apretada y los puños apretados a los costados, parecía que le costaba controlarse, pero eso fue todo una comedia, simplemente porque yo no lo estaba esperando con las piernas abiertas.

—No creo que se quedara indiferente. Por lo que me has contado siempre es un hombre dominante y competitivo, no creo que le guste compartir su premio.

—He estado haciendo el amor con él sin preservativo, mientras él ha estado acostándose con otra, o quizá más de una mujer a la vez. Quizá debería ir a hacerme un chequeo médico.

Rompo a llorar desesperada.

—Bueno, respira. Tranquilízate. Por ahora lo primero que tendrías que hacer es hablar con él. Que quede claro si él ha estado con esa mujer o mujeres, y dependiendo de lo que te diga, actúa en consecuencia. ¿Has pensado en dejar el trabajo?

—No. No quiero marcharme de aquí. Aunque me duela, todo este lío me lo he montado yo solita, pero me duele más todavía pensar que ha podido

engañarme con el hecho de que mientras se ha estado acostando conmigo lo haya estado haciendo con más mujeres.

—Supongo que tienes la dosis de anticonceptivo al día...

—Ahora mismo no recuerdo cuánto tiempo hace que me puse el dispositivo, pero creo que duraba cuatro años, todavía no debe haber finalizado.

—Valerie, este fin de semana Steve y yo iremos a casa, nos veremos y hablaremos tranquilamente. Tengo que contarte muchas cosas.

Rompo a llorar otra vez.

—Nena, no te pongas triste, venga va... —intenta animarme.

—No es por mí, es por ti, que mala amiga soy que ni si quiera te he preguntado qué tal vais vosotros dos...

—No digas tonterías, ahora no estás para pensar en nada serio. ¿Qué tal llevas el dolor de cabeza?

—Mal...¿cómo... —me interrumpe antes de que pueda acabar la frase.

—Valerie, tres margaritas dan dolor de cabeza a cualquiera, sobre todo a ti que no estás acostumbrada a beber.

—Tienes razón —sorbo por la nariz mientras me limpio con el dorso de la mano.

—No te preocupes tanto antes de hablar con él. Quizá no es lo que parece, y él realmente siente algo por ti aunque no esté dispuesto a admitirlo.

Como me gustaría que esas suposiciones fuesen ciertas, las de Mary, no las mías, pero han pasado cuatro meses y no ha dado señal alguna de ninguna evolución en sus sentimientos hacia mí, y yo lo quiero con toda el alma.

En el lago

Después de un par de horas lamentándome en el sofá, cambio el chip totalmente y decido que voy a cocinar algo, lo que sea.

Dos horas más tarde tengo la mesa de la cocina llena de cupcakes de oreo y un brownie con caramelo esperando a ser devorados.

Mi humor ha mejorado considerablemente, casi no he pensado en esos lagos verdes que me persiguen hasta en sueños.

Hablando de lagos... podría ir a darme ese baño que tanto deseaba ayer.

Recojo todos los cacharros que he ensuciado en mi terapia de autoayuda culinaria y voy a mi habitación para ponerme el bikini minúsculo que me compré la semana pasada, pensando en la idea de poder darme algún baño con cierto hombre moreno de ojos hipnotizadores.

Antes de salir de casa, me preparo una infusión y me como uno de los cupcakes, dejando que el glaseado se deshaga lentamente en mi paladar, endulzando mi mente a ver si así los pensamientos dejan de ser tan amargos y negativos.

El paseo por el camino hasta el lago está algo escondido desde esta parte de la propiedad. Desde la casa grande encontré un camino, pero está mucho peor que este, lleno de maleza y bloqueado por una pequeña cadena que prohíbe el paso. Empiezo a pensar que los huéspedes tienen prohibido el baño.

Hace una tarde preciosa, el sol empieza a descender por el cielo azulado, decorado con formaciones de nubes con diversas formas, dando un brillo especial a toda la vegetación que bordea el agua de color verde ópalo del pequeño lago.

Bueno, no sé qué extensión tiene exactamente pero, es precioso, la arena blanca de la orilla le da un toque de playa caribeña.

Extiendo la toalla que llevo en la mano y me quito el vestido de algodón, quedándome solo con el bikini.

El calor del sol me reactiva al momento, me calienta la piel, haciendo que cierre los ojos e inspire con fuerza todos los olores de las flores y la naturaleza que me rodea. Hago unos minutos de estiramientos con brazos y piernas mientras dejo que las pequeñas olas me mojen los pies. La temperatura del agua es muy agradable.

Una vez lista, voy entrando lentamente para no remover el fondo arenoso y evitar así enturbiar el agua tan cristalina. Incluso puedo ver pececillos rondando a mi alrededor.

Esto es un como un manantial en un desierto, no entiendo por qué los huéspedes no vienen a bañarse aquí.

Cuando el agua ya me cubre considerablemente, me zambullo ágilmente y empiezo a nadar con un pulido estilo que aún, después de los años que hace que dejé la natación, mantengo.

Cuánto más me adentro la temperatura del agua es algo más baja pero eso hace que mi sangre se mueva con más fuerza, mis patadas sean enérgicas junto con las brazadas, y mi mente se mantenga libre de pensamientos negativos.

En el agua me vuelvo una sirena, no canto con voz melódica, pero tampoco me distraigo con nada del exterior, así que es como si perteneciera a este medio acuático.

Cuando llego a lo que parece ser la otra orilla que da a una zona de bosque que no había visto antes, doy la vuelta y vuelvo hacia la orilla desde la que salí hace rato.

He perdido algo de fondo, si hubiera ido un poco más lejos habría tendido que salir del agua arrastrándome.

El sol sigue calentando mi toalla, así que me estiro sobre ella para relajarme un poco.

Sin duda, esta es la mejor idea que he tenido en toda la semana.

Cierro los ojos y me dejo acariciar la piel con la suave brisa que mueve los juncos y las flores más altas.

Algunos mechones se balancean por mi cara haciéndome cosquillas, los recojo detrás de las orejas.

Estoy sumida en mis pensamientos, en la tranquilidad que siento estando aquí, en la conversación que he tenido esta mañana con Mary. Sé que tiene razón, mañana buscaré a Tyler y mantendremos una conversación adulta y tranquila. Aunque me cueste, tengo que olvidarme de él.

No pasan ni cinco minutos desde que me he tumbado cuando el sol deja de calentarme la piel. Abro ojos, imaginando que es una nube la que me priva de

su calor, pero no.

Es Tyler.

Tyler sin camiseta, descalzo y en bañador.

Tyler con una mirada asesina en sus ojos.

Me inclino inmediatamente, sentándome antes de saludarlo.

Pero él se adelanta.

—¿Qué cojones haces aquí? —espetea de malas maneras.

Olvido todo ese rollo de adultos y tranquilos, me levanto de un salto y cruzo los brazos delante del pecho, tropezando con algo que antes no estaba ahí y casi hace que me caiga de morros al suelo.

—Creo que es obvio. Estoy tomando el sol.

Se gira y camina a mi alrededor, resoplando como si de un búfalo se tratase.

—Vete.

—¿Qué? No —no me da la gana.

Se agacha y coge mi toalla de un puñado, lanzándomela al pecho.

—Que te vayas —gruñe.

Es un malnacido, salvaje y neandertal. Me ha llenado el cuerpo de arena, ahora parezco una croqueta rebozada.

—Nadie me ha dicho que no pueda estar aquí, así que déjame tranquila. Y vete con tu mujer y tu hijo...

Le doy la espalda mientras acabo la frase y comienzo a caminar hacia dentro del agua, con la intención de quitarme toda la arena que él me ha tirado.

Antes de que el agua me llegue a las rodillas lo escucho maldecir, sus zancadas en el agua me avisan de que está siguiéndome y me agarra del codo para retenerme.

Dándome la vuelta con el ímpetu de su fuerza, levanto la mano y le doy un guantazo en toda la cara.

Pestañeo un par de veces al ser consciente de lo que acabo de hacer y de la furia que llamea en sus ojos.

—Lo siento —empiezo a disculparme cuando él deja salir de sus bonitos labios las peores palabras que me hayan dicho jamás.

—Eres tan zorra como ella, o peor.

No ha gritado, ha hecho más fuerza con sus dedos sobre mi brazo, acercándose a su cuerpo, mirándome como si quisiera matarme.

La rabia y el dolor me inundan, me ahogan, me cuesta respirar.

Y todas las dolorosas imágenes de él con esa mujer y ese niño acuden a mi mente una y otra vez, en bucle, torturándome, aunque el peor daño son las palabras que me ha escupido en la cara.

Me revuelvo contra él, dándole patadas y empujándolo con la mano que tengo libre.

—¿Yo soy una zorra? ¿Quién es el que me engaña, el que tiene una mujer e hijo, el que me esconde, el que viene de noche y se marcha antes de que salga el sol para que nadie sepa que cada noche se mete en mi cama? ¡¿Quién?! ¡Maldito capullo, desgraciado y malnacido, cabrón!

Las lágrimas caen sin control por mi cara mientras sigo forcejeando con él, que sigue manteniéndome en el mismo sitio, que sigue apretando la mandíbula.

—¿Te callas, verdad? Te vi, Tyler. Te vi anoche en ese restaurante, con esa mujer y ese niño al que prodigabas tantas fiestas. Con ella si sales a la calle, con ellos si vas a pasear. A mí solo me quieres para follar.

—¡Valerie! —ruge.

—No pienso callarme, una cosa es que llegáramos a un trato de ser solo *follamigos*, y otra muy diferente es que tú vayas por ahí metiendo la polla en cualquier mujer y después vengas a metérmela a mí.

Grito y sollozo sin control, me retuerzo y él acaba dándome la vuelta e inmovilizándome, colocado a mi espalda.

—Suéltame. ¡Suéltame, desgraciado! Maldito el día en que te conocí, Tyler Cooper, eres lo peor que me ha pasado en la vida.

Bajo la cabeza hacia el antebrazo que tiene cruzado por mi pecho y le clavo los dientes con fuerza. Por lo menos consigo que grite y maldiga.

—¡Aaaah!

Grita, y en ese momento no me doy cuenta de que me ha cogido en volandas y se está moviendo, adentrándose en el agua.

Pataleo y muevo las manos intentando arañar toda la superficie de su piel que sea capaz de tocar.



Me meto con ella en el agua, no puedo seguir escuchando como dice chorradas sin sentido y me insulta. Necesito de todo mi autocontrol para no hacerle algo más que agarrarla con fuerza después de esa hostia que me ha dado.

Cuando el agua me cubre hasta la cintura, la separo como puedo de mi cuerpo, la muy salvaje me ha arañado los antebrazos y me sangran, por no hablar del mordisco con el que casi me arranca un pedazo de carne.

La sumerjo y la dejo patalear unos segundos. La tengo cogida en todo momento por los brazos y no hay peligro de que se me escape.

La saco y su mirada rabiosa me atraviesa. No debe haber mucha diferencia entre la suya y la mía.

—Eres un capullo, cabrón y un desgra...

La sumerjo de nuevo, quiero que se calme y me repita toda esa sarta de estupideces que he estado diciéndome.

Pero me da una patada en los huevos, consiguiendo que un dolor horrible se concentre en esa zona. De repente lo veo todo negro.

Se me escapa de las manos y comienza a nadar hacia el interior del lago, va en dirección contraria a la que quiere ir, si es que quiere salir del agua.

Me recompongo, empiezo a nadar rápidamente y la atrapo de un pie, estirando de su pierna hacia mí. El agua me llega casi al cuello, lo que significa que a ella la cubre por completo.

Sigue resistiéndose, pero no voy a dejar que una mocosa de menos de metro setenta y con la mitad de mi peso me gane en un cuerpo a cuerpo.

Se mueve y yo con ella, enrosca las piernas en mi cintura y mi cuerpo se activa solo al sentir el calor de su cercanía. Cuando la he visto con ese minúsculo bikini y he pensado en las manos de Alex sobre su piel he explotado sin remedio.

¡¿Cómo es posible que me empalme por ella, después del golpe que me ha dado?!

La agarro de los brazos y los llevo a su espalda donde la sujeto por las muñecas con una sola mano. Está tan encendida que sería capaz de darme un cabezazo y partirme los dientes o la nariz.

—Deja de moverte de una vez, conseguirás ahogarnos a los dos.

—Suéltame, vete con tu mujer... no quiero verte nunca más —grita.

¿Con mi mujer?

—¡No es mi mujer! Ni el niño es hijo mío.

—Me da igual si estáis casados o no para acostarte con ella.

—Tú tampoco estás casada y anoche Alex iba a meterse entre tus piernas mientras te comía las tetas.

Cometo el error de bajar la mirada y ver como sus perfectas tetas suben y bajan a causa de la respiración acelerada por toda esta pelea.

—Alex me llevó a cenar a un restaurante, me llevó a pasear a los jardines... —grita mientras llora—. Me dio una cita.

—¡Alex solo quiere follarte y seguir con su vida! —rujo preso de la ira y la rabia.

—¿Qué diferencia hay con lo que quieres tú?

Acerca su cara a la mía, retándome y yo no me amedrento.

Retuerce las manos una vez más intentando librarse de mi agarre.

—Estás celosa. Estás condenadamente celosa de la viuda de mi mejor amigo y del hijo de mi mejor amigo.

Me mantiene la mirada, sigue enfurecida y no escucha lo que acabo de decirle.

—Mientras tú te abrías de piernas para Alex, yo estaba celebrando el primer cumpleaños del hijo de mi mejor amigo, hijo que no conocerá jamás.

Esta situación es más de lo que puedo soportar.

La muerdo.

Me tiro a por su boca sucia y salvaje, y la muerdo.

Algún instinto primario en mí me dice que tengo callarla y calmarla, hacer que me escuche, marcarla de alguna manera, que cualquier hombre que se acerque a ella sepa que ya tiene un hombre en su vida.

¡Joder! ¡¡¡Me tiene a mí!!!

Ella no se queda quieta y ataca mi boca con todas las ganas.

El cierre de sus piernas alrededor de mi cintura se hace cada vez más estrecho, aprieta su cuerpo contra el mío, y mi polla purga por salir del maldito bañador y hundirse en ella.

Hundirme sin control ni cuidado, hasta que grite mi nombre y me diga que es solo mía, que es únicamente para mí.

Le suelto las mano y separo mi boca de la suya. Vuelve a darme un guantazo, girándome la cara.

Rujo de rabia, cuando me coge con ambas manos por la mandíbula y salta sobre mi cuerpo, apretándose más contra mi pecho, aplastando sus tetas contra mi piel, como si no quisiera que ningún espacio quedara libre entre nosotros.

—Si vuelves a abofetearme, te juro que no sé lo que te hago...

Mete los dedos en mi pelo y tira de él con fuerza.

—¿No te acostaste con ella? —pregunta mientras me muerde el cuello, busca la yugular y me clava los dientes.

Entre tanto, yo aparto la diminuta tela con forma de triángulo que cubre, a duras penas, sus pezones.

—Estás celosa.

Joder, está celosa.

¿Cómo reacciono a eso? ¿Le importo de alguna manera?

—Tanto como tú de Alex.

Estiro con fuerza de sus pezones, castigándola cuando pronuncia su nombre y las imágenes de anoche vuelven a mi mente.

—Dime que no te penetró. Dime que no te acostaste con él. Dímelo aunque sea mentira.

Necesito oírsele decir.

Jadea por la presión continua que ejerzo sobre sus pechos.

—No.

—¿No, qué, Valerie? —quiero oírsele decir.

—No me acosté con él.

Sus labios vuelven a los míos, nuestras lenguas buscan la manera de tocarse y la consiguen.

Con los pies va trepando por mi cuerpo, intentando bajarme el bañador.

¡Oh joder, nena! Yo también te necesito.

—Te necesito, Ty. Necesito que me demuestres que te importo, que soy importante para ti.

—Sujétate a mi cuello.

Lo hace y yo la suelto para arrancarle de cuajo la tela que separa su sexo del mío.

Mi erección se libera también y la atracción que sienten nuestros cuerpos, el uno por el otro, hace el resto.

De una estocada me hundo en ella, arrancándole un grito de placer, mientras deja caer la cabeza hacia atrás, dándome la oportunidad de devolverle todos los mordiscos que ella me ha dado a mí en el cuello.

La muerdo, chupo y la marco con un chupetón, mientras ella me monta a su ritmo implacable. Cada fibra de mi ser se rinde a ella.

—Dime que no has tenido sexo con ninguna mujer en estos cuatro meses —susurra.

—Eso es mentira.

Deja de moverse.

—Hace casi cinco meses que tengo sexo prácticamente a diario contigo.

Pongo mis manos en sus nalgas y la elevo y muevo por mi eje, arriba y abajo, arriba y abajo, sintiendo como se adapta a mi grosor.

Veo como se oscurece su mirada, como se vuelve loca de deseo.

—¿Sólo conmigo? —pregunta mordiéndose los labios.

—Sólo contigo. No voy a dejar que ningún hombre toque lo que es mío.

La aprieto contra mi pecho, moviéndome dentro de ella, sintiendo como flotamos a la deriva juntos en el agua, el uno con el otro. Como su interior aprisiona la parte de mi cuerpo que se frota con su parte más profunda.

—¡Oh, Ty! No pares...no pares jamás —suplica.

—No, brujita. No puedo estar lejos de ti.

Sigue moviéndose libremente mientras yo intento mantener el equilibrio, mientras controlo las ganas y la urgencia de correrme en su interior, hace cinco

putos días que no lo hago y esta necesidad parece volverse casi vital. Me he vuelto adicto a su cuerpo, a su piel, a su olor, a su calor.

Como cada vez que me uno a ella, las ganas aumentan, no disminuyen ni lo más mínimo. Al contrario, siempre quiero más y más. Estoy en un callejón sin salida cuando se trata de ella.

Sus músculos internos empiezan a succionarme con más fuerza, empiezan los espasmos pre clímax, sé que va a correrse, solo necesita un empujoncito.

La clavo en mí de forma salvaje, una, dos, tres veces... y, ¡sí! Explota a mi alrededor llevándome con ella, me dejo ir con todo lo que tengo que darle llenándola de mi semilla, y la miro adorando cada pequeña porción de su piel, cada pequeña peca que cubre su nariz y sus pómulos.

—Abre los ojos —le pido.

Lo hace y me mira, con esa mirada que sería capaz de derretir un iceberg.

—Eres mía. Joder. Mía.

Me mira, como si no pudiera creer las palabras que le estoy diciendo.

Le recorro el cuerpo con las manos, calmando mis ansias y las suyas.

Y llora.

Unas diminutas lágrimas empiezan a caer por sus mejillas sonrosadas.

Todavía no he salido de ella, ni pienso hacerlo.

—Siento todo lo que te he dicho —hipa por el llanto.

—Shhh. Soy yo el que te pide disculpas por lo que te he dicho antes.

Paso el pulgar por su cara, atrapando las pequeñas gotas saladas que salen de sus preciosos ojos.

—Ty, tengo que decirte algo. Te he mentado.

Mierda. Eso significa que sí se acostó con Alex.

No puede haber nada peor para que tenga esa expresión en la cara.

—Yo...

—No quiero saberlo, Val —aparto la mirada.

Ella me coge una vez más de la mandíbula y hace que la mire de nuevo a la cara.

—No me acosté con Alex. Es otra cosa...peor.

—¿Peor? —¡Ay Dios, dame fuerzas!

Ahora es ella la que desvía la mirada.

—Creo que nuestro trato ya no puede ser válido.

—¿Cómo que no? Ya te he dicho que no es mi mujer y que no he tenido relaciones con nadie que no fueras tú.

—Es que... verás... yo te amo.

Me ama.

Ha dicho que me ama.

—Hace semanas que me di cuenta pero no quería admitirlo, tenía miedo que eso cambiara nuestra relación, pero es que no puedo seguir así. Estoy completamente segura de que lo que siento es amor que es absurdo seguir intentando convencerme a mí misma de que esto no es real. Yo quiero salir a pasear contigo, quiero que te sientas orgulloso de mí —la interrumpo para decirle que ya lo estoy— quiero tener citas contigo, salir a cenar, al cine, poder darte un beso cuando nos encontramos por la casa grande... Y si tu no puedes darme eso, creo que es mejor que acabemos ahora.

Y aquí, dentro del lago, en mi propiedad, estando todavía duro dentro de ella, sosteniendo su pequeño cuerpo contra el mío, me desmonta cualquier pensamiento o reticencia que yo tuviera.

—Sé que no es lo que tú esperabas. Yo tampoco quería enamorarme, de veras. Ha surgido así. Yo creía saber lo que es el amor, pero cuando te conocí a ti supe la diferencia entre un cariño y la pasión y el anhelo que siento cuando no estamos juntos. Las mariposas de tamaño de rascacielos que siento cuando estás cerca, me miras y me tocas...

¿Siente todo eso por mí?

—¿Por qué no me lo has dicho nunca? —le lleno de pequeños besos la cara.

—Porque yo sé que tú no sientes lo mismo. Y todas las veces que hemos hablado sobre el tema, siempre has dicho que tú no quieres pareja, no quieres formar una familia.

—Eso sigue siendo así. Pero siento algo por ti, Val. No sé qué nombre ponerle pero, sé que no puedo estar alejado de ti. Eres una droga de la que no puedo ni quiero separarme. Pero sigo sin querer una familia. ¿Podemos ir poco a poco?

—¿Poco a poco? —pregunta sorprendida.

—Sí, salir a cenar, tener citas, presentarte a mis padres...

Sonríe y sé que esto va a ser todavía más difícil que antes.

—Creo que tus padres me adoran —ríe.

—Ese es el problema. Ellos querrán organizar una boda por todo lo alto, y yo no quiero eso. Recuerdo cada uno de tus deseos, Valerie, y conociéndote como te conozco, sé que lo que escribiste aquella noche es la realidad, tu sueño. Yo no puedo darte los cuatro deseos ahora.

—Me conformo contigo. Puedo aceptar esa parte de ir poco a poco. Puedo aceptar dormir cada noche en tu casa, despertarme entre tus brazos y no con la cama fría y vacía.

Empiezo a caminar de vuelta a la orilla, con ella en la misma posición, enrollada a mi cintura y conmigo dentro de su calor.

Dentro de nada oscurecerá.

—Te recuerdo que tú también te vas de mi cama cuando subes a mi casa.

—Lo hacía porque pensaba que eso era lo que querías, que no querrías que me quedara toda la noche.

—Otra vez, antes de liar una como la que has liado, pregúntame antes, ¿de acuerdo?

Asiente moviendo la cabeza, aguantando una risa mordiéndose el labio inferior.

Llego a la orilla y me arrepiento de haber tirado su toalla, si no lo hubiera hecho, ahora mismo no tendría que estirla en el suelo y volver a llenarla de arena.

Antes de que se dé cuenta de lo que pretendo hacer, me hace otra pregunta.

—¿A dónde vas cuando desapareces?

Vaya...

—¿Me vigilas, Valerie? —sé que no lo hace. Es normal que se haya dado cuenta de cuando estoy y cuando no.

Empiezo a inclinarme hacia el suelo arenoso de la orilla del lago, distrayéndola.

—Tyler, no vayas a tumbarme en la arena...—se coge a mí como un koala a

su caña de bambú.

—Sí, nena —la tumbo y empiezo a moverme dentro de ella, esta vez, lento y cadencioso.

Jadea y se cobija en mi pecho, me encanta tenerla así, protegida por mi cuerpo.

—¡Oh, Ty! Mientras sigas haciéndome el amor así, túmbame donde quieras.

Y eso hago, me recreo en ella, en su precioso cuerpo, en sus pezones duros como pequeños guijarros, en los sonidos que emite mientras gira la cabeza de un lado a otro, mordiéndose los labios, mientras mi cuerpo resbala sobre el suyo y llegamos juntos de nuevo al orgasmo más fuerte que haya sentido jamás.

¿Será que saber que alguien te ama, y hacer el amor con esa persona, es la explosión de felicidad más grande que puedas experimentar?

Porque ella me ama pero, ¿lo que yo siento por ella, también es amor?

Una presión extraña me atenaza el pecho cuando pienso en todas las posibles formas en las que puedo perderla.

Ese es mi temor. Si la quiero, si la necesito, sufriré si la pierdo.

¿No sería mejor no amarla y así no sufrir cuando tengamos que separarnos?

Secreto desvelado

Después de las declaraciones que ambos nos hemos hecho en el lago, estamos en su casa, estirados en la cama, después de habernos duchado, de habernos reconciliado de nuevo en su ducha, y una vez más sobre las sábanas hace apenas unos minutos.

—Siento no poder decirte ciertas palabras que quizá tú necesitas oír, y que tan valientemente me has dicho a mí.

Me acaricia el hombro distraídamente mientras habla.

—Entiendo que tú necesitas tu tiempo para saber darle un nombre a lo que sea que sientas por mí, puedo soportar eso siempre y cuando no me seas infiel. Porque ahora...somos novios, ¿verdad?

—Novios. Supongo que sí, es una tontería negarlo, somos novios y siempre seremos novios.

No quiero pensar en la parte en la que me asegura que no quiere casarse jamás ni tener hijos, solo llevamos cuatro meses, es posible que con el tiempo... cambie de idea. Yo quiero ser madre. De sus hijos.

—¿Quién es ella?

—¿Ella?

—«*Eres tan zorra como ella, o peor*». —repito en voz alta sus propias palabras.

—Valerie, vuelvo a pedirte perdón. Entiende que en ese momento hablaba la rabia...

—Y los celos...

—Sí, y los celos —pasea sus manos posesivas por todo mi cuerpo, acercándose a él, quedando mi cabeza encajada en el hueco de su cuello.

—¿Y bien? —todavía no ha contestado mi pregunta.

—Ella fue. No es. Dakota.

Me muevo entre sus brazos para mirarle a la cara.

—¿Dakota? ¿La hija de Jada y Anthony? —no puedo creerlo.

—Sí, ella.

—¿Qué pasó?

Se gira para quedar acostado sobre su espalda y se tapa los ojos con el brazo.

—Es un par de años mayor que yo, crecimos prácticamente juntos. Se quedó embarazada, y le pedí matrimonio. Pagó tres mil dólares para deshacerse de mi hijo y se fue al mes siguiente con el hombre que ahora la ha abandonado.

¡Ay Dios! Vaya bombazo.

—Por eso te alistaste —ahora lo comprendo.

—Sí, por eso me alisté. Y al alistarme perdí todos esos años con mi ahijado.

—Tim —su mirada se vuelve triste.

—Sí, mi Timmy. Viéndolo a él pensaba en el que podría haber sido mi hijo. Mi hermana era su mejor amiga, y la apoyó a ella, decía que las mujeres tienen derecho a decidir. Daba igual que estuviera enamorado.

—Bueno, lo cierto es que lo tenemos —me sabe mal decírselo así pero es lo que pienso.

—Claro que lo tenéis. Ella me engañó, siempre me dijo que me amaba, jugó conmigo, pensó que sería el pobre hijo del granjero venido a hotelero de baja categoría y que no podría mantener el ritmo de vida que ella ansiaba. Si ella no me quería y no quería a nuestro hijo, yo me hubiera hecho cargo de él. Hubo un tiempo en el que yo quería formar mi familia.

—Bueno, quizá con el tiempo... seas capaz de amar a la persona que te ame con todo su corazón y quieras formar esa familia otra vez...

—No, Valerie. Eso es inamovible, no volveré a sufrir de esa manera.

—¿Sufrir? ¿Por qué dices eso? —me estremezco, no lo entiendo.

—Aceptando este... noviazgo contigo estoy haciendo un esfuerzo contra mi propia voluntad.

Me coloco sobre su pecho, intentando apartar ese brazo que le tapa sus preciosos ojos verdes.

—¿No confías en mí? —me duele pensar que sea así.

—Sí confío en ti, Val. Pero no confío en el destino. He perdido a dos niños, casi sin tenerlos, pasé una mala racha y no quiero volver a sufrir de esa manera.

—Pero no tendrías por qué perderlo...

Se remueve, echándome hacia un lado y sentándose en la cama, dándome la espalda.

—Valerie, no. Y es definitivo. Si no puedes aceptar eso, me costará, pero lo entenderé.

—Pero ya no estaremos juntos, ¿no?

No contesta, pero niega con la cabeza.

Lo abrazo por la espalda, atrayéndolo hacia mí.

—Nunca se me ocurriría hacerte daño, Ty. Te amo de una manera que me duele solo de pensar en perderte. Nunca haría nada que pudiera dañarte.

—Lo sé, brujita, lo sé.

Estiro de él para volver a meterlo en la cama.

—¿No quieres cenar? —pregunta.

—Prefiero dormirme abrazada a mi novio, si no te importa.

—¿Quieres hacer la cucharita? —sonríe pícaro.

—No, que entonces no me dejarás dormir.

—Bueno, siempre puedes dormir después.

Inclina su cabeza hacia mi vientre y me hace una pedorreta y cosquillas.

Pataleo y grito de alegría.

Al final, tardamos un rato más en dormirnos.

Es la primera mañana, después de los días de aislamiento que tuvimos en enero a causa de la tormenta de nieve, que amanecemos los dos en la misma cama, enredados y juntos.

Nos duchamos por separado, si no no llegaremos a tiempo al desayuno que Jada nos tiene preparado cada mañana, y no quiero que nada arruine este precioso lunes.

Sí, lo sé, a la gente no suelen gustarle los lunes pero, para mí, este es el mejor lunes del siglo.

Mientras yo me ducho, Tyler baja a mi casa a buscarme el uniforme y ropa interior que ponerme. Ayer perdí mi bonito y nuevo bikini en el lago.

Me explicó que nadie se baña en él porque así está estipulado desde los tiempos de su abuelo. En los años cuarenta murió un tío suyo, hermano del señor Cooper, cuando solo era un adolescente.

Desde entonces, en cada generación, se ha mantenido esa norma, los

huéspedes no pueden bañarse en el lago, para eso construyeron la piscina que queda justo detrás de la casa grande. Y por lo visto, de la familia, solo lo hace Tyler.

Le sorprendió verme allí, aparte de por el cabreo que tenía, porque nunca se imaginó que yo fuera capaz de meterme en el lago y, mucho menos, sola.

La idea de que le tendría miedo al agua fue la que motivó ese pensamiento. Una vez más se sorprendió por mis extraños miedos. Aunque ahora ya hemos solucionado el temor a *Metal*, no creo que sea capaz de dejar que otro gato se acerque a mí.

Estoy secándome el pelo con una toalla cuanto Tyler entra en la habitación con mi ropa.

Todavía tenemos muchos temas abiertos, cosas que hablar y aclarar, pero no tengo prisa.

—¿Cómo crees que se tomarán la noticia de vernos juntos? —pregunto.

—Me da igual. Eso no me importa lo más mínimo.

Parece muy tranquilo en ese aspecto que antes le preocupaba tanto.

Supongo que necesitaba darse cuenta por sí mismo.

Me acerco a él, envuelta en el albornoz, y recogíendome el pelo en una coleta.

—Ty, sabiendo que esto tiene continuidad y que estamos bien, no tengo prisa ninguna.

Se acerca a mí y estira del cinturón que mantiene cerrado el albornoz.

—Pero yo sí —dice mientras me recorre el cuello con dos dedos.

—Sí, ya he visto los dos chupetones que me has hecho. Eres más salvaje de lo que creía.

—¿Ves estos arañazos? Van a pensar que me he peleado con *Metal*, cuando la única culpable de estas heridas eres tú.

Me enseña el antebrazo, la verdad es que sí soy un poco gata salvaje, de vez en cuando.

—Creo que debería decirle a Alex lo que hay entre nosotros antes de...

—Nada de eso. Esto son cosas de hombres, y las solucionaré yo mismo.

—¿Ahora te has vuelto un machista desatado? —me pongo el sujetador

mientras seguimos hablando. Sus ojos no se apartan de mis movimientos.

—No. Ahora quiero que sepa que no va a volver a tocar esto jamás —me acaricia los pechos con cariño, no con deseo.

—Bueno, hoy tiene que ir al banco a ver si le conceden un préstamo para el nuevo proyecto en el que se quiere embarcar.

—Sí, y si no le dan el dinero, espero que se marche igualmente. Nunca me ha caído demasiado bien. Si es necesario le prestaré yo mismo el dinero.

Me calzo las botas y salimos juntos a esta nueva mañana que recién empieza.

Cuando estamos llegando a la casa grande, veo llegar a Dakota desde el otro extremo, desde la zona de aparcamiento.

—¿Y ella, cómo va a reaccionar? —lo cierto es que me preocupa. Aunque no tendría por qué, ella fue la que lo dejó y le hizo tanto daño que ahora Tyler no quiere ni tener descendencia.

Sabía que debajo de toda esa belleza había algo que me crispaba.

—Buenos días —saluda, muy sonriente, cuando se acerca a nosotros.

Empiezo a subir los escalones que dan al porche de la entrada cuando ella llama la atención de Tyler.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunta en tono afable.

Tyler se para en seco y, para mi sorpresa, me coge de la mano entrelazando nuestros dedos, quiere que me quede con él y que a ella le quede claro con quien está ahora.

A Dakota no le pasaba desapercibido el gesto, sus ojos van de nuestras manos unidas a la cara de Tyler.

—A solas —y ella quiere que yo me marche.

Tyler no tiene intención de dejarme ir, pero a mí no me preocupa lo que ella tenga que decirle.

—Te espero dentro —le digo dándole un leve apretón a su mano.

Él estira de mi mano y me acerca a su cuerpo para darme un suave beso en los labios. Puede ser tan tierno y dulce cuando quiere.

La tos irritada de Dakota no me pasa desapercibida.

Entro en la casa grande más feliz que nunca en mi vida.

Sé que todavía queda mucho camino por recorrer, pero ya he conseguido

mucho más de lo que nunca hubiera imaginado.

Voy, como cada mañana, persiguiendo el delicioso aroma que sale de las puertas de la cocina, los dominios de Jada.

No he pensado hasta ahora en el momento de enfrentarme a Alex y en como se tomará que de la noche a la mañana esté saliendo con Tyler. Supongo que ya entendió que todo estuvo motivado por el alcohol y por mis celos, aunque él esa parte la desconozca.

Jamás en la vida habría pensado que yo me iba a ver envuelta en semejante triángulo amoroso. Esto es de guión de Hollywood.

Saludo a Jada, que está sola en la cocina, tan liada como siempre a esta hora, con sus fogones y el horno.

—Buenos días, niña. ¿Qué tal ha ido tu fin de semana? —pregunta sin apartar la vista de lo que está cocinando.

¿Cómo podría definir este fin de semana?

—No ha estado mal —sonríe pensando sobre todo en las últimas horas del fin de semana—. ¿Y el tuyo?

—Bien, hija. Disfrutando de mi nieto, ahora que mi hija ha vuelto a casa, espero poder pasar muchas horas con él.

Me resulta extraño que no se refiera a los dos, en plural, hija y nieto.

Empiezo a poner en mi plato unas tostadas cuando las puertas batientes que dan al salón donde desayunan los huéspedes se abren y entra Alex cargado con vajilla sucia.

—Otra vez se le ha vuelto a caer la taza de chocolate a la señora Collins —se queja.

Cuando me ve, me saluda con un movimiento de cabeza y viene directo hacia mí.

¡Oh Dios! Tierra, trágame.

—Buenos días, Alex —saludo algo avergonzada.

Le doy esquinazo bordeando la mesa y yendo hacia la bandeja de los dulces.

—Buenos días. Jada. Alex —Tyler acaba de entrar en la cocina, saludando tan serio como siempre.

La voz profunda de Tyler llena la estancia y no me hace falta girarme para

saber que está acercándose a mí, tan sigiloso como siempre.

Se coloca detrás de mí, sin decir una palabra, gritando sin hablar todo lo que quiere que se sepa.

Coloca sus manos en mi cintura, pasa un brazo por mi lado hasta alcanzar una rosquilla. Siento su respiración cerca de mi cabeza y no puedo evitar sonrojarme y sentir como mi cuerpo cambia de posición automáticamente para quedar más encajado en el suyo.

Al girar la cabeza veo a Alex, observando toda la escena. Parece que el tiempo se detiene porque hasta los sonidos que siempre salen del trájín de la cocina a esta hora se han silenciado.

Tyler me da un beso en la piel descubierta del cuello, una palmada en el culo y se va hacia la cafetera a preparar su café.

Yo no quería que esto fuera así, me hubiera gustado decirle a Alex que lo nuestro viene de lejos, que no ha sido nada buscado. Pero Tyler ha tenido que hacerlo al estilo machote duro y conquistador. Un capullo conquistador.

Alex se gira, vuelve a llenar la bandeja con platos de comida y sale de nuevo hacia el comedor.

—Ya era hora.

La implacable voz de Jada aparece ahora en escena.

—¿Perdón? —no entiendo a qué se refiere.

—No hay nada que perdonar, muchacha. Me refiero a que ya era hora de que os dejarais ver en público.

Doy un respingo, sorprendida por su declaración.

¿Se notaba? ¿Tanto?

Ella va hacia la mesa donde se ha sentado Tyler.

—Ty, sabes que te quiero como a un hijo. Déjate querer, no hay más que verla, está loca por ti.

En ese momento se abre la puerta de personal que da a la cocina y entra Dakota con cara de asco.

Me siento en la misma silla de siempre, mientras Jada retira la mano que había posado sobre el hombro ancho y duro de Tyler y vuelve hacia sus fogones.

Me sorprende que no se saluden, aunque claro, vienen de la misma casa, pero a horas distintas, Jada empieza su jornada muy temprano para tener todas las comidas preparadas.

Dakota va hacia la cafetera y se sirve una taza. de café. Se queda de pie, justo al lado de esta, tomando pequeños sorbos del caliente líquido matutino.

Tyler me observa, lo cierto es que esto va a ser algo incómodo, o quizá, solo sea esta mañana porque hemos desvelado nuestra relación de repente ante todos.

—¿Quieres café? —pregunta Tyler.

—Sí, ahora iré a buscarme una taza, no te preocupes.

Me sirvo un poco de zumo de naranja recién exprimido y le doy otro mordisco a la tostada.

Hay un movimiento en la cara de Tyler, casi imperceptible para cualquiera aunque no para mí, se toca el antebrazo musculado, justo donde todavía pueden verse las marcas de mis dientes y los arañazos que le hice ayer.

Menos mal que los de la espalda no son visibles.

Sonríó y me sonrojo igual que una colegiala. Me pierdo en el poder de su mirada una vez más.

Qué ingenua he sido pensando que sus ojos ya no tenían ese poder sobre mí. Basta con que me mire así de intensamente para que pierda el poder de concentración en cualquier otra cosa.

Me levanto a por el café y en ese momento veo a Dakota acercarse a su madre y hablar con voz baja.

La cafetera está muy cerca de donde se encuentra ella pero por lo menos no tendré que bordearla justo ahora, aquí delante de Tyler. Estar los tres en la misma habitación me pone nerviosa. Y más siendo consciente de todo el daño que le hizo.

Lleno mi taza de café y, justo cuando voy a girarme, tropiezo con ella y su café caliente cae sobre mi camisa.

—¡Au! —me quejo al notar la temperatura de la bebida caliente sobre mi piel, intentando separar la tela empapada de mi cuerpo.

—Oh, lo siento, *Val* —pronuncia mi nombre con retintín.

Tyler salta de la silla y viene de inmediato a ver lo que ha pasado. Jada empapa un paño de cocina en agua fría y viene con él para refrescarme la piel.

—Es extraño que hayáis tropezado, con lo amplia que es la cocina —el tono de Tyler deja claro que no cree que haya sido un accidente.

Me ayuda a desabotonar la camisa y le quita el paño húmedo a Jada para limpiar él los restos de café que hay en mi piel rojiza.

—Yo me encargo, Ty. No te preocupes —intento tranquilizarlo.

Aprieta la mandíbula.

—Ve al cuarto de baño. Ahora te llevo una camisa limpia.

—¿Quieres que te de una pomada... —empieza a preguntar Jada, tan amable como siempre.

Le contesto mientras estoy llegando a la puerta.

—Gracias, Jada, no creo que sea necesario.

Observo antes de salir que no haya ningún huésped por esta zona. El aseo más cercano está a cuatro metros en línea recta por el pasillo, pero esto es la ley de Murphy, si alguien puede aparecer aquí y ahora, lo hará.

Y lo hace.

Maggy aparece justo antes de que entre al aseo.

—¿Valerie? ¿Qué te ha pasado, muchacha?

Y tenía que ser la madre de Ty.

—¡Maggy! Me ha caído un poco de café encima, no es nada.

Ella me sigue y entra dentro del aseo conmigo.

—¿Te has quemado? —pregunta apartando la tela y dejando a la vista mis pechos —esta zona está algo enrojecida.

Sigue mirando mi escote, fijándose en ciertas marcas con un color más púrpura. Los chupetones que me hizo anoche su hijo.

Me giro hacia el espejo y empiezo a darme toquecitos con el paño que Jada me ha dado.

—Voy al aseo. Hija, a esta edad y después de cinco embarazos, necesito hacer pis con mucha frecuencia.

Sonríe y se encierra en el más alejado de los tres aseos.

Ha dicho cinco embarazos, pero que yo sepa solo tiene tres hijos. Espero

que no sean más abortos, si fuera así, perdería algo más de esperanza en que Tyler algún día quiera formar una familia conmigo.

Al cabo de unos segundos entra Tyler, sosteniendo una camisa blanca impecable y unos sujetadores blancos de encaje. ¿Ha ido hasta mi casa?

—He ido a buscarte esto.

Su mirada se desvía hacia mis pechos descubiertos.

Alarga la mano y desabrocha rápidamente el cierre delantero de los sujetadores empapados en café.

Yo empiezo a negar con la cabeza, mirando hacia la puerta en la que sé que está su madre.

Él, tan directo como siempre, coge uno de mis pechos y lo acaricia con firmeza.

—Estaría todo el día tocándote, adorándote... —acerca su boca a un pezón.

—¿Tyler?

Su madre sale del lavabo y nos pilla, bueno, lo pilla a él, con las manos en la masa. Él se coloca de forma en la que pueda tapar mi desnudez con su imponente cuerpo.

—Mamá... no sabía que estabas aquí.

Ella se acerca a nosotros para lavarse las manos, justo donde yo estoy apoyada.

—¿Qué está pasando aquí? —nos mira a ambos desde el reflejo del espejo.

Su mirada no presagia nada bueno. Quizá no quiera que su hijo se mezcle conmigo, con el personal. Al fin y al cabo eso es lo que soy y él es el dueño.

—Dakota le ha tirado encima el café ardiendo.

—No me refiero a qué le ha pasado a Valerie, sino a qué hacían tus manos sobre sus pechos. Después me explicas eso de que Dakota está aquí.

—Mamá, como bien sabes tengo veintiocho años, no creo que deba darte explicaciones sobre eso.

Quiero desaparecer de este lugar, por favor, por favor.

¡Qué vergüenza!

—Tyler, sabes perfectamente a qué me refiero. Esta muchacha necesita el trabajo, no quiero que juegues con ella y le hagas daño. Es la mejor camarera

que...

—Estamos juntos, mamá. —espeta de repente.

—Estáis juntos. ¿Estáis juntos? —pregunta sorprendida pero satisfecha mientras se seca las manos y viene hacia mí.

Me encojo de hombros, sonriendo.

—Eso parece —contesto.

—Hijo, hace mucho tiempo que deseaba verte feliz, pero te encerraste en ti mismo y no has dejado ver tus emociones muy a menudo. Espero que sepas cuidarla como se merece.

Me mira y asiente sonriente, con cariño en su mirada, no hay desprecio ni falsedad en ella.

Tyler parece ofendido con los comentarios de su madre. Y yo estoy de lo más sorprendida por la manera que tiene ella de defenderme. Creí que estaba enfadada.

Después de hablar con Maggy, de que Tyler le haya dejado claro que no va a haber boda y de que no se metan en nuestra relación, he empezado mi jornada laboral como siempre.

Veo el carrito de trabajo de Dakota al final del pasillo, me parece extraño que hoy empiece por esa habitación pero no le hago más caso. Supongo que será algo incómodo para ella pensar en toda esta situación. Si dejó a Tyler de la manera en que lo hizo y ahora tiene que volver aquí suplicando trabajo, con lo orgullosa que es, tiene que estar asimilando todos los acontecimientos.

Cada uno tiene que hacerse responsable de sus actos, sean cuales sean.

Tres horas más tarde acabo con mi trabajo en esta planta y voy hacia las escaleras para bajar a recepción, cuando veo con asombro que Dakota está en una de las habitaciones de huéspedes pintándose las uñas con productos de la clienta.

No sé como decírselo sin que suene muy agresivo o tajante, pero creo que no hay otra manera de hacerlo.

—Dakota, supongo que sabes que lo que estás haciendo no es correcto. Por el amor de Dios, si todavía no has acabado la primera habitación, y te quedan cuatro más y los pasillos.

Me mira, desafiante, arrugando el labio superior con asco. Con lo guapa que es se pone muy fea haciendo esa mueca.

Viene hacia mí, es unos cinco centímetros más alta que yo.

Dirige su dedo índice hacia mi pecho y lo clava allí, haciéndome daño, consiguiendo que pierda el equilibrio y retroceda dos pasos.

—Mira, Valerie, porque ahora estés calentando la cama de Tyler no creas que él te quiere para nada más que follarte un par de noches. No vengas de dueña y señora del rancho porque no lo eres, ni serás nunca una Cooper.

Vaya, parece que le gusta ir directa al grano.

Bajo la mirada y miro su dedo con esa uña larga y postiza, lo aparto de un manotazo y avanzo tres pasos. Ahora la que retrocede es ella.

—Creo que si alguien está equivocado aquí eres tú, Dakota. No me creo nada. Yo soy la camarera de piso desde hace cinco meses y nadie ha tenido una sola queja de mi trabajo en este tiempo. Que me acueste o no con Tyler, y es que sí, —pestañea como si no pudiera creer lo que acabo de decirle— no influye en nada a la hora de realizar mi trabajo. Creo que después de estar toda la semana enseñándote el funcionamiento del hotel no has superado la prueba y tendré que aconsejar a Tyler para que contrate a otra persona.

—¿Tú vas a aconsejar? Tyler no obedece órdenes de nadie. Hay que saber llevarlo a tu terreno para conseguir lo que quieres.

—¿Y tú te crees esa persona capaz de hacer que Tyler haga lo que quieres? Creo que hace mucho tiempo que superó lo que le hiciste.

Quizá sí ha superado el resentimiento por lo que ella le hizo, aunque a causa de las decisiones que tomó en ese momento ahora tenga otro tipo de secuelas.

—Solo tienes que mirarme y mirarte a ti. Cuando vuelva a entrar en su cabaña esta noche, la que perderá el trabajo aquí serás tú.

La muy zorra intenta atacarme por donde a cualquier mujer puede hacernos daño, el físico y la inseguridad que solemos tener la gran mayoría.

—¿Vuelvas a entrar en su cabaña? Si piensas que voy a creerme esas mentiras viperinas que salen de tu boca, siento decirte que pierdes el tiempo. Si entraras de nuevo en su cabaña saldrías volando por la baranda. Y no necesariamente porque él te echara.

Se acerca a mí, colocando su cara tan cerca de la mía que puedo sentir el olor a tabaco de su aliento.

—¿Vas a echarme tú, puta pelirroja?

Una rabia y sensación de protección por Tyler me inunda, me recorre las venas y hace que cierre los puños con fuerza a los costados.

Le contesto manteniendo los dientes apretados, no quiero gritar y dar un lamentable espectáculo en la casa grande, con Maggy por aquí.

—No te acerques a él.

—¿O qué? —escupe en mi cara.

—Te sacaré los ojos.

Y de aquí en adelante es muy difícil explicar con claridad qué es lo que pasa. Me agarra de la coleta, estirando con fuerza hacia abajo, mientras yo me revuelto y le golpeo el estómago y consigo alcanzar su cara, arañándosela de arriba abajo.



He estado paseando un rato con *Iron* y le he pedido a Jada que me prepare una cesta de picnic. Quiero llevar a Valerie al lago, pero a un lugar apartado dentro de la arboleda, allí he dejado todo preparado para cuando lleguemos. Todavía no la he subido nunca a caballo y creo que ya va siendo hora.

Después de hablar con mi madre sobre Valerie, siento que todos estos meses he sido un capullo egoísta.

Aunque yo le avisé de lo que podía ofrecerle, y ella aceptó, es absurdo que siga negando que esta necesidad que siento por ella no es amor.

Por ahora no quiero decir esa palabra, sigue asustándome, necesito tiempo para saber canalizar todo esto. Una cosa tengo clara y es que quiero seguir con ella, y ya me da igual lo que puedan pensar los demás.

No puedo pensar en que esto pueda salir mal. Si lo hago, sé que no seré capaz de seguir con ella.

Ella me ha dicho que acepta lo que le doy, con ello mi decisión de no querer tener hijos. Yo no podría soportarlo.

Subo de un salto los tres escalones del porche y entro en la casa grande, son casi la una del mediodía y Valerie debe estar ya en la cocina a punto de comerse su sandwich.

Quiere salidas y citas, así que eso quiero empezar a darle.

Escucho con atención y unos gritos en la planta superior llaman mi atención.

Voy hacia allí, subo las escaleras y, cuando voy girando por el pasillo, me encuentro a Valerie sentada sobre el pecho de Dakota, le gotea la nariz y esta se remueve debajo de ella, intentando quitársela de encima con rodillazos en la espalda de Valerie.

¡Maldita sea!

Corro hacia ellas, intento levantar a Valerie asiéndola por debajo de los hombros pero se retuerce.

En un rápido movimiento la levanto y Dakota escapa de debajo de ella.

—Dile a la puta con la que te acuestas que ella no es quién para juzgar mi trabajo.

Retengo a Valerie contra mi pecho, agarrándola fuerte de los brazos para evitar que vuelva a abalanzarse sobre Dakota.

—La zorra de tu ex estaba pintándose las uñas, utilizando los productos de una huésped, y no ha hecho nada en toda la mañana.

Jadea, nerviosa y acelerada. Está roja de la rabia.

Dakota aprieta los labios y no dice nada más.

—Se acabó. Se lo prometí a tu madre pero esto no va a quedar así.

—Tyler.

Mierda, ahora aparece mi madre. Vaya día a escogido para venir.

—Llévate a Valerie de aquí —tiene un tono de enfado que hace mucho que no utilizaba.

—Maggy, ¿qué tal está Helen? —Dakota intenta acercarse a mi madre para darle un beso pero ella la esquiva.

—A buenas horas vas a preguntar por Helen. Cuando conseguiste distanciarte a dos de mis hijos después de romperle el corazón a uno de ellos,

desapareciste, haciendo lo que te dio la real gana. Mi Tyler nunca fue lo suficientemente bueno para ti porque no tenía todo el dinero que tu querías, por eso cazaste al vejestorio de tu marido, ¿o debería decir futuro ex marido? quedándote embarazada a propósito.

»Ahora que te has enterado de que él ha vuelto, y de que va a seguir la tradición familiar, ocupándose del negocio, vuelves con el rabo entre las piernas, o buscando que él te meta el suyo, porque siempre jugaste con todos nosotros, tenías muy bien aprendido el papel. No me das ninguna pena, busca trabajo en cualquier otro sitio más acorde con tu categoría. Aquí no eres bien recibida. Siento que tus padres tengan que cargar contigo.

La cara de decepción de Dakota es digna de ver.

Mi madre tiene un par de cojones aunque normalmente los tiene bien escondidos, sabe cuando utilizarlos.

Espero que Jada sepa entender que esta situación es insostenible. Yo por mi parte lo he intentado, pero su hija se ha encargado de romper el hilo de confianza y el esfuerzo que tuve que concentrar para aceptarla.

—Hijo, creo haberte dicho que te llevaras a Valerie, si he desvelado algo que ella todavía no supiera, no me echas a mí la culpa.

Valerie sigue intentando controlar la respiración. Mi madre se acerca a ella y le palpa la nariz.

—Yo también me peleé por mi James, ¿sabes? parece ser que no saben escoger bien a la primera. A veces es mejor que nosotras demos el primer paso, el más difícil, para que ellos se dejen llevar.

Sonrío, miro a Valerie que sonrío mientras mi madre recuerda su juventud.

Muchas veces nos han explicado esa historia. Pero nunca había tenido tanto significado para mí.

Después de que Valerie haya acabado de limpiar las habitaciones que Dakota no había limpiado, de haberse disculpado con Jada por haberse peleado con su hija; después de hablar con Alex para explicarle no sé qué, porque yo no veo ninguna necesidad de explicarle nada. Después de discutir con ella para que se subiera al caballo, de asegurarle durante más de diez

minutos que no le iba a pasar nada si yo estaba con ella, he conseguido llegar a este paraje escondido.

Iron campa a sus anchas, tiene comida y bebida a su disposición.

Nosotros hemos comido y bebido sentados sobre la manta que cubre una pequeña porción de hierba, yo cerveza, ella coca-cola, y ahora observo los destellos cobrizos que desprende su pelo con los rayos de sol que se cuelan entre las enormes ramas de los árboles. De fondo se escucha el sonido del agua en movimiento, los grillos y el vaivén de las hojas por el murmullo del aire.

—Es mi sino —comenta con los ojos cerrados, dejando que el sol la acaricie. Se ha remangado la camiseta sobre el vientre y veo su ombligo llamándome a gritos.

—¿El qué? —empiezo a caminar con los dedos desde la cinturilla de su pantalón hacia los montículos que forman sus preciosos pechos.

—Acabar sangrando por la nariz en esta casa.

Me recuesto a su lado, apoyando el codo en la manta sobre la que estamos estirados, para observarla en toda su plenitud.

—Ya te lo dijo Dan, todos los miembros que se unen a la familia Cooper sangran por la nariz, antes o después.

Deslizo los dedos por su camiseta, remangándola más arriba, dejando al descubierto el sujetador de encaje que le he dado esta mañana. Se transparenta la parte más oscura de sus pezones.

—Pues preferiría no volver a sangrar.

Su móvil no ha parado de sonar desde hace más de media hora. Miraba la pantalla pero no ha contestado ninguno de los mensajes.

Paso la palma de la mano sobre el tejido blanco y noto como sus pezones se endurecen con mi roce.

Le bajo las copas y dejo los dos pechos al descubierto, con los dos pequeños pezones apuntando hacia el cielo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta en un jadeo

Abre sus precisos ojos verdes y me mira, casi se confunden con la vegetación aunque no hay color que pueda parecerse al suyo.

Me inclino sobre ella, capturando un pezón entre los dientes. Estiro hacia arriba, succiono, todo esto sin dejar de mirarla un segundo.

Arquea la espalda, ofreciéndose, llenándome la boca con su dulce piel.

—Sabes muy bien lo que voy a hacer.

—Pero me gusta que me lo digas —gime bajito.

Mi polla rebota dentro de los pantalones, si tuviera manos propias estaría bajando la cremallera y saliendo en busca y captura del cuerpo de Valerie.

Paso la lengua sobre sus pezones, de uno al otro, le saco la camiseta por la cabeza y ella se acomoda, esperando que siga seduciéndola y provocándola.

—Primero te voy a devorar, quiero ver como te retuerces de placer bajo este sol tan cálido.

—Pero no estoy limpia...

—Das por hecho que voy a comerte esto también —meto una mano por sus pantalones desabrochados, esquivando sus diminutas bragas y deslizando un dedo por sus pliegues.

—Siempre doy por hecho que vas a lamerme entera. Porque siempre lo haces.

La penetro con un dedo y eleva las caderas para que pueda acceder hasta el fondo. Ofreciéndose y recibíndome.

—Te has vuelto una descarada malhablada.

Veo como se sonroja levemente, me encanta que después de todos estos meses siga consiguiendo ese efecto en ella.

Mientras atiando sus pechos con la boca, entro y salgo de ella con lentitud, disfrutando de su calor y su humedad.

—Más rápido, Ty...Necesito liberarme.

¡Oh joder!

Es una diosa del placer. Si ella pudiera ver lo hermosa que se vuelve cuando jadea y se ofrece a mi mano y a mi cuerpo, cuando pasa lentamente la lengua sobre sus labios para hidratarlos cuando se le quedan secos por sus respiraciones agitadas. Con sus labios carnosos, hinchados y provocadores después de comerle la boca con besos irrefrenables.

La llevo hasta el orgasmo, me encanta ver como se retuerce y me pide lo que

le gusta.

Y ahora la llevaré a la sorpresa que quería darle.

Acabo de desnudarla y la ayudo a levantarse.

—¿Y si viene alguien? —pregunta preocupada.

—Aquí no viene nunca nadie.

Me quito la ropa para estar tan desnudo como ella.

Veo como su mirada baja hasta mi entrepierna, que ya gotea con ganas de hundirse en ella.

La llevo de la mano sobre la espesa hierba hasta el columpio que cuelga de la rama más grande de este viejo roble.

Me siento y le hago un gesto para que sepa como quiero que se coloque. Abierta completamente, solo para mí.

Y lo hace. Con asombro veo como me pierdo dentro de ella, mientras tomo impulso y nos columpiamos, disfrutando de cada movimiento.

Comprometidos

—¿Qué te ha parecido nuestra primera cita?

Estamos volviendo hacia los establos, voy sentada detrás de él, a lomos de su corcel, abrazándolo con mis manos cruzadas sobre su pecho, notando los latidos de su corazón. Es como si él fuera mi príncipe a lomos de su caballo salvaje, que lo es.

—Me ha encantado. Aunque no sé si debería enfadarme porque no me hayas llevado antes a ese columpio.

Una de sus grandes manos reposa sobre mi muslo, manteniéndome sujeta para no perder el equilibrio.

—¿Me enseñarás a montar?

—Claro. Para eso no tenías que esperar tanto, si me lo hubieras dicho antes podría haberte dado unas cuantas clases.

—La verdad es que prefiero que la primera vez haya sido contigo.

Cuando llegamos a los establos está prácticamente a oscuras.

Unos huéspedes llegan también de dar un paseo por las rutas que salen desde la propiedad.

—Buenas noches —saludan.

Ambos respondemos al unísono.

Tyler me ayuda a bajar y después desmonta él con un ágil movimiento.

—¿Cuándo aprendiste a montar?

Coge las riendas del precioso ejemplar y lo lleva hasta la entrada, donde se dispone a cepillarlo.

—Cuando tenía tres meses ya me había subido a un caballo con mi padre.

—No me extraña que lo lleves en la sangre.

—Mi bisabuelo tuvo mucha suerte, criaba caballos de carreras y tenía un semental, varias veces campeón nacional y dos mundial, del cual vendía las montas por una buena fortuna. De ahí viene el rancho Cooper.

»Después, con mi abuelo, durante la segunda guerra mundial, hubo una plaga que contaminó las aguas, los caballos fueron los más afectados, perdió la mitad de su dinero a causa de eso. A partir de ahí, nunca hemos vuelto a dedicarnos a la cría y mucho menos a la competición. Mi padre ya enfocó el

negocio de otra manera, que también es rentable pero no necesita una gran inversión. Las rutas de la zona fueron mejoradas, haciéndolas practicables una vez se anuló el proyecto que pretendía convertir toda la colina en una urbanización.

—¿En serio pretendían acabar con toda esta naturaleza? Me alegro de que consiguieran mantenerlo así.

—Yo también. Mi bisabuelo se revolvería en su tumba si llega a ser de otra manera. Cuando los Cooper llegaron aquí, a mitad del siglo XIX, se asentaron en estos mismos terrenos, es aquí donde seguiremos, hasta que nos extingamos.

Recuerdo parte de la conversación que hemos tenido Maggy y yo esta mañana.

—Tu madre me ha dicho que tuvo cinco embarazos...

Sigue ensimismado cepillando el precioso pelaje negro de *Iron*.

—Sí. Tuvo dos abortos antes de que yo naciera.

—Lo cierto es que no nos damos cuenta pero es más frecuente de lo que creemos que una mujer sufra un aborto.

—Un motivo más para no querer tener hijos —me mira, buscando mi reacción.

Soy joven para pensar en tener hijos, quizá con el tiempo él cambie de idea, o lo haga yo. ¿Sería feliz solamente con él?

Coge las riendas de nuevo y empieza a caminar hacia el interior de las cuadras, para dejar al caballo en su estancia.

—Valerie, eso va a seguir siempre así.

En ese momento entra otro whats de Mary, lleva todo el día enviándome mensajes y me ha llamado dos veces, estará preocupada por mí desde la última conversación que tuvimos ayer.

—Voy a llamar a Mary —aviso a Ty.

—Ve yendo hacia la cabaña, yo tardaré un rato todavía.

Le doy al botón de llamada mientras voy yendo hacia el camino iluminado y rodeado de preciosas jardineras de temporada. Desde luego Tyler sabe como darle color a estos jardines y a cada rincón de la propiedad.

Mary contesta a tercer tono.

—¿Estás viva? —pregunta en tono sarcástico.

—Sí, y más contenta que nunca.

—Deduzco que has hablado con él... —espera que le cuente.

Y lo hago, le explico todo el malentendido, todo lo que pasó con Alex y a qué fue debido. La pelea en la orilla del lago. Todo.

—¿Le guanteaste la cara? —me imagino su cara de asombro.

—Dos veces, sí. No me siento orgullosa de ello pero en ese momento no pude controlar la rabia y la furia que me recorría.

—¿Supongo que la reconciliación estaría a la altura, no? —suelta una risita cómplice.

—La reconciliación fue digna de fuegos artificiales y cohetes a la Luna.

—Oh, Val, no sabes cuánto me alegro, en serio. Lo hemos hablado con Steve un montón de veces, no entendía como su hermano no actuaba ...

—¿Qué lo has hablado con Steve? ¡Pero si se suponía que no tenías que saberlo ni tú!

—Nena, compéndelo, no puedo ocultarle nada. Este fin de semana nos vemos, podremos salir los cuatro, por fin. Ve pensando en algún plan, qué podemos hacer y, lo más importante, qué nos vamos a poner.

La semana pasa volando.

He vuelto a estar yo sola para atender todas las habitaciones y zonas comunes, aparte de atender en recepción para los *check in* y *check out* de los clientes.

He vuelto a ayudar a Tyler con las facturas y todo el papeleo que supone llevar el negocio.

También he estado haciendo más horas extra aun a riesgo de que Tyler se enfadara conmigo. Dice que no quiere que yo tenga que pagar por la falta de personal. Está pensando en contratar a alguien para que supla a Dakota y así yo podré ayudarlo con el tema administrativo sin pasar diez horas al día trabajando.

Lo cierto es que lo hago contenta. Me llena y satisface poder ser de utilidad y más en un momento en el que yo sé que necesita mi ayuda. Si mi madre fuera

capaz de verme y sentirse orgullosa... desecho la idea de inmediato antes de que cambie mi estado de ánimo.

Vamos en la *pickup* de Tyler, hemos quedado en recoger a Steve en casa de sus padres, se fueron a vivir a la ciudad cuando se jubilaron para estar cerca de su hija Helen.

Por las últimas conversaciones que ha tenido Tyler con su cuñado, parece ser que Helen sigue respondiendo bien al tratamiento que la ayuda mucho con su depresión crónica. Esta familia está marcada por la pérdida del pequeño Tim. La psicóloga les ha comentado la posibilidad de hacer unas terapias familiares, para ayudar a desatascar los temas complicados que hay entre ellos, especialmente entre Tyler y Helen.

Él no le perdona que por cabezonería, de ambos, no lo avisara con tiempo cuando ya supo que Tim no superaría la dura enfermedad por la que pasó. Todo el cabreo viene derivado de la separación de Tyler y Dakota, yo prefiero no opinar y mantenerme tan al margen como me sea posible. Si él me pide consejo o mi opinión, se la daré. Pero espero que sean capaces de arreglar sus diferencias para el bien de él mismo y de todos en general.

Aparca delante de una bonita casa de planta única, con un pequeño pero bien cuidado jardín delantero.

Parece una miniatura de la casa grande del rancho.

—Es igual que la casa grande —exclamo.

—Ya estaba en la familia desde hace años. Fue de mi abuela antes de casarse con mi abuelo. Después le han ido haciendo pequeños arreglos para que cada vez se pareciera más a la del rancho.

—Ya lo veo, ya. Sin duda, se nota la mano de tu madre en ella.

Sonríe mientras apaga el motor de la furgoneta.

—Vamos.

Vaya, pensaba que Steve estaría listo y que nos iríamos directamente.

No he vuelto a ver al señor Cooper desde que le operaron la rodilla y fui a hacerle una rápida visita al hospital.

—¿Qué crees que dirán tus padres al vernos juntos? —pregunto mientras salgo de la camioneta y me acerco a él. Me espera con la mano estirada para

estrechar la mía.

—Mi madre se lo habrá contado ya, así que mi padre no va a hacer ninguna pregunta incómoda, o eso espero.

—¿Te he dicho ya que estás guapísimo? —pregunto cuando sus dedos atrapan a los míos y siento su calor.

Se ha puesto unos pantalones vaqueros ajustados a sus potentes músculos y una camisa negra que lleva remangada hasta los codos.

Desliza su mano por mi cintura y me rodea.

—¿Te he dicho yo que se me ha puesto inmensamente dura al verte con ese vestido ceñido y tan corto? Estoy deseando arrancártelo.

Me da un pellizco en una nalga, consiguiendo que de un saltito. No tiene remedio.

Bueno, no sabía si ponerme este vestido o no, parece ser que he acertado... y eso que no sabe que no llevo ropa interior. Es tan ajustado que hasta el más pequeño tanga rompería el efecto.

Me he puesto unas sandalias de tacón, diez centímetros para ser exactos, y todavía sigue siendo más alto que yo.

Entramos sin llamar y el olor a comida recién hecha nos envuelve.

Maggy aparece desde un lateral de la casa, vestida de manera cómoda e informal y con un delantal que completa el conjunto de perfecta ama de casa.

—¡Chicos! Me alegro de veros tan guapos. Valerie, estás preciosa, bueno, eres preciosa, pero cuando sales del rancho y te arreglas, estás deslumbrante.

Me da un beso en la mejilla y yo lanzo el mío al aire para no mancharle la cara de pintalabios.

—Steve está acabando de ducharse. Hace nada que ha venido de casa de Mary. Es un encanto de chica.

Sonríe de forma cariñosa.

—¿Ya te la ha presentado? —pregunta Tyler sorprendido mientras vamos hacia el salón donde está James.

—Hijo, ya la conocía de hace años, sus padres fueron los que nos recomendaron a Valerie hace unos meses.

Parece que ha pasado tanto tiempo. Entonces era pleno invierno, Navidad

nada menos, ahora ya se han ido el frío, la nieve, los miedos y las inseguridades. Bueno, algunas, no todas, pero soy más consciente que nunca de quién soy, de cómo soy y cómo quiero ser, estoy contenta con mi vida, no solo porque lo mío con Tyler vaya a mejor, sino por como me siento interiormente.

Antes vivía y actuaba según lo que se esperaba de mí, no libremente, sin pensar continuamente en el qué dirán o pensarán.

Ahora simplemente soy feliz.

James aparece por la puerta del salón acompañado por un bastón.

—Hijo, me alegro de verte tan bien acompañado.

Me sonrojo mientras Tyler no me suelta la mano.

—Nos estamos conociendo, papá —aclara antes de que su padre suponga cosas que necesitan más tiempo.

—Pues espero que os conozcáis muy bien —su tono socarrón y el movimiento de cejas consigue que yo me sonroje aún más y Tyler niegue con la cabeza mientras reprime una risotada.

Maggy regaña a su marido.

—¡James! Deja a los chicos en paz. No le hagas caso, Valerie, es un viejo que ahora pasa su tiempo disfrutando mientras se lo hace pasar mal a los jóvenes.

En ese momento aparece Steve, hace dos meses que no lo veo y parece que está más fuerte que la última vez.

—Tyler —se dan un abrazo y varias palmadas en la espalda. Steve le susurra algo al oído a Ty pero no consigo saber qué le dice.

Desliza su mirada por el brazo de Tyler, pasando por su mano y llegando a la mía que está enlazada a la de su hermano.

—Vaya, vaya, vaya... quién lo iba a decir. Vosotros dos juntos —bromea Steve mientras me envuelve en un cálido abrazo.

En ese momento Ty me suelta la mano y se va hacia lo que creo que es la cocina.

—Mary es una bocazas que no tenía que decirte nada —le susurro antes de separarnos.

—Bueno, ¿nos vamos? —pregunta impaciente.

Nos despedimos de los señores Cooper y espero a que Tyler vuelva de donde sea que se haya metido.

Ahí aparece, con cara de pocos amigos. No sé qué mosca le habrá picado.

Le da un beso en la mejilla a su madre y se despide de su padre.

Una vez en la *pickup*, Steve se sienta delante al lado de Tyler y yo me coloco en el asiento trasero.

En quince minutos estamos recogiendo a Mary, que ha salido al encuentro de Steve cuando este se ha acercado a su puerta para recogerla.

—Que bien se les ve —comento más para mí que para que Tyler me conteste.

Emite una especie de gruñido que no sé determinar. Puede ser que esté nervioso por algo del rancho o por cualquier cosa que no haya querido comentarme, pero lo cierto es que desde que hemos salido de casa de sus padres está más encerrado en sí mismo, apenas ha contestado los comentarios que Steve le ha hecho sobre los exámenes finales y su posible oferta de trabajo en Florida.

Steve aguanta la puerta y ayuda a mi mejor amiga a subir a la camioneta, con ese mini vestido, con bastante menos tela que el mío, es difícil subirse en este vehículo sin correr el riesgo de enseñar las bragas. Si es que llevas.

Como ya hemos hablado durante una hora este medio día, nos saludamos con un abrazo cariñoso, y después saluda a Tyler, a lo que este le responde diciendo su nombre.

Steve y Mary son los que han reservado mesa en el restaurante, así que escucho levemente las indicaciones que le da Steve a Ty mientras las guitarras de Metallica resuenan a más volumen del que me gustaría.

—¿Cómo puede gustarle esta música? —me pregunta Mary elevando un poco la voz.

Me encojo de hombros mientras sonrío.

—Dios mío, Val, esa cara... —me mira, seria, mientras me señala con el dedo índice.

—¿Qué? ¿Qué le pasa a mi cara?

—Nena, estás totalmente enamorada de este hombre.

Me muerdo el labio inferior mientras sonrío y asiento con movimientos pequeños pero rápidos de cabeza. No puedo negarlo.

—Tanto, que ya puedo soportar escuchar esta música sin que me dé dolor de cabeza.

Veo como la mirada de Tyler se fija en mí desde el retrovisor. Sus ojos siguen siendo los más hipnotizadores del universo. Da igual si me mira directamente o nuestra mirada se cruza a través de un cristal o espejo, nada enturbia el poder que tiene sobre mí su mirada.

Vuelve a fijar la vista en la carretera mientras Mary y yo seguimos hablando de nuestras tonterías.

Se ha puesto guapísima, ella normalmente siempre va de punta en blanco pero hoy, parece que vaya vestida para algo especial.

Llegamos a un bonito restaurante, nunca había venido por esta parte de la ciudad. Queda un poco apartado del centro pero por su aparcamiento lleno de coches no parece que eso importe para que la gente se desplace hasta aquí para cenar.

Ahora sí, nuestros chicos nos ayudan a bajar. Sentir el calor del cuerpo de Tyler se agradece, ha bajado un poco la temperatura y los tirantes del vestido no cubren mucho.

El maitre nos acompaña a nuestra mesa, situada en un pequeño reservado.

El champán no tarda en llegar, muy frío y de un sabor afrutado que entra muy bien.

Steve y Tyler se han sentado uno al lado del otro, mientras Mary y yo quedamos cada una justo enfrente de nuestro chico.

Me tomo la copa de champán antes de que traigan el primer plato, por lo visto es un menú degustación y los platos ya estaban escogidos.

Steve y Mary son los que más hablan durante la cena. Es normal, tienen muchas cosas que contarnos. Yo he explicado brevemente lo que pasó con Dakota a principios de semana y Tyler ha cambiado de tema en cuanto le ha sido posible. Entiendo que no quiera que ella nos estropee la noche, nuestra primera cita de parejas.

—¿Me acompañas al aseo? —pregunta Mary haciendo un gesto con las

cejas, el cual significa que vamos a hablar de cosas de chicas.

—Por supuesto —contesto de inmediato.

Ambos chicos, muy galantes esta noche, se levantan cuando nosotras lo hacemos.

Una vez en los impresionantes aseos, tienen más lujo que toda mi cabaña, Mary me aborda para preguntar todo lo que no podía decirme delante de ellos.

—Bueno, ¿Cómo habéis estado esta semana? doy por sentado que bien, ¿no?

—La verdad es que sí. Ha aceptado que siente algo por mí, aunque no quiera ponerle nombre, no me quiere solo para que nos enrollemos. Quiere algo más, sobre todo exclusividad.

—Eso es algo que también quieres tú, cielo. Me alegro mucho, es un paso grande en vuestra relación. Al final has perdido la apuesta, querida Val. Ve preparando los billetes, ya pensaré en qué me los gasto.

Reímos a la vez.

—Ya que aquella mujer y aquel niño no son su familia oculta, ¿quiénes eran?

Me llevo la mano a la frente, recordando lo absurda e infantil que fui en ese momento.

—Son la viuda y el hijo póstumo de su mejor amigo, murió durante el último de sus despliegues por Afganistán. Él era su mejor amigo, así que es una especie de padrino del niño.

—¡Oh, qué pena! Es tan triste que pasen estas cosas. Las guerras deberían librarlas en un campo desierto y alejados del resto de la población aquellos que las producen y las dirigen desde un seguro y cómodo despacho, sin mancharse ni arriesgar su vida.

—Totalmente de acuerdo.

—Por cierto, sobre el tema de hacerte la revisión ginecológica, ¿has pensado ya en pedir hora para la visita?

—Bueno, como él me dijo que en estos cuatro meses no ha estado con nadie más que conmigo, lo cierto es que ya se me pasó el arrebató originado por el cabreo pero, sí, debería hacérmela. No me hago ninguna revisión desde que empecé a salir con Brad, cuando albergaba alguna esperanza de llegar a tener sexo con él. Pero lo cierto es que el dispositivo no ha tenido que trabajar

mucho en ese aspecto. Si no recuerdo mal la fiabilidad era de cuatro años, y ese plazo se cumple en pocos meses.

Ríe mientras se retoca el maquillaje mirándose en el espejo.

—Pero todo lo que no tuvo que bloquear en esos largos años, lo está cubriendo ahora y con creces —ríe.

—Tienes razón. Es maravilloso. Si su hermano es la mitad de fogoso que Tyler, no quiero saber cómo has podido caminar este tiempo por el campus de la universidad, y menos aún con los zapatos que sueles llevar.

—La verdad es que no nos veíamos a diario ni tanto como nos hubiera gustado pero, cuando encontrábamos el momento, era maravilloso. Volviendo al tema de tu revisión, ¿estás tranquila en ese aspecto o hay algo que te preocupa?

—No, en principio todo bien. Pero además está el tema de mis ovarios poliquísticos y esas reglas irregulares que suelo tener que hacen más difícil llevar un control.

—Ojalá yo manchara tan poco como tú, es un rollo cada vez que me baja la regla.

—Estar varios meses sin manchar nada tampoco es agradable. Tengo las típicas molestias, pero después nada de nada.

Nos miramos la una a la otra, sintiendo que somos como hermanas, después de unos años separadas nuestra amistad no ha menguado lo más mínimo. Podemos hablar de cualquier tema y entendernos.

Salimos del aseo de vuelta al reservado.

—¿Recuerdas cuando éramos crías y fantaseábamos con el hecho de llegar a ser cuñadas? Al final se ha cumplido.

—Eso parece —reímos—. Lástima que no haya un tercer hermano para Oli.

—Qué pena que Olivia no haya podido unirse a nosotras esta noche.

—¿Pena por estar en Nueva York? —arquea las cejas—, yo más bien diría que suerte la suya.

—Visto de esa forma, sí, tienes razón.

Una vez de vuelta con nuestros chicos, que dejan de hablar en cuanto aparecemos en el saloncito, nos sentamos en nuestras respectivas sillas.

Tyler sigue serio y empieza a preocuparme que algo vaya mal entre nosotros. Llevo mi pie hasta su pierna, juguetona, y empiezo a acariciarlo de arriba abajo. Está serio, algo le pasa y no me gusta verlo así.

Me mira fijamente, consiguiendo que deje de escuchar todo lo que Mary está explicando sobre algo de una tesis y no sé qué de un trabajo de final de carrera. Y me pierdo en su mirada. Una de sus manos atrapa mi pie y lo aprieta con fuerza, consiguiendo que necesite sentir esa presión por todo mi cuerpo.

Justo cuando el camarero trae los postres y sale del reservado, volviendo a cerrar la pesada cortina, Steve da unos leves golpecitos en su copa de vino.

Acabo de lamer el contenido de mi cuchara bajo la estrecha mirada de mi novio cuando me fijo en su hermano. Acaba de levantarse mientras dice no sé qué cosas sobre el amor.

¡Ay, no!

Dejo la cuchara sobre el plato.

Hace que Mary se gire en su silla para quedar de caras a él, mientras mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca una pequeña caja de terciopelo.

¡Ay, no! Va a pasar.

Clava la rodilla en el suelo, mientras mi mejor amiga se lleva las manos a la boca y ahoga un gritito.

—Mary Perkins, preciosa rubia mía, ¿quieres pasar el resto de tu vida junto a mí? Te amaré, cuidaré y adoraré como mereces.

Siento como las lágrimas de felicidad por mi amiga se deslizan por mis mejillas.

Ella no contesta, se echa hacia su cuerpo y acaban los dos tirados en el suelo, riendo como dos tontos enamorados, exactamente como lo que son.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Y mil veces sí!

Me enjugo las lágrimas con las servilletas cuando me fijo en Tyler y en como me mira él a mí.

Parece como si le hubieran dado un puñetazo en lugar de alegrarse por su hermano.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto silenciosamente.

Mueve la cabeza y desvía la mirada hacia la feliz parejita.

Ya han conseguido levantarse del suelo y se besan delicadamente, supongo que para no estropear el maquillaje de ella.

Me levanto para abrazarlos y darles mi enhorabuena.

—¡Oh, Mary! ¡Qué callado te lo tenías, me alegro tanto, tanto!

Nos abrazamos y por el rabillo del ojo veo que, por fin, Ty parece reaccionar y se levanta para abrazar y felicitar a su hermano y a su futura cuñada.

Tus cuatro deseos

Hemos ido a un club. Mary, Steve y yo no hemos parado de bailar, y por más que me he contoneado contra el cuerpo de Tyler, no ha habido manera de que se levantara de ese taburete para bailar un rato conmigo. Al final, he acabado sentándome a su lado y tomándome una copa.

Estamos llegando al rancho. La feliz parejita tenía una noche reservada en un hotel, para disfrutar tranquilos de la noche de su estrenado compromiso.

Voy admirando el perfil masculino de Tyler, acariciándole el cuello y la nuca con la punta de los dedos, estirando del lóbulo de la oreja y conteniéndome para no desabrocharme el cinturón y morder toda esa zona que me vuelve loca.

La música del grupo The Cranberries, el de una de las camisetas que suelo ponerme para dormir en su casa, suena en este momento, me gusta la voz de su cantante, aunque Tyler me ha dicho que falleció a principios de años. Una pena. Es una de las canciones más tranquilas de las que componen el hilo musical de Tyler, titulada *Linger*.

Hoy no creo que sea capaz de aguantar los largos y placenteros preliminares a los que me tiene acostumbrada. Llevo toda la noche deseándolo, lo cual me da una idea. Esto de estar achispada por la copa y el champán me convierte en una desatada y descontrolada hormona andante.

—Sabes, nunca he hecho el amor en un coche.

Veó como se mueve su nuez arriba y abajo por su garganta, y se remueve en el sillón. Parece que he conseguido que reaccione y deje de darle vueltas a lo que sea que lleva toda la noche rondándole la cabeza.

—Y me gustaría, mucho, saber lo que se siente... —deslizo la mano por su hombro y su brazo.

Coge el mando a distancia que abre las puertas de entrada al rancho y, una vez dentro, mira por el retrovisor para asegurarse de que se han cerrado.

—Tyler, ¿estás escuchándome? —casi jadeo, cerrando los muslos y conteniendo las ganas que siento de tenerlo dentro.

Uff, es como si fuera a implosionar aquí mismo si no llego a un orgasmo pronto.

La camioneta recorre el camino que lleva hasta el aparcamiento, justo delante de la casa grande.

—No podemos hacerlo aquí, imagínate lo que pensarían los clientes si nos pillan montándonoslo en el coche.

Su voz ronca me confirma que él también está afectado por mi deseo y no me iré a casa hasta que no me haga suya dentro de estas cuatro chapas.

Me deshago del cinturón, acercándome peligrosamente a él. Le paso los brazos por el cuello y le lamo la oreja.

—Val, nena, vamos a tener un accidente si sigues haciendo eso.

Deslizo una mano por su torso mientras la otra sigue sobre sus anchos y torneados hombros.

Llego hasta la zona caliente y abultada de su erección y la boca se me hace agua.

—Parece que ella y yo pensamos lo mismo —digo mientras aprieto sobre su sexo.

Un gesto involuntario de sus caderas lo delata.

Llegamos al aparcamiento pero no se detiene, gira hacia el camino que lleva a los establos, está todo a oscuras, iluminado únicamente por los faros alógenos del vehículo.

Sonrío contra su cuello y le muerdo ese punto justo debajo de su oreja. Un bache del camino empedrado me hace rebotar levemente sobre el asiento.

Voy abriendo la cremallera de su pantalón con intenciones claras, liberándolo para encerrarlo en mi mano.

Sigue un poco más por un sendero por el cual no he pasado nunca antes, dejando atrás los establos. De repente, da un volantazo hacia la derecha y se aparca debajo de un gran roble. Detiene el vehículo y apaga el motor, quedando totalmente a oscuras, iluminados levemente por la luz azulada de la pantalla del equipo de música.

Su brazo me rodea y lleva una de sus grandes y protectoras manos a mi cuello, acercándome más a él e impactando contra mi boca, parece desesperado, tanto como yo.

Nuestras lenguas se enzarzan en una pelea por ver quien recorre más cuerpo del otro, alternando chupadas y mordiscos varios va recorriendo mi cuello, dejándome casi sin conocimiento.

Me revuelvo contra su pecho mientras sigo acariciándolo arriba y abajo, notando su húmedo capullo cuando lo cubro.

Arrodillándome sobre el sillón, me recojo el pelo suelto sobre un hombro y me inclino hacia él, introduciendolo en mi boca lentamente.

Siento como se acomoda y deja escapar un jadeo desde lo más hondo de su pecho, ha reclinado su asiento y eleva la pelvis mientras su mano sujeta mi melena, acariciándome.

¡Oh Dios! El poder y la desinhibición que siento capturándolo así hace que me empape, más si cabe, y me sienta una diosa griega del placer y el deseo.

Una de sus manos baja por mi espalda y llega al borde de mi corto vestido, la desliza hacia arriba y arremete contra mi boca cuando llega a mi sexo empapado y desvestido.

—Llevas toda la noche sin ropa interior. Y con este vestido, si es que se le puede llamar así.

Me da un cachete, consiguiendo que mi cuerpo se incline más hacia delante y él se introduzca más profundamente en mi boca.

Quiero hacer que se corra de la misma manera que él me da placer a mí, pero después de unos segundos, justo cuando empiezo a sentir su sabor en mi paladar, me obliga a levantarme para, después, remangarme el vestido en la cintura y hacer que me monte sobre él.

Apoyo la mano en el cristal mientras paso la pierna por encima de Ty.

Sonríó como una adolescente que no puede dominar sus hormonas.

Cuando controlo los movimientos y estoy segura de que puedo mantener el equilibrio, lo cojo con una mano, dirigiendo su ancha punta hacia mi necesitada vagina para poder sentirlo justo ahí.

—¡Ooooh, sí! —gimo cuando por fin me dejo caer sobre su cuerpo y me rellena placentemente.

Él deja escapar un gruñido desde lo más hondo de su pecho, es como un animal salvaje.

—Eres increíble, Valerie.

Coloca ambas manos en mi cintura y va marcando el ritmo de nuestras embestidas, reboto sobre sus piernas y siento como poco a poco la pasión y la

presión van alcanzando cotas insospechadas de placer.

—Eso es... a mi pequeña brujita le gusta follar de noche en los coches... —
gruñe.

—Oh, sí... ya lo creo que me gusta...

Nos besamos, dándolo todo en cada movimiento, en cada suspiro, llegando al fondo de mi cuerpo y mi corazón.

—Sé que estás a punto de correrte, puedo sentir como tus músculos se cierran cada vez más sobre mi polla.

Y ese es justo el detonante que necesito para estallar a su alrededor, mientras siento su caliente semilla derramarse con fuerza en mi interior.

—¡Oh, Ty! Te amo... te amo tanto... —voy repitiendo una y otra vez contra su cuello.

Se impulsa hacia mi interior, manteniéndose así durante unos segundos, mientras mi respiración sigue errática. Nos besamos despacio, con cariño, con amor. Sus brazos no permiten que me separe de él.

Sé que el también me ama, aunque no sea capaz de decirlo.



Una vez satisfechos y relajados, vuelvo a poner en marcha el motor y sigo por el camino, mientras Val se mantiene pegada a mi pecho.

—¿Está todo bien? —pregunta.

Sé que se ha dado cuenta del cambio en mi humor, apenas hemos hablado durante el camino de vuelta a casa ni ahora.

—Sí.

Es lo único que digo, pero a la vez, hago más estrecho el abrazo alrededor de su cintura, para que no se separe de mi cuerpo.

Se sorprende al ver que aparecemos justo delante de nuestras cabañas, el camino da la vuelta a la propiedad pero posiblemente ella no supiera ese dato.

—Ve subiendo, voy a aparcar y ahora vuelvo. Cuidado no vayas a romperte un tobillo caminado con esos tacones imposibles.

Niega con la cabeza mientras me coge de la barbilla para que la mire.

—No me va a pasar nada por ponerme un día tacones y salir a cenar y bailar con mi novio. Caminaría con tacones por las montañas rocosas si la noche de hoy volviera a repetirse.

Me da un casto beso antes de bajarse del coche y pasar por delante del morro de mi camioneta, contoneándose.

No puedo evitar sonreír, aunque un pellizco de dolor me encoja el corazón.

Cuando la veo desaparecer por la puerta de mi casa, vuelvo a ponerme en marcha para aparcar.

Esa es la primera excusa tonta para no haber subido con ella a casa directamente y volver a hacerla mía sobre cualquiera de las superficies.

La segunda es que no puedo dejar de pensar en todo lo que he visto y sentido esta noche.

Su cara de felicidad, su mirada emocionada cuando su mejor amiga se ha prometido con mi hermano.

No puedo dejar de ver la expresión de su rostro cuando, después de los toques de tenedor sobre la copa de vino de mi hermano, este se ha levantado, le ha pedido matrimonio a su reciente novia, no sin antes clavar la rodilla en el suelo.

No estoy juzgando el hecho de que Steve haya decidido sentar la cabeza con Mary, él sabrá qué es lo que siente y en qué medida.

Lo que no puedo ignorar es el hecho de que sé que Valerie quiere lo mismo, por más que ella diga lo contrario o crea que yo voy a cambiar de opinión.

¡Por todos los santos! Hasta hace menos de un año estaba prometida con otro tío, ella es de esas mujeres que, aunque no quiera ser la mujer florero de nadie, si quiere ser la esposa de alguien.

Es uno de sus cuatro deseos.

Desde ese día supe que ella no podría ser una mujer de una noche.

Ese momento grabado a fuego en mi mente, cuando saqué del sobre navideño aquel pequeño papel, algo arrugado y con una caligrafía de una niña de siete años, el tequila no ayudaba mucho a su pequeña y temblorosa mano, en el cual pedía cuatro únicos regalos, sus cuatro deseos más íntimos.

Puede que el alcohol, las risas entre amigas, el gran cambio que acababa de dar su vida, fuera el responsable de hacerla capaz de escribir aquellas palabras que hoy, después de conocerla tan bien, sé que realmente son todo lo que ella desea.

Ser independiente, ganarse la vida con su propio esfuerzo, ser autosuficiente, todas esas cosas que ella quería conseguir y, sin lugar a dudas, ha conseguido. Nadie puede quitarle el mérito, las ganas y el esfuerzo que tiene, el sacrificio que hizo por seguir adelante con un proyecto que suponía alejarse de su familia para acercarse a sí misma y encontrarse con su verdadero yo.

Siento ser tan egoísta en este aspecto, pero lo cierto es que si pienso en lo que estoy pensando es por ella, por no causarle un daño mayor cuando siga queriendo más y yo sea incapaz de dárselo.

Puede que sea cobarde por mi parte, estoy seguro de que así es, pero no podría soportar verla infeliz por mi culpa.

La quiero demasiado para eso.



Despierto de madrugada, todo está a oscuras, estiro el brazo sobre las sábanas pero no encuentro el cuerpo caliente de Tyler.

Decido levantarme y salir a buscarlo, me extraña que no esté en la cama, espero que no haya pasado nada en el turno de noche que haya hecho que él tuviera que salir de la cama. En principio todo está controlado con Luke, el encargado de la noche.

Salgo de la habitación y lo veo sentado en el sofá, en penumbra, con una cerveza en la mano y mirando algo en su móvil. Apaga la pantalla justo cuando llego a su lado.

—¿Por qué no estás en la cama? —pregunto plantándome delante de él, únicamente tapada con una de sus camisetas.

—No podía dormir y no quería despertarte.

Le sonrío con mi cara de sueño, los ojos entrecerrados y el pelo alborotado.

—Voy a beber un poco de agua.

Como una autómatas me giro y voy hacia la cocina para hidratarme con un vaso de agua fresca.

Lo dejo en el fregadero y vuelvo hacia él, que está apurando el contenido de su botellín.

Le tiendo la mano, la cual coge una vez deja sobre la pequeña mesa de centro el cristal vacío.

Metal está durmiendo a su lado, con su pequeño cuerpo enrollado con su peluda y larga cola.

Estiro de su mano, como si con mi pequeña fuerza fuera capaz de hacer que se levantara, y me envuelve con sus brazos desde la espalda, caminando pegado a mi cuerpo, hasta que llegamos de nuevo al dormitorio y, tras acostarnos, me envuelve en un cálido abrazo de oso amoroso y hacemos la cucharita hasta que vuelvo a quedarme dormida.

Cuando despierto por la mañana no está en la cama, seguramente haya ido correr como cada mañana o a ocuparse de los caballos, son su pasión. Le encanta encargarse personalmente de su cuidado, aseo y de cualquier cosa que tenga que ver con ellos.

Ahora que lo pienso, parece que es el único amor que se atreve a expresar sin miedo, como si nunca pensara en la posibilidad de perderlos jamás. Ese miedo que dice sentir ante el amor hacia otro ser humano no se hace extensivo al amor que siente por sus preciosos caballos.

Después de deshacer la cama y poner a lavar las sábanas, poner unas limpias, ducharme, hacerme la manicura y estar un rato rascando al mimoso de *Metal*, decido ir a mi cabaña.

Desde que la semana pasada acordáramos que nos despertaríamos juntos cada mañana, no he pasado por casa más que cuatro momentos contados para recoger algo que me hiciera falta.

Hoy hace un día precioso, Mary y Steve estarán disfrutando de un pequeño viaje en avioneta sobre el parque nacional que ella le ha regalado a él.

Me parece increíble que ya esté prometida. Está a punto de acabar la universidad y ya tiene al hombre de su vida. Y él está tan seguro de quererla a

ella de la misma manera que, no puedo evitar sentir algo de envidia.

Envidia sana, claro. No tengo ninguna prisa en que Tyler se me declare, aunque no puedo negar que me gustaría sentir lo mismo que Mary y Steve sintieron anoche. La primera vez que me prometí fue un acto tan protocolario y frío que no sé como no me di cuenta en ese mismo instante que aquel compromiso no podía acabar en boda feliz de ninguna de las maneras.

Es más de mediodía cuando acabo de limpiar mi pequeño hogar de madera.

Le envió un whats a Tyler para saber si preparo algo de comida o él tiene otra cosa en mente.

Mientras espero su respuesta recuerdo mi conversación de anoche en los aseos del restaurante con Mary y decido buscar cita con un especialista.

Ojeo en la web de mi seguro médico y, dentro de los ginecólogos que puedo escoger, hay uno que queda relativamente cerca de Saint John y, además, tiene una hora libre este mismo miércoles por la tarde.

Preparo una ensalada y hago un poco de pasta con salsa parmesano, sin tener todavía noticias de Tyler.

Lo dejo todo dispuesto en la mesa y salgo a buscarlo.

Seguramente haya salido a montar con *Iron* y se haya dejado el teléfono en la cuadra.

Cuando llego allí veo que los caballos están pastando tranquilamente en su zona y no hay ni rastro de él.

Doy la vuelta y voy hacia la casa grande. Está todo muy tranquilo, como cada mediodía a la hora de la comida, no hay ajetreo ya que los huéspedes se llevan su cesta de picnic a sus excursiones por la zona.

Voy por el pasillo enmoquetado hacia el despacho de Ty.

Y, efectivamente, allí está, sentado detrás de la preciosa mesa de caoba que ocupa el espacio principal de la estancia. Se sostiene la cabeza con ambas manos, mientras mira las facturas que ocupan la mesa junto a un vaso con restos de lo que parece ser whisky.

Doy un par de toques en la puerta antes de pasar, aunque ya está entre abierta.

Levanta la cabeza y me observa.

Sonríó y me acerco a él, rodeándole para abrazarlo. Efectivamente huele a whisky.

—Pensaba que estarías disfrutando de un paseo con *Iron*, no que estarías sufriendo en el despacho.

—Sufriendo —repite en un susurro como si no creyera que acabo de decir eso.

—Sufriendo por todo el papeleo. Sabes que yo puedo ocuparme de esto. No necesitas hacerlo.

Se revuelve en mi abrazo y se levanta, nervioso y agitado.

—¿Que no tengo que ocuparme? —grita—. Claro que tengo que ocuparme. No puedo esperar a que tú estés siempre aquí, a que tú te ocupes de cualquier asunto del negocio, de mí negocio.

No entiendo por qué está así. Algo en mi interior me dice que ha pasado algo que yo no sé y que ese *algo* es el causante de que él esté así desde anoche.

Intento acercarme a él pero retrocede, yendo hacia la ventana desde la que se ven los establos y el cercado donde pasean sus caballos.

Me quedo quieta en el sitio, si él se aleja será porque necesita ese espacio, podemos hablar como adultos civilizados sin tener que tocarnos.

La última vez que intentamos hablar como adultos y civilizados, tuvimos la discusión más grande hasta el momento.

—Ty, ¿qué ha pasado? ¿he hecho algo que no te guste? Dímelo, porque yo no me he dado cuenta.

Lo oigo maldecir por lo bajo y me sobresalta cuando da un golpe en el marco de la ventana.

—¡Joder! Esto haces —se gira hacia mí y me señala con ambas manos.

—Ty, me estás asustando. Haz el favor de decirme qué coño te pasa, no soy adivina.

—Ayer te vi.

No lo entiendo.

—¿Me viste? Estuvimos juntos, por supuesto que me viste.

—Ví tu cara, brujita —parece apenado cuando me llama por su apodo.

Sigo mirándolo sin entender a qué se refiere.

Niega con la cabeza antes de hablar de nuevo. Es la primera vez que lo veo afectado por la bebida y creo que eso no presagia nada bueno.

—Vi tu cara cuando el tonto de mi hermano se declaró a tu mejor amiga. Vi tu emoción, tus ansias, tus ganas y deseos... lo vi todo en ese momento en tu mirada, Val.

Empiezo a negar con la cabeza. Me acerco a él, tomándolo de las manos para entrelazar nuestros dedos. Sé lo que está pensando.

—Ty, es mi mejor amiga, la considero mi hermana, por supuesto que me emocioné, pero por ella, por ellos. Por su felicidad.

Se aparta de mí, esta vez sin romper el contacto y, con dos dedos, me levanta la barbilla para que lo mire directamente a sus profundos y, ahora dolidos, ojos verdes.

—No me mientas, Valerie, sabes tan bien como yo que tú deseas eso y yo no puedo dártelo.

—Tyler Cooper, no quiero volver a tener esta discusión otra vez. Tú y yo ya hemos hablado de esto, y yo te he dicho que acepto lo que me ofreces. Te acepto a ti tal y como eres, porque te amo así.

Me mira embelesado pero como si a la misma vez estuviera clavándole un cuchillo en el hígado de forma lenta y dolorosa.

—Te conformas ahora, por ahora, igual que hace unos meses te conformabas con ser solo mi amiga con derecho a roce, mi *follamiga* particular, pero has acabado enamorándote.

—Y tú también, Ty. Esta forma de actuar tuya es por miedo, y no me importa esperar a lo que sea si el final es siempre contigo.

Vuelve a soltarme de las manos, pasándose las suyas por la cabeza.

—¡Dios! ¿Es que no lo entiendes? ¿Y si por más que esperes yo nunca soy capaz de darte más? ¿De darte todo eso que anhelas? Tus cuatro deseos.

En ese momento saca del bolsillo trasero de sus vaqueros un papel, la carta con mis deseos escritos hace cinco meses.

—Ya me lo dijiste aquí, la primera vez que nos vimos.

—¡Oh, Tyler! ¡No seas absurdo! Estaba borracha. Lo escribí sin pensar en nada, se suponía que tú ni siquiera ibas a leerlo.

—Pero lo escribiste —agita la carta delante de mi cara.

La abre y saca el papel escrito con esa letra horrible, apenas recuerdo como la escribí.

Desdobla el papel, le cuesta centrar la mirada a causa de las copas de whisky que debe haberse tomado.

—Primer deseo: quiero a un hombre que sepa besarme, como un hombre besa a una mujer.

—Tyler, no sigas, no hagas una montaña de un grano de arena.

—Segundo deseo: quiero un hombre que me desee y me haga gemir de placer.

Los ojos empiezan a llenárseme de lágrimas. No sé por qué tengo que ser tan sensible en estos momentos.

Levanta la vista un momento y me observa. Niego con la cabeza, suplicándole que pare.

—Tercer deseo, este ya empieza a ser interesante: quiero un hombre que me ame tal y como soy.

La primera lágrima empieza a caer.

Quizá alguno de esos misterios de la ciencia pueda explicar el motivo por el cual ahora mismo recuerdo con claridad absoluta las palabras que va a leer a continuación.

—Cuarto deseo: que todos los anteriores sean el mismo hombre y formemos juntos una familia.

El dique se rompe y las gotas saladas resbalan por mi cara hacia mi cuello sin nada que se lo impida.

—Después de todo este tiempo, no puedes negarme que esto no es lo que quieres realmente. Es lo normal, no es culpa tuya, seguramente cualquier mujer querría lo mismo, pero tú lo quieres conmigo...

—Pero tú conmigo no, ese es el verdadero problema.

De un revuelo va hacia la mesa y tira todo lo que había sobre esta.

—¡Sí, joder! ¡Ese es el puto gran problema de esta relación!

Respiro con dificultad, el pecho me sube y baja sin control y, a pesar del esfuerzo y del movimiento de mis pulmones, siento que me falta el aire.

Gira y vuelve hacia mí, cogiéndome de los brazos, apretándolos contra mi cuerpo.

—¡Ese es el puto gran problema! ¡Que sí quiero!

No puedo entenderlo, la rabia me recorre desde el centro del estómago, expandiéndose hacia mis extremidades y todo mi sistema nervioso.

—Entonces ¿por qué tiene que ser un problema? Te amo, Tyler. Te amo tanto que me duele. Y el amor no debería doler.

—Sí, no debería doler, pero duele, más que otra cosa, y no estoy seguro de poderlo soportar.

—Yo soy la que no lo puede soportar. No puedo soportar que hace justo una semana que has decidido hacer público el hecho que sientes algo por mí, que es amor, aunque tú no quieras llamarlo así y que ahora me salgas con estas porque tu hermano se ha declarado a mi mejor amiga. Soy yo la que no soporta más. Mientras te aclaras y no, será mejor que no durmamos en la misma cama.

Me deshago de su abrazo, hecha un manojito de nervios y me voy por donde he venido.

La única diferencia es que cuando he recorrido este pasillo hasta el despacho era una mujer muy feliz y ahora mismo siento que mi corazón se ha astillado. No sé si seré capaz de soportar muchos golpes más antes de que estalle en mil pedazos y no pueda repararse jamás.

Ya es de noche y todavía no he conseguido recordar como he vuelto desde la casa grande a su cabaña, como he subido y he recogido todas y cada una de mis pertenencias, esquivando a *Metal* que estaba con ganas de mimos y se enrollaba entre mis piernas.

No recuerdo como he salido de allí y he llegado a mi casa.

Pero sigo llorando tanto como en ese momento. Y encima he tenido que recoger toda la maldita pasta y los trozos de cristal que había esparcidos por todo mi salón y parte de la cocina. La rabia ha hecho que tirara todo lo que había sobre la mesa, la comida que con tanto amor le había preparado.

Y, para colmo, me he clavado un trozo de cristal en la planta del pie, he

necesitado las pinzas de depilarme para poder sacarlo, pero como tengo los ojos hinchados de tanto llorar, apenas he sido capaz de verlo, así que algo que tendría que haber durado un momento, me ha costado más de cinco minutos poder hacerlo.



Dejo que se vaya.

Total, ¿qué más puedo decir o hacer para que se dé cuenta de cómo soy en realidad?

Otra vez todo el despacho desordenado por mi culpa.

Aunque pensándolo bien, ella también tiene su parte de culpa, por haberme empujado a este puto estado de necesidad permanente en el que me encuentro.

Ese es el jodido problema, que la amo.

Tanto la amo que me cuesta aceptarlo, porque ahora sé que no podré vivir sin ella. Y eso me tortura.

Es culpa suya que haya caído de rodillas así delante de ella, solo por ella.

Busco el vaso en el que he estado ahogando mis penas y veo que está en el suelo hecho añicos.

Cojo la botella y bebo directamente a morro.

—Esto es lo que soy, Valerie —mi lengua alarga el sonido de la *e*, se me enreda la lengua en su nombre igual que en su cuerpo.

—Soy un completo capullo, Bill. Sí, tú me lo decías continuamente, cada vez que me comportaba como un capullo integral ahí estabas tú para recordármelo. Y mira ahora, la pequeña pelirroja ha cogido tu relevo. *Sips*, le encanta llamarme capullo, incluso me ha guanteado la cara, como también llegaste a hacer tú.

Joder, esto de hablar solo no lo había hecho nunca.

A la mierda todo.

Ya se me pasará.

Ella quiere que durmamos separados, pues perfecto. Que se vaya a su cama a dormir.

—Ya volverás, brujita. Ya volverás para acabar de torturarme bajo tus inofensivas uñas. Y una vez más yo estaré deseando que lo hagas.

Asiento satisfecho con mi pequeña charla y tomo un trago más a mi salud.

La excepción que confirma la regla

Ignoro los mensajes que me han enviado tanto Mary como Olivia, sigo sin tener ganas de nada.

Me miro en el espejo y me doy pena a mí misma.

Ayer estuve todo el día lamiendo mis heridas pero ahora tengo que sobreponerme a esto y esperar a que él decida si merece o no la pena arriesgar su tranquilidad por mí.

Y espero que sea tan valiente como cuando decidió alistarse, o como todas esas veces en las que saltaba de un avión con un paracaídas a su espalda sobre territorio enemigo, o como todas las otras veces en las que tuvo que luchar cuerpo a cuerpo tras hacer un ataque. Espero que sea valiente para elegirme a mí.

Me obligo a maquillarme para intentar ocultar las marcas de mis horas de pena y llanto.

Corrector, mucho corrector para tapar las malditas ojeras, la base, la línea de los ojos, el rímel, el colorete, y por último el pintalabios. Hoy no puedo salir de casa sin disfrazarme, ahora mismo es como me siento, disfrazada por fuera para ocultar el dolor que me parte por dentro.

Me he obligado a tomarme un café para tragarme la pastilla de ibuprofeno, este dolor de cabeza me va a dejar K.O.

No tengo hambre de nada, así que esperaré cinco minutos más aquí escondida tras las cortinas de casa por si veo pasar a Tyler en dirección a la casa grande. No quiero cruzarme con él. Quiero darle tiempo a que se piense bien lo nuestro, lo que realmente siente por mí, sin forzarlo ni obligarlo. Pero sea lo que sea, que esté cien por cien seguro.

Parece que el hecho de reconocer que me ama le causa dolor, y yo no sé como actuar al respecto.

Sé que Jada preguntará por mí, y sé que sabrá que ha pasado algo en cuanto él no le conteste o ponga una de sus caras de cabreo.

Lunes, un marchito y mojado lunes, hasta el cielo está lloroso.

Me calzo las botas y cojo el paraguas, ya son las ocho, hora en la que empieza mi turno. Los clientes más madrugadores ya estarán a punto de salir hacia un día de excursiones varias y, los más dormilones, estarán levantándose

ahora para no perderse el delicioso desayuno de Jada, famoso por ser el mejor de todos los hoteles rurales de la zona.

Entro rápida y sigilosamente al hotel, sin mirar ni un momento hacia los establos, donde sé que posiblemente esté Tyler, y paso volando por recepción hacia las escaleras que suben a la planta de las habitaciones.

Preparo todo lo que necesito para las próximas horas: sábanas limpias, productos de cortesía para el cuarto de baño y minibar, productos de limpieza.

Todo mecánicamente, por la costumbre ya adquirida tras meses desarrollando la misma faena, no porque esté pensando en lo que tengo que hacer.

Empiezo por los aseos del pasillo.

Después con la primera habitación.

Saludos a los cliente de la ciento tres que salen apurados de la habitación y rezan para que Jada no los haya dejado sin desayunar por pasar quince minutos del horario para ello.

Y así, una tras otra habitación, pasan las horas.

Hasta que, mientras estoy inclinada sobre una cama, alisando las sábanas, cuando la voz de Jada me sorprende.

—Muchacha. ¿Dónde te has metido esta mañana? No has venido a desayunar y ahora tampoco has bajado a comer, ¿qué te pasa?

Me pongo derecha antes de girarme, sé que en cuanto me vea la cara, empezará a preguntar.

—No tengo hambre, Jada. He desayunado en casa y...

—Y has discutido con Tyler, porque no hay nada más que pueda tener ese efecto en la cara de una muchacha. Y en la suya.

—¿Él sí ha desayunado?

—Como un toro.

Me encojo de hombros.

—¿Tiene algo que ver mi Dakota con esta discusión? —pregunta mientras me coge de una mano y hace que deje las sábanas para hablar con ella.

—No. Son otras cosas.

—De todas maneras quiero pedirte disculpas por todo lo que pasó la semana

pasada —niego con la cabeza, pero no me deja hablar—. Dakota ha sabido jugar siempre con los sentimientos de todos nosotros, con su padre y conmigo. Cuando lo hizo con Tyler, en fin, no pudimos controlarla y decidimos que sería mejor que se fuera lejos, y eso hizo. Pero su marido se habrá hartado de todas sus ínfulas de reina y, no contenta con eso, encima le ha puesto los cuernos con un hombre más joven.

—Jada, de verdad que no hace falta que me expliques eso, y mucho menos que te disculpes por algo de lo que tú no tienes la culpa.

—Bueno, siéntate aquí conmigo en la cama, después la volvemos a estirar —sonríe mientras da dos palmadas sobre el lino blanco—. A mí también me va bien explicar las cosas que me ocurren, igual que a vosotros. Hemos trabajado toda la vida y dentro de nada vamos a jubilarnos. No lo hemos hecho antes porque al operar a James, dejando el negocio en manos de Ty, como es costumbre en la familia, y ellos irse a cuidar a su hija Helen, que siento decirte que es otra manipuladora como mi Dakota, bueno a lo que iba, que no hemos querido causar más molestias al pobre Ty y al final nos jubilaremos más adelante, cuando Ty tenga todo el tema controlado cien por cien.

Uy, lo que me ha dicho sobre Helen no me lo esperaba.

—¿Helen es manipuladora?

—Sí, muchacha, sí. No me mires así. Una cosa es que perdiera a su hijo, tan pequeño y con esa enfermedad, pero eso lo sufren, por desgracia muchas madres. A ella le ha gustado ser siempre el centro de atención, entiendo que tal vez ese fuera un golpe muy duro para alguien con una personalidad tan débil como la de Helen, y ahora, toda la ayuda y atención que recibe de sus padres y de su marido no es suficiente. Cuando mi Dakota le rompió el corazón, dos veces, a Tyler, Helen se mofaba de su hermano, diciéndole cosas como que era un mocoso y ella necesitaba a un hombre de verdad. Como podrás imaginar, Tyler se contuvo y no le dio las dos hostias que se merecía por no hacer sufrir a su madre ni a su ahijado, que lo quería con locura.

»Y después de que él se alistara, pasados dos años, en los que apenas estuvo por aquí, cuando el pequeño Tim se puso enfermo, Tyler se enteró porque su madre se lo dijo por carta. Durante el siguiente descanso pasó todos y cada

uno de los días con él, acompañándolo cuando tenía visitas en el médico o tenía que quedarse ingresado mientras le daban el tratamiento. Pero tuvo que volver a irse, ese iba a ser el último despliegue. Helen ya sabía que el niño no sobreviviría, obligó a sus padres a mantenerlo en secreto. Decía que si Tyler realmente hubiera querido estar con su sobrino, se habría quedado aquí, no entendía que él tenía un deber que cumplir, aparte de que no esperaba que el niño empeorara de esa manera con ese trágico final.

No sé qué decir, entiendo que tanto Maggy como James se preocupen por su hija, pero desde luego yo no esperaba nada de lo que Jada acaba de revelarme. Y en ese caso, Helen fue muy cruel con Tyler, negándole la opción de haber podido venir a despedirse de su ahijado. Por no hablar de como actuó cuando Dakota lo dejó.

—Con todo esto solo quiero que comprendas un poco más el atormentado corazón de Tyler. Todas las parejas discuten, querida. Solo hay que saber cuando merece la pena seguir defendiendo nuestra postura o, por el contrario, dejarlo pasar. A él lo quiero como a un hijo, llevo sirviendo en esta casa desde que era un mocoso. Y a ti, es imposible no adorarte, en estos meses te has ganado el corazón de todos. Pase lo que pase, puedes estar muy orgullosa de ti misma, muchacha, venías de vivir un cuento de hadas aunque no fuera el cuento que tú querías, y has aprendido a trabajar y a valerte por ti misma. Eso no lo consiguen todas las personas. Y ahora, ven aquí y dale un abrazo a esta vieja parlanchina.

Abre sus sabios y cálidos brazos y me envuelve en ellos.

Intento controlar las lágrimas pero empiezan a resbalar por mis mejillas.

Apartándose de mí, me coge la cara y me mira, moviendo la montura de sus redondas gafas sobre la nariz chata.

—Ni se te ocurra llorar, muchacha. Has hecho bien en maquillarte, que vea lo que se puede perder si no se decide pronto y se deja de tanta duda y tanto rollo. Te quiere como no ha querido ni a mi hija, ahora solo falta que se dé cuenta antes de que sea demasiado tarde.

Me sorbo los mocos, algo muy poco femenino, y le planto un beso a Jada, para justo después pasarle los dedos con cariño para eliminar los restos de

pintalabios.

—Por cierto, tú que sabes todo lo que ocurre en esta casa, ¿tú no sabrás lo que hace Tyler esas horas de algunos miércoles y sábados cuando desaparece de aquí, no? —me doy cuenta de que intento ponerme bien la montura de las gafas que no llevo, estoy realmente nerviosa.

—De ese tema no sé nada.

—Quizá sea los días en los que va a visitar a la familia de su mejor amigo fallecido en Afganistán.

—Es posible. Tiene un corazón que no le cabe en ese pecho duro y musculoso que tiene.

Mueve las cejas en un gracioso gesto.

—Sí, Valerie, tengo una edad pero sé reconocer el cuerpo de un hombre, y Tyler tiene un pedazo de cuerpo que quita el hipo.

Y después de horas de llanto y pena, rompo a reír con una carcajada histérica y descontrolada gracias a que Jada se fija en los músculos de Tyler.

Cuando acabo mi jornada, la buena de Jada me ha preparado una cesta con todo tipo de comida, para que no me preocupe en quedarme en casa y así no cruzarme con Tyler, a no ser que quiera hacerlo.

Paso el resto de la tarde releendo la historia de amor entre *Tatia* y *Shura*, desde luego, lo suyo sí que es un amor de película.

Si Tatiana fue capaz de esperar, ver como su hermana estaba con el hombre que ella amaba, sabiendo que él también la amaba a ella, ¿por qué no podría yo esperar a que él aclare lo que siente y venga a por mí?



Hoy voy a necesitar toda mi fuerza de voluntad para poder hacer sonreír a los niños.

Cindy ha tenido que repetirme varias veces que la botella de helio no funciona y que tenemos que parar de camino al hospital a por una nueva.

Esta tarde actuamos en el hospital de Dransen City, venimos cada tres semanas.

—A ver como está el pequeño Todd —dice mientras desenvuelve un chicle de su envoltorio—. ¿Quieres uno?—ofrece.

—No, gracias.

—Bueno, no vas a explicarme nada de esa novia tuya, ¿cuándo la conoceré formalmente? mira lo que te traigo.

Saca algo de su bolso y cuando me paro en el semáforo echo un vistazo al sobre que me tiende.

Al abrirlo me encuentro con las fotos que nos hizo a Valerie y a mí aquel día de diciembre que ella cayó sobre mis piernas con aquella carta.

—No te las había dado porque pensé que no las querías, pero cuando me dijiste que estabas con ella, pues, he creído que os gustaría tener un recuerdo de como empezó lo vuestro.

Sigo mirando las fotos, sin molestarme en contestar a mi compañera.

Estaba preciosa, con el pelo algo más corto que ahora, con esa mirada asustada, realmente me tenía miedo. En la imagen puedo ver como la sostenía con firmeza, clavando los dedos en sus caderas. Recuerdo como me golpeó con fuerza su perfume y se introdujo tan adentro que, es normal que a día de hoy, me encuentre como me encuentro.

Totalmente enamorado de ella.

Le devuelvo el sobre a Cindy y sigo conduciendo hacia el hospital.

—Vaya cara de enamorado que tienes. Se te cae la baba, *Popi*.

—Entonces será porque es cierto.

—¡Por fin! Ya era hora de que sentaras la cabeza y reconocieras que te has enamorado.

—Va, vayamos a por le helio que al final se hará tarde.

Después de comprar el helio y preparar el material, entramos al hospital y vamos a la planta tercera, que es donde están nuestros chicos.

Antes pasamos por administración para saludar a las jefas de enfermeras de plata, que siempre son muy atentas con nosotros, y la supervisora de planta

que es la que nos acompaña durante las dos horas que estamos por aquí, intentando hacer disfrutar a los peques y sus familiares.

—¡Hola, chicas! —saluda Cindy al entrar, como si lo estuviera haciendo en casa de una prima.

—Hola, Cindy, Tyler —saludan ellas.

Son tres jefas de planta, aunque ahora mismo solo hay una en la sala.

—Jennifer vendrá ahora.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Cindy al ver que la enfermera está con cara seria, normalmente es un torrente de alegría.

—Acaba de fallecer Todd, justo cuando entrabais nos han dado la triste noticia.

Siento que vuelvo a quedarme sin oxígeno en los pulmones.

¿Por qué la vida tiene que ser tan dura, complicada e injusta? ¿Por qué con ellos, con los más inocentes, los más frágiles?

Otro destello de realidad cruza mi mente, recordándome por qué no quiero tener hijos. Nunca.

La quiero a ella, pero no podrá haber nadie más que pueda partirme de dolor y desmoronar mi vida entera temiendo perderlo.

No podría soportarlo.

—Tyler, ¿estás bien? —pregunta Cindy tocándome el brazo.

—Dame un minuto.

Voy hacia el lavabo más cercano.

Necesito refrescarme la nuca y beber agua bien fría.

Cuando entro a los servicios, no puedo evitar dar una patada a una de las puertas y maldecir.

—¿Por qué? Solo tenía tres años. ¡Joder! Tenía toda la vida por delante.



—Muy bien, señorita Davis. El caso es que estos implantes liberadores de hormonas se tienen que substituir antes de que finalice el plazo de caducidad,

que en su caso, según me comenta, era de cuatro años, por lo que recuerda.

—Sí, eso es. El mes concreto creo que es setiembre y estamos a mayo, no debe haber ningún problema, ¿verdad?

—Ahora le haré la exploración y veremos como van esos ovarios poliquísticos que tiene. ¿Cuándo fue la última regla?

Regla, regla...

—El caso es que al no manchar mensualmente no recuerdo exactamente si fue hace tres o cuatro meses que tuve una regla con sangrado normal. Pero creo que este mes pasado, sobre el día quince, manché un poco.

La doctora me observa detenidamente, como si no acabara de gustarle lo que le digo.

Se coloca bien las gafas antes de escribir algo en su pequeño ordenador portátil.

—¿Mantienes relaciones sexuales?

—Sí.

—¿Esporádicas o frecuentes?

—Frecuentes, con mi novio —o eso espero que siga siendo después de esta discusión.

—¿Desde cuándo? Más o menos, no hace falta que sea exacto.

—Cinco meses.

—Muy bien... —apunta algo más con su teclado—. ¿Aparte del anticonceptivo hormonal, utilizáis algún otro método de barrera, preservativo o similar?

—No. Solo el hormonal.

Me retuerzo las manos sobre el regazo. Me está poniendo nerviosa con estas preguntas, aunque doy por sentado que son rutinarias.

—Muy bien, ya puedes pasar a desnudarte, encontrarás una camisola que debes ponerte dejando la parte abierta por delante.

Me cambio y hago un pis antes de salir. Esta es mi segunda revisión ginecológica y me he puesto algo nerviosa. No me gusta nada la parte que viene ahora.

Me recuesto sobre la camilla con las piernas sujetas por esos soportes

metálicos y espero a que la doctora haga la citología.

Introduce el sensor con delicadeza, noto el gel frío que lo recubre en mi interior.

A los pocos segundos empieza a girar el aparato de un lado a otro de mi vientre, supongo que está comprobando el estado de mis ovarios.

—¿Los ovarios están bien?

Coloca una de sus manos en mi rodilla, llamando mi atención.

—Valerie. Los ovarios están perfectamente. Pero hay algo más.

Que no sea cáncer de útero, que no sea cáncer de útero... repito como un mantra mientras cierro los ojos con fuerza.

—Me temo que el implante no ha cumplido su función.

Parpadeo varias veces y la miro con atención.

—No ha cumplido su función —repito—. Y eso ¿qué significa? ¿Tenemos que cambiarlo ya? ¿hoy?

Niega con la cabeza.

—Me temo que no va a hacer falta. Estás embarazada. Bastante embarazada.

¡¿Cómo?! ¡No, por favor, no! No puedo estar embarazada.

—No puede ser —sigo negando con la cabeza.

Mueve el sensor dentro de mí, aprieta un botón en el teclado y de repente, sin previo aviso, un sonido atronador, como el galope de un caballo resuena en la estancia.

Tutum. Tutum. Tutum.

—Este es el sonido del corazón de tu hijo o hija. Estás de unas nueve semanas aproximadamente.

—Oh Dios mío —suspiro.

Me quedo sin habla, impactada totalmente.

—Siento decirte que en este estado no es legal la interrupción del embarazo a no ser que se deba por algún motivo de salud de la madre.

Tutum. Tutum. Tutum.

Resuena en mi cabeza, cada vez con más fuerza.

Tutum. Tutum. Tutum.

El corazón que late en mi vientre galopa a toda velocidad.

Caballos.

Tyler.

Él ama a los caballos.

Quizá...

—No. No pienso abortar. Es solo que no me lo esperaba.

Instintivamente ambas manos van hacia mi vientre y acarician esa pequeña pero inmensa zona de mi cuerpo.

—Me alegra oír eso. Al darte la noticia he creído que no era deseado.

No lo era, pero ahora no hay nada más importante para mí que mi *Tutum*.

—Ha sido el shock del momento.

—¿Quieres ver a tu pequeñín? —pregunta.

—¿Ya? Quiero decir, ¿está formado? ¿se puede ver?

Gira la pantalla hacia mí y selecciona con varios *clicks* una parte de la imagen.

Y ahí está, entre el tutum, tutum, tutum, fuerte, preciso y constante, una forma de personita, algo cabezona, con sus piernas, brazos, abdomen, y en el centro un corazón tan fuerte como el de un caballo.

—Mi bebé.

La emoción me supera y empiezo a llorar.

—Mi bebé.

—Por lo demás estás perfectamente. Ahora te sacaremos el implante y programaremos las siguientes visitas del embarazo, si te parece bien.

Asiento mientras la enfermera me ayuda a incorporarme en la camilla y me levanto para ir hacia el aseo a vestirme. Voy a ser madre.

Y Tyler va a querer a este hijo tanto como a sus caballos.



Salgo del lavabo, ya cambiado y vestido como *Popi el payaso*, con un sombrero de colores, los pantalones súper anchos, los tirantes de colores y la nariz que todo payaso debe tener.

Este es un momento que los niños esperan con ilusión, todo lo que pase fuera de aquí se queda con mi ropa de calle, ahora no soy Tyler, con todas mis cargas y mis problemas a cuestas, ahora soy *Popi*, el payaso que infla globos y hace globoflexia con todo tipo de formas: espada, flor, caballo, conejo... mientras *Cindyrella* hace su teatro y maquilla las caras de los peques y de algunos de los padres que se prestan a ello.

Veo a Cindy al final del pasillo, preparada también para la actuación, cuando me parece oír una voz conocida.

Muy conocida.

—Muchas gracias por todo, doctora. Nos vemos el próximo mes.

¿Qué hace Valerie en el hospital? No me ha dicho que tuviera visita ni que se encontrara mal. Aunque, claro, ¿cómo iba a decirme nada? si desde el domingo por la tarde, cuando se llevó todas sus cosas de mi casa, me ha estado esquivando durante tres días.

Tendría que haber ido antes a pedirle disculpas por como me comporté el domingo.

Qué bonita es. Todavía no me ha visto. Sostiene unos papeles en la mano.

Sigo acercándome.

—Ya verás, si en estas primeras semanas de embarazo no has tenido molestias, en cuanto entres en el segundo trimestre todo irá de maravilla. Enhorabuena por tu bebé.

Sonríe.

Bebé.

Esa mujer ha dicho «*enhorabuena por tu bebé*» a Valerie, mi Valerie.

El suelo se abre a mis pies mientras todo se vuelve negro.

La doctora se va hacia el otro lado del pasillo, mientras la traidora de Valerie sigue observando embelesada las imágenes que tiene en las manos.



—¿Qué cojones es eso?

Su voz me hace levantar la vista rápidamente.

Lo busco con la mirada, pero solo tengo delante a un payaso.

Alto, fuerte y con los ojos verdes más hipnotizadores que es imposible que pertenezcan a otra persona que no sea...

—Tyler —el aire abandona mi cuerpo.

Esperaba tener el trayecto de vuelta al rancho para poder prepararme y saber encontrar la mejor manera para poder darle la noticia.

Cuando nuestras miradas se quedan conectadas, bajo esa graciosa nariz redonda y roja que cubre su cara, veo que sus ojos destilan dolor y algo que parece ser odio.

Me arranca las imágenes de nuestro hijo de las manos y las mira.

—¿Lo has hecho a propósito?

¡¿Cómo?!

—Tyler, yo estoy tan sorprendida como tú. Me acabo de enterar. Por lo visto soy una de esas excepciones que confirman la regla, ese uno por ciento que no es efectivo.

Está petrificado.

Me acorrala contra la pared, apretando fuerte con sus dedos en mi brazo, me hace daño.

—¿Un hijo, Valerie? ¿No tenías bastante ya con lo que teníamos que has tenido que quedarte embarazada para cazarme? ¿Crees que así me voy a casar contigo? ¿Que jugaremos a las casitas? Eres una egoísta de mierda. No te quiero a ti ni quiero a...lo que llevas dentro.

Escupe las palabras en mi cara, la sangre abandona mi torrente sanguíneo, dejándome helada.

—Tyler, por favor... danos una oportunidad...

—No quiero verte jamás. Haz lo que tengas que hacer y desaparece.

Tira las ecografías al suelo y se aleja de mí.

Me parece escuchar que alguien lo llama, pero me da igual.

Esto era lo que faltaba para romperme el corazón en mil pedazos.

Rota

Mary ha salido por fin de la habitación y me ha dejado una taza de té rooibos sobre la mesilla de noche, dice que me ayudará a dormir, aunque, sinceramente, lo dudo.

Ella y Steve han venido a buscarme a mitad de la autopista que une Dransen City con Saint John. No he sido capaz de conducir más de quince minutos.

Un terrible dolor se ha instalado en mi pecho, dejándome sin respiración.

Según han dicho los de urgencias, ha sido un ataque de ansiedad.

Lo cierto es que no me importa como denominen a esta terrible situación por la que estoy pasando.

Steve se ha encargado de ir a mi casa a buscar algunas de mis pertenencias, y Mary ha estado cuidándome desde hace dos horas.

Sus padres están fuera esta semana, por lo menos no tendré que pasar por el bochorno y la vergüenza de que me vean en su casa y con este estado.

Nunca había visto a Steve tan cabreado, la ira de sus ojos era casi tan latente como lo era en los ojos verdes de su hermano.

No tengo fuerzas para moverme.

Sé que aunque he advertido a los sanitarios sobre mi embarazo, el médico que me ha atendido me ha inyectado algo, y por eso ahora estoy en este estado de semi inconsciencia. Ojalá cuando despierte todo haya sido un terrible sueño.

No sé qué hora es cuando despierto al escuchar unos terribles golpes y gritos.

Me siento en la cama, intentado entender lo que dicen esas voces, pero no consigo entender nada.

Brujita.

Han gritado *brujita*.

Tiene que ser Tyler.

Me levanto de la cama y salgo al pasillo, sin importarme ir solo con bragas y una camiseta de Mary.

—Vuelve a la cama, cielo. Steve se encarga.

—¿Es él? ¿Está abajo?

—No te preocupes por nada, ya no va a hacerte más daño.

Bueno, realmente eso es imposible, no puede hacerme más daño.

Todo el daño que podía hacerme lo ha hecho hace unas cuantas horas, de la forma más cruel y dolorosa que podía hacerlo.

Hubiera preferido que tuviera una esposa e hijo secretos y yo fuera su amante a esto. A que renuncie a mí y a su hijo sin intentarlo siquiera, sin luchar ni esforzarse lo más mínimo.

Está golpeando la puerta, parece que en cualquier momento vaya a echarla abajo.

Veo que a Mary le recorren las mejillas dos lágrimas solitarias. Ella sufre por mí.

El otro día yo lloraba de felicidad por ella, mientras yo era sumamente feliz.

Y ahora ella llora mi tristeza, en un momento de su vida en el que la felicidad la llena al completo.

Esto es ser amigas, ser hermanas.

—Vuelve a la cama, zanahoria. Yo me quedaré contigo.

Sus cariñosas palabras son como un bálsamo, aunque por dentro sienta las agujas de miles de cactus clavarse en mi corazón.



—¡Brujitaaaa! Baja, quiero hablar contigo. ¡¡¡Valerieeee!!!

Por fin se abre la puerta.

Pero es el feo de mi hermano.

Intento entrar en la casa, pero me lo impide.

—Déjame entrar. Tengo que aclarar unas cosas con ella.

Niega con la cabeza.

—Vaya careto de dormido que tienes. Vuelve a la cama y deja que hable con ella.

—Tyler, son las tres de la mañana. Deja de armar escándalo o al final los vecinos van a llamar a la policía. Por no hablar de que estás borracho como una cuba.

—Ah eso. Sí... borracho.

Me coge del brazo e intenta apartarme de la puerta.

—¡Valerie!

—¡Deja de gritar, joder, Ty!

Se encara conmigo. Mi hermano pequeño me planta cara.

—No pienses ni por un momento que porque esté borracho podrás conmigo en una pelea.

—Hermanito, no quieras saber qué sabor tiene el asfalto de esta calle, porque te prometo que eso es exactamente lo que pasará si no te vas de aquí. Aunque claro, ¿dónde vas a ir? Así no estás en condiciones de conducir.

—Deja de hacerte el héroe. Quiero hablar con ella.

—¡Pero ella no quiere hablar contigo, joder! ¿No puedes entender que le has hecho mucho daño? La has destrozado, Ty.

—¿Yo la he destrozado? ¿Y ella? ¿Te ha dicho lo que me ha hecho ella a mí? Em-ba-ra-za-da. Se ha quedado embarazada. Así sin más.

—Sin más, no, hermano. Creo que tú tienes algo que ver en que ella esté así.

—Ella me dijo que estaba protegida. Pero me en-ga-ñó. Ya ves hermano, son todas unas...

De repente su mano me agarra por la pechera y me empuja.

—Ten mucho cuidado con lo que vas a decir. Valerie es la mejor mujer que has tenido nunca y no se merece el trato que le has dado.

—No me amenaces, gilipollas. Ella era tan consciente como yo de que no quiero tener hijos. ¡No puedo, joder!

—Eres un mierda. No has luchado por ella ni un puto segundo.

—¿Quieres luchar ahora? —ofrezco.

—Tú lo has querido.

Su puño izquierdo impacta contra mis costillas, consiguiendo que escupa todo el aire que retenía en los pulmones.

Me recompongo, pero antes de que yo ataque, su pierna impacta contra las mías buscando desestabilizarme y después me da un gancho de derecha en la mandíbula.

—Maldito cabrón. Te vas a enterar.

Arremeto contra él, meto la cabeza en su estómago y lo arrastro unos cuantos metros hasta que ambos caemos al suelo.

Le golpeo las costillas con repeticiones de puñetazos, uno tras otro.

Él se impulsa y consigue colocarse sobre mí e inmovilizarme con una de sus llaves de MMA.

Recuerdos de Afganistán inundan de repente mi mente turbia por el alcohol que intoxica mis venas.

Lo empujo con los muslos y lo tengo cerca para poder darle un cabezazo.

—¡Maldito cabrón! —brama.

—¡No vas a alejarme de ella!

—Pero si te has alejado tú solo, gilipollas.

Jadeamos a causa del esfuerzo que estamos haciendo por inmovilizar al otro después de nuestra lucha callejera.

—Pero la quiero —reconozco.

Se aparta de mí, sosteniéndose la nariz sangrante.

—Eres un completo capullo, hermano.

Capullo.

Un grandísimo y completo capullo.



Me despierto después de una noche agitada y eterna.

Cojo mi móvil para ver la hora en la pantalla pero los incontables mensajes y llamadas perdidas de Tyler me impiden ver nada más.

No puedo quedarme aquí por más tiempo, solo nos haríamos más daño.

Esta madrugada cuando ha venido formando todo ese escándalo ha sido de nuevo un duro trago, escuchar su voz gritando mi nombre.

No sé que es lo que quiere pero sí tengo muy claras las palabras que me dijo ayer. Así que, antes de que me arrepienta, voy a meter mis cosas en la maleta y voy a llamar a un taxi que me lleve a casa de mi madre.

Oh Dios, ¿pero cómo voy a volver allí? No hemos hablado en todos estos meses porque ella sigue enfadada conmigo, y ahora soy yo la que está sin trabajo y embarazada, sin un padre para mi criatura.

La historia se repite.

Saco de la maleta una muda limpia y me visto en un momento. Me recojo el pelo en una coleta alta.

Aquí, delante del espejo de cuerpo entero que tiene Mary en esta habitación mis ojos solo son capaces de mirar hacia mi vientre, dentro de nada empezará a notarse, él o ella crece dentro de mí.

Tutum, tutum, tutum.

Despejo la mente de pensamientos que puedan hacer que me derrumbe de nuevo y cierro la cremallera.

Ojalá Mary y Steve sigan durmiendo.

No quiero que ellos carguen con mi marcha en caso de que Tyler venga a preguntar otra vez por mí.

Abro la puerta de la habitación rezando para que las bisagras no me delaten.

Cojo la maleta a pulso para evitar que las ruedas hagan ningún ruido y despierte a Mary o Steve.

Les dejaré una nota de agradecimiento por todo lo que han hecho por mí.

Ahora lo más importante es que yo esté bien física y emocionalmente para poder cuidar de mi bebé.

Bajo las escaleras y dejo la maleta al lado de la puerta.

Voy hacia la cocina, beberé café si hay hecho y escribiré esa nota.

Espero que Mary no se lo tome mal, ni Steve tampoco, ha sido tan bueno conmigo desde el primer momento en que nos conocimos.

Él decía que su hermano necesitaba tiempo, pero creo que Tyler no quiere que siga pasando el tiempo, es como una especie de Peter Pan, no quiere crecer.

Me sirvo un poco de café con leche en una taza y cojo el bloc de papel que tienen para tomar notas.

Me siento en un taburete en la barra de la cocina y empiezo a escribir.

Necesito de toda mi fuerza para no llorar mientras deslizo la punta del

bolígrafo sobre las líneas del papel amarillo.

—¿Pidiendo más deseos, brujita?

Mi corazón se detiene. Siento que voy a desmayarme si me doy la vuelta y Tyler está justo detrás de mí.

Me quedo quieta, estática, inmóvil por completo, casi sin respirar.

—Valerie, no sabes cuánto siento todo lo que pasó ayer. Déjame empezar por el principio. Soy voluntario en una asociación para la cual destino varias horas al mes, normalmente los miércoles por la tarde y algunos sábados. Cuando me viste ayer, perdón, cuando te vi y me porté de una forma que un hombre jamás debería comportarse con la mujer que ama profundamente, acababa de enterarme de que uno de los niños de ese hospital, un niño especial al que le había cogido cierto cariño, acababa de fallecer. Solo tenía tres años, Valerie. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Las lágrimas están mojando mi cara desde que ha empezado a hablar, pero ahora estoy sollozando por todo lo que me está contando.

Voluntario en un hospital, como payaso, para hacer disfrutar a los niños enfermos.

Tiene un corazón del tamaño del Empire State dentro del pecho, pero ha sido incapaz de decirme que me ama hasta este momento.

Sigo dándole la espalda, sentada en el taburete mientras él está en alguna parte detrás de mí.

—Llevaba desde ayer por la mañana, sí lo sé, no me di cuenta de lo estúpido que fui el domingo, ya sabes que puedo ser muy cabezón cuando me lo propongo, en fin, a lo que iba, desde ayer por la mañana estaba esperando encontrarte por el rancho, en la cocina o en la cabaña, para pedirte disculpas y decirte que te amo. Lo sé desde hace tiempo, pero no quería admitirlo, supongo que soy un grandísimo...

—Capullo —susurro.

—Sí, sí. Eso mismo. Soy el capullo más integral sobre la faz de la Tierra. Por eso siempre Billy me lo decía, y ahora parece que hable desde tu boca cada vez que tú me has llamado de la misma manera. Soy un capullo por no querer aceptar tu amor puro y desinteresado, por ser un cobarde y temer

absurdamente poder quererte por si algún día te perdía. Creía que negando mi amor por ti no me dolería si alguna vez lo nuestro se acababa.

»Creía que negándome a tener un hijo, algo tan sagrado y precioso como un hijo, me despojaría de la posibilidad del dolor que causaría una posible pérdida. Pero ¿sabes qué? es imposible que haya algo que me duela más que pensar que no voy a verte más, no hay nada más doloroso que saber cuánto me amas y que te he apartado de mí. Nada peor, que cause un dolor tan hondo en mi ser, que saber que llevas a mi hijo en tu vientre y que te he hecho sufrir. Quiero vivir esas cosas, vivirlas contigo, porque quedarme sin vivirlas por miedo a perderlas es perderte a ti, y perderme yo mismo. Vivir con miedo es no vivir, y yo quiero y espero poder pasar hasta el último de mis alientos junto a ti.

Siento que en cualquier momento me voy a caer de este taburete. No siento si tengo los pies en suelo firme o estoy pisando sobre un banco de niebla densa.

—Valerie Jane Davis, amor de mi vida, quiero cumplir todos tus deseos, todos los que tengas durante una larga vida, quiero ser tu amigo, acompañante, quien te cuide y de proteja, quien disfrute de tus besos y de tu amor. ¿Quieres casarte conmigo?

No me lo puedo creer. Ha sido capaz de decirlo.

Pero ¿y si lo dice porque sabe que estoy embarazada? No porque sea lo que siente de verdad, sino condicionado por esa nueva vida que se está formando dentro de mí.

Lentamente empiezo a darme la vuelta en el taburete para enfrentarme a él.

Mi mirada busca sus ojos a esa altura a la que estoy acostumbrada a encontrarlo, pero no está.

Está de rodillas delante de mí.

Sosteniendo un precioso anillo dentro de una cajita de terciopelo azul.

Con el ojo izquierdo amoratado y magullado, con una barba de tres días que cubre sus facciones haciendo que parezca un animal salvaje.

Sexy y salvaje.

—No quiero que llores más. No por mi culpa.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —no puedo evitar preguntar mientras sigo

sentada en el taburete delante de él.

—Anoche me peleé con Steve. No creas que él está mucho mejor que yo.

—¿Con Steve? ¿Te peleaste con tu hermano? —no sé de donde sale esta sonrisa tonta e incómoda que me baila en los labios.

—Sí. El muy imbécil no me dejaba subir a verte.

—Bueno, creo que actuó en busca de mi tranquilidad. Te oí gritar *brujita*.

Sigue con la rodilla clavada en el suelo, y con la mano sosteniendo ese brillante que emite destellos de todos los colores.

¿Cuándo ha tenido tiempo de comprarlo?

—Eres mi brujita, la que me ha lanzado un conjuro de amor.

Sonríó mientras las lágrimas siguen cayendo.

—¿En serio acabas de decir esa cursilería?

Mira alrededor y después vuelve a centrar su preciosa mirada en mí.

—No hay nadie más, así que sí, parece que he sido yo.

Me levanto y doy un paso, casi puedo tocarlo.

—Tyler ¿por qué haces esto? ¿por qué ahora?

—Porque no quiero perder un segundo más de mi vida temiendo perderte cuando soy yo el que hace que te alejes por ese motivo. Te quiero y te necesito

—pone su otra mano sobre su corazón— aquí, hondo y profundo, no podría vivir sin vosotros.

Mira mis manos, ambas en mi vientre, como una muralla protectora para mi bebé.

—No quiero que hagas nada de lo que dentro de dos días te sientas obligado, si solo haces esto porque estoy embarazada, no lo hagas Tyler.

—Valerie, acabo de hacer la que probablemente sea la más larga y emotiva de las pedidas de mano, llevo diez minutos con la rodilla clavada en el suelo y el brazo estirado sosteniendo este anillo que tenía para ti. No sabía cuando llegaría el día de dártelo pero ayer lo tuve claro en cuanto salí del hospital.

—Hablando de eso ¿hay alguna cosa más sobre tu vida que sea importante y no me hayas dicho?

Desvía la mirada hacia un lado, como si estuviera pensando.

—De pequeño robé un paquete de chicles de la gasolinera.

Me dejo caer de rodillas al suelo, delante de él.

—Por el amor de Dios, ¿no ibas a esperar a que se hiciera de día para pedírselo?

Steve aparece detrás de Tyler, en calzoncillos y rascándose la cabeza mientras bosteza abiertamente.

—Ella se ha despertado con intención de irse —es la única respuesta de Tyler.

—¡Oh, no! Tú tienes la cara peor que él —digo al observar a Steve.

Él se gira y me señala un moretón enorme que tiene en la zona de las costillas.

—Esto es peor, pero no te preocupes. Conseguí que el capullo de mi hermano se centrara en lo que realmente es importante.

—Yo le hubiera pedido matrimonio anoche si me hubieras dejado entrar.

No me quita la vista de encima.

—Estabas borracho como una cuba, da gracias a que los vecinos no llamaran a la policía. Bueno, ¿qué le has contestado?

—Todavía nada —recrimina Ty.

Se gira para ver a su hermano y se pone en pie de un salto.

—¿Quieres ponerte algo de ropa, imbécil? Mi novia no tiene por qué ver tu erección matutina.

Cierro los ojos y sofoco una risita. Hasta antes de que lo dijera no he podido ver nada de lo que dice, pero ahora mis ojos se han fijado en esa parte de su anatomía. Mary puede estar contenta.

—Hermanito, ¿tienes miedo de que piense que se ha quedado con el hermano equivocado?

Tyler es más ancho y más alto que Steve, se coloca delante de él, señalándole con el dedo índice derecho, mientras que con la mano izquierda sigue sosteniendo la cajita de raso azul.

—¿Quieres que volvamos a dejar claras algunas cosas?

—¡Ni se os ocurra pelearos dentro de casa de mis padres!

Escucho la voz de Mary, debe estar bajando por las escaleras.

—Son las siete de la mañana, ¿quién ha decidido levantarse tan temprano?

—pregunta ella. Está claro que la hemos despertado.

—Lo siento, cuñada. Estoy esperando a que Val me conteste la pregunta que le he hecho.

Los tres pares de ojos se clavan en mí.

Dos pares de azules y un par de ojos verdes ahora más brillantes y anhelantes que nunca.

Steve abraza a Mary, mientras Tyler camina hacia mí, que sigo de rodillas en el suelo, me da una mano y me ayuda a levantarme.

—¿Qué dices, brujita? ¿Te atreves?

Epílogo

Un mes después

—Y por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer.

Los vítores de nuestros invitados estallan y jalean a nuestro alrededor mientras Tyler me paraliza con una vez más con su mirada, consiguiendo que no sea capaz de moverme ni de articular palabra.

Lo único que ansío ahora mismo es fundirme con él y que esos labios carnosos que están a muy poca distancia de los míos, me rocen y me besen.

Vuelvo a perderme en su mirada mientras se acerca a mí y me rodea la cintura con sus grandes y poderosas manos.

—Los cuatro, brujita. Todos para ti —susurra contra mis labios antes de besarme.

El beso, que empieza siendo algo dulce y pausado, se va convirtiendo en algo más apasionado a medida que sus manos me recorren la espalda descubierta y el encaje de la parte baja de mi espalda.

—Suéltala ya, hermanito, no va a escaparse a ningún lugar.

La risotada de Steve rompe la magia del momento pero, tiene razón, ni voy a escaparme ni nuestros invitados pueden presenciar lo que se desencadenaría tras un beso de estas magnitudes.

—Mía. Aunque sea por pocos meses, serás solamente mía. Después te compartiré con él.

Acaricia mi vientre con ternura mientras nos rozamos con la nariz, respirando el aroma del otro y la suave brisa de esta noche de verano.

Es un atardecer precioso, con el cielo en cálidos tonos rosa, naranja y amarillo.

El jardín del rancho Cooper desprende un aroma a romanticismo con todas esas flores silvestres resaltando entre el amplio verde y todos los farolillos iluminados.

—Estás preciosa, Val. No me puedo creer que esto esté pasando.

Olivia no es tan emotiva como Mary y se lo agradezco, en caso contrario habría arruinado el precioso y delicado maquillaje que me ha puesto la

estilista que ha venido hasta casa para dejarme lo más bonita posible antes de casarme con el amor de mi vida.

Me abraza con cariño antes de dar paso a los demás invitados que esperan para unirse a nuestra dicha.

—Hija, qué orgullosa estoy de ti.

—Gracias, mamá. Me hace tan feliz que estéis aquí en este día tan especial.

—Siento todo lo que ha pasado estos meses...

—Shhh, ya está, mamá. Soy más feliz de lo que lo he sido nunca, no importa nada más. Importa que ahora estamos juntos todos.

Mi madre me llamó el día que Ty me pidió matrimonio. Fue como si todos los astros se alinearan para que ese día se arreglaran todos los problemas que me perseguían. Me pidió perdón mientras lloraba por lo injusta y egoísta que había sido conmigo.

—Tyler, espero que mi hija siga manteniendo esa sonrisa todos los días de su vida —amenaza mi madre.

—Me ocuparé de ello, señora. Espero que se sientan a gusto en las habitaciones que les hemos preparado con todo detalle —noto como su nariz acaricia mi cuello descubierto y me planta un dulce beso allí donde mi pulso palpita alocado.

Sé que sigue molesto por lo que mi madre dijo al saber que trabajaba aquí.

Para Tyler sigue siendo su refugio, no solo su casa, ni su negocio, es algo más profundo que todo eso.

Aaron me da un cariñoso abrazo pero no dice nada, es un hombre parco en palabras.

Mis hermanas se han encargado de llevar cada una un pequeño cesto de mimbre llenos de pétalos de rosa.

Cindy y su novio también han venido a la ceremonia.

Y Brad me ha enviado una felicitación con mi madre. Por lo visto fue a hablar con ella y le explicó lo que sucedió realmente en aquella cena.

Vamos avanzando por el camino que forman nuestra familia y amigos más allegados.

Tyler invitó a la viuda de Bill, ella le agradeció el gesto pero declinó la

oferta.

Para el disgusto inicial de Jada, de la cena se ha encargado un servicio de catering estupendo. No podíamos dejar que ella se hiciera cargo de todo el trabajo y no estuviera aquí disfrutando con nosotros.

Maggy me sorprende con un abrazo de esos que hacen que los corazones de los que lo están dando palpiten uno enfrente del otro.

—Hija, no sabes lo feliz que nos has hecho. Y lo feliz que sabemos que harás a nuestro hijo.

Nos cogemos de las manos mientras nos miramos, cómplices.

—Al final parece que se han perdonado.

—Sí, menos mal. Ya llevábamos demasiado tiempo con esta situación.

Convencí a Tyler para que fuera a ver a su hermana y hablara con ella, por lo menos que intentaran solucionar lo que sí tenía solución. Después de una discusión inicial, las cosas fueron volviendo a su cauce, ella reconoció que no actuó todo lo bien que debería haber actuado y él reconoció que el orgullo había hecho que no estuviera a la altura en algunas ocasiones.

La semana pasada Tyler contrató a un nuevo camarero para el servicio de comidas y una nueva camarera de piso.

A partir de ahora yo me encargaré de todo el papeleo del rancho y de organizar, junto con la aprendiz de Jada, los menús para el hotel.

En cuanto mi pequeñín me lo permita, yo me encargaré de las comidas, disfruto cocinando y me hace aún más feliz hacerlo en la que ya considero mi casa.

Maggy y James han insistido mucho en que nos mudáramos a la casa grande, pero Tyler no parece estar por la labor.

Por el contrario, ha encargado unos planos a un arquitecto para que nos diseñe una casa de madera cerca del lago, a pocos metros de la explanada donde me llevó en nuestra primera cita.

Entre risas y celebraciones damos buena cuenta de todo el festín de comida y bebida que hay sobre las mesas.

La zona está iluminada con farolillos y velas de diferentes tamaños, creando una atmósfera íntima y familiar que, a fin de cuentas, es lo que es esta

celebración.

Mary, que está sentada a mi lado, no ha parado de regañarme por tomarme una única copa de champán.

—Es mi boda, Mary, no voy a emborracharme, pero puedo brindar, ¿no?

—Brindando fue como acabaste después sobre las piernas de Santa Claus, escribiendo tu destino en esas frases.

—¿Quién lo iba a pensar, eh? Con el pánico que le tenía. Si no llega a ser por los chupitos de tequila y por vuestra insistencia en que fuera a hacerme la foto con él, quizá hoy no estaríamos aquí.

Tyler, que parece ajeno a nuestra conversación, me aprieta el muslo e interviene, para sorpresa de ambas.

—Si tu no llegas a sentarte ese día sobre mí, yo hubiera salido a buscarte antes o después. Me fijé en ti desde que te vi caminando por el centro comercial, viniendo hacia la cola de gente que esperaba pacientemente a hacerse una foto conmigo.

Cogiéndome suavemente de la barbilla con dos dedos, se inclina hacia mí y me da un casto beso lleno de promesas para cuando estemos a solas.

—Atención, por favor. Me gustaría hacer un brindis por los novios.

James, que ha estado en un segundo plano en todo este tiempo, dejando hacer a su mujer en todo lo referente a la decoración de la casa y a los gastos, no han querido escuchar nada sobre que Tyler y yo nos haríamos cargo de todos los gastos, ahora se ha levantado y quiere ejercer de lo que es, el padre del flamante novio.

—Todos los que estáis aquí formáis parte de nuestra familia, de una manera u otra, y sabéis que estos últimos años han sido duros, más que duros para nosotros.

Mira a su querida Maggy con una emoción implícita que no deja lugar a dudas del gran amor que se sienten.

—Hoy puedo decir que empieza una nueva vida para mi hijo y su adorable mujer, Valerie, que nos enamoró a todos cuando llegó a esta casa. Quiero decirle a mi hijo que, tanto su madre como yo, estamos muy orgullosos del hombre en el que se ha convertido, sabemos que la tradición de nuestra familia

queda en buenas manos con él al frente del negocio, Valerie es su compañera de vida ideal, ya que es tan trabajadora como él o más, y en este negocio eso es muy importante. Sabemos que no podías encontrar a otra mejor ni más conveniente para ti y tu vida en el rancho.

Tyler asiente y mira a sus padres con orgullo, no menos del que ellos sienten por su hijo.

—Por muchos años de amor en estas tierras. Os queremos.

Los aplausos no tardan en llegar y no puedo hacer otra cosa que levantarme y darle un abrazo y un beso a mi suegro.

Si él no llega a contratarme, seguramente nada de esto estaría sucediendo.



Por fin se han marchado los invitados y he conseguido atraer toda la atención de mi mujer.

Ahora los dos vivimos en mi cabaña, es más grande que la de abajo y durante los meses que tarden en construir nuestra nueva casa, que en principio estará lista para antes de que nazca nuestro bebé, viviremos aquí.

Se ha empeñado en venir a casa paseando por el camino que bordea la propiedad pero yo he querido darle un regalo romántico que sé que le va a encantar.

—¿Qué vamos a hacer ahora en el establo? —pregunta impaciente.

—Ahora lo verás.

La dejo esperando fuera mientras entro a por *Iron* que ya está ensillado.

—Hola precioso —lo saluda cuando lo saco.

—¿De verdad crees que me voy a subir al caballo vestida de novia? — parece mentira que todavía no me conozca.

—Exactamente, querida esposa.

—Pero podemos ir hasta casa caminando, hace una noche preciosa y la luna llena lo ilumina todo.

—Valerie, deja de discutir, es mi regalo de bodas.

Me mira y me atraviesa con una sonrisa deslumbrante.

Una vez dicho esto, le cubro sus preciosos ojos con una cinta de seda para que no vea nada. Y le doy un beso suave en los labios, sé que desea tanto como yo que llegue nuestro momento esta noche.

—Estás preciosa.

Dios, gracias por ponerme a esta mujer delante, por darle ese carácter y hacerme más fuerte y más hombre para amarla y respetarla cada día de mi vida.

Vamos por el sendero, adentrándonos en el pequeño bosque que llega hasta el lago y la explanada donde vamos a tener nuestra nueva casa.

Una vez allí, la ayudo a bajar de *Iron* y la dirijo hacia una zona en concreto.

—¿Estás preparada? —susurro en su oreja.

—Sí. E impaciente también —ríe.

Le acaricio la cintura y los brazos, rozándola con la punta de los dedos, hasta llegar a su cuello delicado.

Con cuidado deshago el nudo de la cinta que cubre sus ojos y le revelo la sorpresa.

Espero que le guste.

—¡Oh, Ty!

Se tapa la boca con las manos y gira sobre sí misma mirando todo lo que nos envuelve.

La he traído al viejo roble, donde tuvimos nuestra primera cita, en el cual he colgado tres fotos enmarcadas de las que nos hizo Cindy en Nochebuena, y lugar donde quedará nuestra nueva casa.

Está todo iluminado por farolillos y candelabros de diferentes tamaños, creando un contorno de lo que será nuestro nuevo hogar familiar.

Mis hijos aprenderán a nadar en el lago, al igual que hice yo.

El roble está decorado con encaje del mismo color que su vestido de novia, al igual que las cuerdas del columpio.

Solo estamos ella, yo, la luna y las estrellas que nos observan desde ahí arriba.

—¿Te gusta? —le pregunto mientras la abrazo por la espalda, rodeándola

con mis brazos.

—¿Qué si me gusta? Oh, Ty, es perfecto. Nuestra casa estará justo aquí — señala el lugar que estuvimos marcando con el arquitecto—. Y las fotos. Ahí empezó todo.

La abrazo sintiendo que es mía para siempre, que nada nos va a separar.

—Sí, quiero que no olvides jamás como fue nuestra noche de bodas. Me he propuesto concederte todos tus deseos, no solo cuatro, sino cuatrocientos, o cuatro mil, los que tú quieras. Porque eres mía, y te amo más que a mi vida.

Se gira para quedar de caras a mí.

Sin dejar de mirarme desliza uno de los pequeños tirantes de su vestido de novia y lo deja caer, para repetir el mismo proceso con el otro tirante, y mostrarme sus redondos y firmes pechos que ya han aumentado de tamaño desde que tiene a mi hijo en su vientre.

Mis manos suben por su vientre, hasta que envuelven cada una un pecho.

Su piel reluce bajo la luz de la luna.

Jadea con el más mínimo roce.

—Si llego a saber que estando embarazada tus sensaciones cuando te toco se iban a multiplicar, lo habría hecho mucho antes... —estiro de sus pezones con delicadeza.

Cuelga sus brazos de mis hombros mientras se retuerce de placer y me deja hacer.

—Si sigues así me correré, Ty. Y quiero tenerte dentro de mí cuando eso pase.

Me acerco a ella y viene a por mi boca, clavándome sus pequeños colmillos en el labio inferior. Ella sí que va a conseguir que moje los pantalones sin remedio.

Acabo de desnudarla con cariño, sin prisa y con maestría.

Besando cada parte de su cuerpo que voy descubriendo como si fuera la primera vez, acariciándola y adorándola como se merece.

—Ty, date prisa... no puedo aguantar más sin sentirte.

—Desde luego, eres única cargándote un momento romántico —le muerdo una nalga.

—Deja que te libere de tanta ropa, amado esposo.

Y vaya si la dejo, con sus pequeñas manos recorre mis hombros y mi pecho, deslizando la tela de la camisa hasta dejar que caiga al suelo.

Después pasa a pelearse con la hebilla del cinturón, del cual acabo encargándome yo antes de que decida ir a por un cuchillo y cortarlo ella misma.

Y así, de pie, el uno delante del otro, completamente desnudos, nos miramos a los ojos encontrando lo que necesitamos, contemplándonos.

La tomo de la mano y la llevo hasta el columpio.

Sé que le encantó hacerlo así y aquí pienso tomarla por primera vez como marido y mujer. Después ya recorreremos todo el suelo sobre la manta.

Me siento y ella se coloca lentamente sobre mí, pasando sus muslos por encima de mi cadera.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta.

—Por hacerme luchar por ti y por esperarme.

Lentamente desciende sobre mí, dejándome que la posea una vez más mientras inclina su preciosa cabeza hacia atrás y abre la boca formando una enorme O silenciosa.

Y ahí empezamos a perdernos el uno en el otro de la mejor de las maneras.

—No iba a ir a ningún sitio sin ti, Tyler Cooper —jadea contra mi boca.

—Vayámonos juntos, señora Cooper —rodeo sus nalgas con las manos.

Me impulso con los pies y así empezamos a bailar nuestro vals particular.

Fin

Playlist

Linger - The Cranberries
November rain - Guns N' Roses
Purple rain - Prince
Bed of roses - Bon Jovi
Otherside - Red hot chili peppers
I remember you - Skid Row
Wasting love - Iron Maiden
Come as you are - Nirvana
Sad bad true - Metallica
The unforgiven - Metallica
Still loving you - Scorpions
Creep - Radiohead
Flames - David Guetta & Sia
Santa's coming for us - Sia
Love on the brain - Rihanna
Valerie - Amy Winehouse

Agradecimientos

A tod@s l@s que habéis decidido darle una oportunidad a mis historias.
¡Gracias por leerme!

A todas las lectoras que me hacen partícipe de sus emociones cuando leen una de mis historias, enviándome mensajes privados por las RRSS, whastapp, emails y/o dejando vuestros comentarios en mi web, Goodreads o Amazon. A las que me conocéis en persona y me lo decís personalmente (y podéis ver mi cara de satisfacción máxima)

Gracias también a las que me decís que algo no os ha gustado. Eso me sirve para verlo desde otro punto de vista y poder mejorarlo si es mejorable, cambiarlo si es necesario, o dejarlo como está.

A todas ¡Gracias infinitas!

Vuestros comentarios son muy importantes para mí.

A Loli y Carmen, mis lectoras cero en esta ocasión. Gracias por vuestras anotaciones, puntos de vista y por vuestros ánimos.

A Nere Guruxteta. Una imagen vale más que mil palabras, y la portada de esta novela representa una parte importante de lo que acabáis de leer. Gracias por saber darme lo que ni yo misma sabía que quería.

A la voz de Dolores O'Riordan, de Prince, de Amy, al sonido de las guitarras... por hacerme volar con los ojos cerrados, por erizarme la piel y hacer que ese cosquilleo de emociones llegue a la punta de mis dedos para convertirse en palabras de amor.

A mis niños y a mi marido. Por soportarme cuando estoy irritable y *hartible*... ;)

En especial a mi niño grande, que es el primero en empezar a leer mis historias, aunque después no le deje seguir leyendo (lo sé, suena muy cruel... pero todavía no tiene edad para leer ciertas partes de las novelas que escribe su madre) Si próximamente escribo algo más juvenil, será porque a él le duele la boca de pedirme que lo haga.

Opiniones y pedidos:

1- www.daviniapalacioswriter.com:

para recibirlo dedicado y firmado por la autora (España peninsular, Baleares y Canarias)

2- Amazon

mundial

Redes sociales:

Instagram: [@daviniapalacioswriter](https://www.instagram.com/daviniapalacioswriter)

Facebook: [Davinia Pwriter](#) y [Davinia Palacios Writer](#)

Goodreads: [Davinia Palacios](#)

Twitter: [@DaviniaPWriter](#)

Sobre mí

Me llamo Davinia Palacios García y nací a finales de octubre de 1980 en Girona.

Desde pequeña me encantaba teclear en la máquina de escribir que me regalaron mis padres, sobre todo en folios de colores.

Me encanta la música, prácticamente de cualquier estilo, aunque en mi coche siempre suelo ir acompañada de Beyoncé, Bob Marley, The Cranberries y Sia... principalmente ;)

Los que me conocen bien saben que soy gritona y llorona a partes iguales... toda sentimientos. Y tienen razón.

Hace algo más de dos años que entendí que todas las historias que rondaban en mi mente de forma persistente eran por un motivo en especial. Y es que ellas querían salir pero yo no me había parado a escucharme a mí misma para saber cuándo y dónde. Hasta que un buen día me senté delante del ordenador y dejé que mis dedos fluyeran por el teclado. De ahí salió finalmente Almas, mi primogénita.

Nunca tuve intención de publicar, hasta que me animaron a ello y, bueno... aquí estoy ;) Y no creo que vaya a parar, porque escribir ya forma parte de mí, de una forma tan íntima, necesaria e intensa, que no podría despojarme de este maravilloso placer.

Otras de mis grandes pasiones es Nueva York... mi marido dice que estoy loca... y es posible que tenga algo de razón.

Aparte de eso, soy una mujer normal, común y corriente, como tú que estás leyendo esto ahora mismo, con mis días buenos, días regulares y días malos... y gracias a ello consigo plasmar en palabras algunos de los sentimientos que todo ser humano siente durante el transcurso de su vida.

Creo en los flechazos, en el amor a primera vista y en los finales felices.